

Wilkie Collins



**EL HOMBRE
DE NEGRO**

Lectulandia

Con sus ojos azules y su intenso pelo negro, Lewis Romaine es uno de los hombres más atractivos de Inglaterra, además de uno de los más ricos. Pero a la vez, es también un recluso entregado a la investigación académica en su propia casa, una inmensa finca situada en el corazón de la campiña inglesa. A causa de unas tristes circunstancias, Romaine se ve acogido en casa de unos amigos donde conoce a la inteligente y bella Stella Eyrecourt. Entre ellos crece un afecto que parece ha de acabar en matrimonio, pero el padre Benvell se interpone en esta historia de amor conspirando por los intereses económicos de la Iglesia. Todo en esta obra rebosa oficio y el lector queda atrapado por una inquietante intriga desde la primera línea hasta la última página.

Lectulandia

Wilkie Collins

El hombre de negro

ePUB v1.1

Oxobuco 27.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Black Robe*
Wilkie Collins, 1881.
Traducción: Damián Alou
Diseño/retoque portada: Oxobuco

Editor original: Oxobuco (v1.0 a v1.1)
Corrección de erratas: Oxobuco
ePub base v2.0

PRÓLOGO

Wilkie Collins nació en Marylebone (Inglaterra) un 8 de enero de 1824. Su padre, William Collins, era pintor y miembro de la Royal Academy; hombre acomodado y acomodaticio, deseó legar a sus hijos su profesión, su arraigada religiosidad y su prevención contra el derroche. Wilkie, que acabaría siendo escritor de profesión y librepensador y ateo de ideas, sólo heredó esa última cualidad paterna.

Cuando era alumno interno en la escuela de Highbury, comenzó a sufrir los hostigamientos nocturnos de un bravucón: el joven Wilkie no podía acostarse sin antes contarle una historia a ese matasiete: «Fue ese bruto», relataría posteriormente, «quien me hizo ser consciente de una habilidad que hasta entonces había ignorado: la de contar historias... Cuando dejé la escuela, seguí haciéndolo para mi propio disfrute».

El primer libro que publicó no fue una novela, sino la biografía de su padre, *The Life of William Collins*, aparecida en 1848, un año después de su muerte. A partir de esa fecha comenzó a colaborar en diversas publicaciones con artículos, relatos y crítica teatral. Frecuentó la compañía de Dickens; participó en sus montajes teatrales benéficos (uno de ellos contó con la asistencia de la reina Victoria) y en sus visitas a los burdeles de Londres.

Su aspecto físico resultaba poco atractivo: debido a problemas en el parto, tenía la sien derecha hundida y la izquierda abultada. No era muy alto, y tenía la cabeza grande y el cuerpo pequeño. Era menudo de manos y pies, y tan corto de vista que cuando hablaba con alguien se acercaba mucho a su interlocutor, sin someterse a esa «distancia de respeto» que imponían las buenas costumbres. A partir de los treinta años sufrió una gota reumática que acabó afectándole la vista y las piernas; para aliviarse acudió al láudano en dosis crecientes, hasta el punto de que en los últimos años de su vida tomaba dosis mortales para cualquiera que no estuviera acostumbrado a esta droga. Se cuenta, incluso, que en una ocasión uno de sus criados tomó media dosis de su amo, de resultas de lo cual falleció.

No abandonó el hogar materno hasta los treinta y dos años, y lo hizo para irse a vivir con Caroline Graves, una mujer de veintipocos años que tenía una hija y un marido «en alguna parte». Fiel a sus ideas, Collins no se casó con ella cuando esta enviudó. Caroline, despechada, contrajo matrimonio con un fontanero llamado Clow. Collins incluso asistió a la boda.

Ya gozaba de una sólida reputación como escritor —había publicado, con gran éxito, *Sin nombre* y *La dama de blanco*— cuando conoció a Martha Rudd, una joven de diecinueve años procedente de una familia pobre. Tampoco se casó con ella, pero Martha le dio tres vástagos. Cuando Martha estaba esperando el segundo hijo, Caroline volvió con Collins, quien la instaló en su casa con un ambiguo papel de ama

de llaves y amante. Sus últimos años los pasó en una plácida y legal bigamia «de hecho»: Caroline vivía con él; Martha, a pocas manzanas de distancia. Este arreglo, socialmente no muy bien visto, le acarreó el ostracismo de la sociedad londinense.

Contando novelas y libros de relatos, entre 1848 y 1889 Wilkie Collins publicó una treintena de libros. En vida su obra gozó del beneplácito del público, y los anticipos que obtuvo por sus obras (que llegaron a las 5.000 libras en el caso de *Armadale*) sólo fueron igualados por Dickens, quien publicó, en su revista *All The Year Round*, varias novelas de Collins por entregas. La crítica, sin embargo, le consideró poco más que un escritor de entretenimiento; reconocía su habilidad para la trama y la intriga pero tachaba a sus personajes de forzados e irreales. Ya en el siglo XX, T.S. Eliot enmendó tal injusticia y proclamó que *La piedra lunar* era una novela de mérito comparable a *Casa desolada*, quizá la obra maestra de Dickens.

Cuando Collins murió, en 1889, dejó instrucciones para un funeral austero, cuyo coste no había de exceder de veinticinco libras. Asistieron sus dos amantes con sus hijos respectivos, y su herencia se repartió por igual entre las dos familias. Lady Millais, buena amiga de Collins pero incapaz de aceptar tan irregular vida familiar, envió un coche vacío como señal de respeto. Sobre la tumba de Collins, en Kensal Green, se yergue una austera cruz de piedra.

El hombre de negro (*The Black Robe*, 1881) forma parte de las novelas de la última época de Collins, calificada por algunos de «social», pues el escritor, retirado del mundo debido a su mala salud, afila en ellas sus críticas a las convenciones sociales y a la religión.

Pero Wilkie Collins jamás fue dado al sermón ni a la perorata. Siempre tuvo muy claro que una novela debía contar una historia, y hacerlo de un modo que aferrara por el cuello al lector y le mantuviera subyugado hasta la última página. Sus novelas constituyen un continuo arsenal de procedimientos narrativos: nada le impide cambiar de narrador según su conveniencia; utiliza violentas elipsis para compensar escenas de obligado desarrollo lento; sabe dosificar como nadie la intriga: cada capítulo (incluso a veces cada subcapítulo) acaba en un momento de tensión máxima; y, sobre todo, es consciente de que la perla de una novela es su villano.

Los lectores católicos —sobre todo los *ateos* católicos— apreciarán enormemente al villano de *El hombre de negro*: el padre Benwell, un orondo jesuita de maneras suaves y sonrisa afable, hipócrita e intrigante, que no conoce la derrota ni el desánimo. Collins le asigna a este papista el papel más ingrato que se puede tener en la novela victoriana: el de interponerse en una historia de amor; y, además, no en una historia de amor cualquiera, sino una historia en la que él, el apuesto y misógino Lewis Romaine, busca expiación de un terrible acto (cometido, cierto es, de manera involuntaria), mientras que ella, la hermosa e inteligente Stella Eyrecourt, pretende

resarcirse de lo que (erróneamente) considera un ultraje.

La tesis de Collins es sencilla: la Iglesia Católica no es sino una inmensa máquina de poder que hará cualquier cosa por incrementarlo. Cuenta, para ello, con el arma de la palabra y de esa fabulosa creación mitológica que es el Infierno y el Paraíso (véase la impactante descripción que hace Collins de la iglesia del Gesú de Roma), que no duda en utilizar para imbuir el miedo y el fanatismo en los hombres. Sabiamente, el autor esquiva plantear cuestiones doctrinales que, no lo ignora, serían un lastre para la novela: va directamente a la influencia de estas, y a cómo, lentamente, van haciendo mella en el ánimo de Romaine. Sabiamente, también, evita Collins el maniqueísmo de los personajes: el padre Benwell, a quien se dedican acerados comentarios, es un villano justificado que simplemente hace su trabajo; Stella, en el polo opuesto, es también víctima de los errores propios de su condición femenina (hay un capítulo titulado «El sexo impulsivo»), a la que se dedican algunas observaciones tan agudas como políticamente incorrectas. Entre estos dos personajes, motores de la acción, se mueven otros realmente antológicos: Mrs. Eyrecourt, la parlanchina y frívola madre de Stella; Arthur Penrose, el joven sacerdote fanático hasta el sacrificio; Mr. Winterfield, el amable caballero inglés, *bon vivant* y campechano, que sirve de contrapunto a la figura de Romaine, el cual, en el fondo, no es sino un rico con mala conciencia (véase el certero discurso de Winterfield sobre «el remordimiento verdadero»).

La novela, que para alguien más simple que Collins se constituiría en una simple lucha entre el padre Benwell y Stella por el alma de Romaine (ya predispuesto al catolicismo, con ese apellido), es todo un muestrario del virtuosismo del autor a la hora de llevarnos por vericuetos impensados y de plantear posibilidades que quizá ni él mismo se atreve a imaginar (la posible homosexualidad de Romaine, por ejemplo).

Pero lo que probablemente enriquece *El hombre de negro* hasta el punto de convertirlo en una gran novela es quizá la multiplicidad de los temas que toca: la legalidad de las expropiaciones realizadas por Enrique VIII al romper con la Iglesia de Roma; el peso de la culpa; las falsas apariencias y el lastre de los prejuicios; los desatinos del arte moderno; la dificultad de escribir; la asunción del papel social que nos impone el destino; las decepciones a que nos somete el trato con los demás.

Todo en esta obra rebosa oficio: la construcción de la trama, la soltura de la narración, la caracterización de los personajes, la viveza de los diálogos. Pero, por debajo del oficio a la hora de, simplemente, contar una historia, observaremos un espíritu sutil, una mirada perspicaz y la inteligencia de un autor que supo cómo imponer a sus inquietudes el complejo arte de la novela.

DAMIÁN ALOU

ANTES DE LA HISTORIA

PRIMERA ESCENA

Boulogne-sur Mer: El duelo

I

Los médicos no podían hacer nada más por lady Berrick. Cuando los médicos de una dama que ha alcanzado los setenta años de edad recomiendan el suave clima del sur de Francia, lo que quieren dar a entender, a la pata la llana, es que han agotado todos sus recursos. La viuda decidió concederle su oportunidad al suave clima francés, y a continuación decidió (según sus propias palabras) «morir en casa». El viaje de regreso fue lento, y la última vez que oí hablar de ella había llegado a París. Fue a principios de noviembre. Una semana después me encontré en el club con su sobrino, Lewis Romaine.

—¿Qué te trae a Londres en esta época del año: —pregunté.

—La fatalidad me persigue —respondió con gesto grave—. Soy uno de los hombres más desdichados de la tierra.

Tenía treinta años; no estaba casado; era el envidiable poseedor de una antigua y hermosa finca, Vange Abbey; no tenía parientes pobres; era uno de los hombres más apuestos de Inglaterra. Si a eso añadimos que yo soy un oficial retirado del ejército, que mi renta es paupérrima, mi esposa desagradable y mis cuatro hijos feos, y que llevo a mis espaldas una carga de cincuenta años, a nadie le sorprenderá que mis palabras de respuesta a Romaine, llenas de amarga sinceridad, fueran las siguientes:

—¡Pues que el Cielo me conceda poder intercambiar nuestros lugares!

—¡Que el Cielo te lo conceda! —profirió con igual sinceridad—. Lee esto.

Me entregó una carta que le había remitido el médico que viajaba con lady Berrick. Tras reposar en París, la paciente había proseguido su vuelta a casa y llegado hasta Boulogne. Sufría, y eso la hacía propensa a dejarse llevar por caprichos repentinos. Un insuperable horror a cruzar el Canal se apoderó de ella: se negó en redondo a subir a bordo del vapor. Ante dicha tesitura, la dama que le hacía de «acompañante» aventuró una sugerencia. ¿Consentiría lady Berrick en pasar el Canal si su sobrino acudía a Boulogne expresamente para acompañarla en esa travesía? La respuesta fue tan inmediatamente favorable que el médico se comunicó con Mr. Lewis Romaine sin más dilación. Ese era el contenido de la carta.

Resultaba superfluo hacer más preguntas: Romaine, evidentemente, iba de camino a Boulogne. Le di algunos consejos útiles:

—Prueba las ostras del restaurante que hay en el malecón.

Ni siquiera me dio las gracias. No tenía pensamientos sino para sí.

—No te das cuenta de mi situación —dijo—. Detesto Boulogne; comparto totalmente el horror de mi tía a cruzar el Canal; tenía en perspectiva unos meses de feliz retiro en el campo, entre mis libros. ¿Y con qué me encuentro? Con que me veo arrastrado a Londres en esta época de niebla, y que encima debo coger el vapor de las siete y media de la mañana... y todo por una mujer con la que no tengo nada en

común. Si no soy yo un hombre desdichado, no sé quién puede serlo.

Hablaba en un tono de vehemente irritación que me pareció, dadas las circunstancias, ni más ni menos que absurdo. Pero mi sistema nervioso no es proclive a la irritación, a diferencia del de mi amigo Romayne, socavado por largas noches de estudio y té fuerte.

—Serán sólo dos días —observé con la intención de reconciliarle con su situación.

—¿Y cómo puedo estar seguro de ello? —replicó—. En dos días puede desatarse una borrasca. En dos días puede estar demasiado enferma como para moverse. Por desgracia, soy su heredero, y me dicen que debo plegarme a todos sus antojos. Soy lo bastante rico; no quiero su dinero. Además, me disgusta viajar, y sobre todo viajar solo. Tú eres un hombre sin ocupaciones. Si fueras un buen amigo, te ofrecerías a acompañarme. —Y con la delicadeza que, junto con algunas otras cualidades, le redimía de su carácter antojadizo, añadió—: Como mi invitado, por supuesto.

Le conocía desde mucho tiempo atrás como para no ofenderme porque me recordara, de manera tan considerada, que yo era pobre. Aquella proposición me tentó. ¿Qué más me daba cruzar el Canal? Además, se presentaba la irresistible tentación de estar lejos de casa. La conclusión fue que acepté la invitación de Romayne.

II

Al día siguiente, poco después de mediodía, nos instalamos en Boulogne, en un hotel próximo al de lady Berrick.

—Si nos alojamos en el mismo hotel —me recordó Romayne—, la acompañante y el médico acabarán siendo un fastidio. Nos los encontraremos en las escaleras, tendremos que saludarlos y darles conversación. —Detestaba los triviales convencionalismos de la sociedad, en los que tantos otros se complacen. En una ocasión en que alguien le preguntó en qué compañía se sentía más a gusto, escandalizó a la reunión al responder: «En compañía de perros».

Le esperé en el malecón mientras visitaba a su tía. Regresó con una sonrisa llena de amargura.

—¿Qué te dije? Hoy no se siente bien para recibirme. El médico puso un gesto grave y la acompañante se llevó el pañuelo a los ojos. Puede que nos pasemos semanas en este lugar.

Por la tarde llovió. Cenamos pronto y mal, circunstancia, esta última, que puso a prueba sus nervios. Romayne no era ningún glotón; para él la cocina era digestión y nada más. Las noches en vela provocadas por el estudio y el abuso del té fuerte, a las que ya he aludido, le habían perjudicado el estómago. Los médicos le advirtieron de las graves consecuencias que sufriría su sistema nervioso si no alteraba sus hábitos. Pero él tenía poca fe en la ciencia médica, y sobrevaloraba enormemente la capacidad regeneradora de su constitución. Que yo sepa, siempre había rechazado los consejos de los médicos.

Por la noche aclaró el tiempo, y fuimos a dar un paseo. Pasamos junto a una iglesia —católica, por supuesto— cuyas puertas aún estaban abiertas. Algunas mujeres humildes estaban arrodilladas, rezando en la penumbra.

—Espera un momento —dijo Romayne—. Estoy de un humor de perros. A ver si se me pasa este mal aire.

Le seguí al interior de la iglesia. Se arrodilló en un oscuro rincón, solo. Confieso que me quedé sorprendido. Romayne había sido bautizado en la Iglesia de Inglaterra; pero, por lo que se refería a la práctica externa, no pertenecía a ninguna comunidad religiosa. A menudo le había oído hablar con sincera reverencia y admiración del espíritu del cristianismo, aunque jamás, que yo supiera, había asistido a ningún servicio público. Cuando hubimos salido de la iglesia, le pregunté si se había convertido a la fe católica.

—No —dijo—, odio el inveterado afán con que los sacerdotes persiguen influencia social y poder político tanto como el más feroz protestante. Pero no debemos olvidar que la Iglesia de Roma tiene grandes méritos que compensan sus grandes defectos. Su sistema es administrado con un admirable conocimiento de las

necesidades superiores de la naturaleza humana. Toma como ejemplo la escena que acabas de presenciar. La solemne tranquilidad de esta iglesia, esas gentes humildes rezando a mi lado, la breve oración mediante la cual me he unido en silencio a mis semejantes, me han calmado, y me han hecho bien. En nuestro país me hubiera encontrado con que la iglesia habría estado cerrada fuera de las horas de servicio. — Me cogió del brazo y cambió de tema bruscamente—. ¿En qué ocuparás tu tiempo si mi tía me recibe mañana

Le aseguré que bien poco me costaría encontrar modos y maneras de pasar el rato. A la mañana siguiente llegó un mensaje de lady Berrick, anunciando que recibiría a su sobrino tras el desayuno. Di un solitario paseo hasta el malecón, donde me encontré con un hombre que me invitó a alquilar su bote. Puso a mi disposición sedal y cebo. Y así fue cómo, para mi desgracia, decidí ocupar una hora o dos pescando.

El viento cambió tras hacernos a la mar, y antes de que pudiésemos retornar a puerto teníamos la marea en contra. No llegué al hotel hasta las seis. En la puerta esperaba un pequeño carruaje abierto. Romaine me aguardaba impaciente, y sobre la mesa nada anunciaba que fuésemos a cenar. Me informó de que había aceptado una invitación, en la que yo estaba incluido, y prometió contármelo todo en el carruaje.

El chófer tomó la calle que llevaba a la parte alta de la ciudad. Subordiné mi curiosidad a la cortesía, y le pregunté por la salud de su tía.

—Está muy enferma, pobre mujer —dijo—. Cuando nos encontramos en el club me mostré irritable e injusto, y lo lamento. La perspectiva inminente de la muerte ha desarrollado algunas cualidades en el carácter de mi tía que debería haber visto antes. No importa cuánto pueda demorarse, pero esperaré pacientemente a que mi tía esté en condiciones de cruzar el Canal.

Siempre que creía tener razón, Romaine era, en sus acciones y opiniones, uno de los hombres más obstinados que he conocido. Pero en cuanto se le convencía de que estaba equivocado se iba al extremo contrario: se volvía innecesariamente receloso de sí mismo, y se aferraba con avidez a la menor oportunidad de expiar lo que en ese momento consideraba un error. Y cuando este era su ánimo, era capaz (con las mejores intenciones) de cometer actos de la imprudencia más infantil. Con cierta aprensión, le pregunté qué había hecho en mi ausencia.

—Te esperé —dijo—, hasta que perdí la paciencia y fui a estirar las piernas. Primero se me ocurrió ir a la playa, pero el olor del puerto me hizo regresar a la ciudad; y allí, ya ves qué casualidad, me encontré con un tal capitán Peterkin, que había sido amigo mío en la universidad.

—¿Está de visita en Boulogne? —pregunté.

—No exactamente.

—¿Es residente, entonces?

—Sí. El hecho es que le perdí la pista cuando salí de Oxford, y desde entonces, al

parecer, ha pasado por algunas dificultades. Sostuvimos una larga charla. Me dijo que estaba viviendo aquí hasta solucionar algunos asuntos.

No precisé que me dijera nada más: de pronto vi ante mí al capitán Peterkin como si lo hubiera conocido durante años.

—¿No te parece un poco imprudente —dije— reanudar tus relaciones con un hombre de ese talante? ¿No podrías haberte conformado con saludarle con la cabeza y pasar de largo?

Romayne sonrió con cierta desazón.

—Creo que tienes razón —respondió—. Pero recuerda que acababa de dejar a mi tía lleno de vergüenza por haber sido tan injusto con ella. ¿Cómo podía saber que no estaba siendo injusto con un viejo amigo, si mantenía las distancias con Peterkin? Puede que su situación actual se deba tanto a su mala suerte, pobre hombre, como a su manera de ser. Tuve la tentación de pasar de largo, como tú dices, pero desconfié de mi propio criterio. Él me tendió la mano y pareció alegrarse mucho de verme. Ahora la cosa ya no tiene remedio. Estoy ansioso por saber lo que piensas de él.

—¿Vamos a cenar con el capitán Peterkin?

—Sí. Por casualidad mencioné la lamentable cena de ayer en nuestro hotel. Dijo: «Venid a mi pensión. Fuera de París, no hay quien sirva mejor menú en toda Francia». Intenté poner alguna excusa (ya sabes que no me gusta estar entre desconocidos), dije que iba con un amigo. Muy cordialmente, me invitó a traerte conmigo. Inventé más excusas, pero sólo conseguí herir sus sentimientos. «Ya sé que no estoy pasando un buen momento», dijo, «y que no soy una compañía apropiada para ti y tus amigos. ¡Te suplico me perdones por haberme tomado la libertad de invitarte!» Se dio media vuelta con lágrimas en los ojos. ¿Qué podía hacer?

Me dije: «Podrías haberle prestado cinco libras y librarte de su invitación sin la menor dificultad». Si hubiera regresado a una hora razonable y Romayne no hubiera tenido que esperarme, probablemente no nos habríamos encontrado con el capitán, y, aunque nos lo hubiésemos encontrado, mi presencia habría evitado el intercambio de confidencias y la posterior invitación. Sentí que la culpa era mía; sin embargo, nada podía hacer para remediarlo. De nada servía quejarse: el mal estaba hecho.

Dejamos el casco antiguo a la derecha; pasamos junto a una colonia de villas, ya en las afueras, y por fin llegamos a una casa solitaria rodeada por un muro de piedra. De camino a la casa, mientras cruzábamos el jardín delantero, observé que, en uno de los lados de la casa, dos enormes perros guardianes asomaban en sus respectivas casetas. ¿Acaso el propietario temía a los ladrones?

III

En el momento en que entramos en el salón, se vieron confirmadas mis sospechas con respecto a la compañía con que íbamos a encontrarnos.

«Naipes, billares y apuestas»: esa era la inscripción escrita de manera legible en las maneras y aspecto del capitán Peterkin. La anciana amarillenta y de ojos brillantes que estaba al frente de la pensión habría llevado encima, ella sola, joyas por valor de unas cinco mil libras, caso de que todos los adornos que la cubrían hubiesen sido piedras preciosas auténticas. Las damas más jóvenes allí presentes llevaban tanto colorete en las mejillas y las pestañas tan elaboradamente perfiladas de negro que parecía que, más que ir a cenar, estuvieran a punto de salir a escena. Encontramos a esas atractivas criaturas bebiendo Madeira como aperitivo para sus apetitos. Entre los hombres, hubo dos que me parecieron los sinvergüenzas más rematados con que me he encontrado en toda mi vida, en Inglaterra y en el extranjero. A uno, de cara morena y nariz rota, nos lo presentaron con el título de «comandante», y nos lo describieron como una persona de gran riqueza y distinción en Perú, de viaje de placer por Europa. El otro llevaba un uniforme militar profusamente condecorado, y lo llamaban «el general». Unos modales descarados de matón, una cara oronda y abotargada por el alcohol, unos ojos pequeños de mirar sesgado y unas manos de aspecto grasiento daban a ese hombre un aspecto tan repelente que en mi fuero interno sólo sentí deseos de darle una patada. Era evidente que, antes de nuestra llegada, Romaine había sido anunciado como un hacendado de pingüe renta. Hombres y mujeres le dedicaban una atención servil. Cuando entramos en el comedor, la fascinante criatura que se sentó junto a él se llevó el abanico a la cara, y así concertó una entrevista privada entre ella y mi amigo. Con respecto a la cena, sólo diré que justificaba la presunción del capitán Peterkin, al menos hasta cierto punto. El vino era bueno, y la conversación se hizo frívola hasta casi la indelicadeza. Romaine, por lo general el más temperado de los hombres, fue tentado por sus vecinos a beber sin medida. Por desdicha yo estaba sentado al otro extremo de la mesa, y no tuve oportunidad de advertirle.

La cena llegó a su fin y todos regresamos al salón para tomar café y fumar. Las mujeres, según costumbre extranjera, fumaban y bebían licores y café en compañía de los hombres. Una de ellas se puso al piano y tocó unos bailes improvisados, que las señoras bailaron con el cigarrillo en la boca. Yo me mantenía con los ojos y los oídos alerta, y de pronto vi cómo una mesa de aspecto inocente y de superficie de palisandro se cubría con un tapete verde. Al mismo tiempo, una pequeña y reluciente ruleta surgía de un escondite tras el sofá. Al pasar junto a la venerable patrona, la oí preguntar al sirviente, en un susurro, «si los perros estaban sueltos». Después de lo que había observado, sólo podía concluir que los perros cumplían una función patrullera, dando la alarma en caso de que apareciera la policía. Era el momento

oportuno de agradecerle al capitán Peterkin su hospitalidad y despedirse.

—Ya hemos tenido suficiente —le susurré a Romaine en inglés—. Vámonos.

Hoy en día es bastante iluso pensar que se pueda hablar en inglés de manera confidencial habiendo franceses cerca. Una de las damas le preguntó con voz tierna a Romaine si ya estaba cansado de ella. Otra le recordó que llovía a cántaros (todos podíamos oírlo) y le sugirió esperar hasta que aclarara. El repugnante general señaló con su mano grasienta en dirección a la mesa de naipes, y dijo:

—La partida nos espera.

El vino había excitado a Romaine, pero no estaba ebrio. Respondió con bastante discreción:

—Le suplico me excuse; soy un jugador bastante malo.

El general puso un gesto grave.

—Creo que no me ha entendido —dijo—. Jugamos al lansquenete, esencialmente un juego de azar. Con un poco de suerte, el peor jugador está a la altura de toda la mesa.

Romaine insistió en su negativa. Yo le apoyé, poniendo todo el cuidado necesario en no ofender a nadie. Sin embargo, el general se ofendió. Cruzó los brazos y nos lanzó una mirada furibunda.

—¿Esto significa, caballeros, que la compañía no les inspira confianza? —preguntó.

El comandante de la nariz rota, al oír la pregunta, se acercó de inmediato con intención de poner paz... y aportar elementos para convencer a Romaine, a saber, una dama del brazo.

La dama se acercó rauda al general, y con el abanico le dio unos golpecitos en el hombro.

—Yo también formo parte de la compañía —dijo—, y estoy segura de que Mr. Romaine no desconfía *de mí*. —Se volvió hacia Romaine con la más irresistible de sus sonrisas—. Un caballero siempre juega a las cartas cuando su pareja es una mujer. Unamos nuestros intereses en la mesa, y por favor, Mr. Romaine, ¡no se arriesgue demasiado! —Colocó su precioso monederito en la mano de Romaine, y pareció como si llevara media vida enamorada de él.

La fatal influencia del sexo, combinada con el vino, produjo el inevitable resultado. Romaine permitió que le llevaran a la mesa de los naipes. El general demoró durante un instante el inicio de la partida. Después de lo ocurrido, era necesario que reafirmara el estricto sentido de la justicia que había en él.

—Todos somos hombres honorables —dijo.

—Y valientes —añadió el comandante, admirando al general.

—Y valientes —admitió el general, admirando al comandante—. Caballeros, si al expresarme me he dejado llevar por una innecesaria vehemencia, me disculpo, y lo

lamento.

—¡Bien dicho! —expresó el comandante. El general se llevó una mano al corazón e inclinó la cabeza. Entonces comenzó la partida.

Al ser yo el más pobre de los dos, todas aquellas damas no me habían prodigado las atenciones dedicadas a Romaine. Al mismo tiempo, yo estaba obligado a pagar mi cena participando en alguna de aquellas actividades. Descubrí que en la ruleta se permitían pequeñas apuestas; además, el hecho de que las probabilidades de vencer a la banca fueran casi nulas hacía que casi ni valiera la pena arriesgarse a hacer trampas. Me coloqué junto a la persona que menos aspecto tenía de bribón de entre todas las presentes y jugué a la ruleta.

De milagro tuve suerte en mi primer intento. Mi vecino me entregó mis ganancias.

—He perdido hasta el último céntimo —me susurró patéticamente—, y tengo mujer e hijos. —Le presté cinco francos al pobre diablo. Hizo una leve sonrisa mientras miraba el dinero—. Esto me recuerda mi última transacción, cuando le pedí prestado a aquel caballero de ahí, el que apuesta en la mesa de naipes, donde reparte el general. Mucho cuidado con él. ¿Qué cree que me dio por mi pagaré de cuatro mil francos? Cien botellas de champán, cincuenta frascos de tinta, cincuenta frascos de betún, tres docenas de pañuelos, dos cuadros de pintores desconocidos, dos chales, cien mapas, y... cinco francos.

Seguimos jugando. Me abandonó la suerte; perdí, perdí y volví a perder. De vez en cuando me volvía hacia la mesa de naipes. El general había cogido enseguida la «mano» y, al parecer, no pensaba soltarla por nada. Ante él había un montón de billetes y oro (ganados principalmente a Romaine, como descubrí posteriormente). En cuanto a mi vecino, el desdichado poseedor de los frascos de betún, los cuadros de pintores desconocidos y todo lo demás, ganó, y lo primero que hizo fue abusar de su buena suerte. Volvió a perder hasta el último céntimo, y se retiró a un rincón de la sala, donde se consoló con un cigarro. Yo acababa de levantarme para seguir su ejemplo cuando un violento altercado se inició en la mesa de naipes.

Vi a Romaine ponerse en pie abruptamente y agarrar las cartas que el general tenía en la mano.

—¡Bellaco! —le gritó—. ¡Está haciendo trampas!

El general se levantó hecho una furia.

—¡Miente! —gritó.

Intenté intervenir, pero Romaine ya había comprendido la necesidad de controlarse.

—Un caballero no toma como insulto las palabras de un tramposo —dijo fríamente.

—¡Tome esto, entonces! —dijo el general, y le escupió.

Romayne sólo tardó un instante en dejarle fuera de combate.

Le lanzó el golpe entre los ojos: era un hombre recio, de huesos grandes, y cayó pesadamente. Quedó sin conocimiento durante unos minutos. Las mujeres salieron chillando de la sala. El pacífico comandante temblaba de pies a cabeza. Dos de los hombres presentes, quienes, para ser justo con ellos, no eran ningunos cobardes, cerraron las puertas con llave.

—No saldrán de aquí —dijeron— hasta que veamos si el general se recobra o no.

Un poco de agua fría y las sales aromáticas de la patrona hicieron revivir al general. Este le susurró algo a uno de sus amigos, quien enseguida se volvió hacia mí.

—El general desafía a Romayne —dijo—. Como uno de sus padrinos, le exijo un encuentro para mañana por la mañana.

Me negué a concertar ningún encuentro a menos que, en primer lugar, abrieran las puertas y nos dejaran marchar libremente.

—Nuestro carruaje está fuera —añadí—. Si regresa al hotel sin nosotros habrá una investigación.

Estas palabras surtieron su efecto. Ellos abrieron las puertas y nosotros consentimos en concertar el encuentro. Entonces nos marchamos.

IV

Al aceptar recibir a los representantes del general, no tengo ni que decir que simplemente deseaba evitar otro altercado. Si esas personas eran lo suficientemente desvergonzadas como para aparecer en el hotel, había previsto amenazarles con la intervención de la policía y así poner fin a ese asunto. Romaine no expresó ninguna opinión sobre el tema, ni en un sentido ni en otro. Su conducta me provocaba cierta desazón. Parecía dolerle todavía el inmundo insulto de que había sido objeto. Se retiró pensativo a su habitación.

—¿No tienes nada que decirme? —pregunté.

Lo único que respondió fue:

—Espera a mañana.

Al día siguiente aparecieron los padrinos.

Yo esperaba encontrarme con dos de los hombres con que habíamos cenado. Para mi asombro, los visitantes resultaron ser dos oficiales del regimiento del general. Propusieron un encuentro hostil para la mañana siguiente; la elección de arma se dejaba a Romaine, pues era el desafiado.

Resultaba bastante evidente que hasta entonces nadie había descubierto ni denunciado el peculiar método de jugar a las cartas del general. Puede que alternara con gentes de moral dudosa y que (como oí posteriormente) se sospechara de él en según qué ambientes. Pero, oficialmente, tenía una reputación que mantener, y de ello eran buena prueba los dos caballeros que actuaban como padrinos. Declararon, con evidente sinceridad, que Romaine había cometido un error fatal; había provocado que le insultaran, y había respondido al insulto con una afrenta cobarde y brutal. Como hombre y como soldado, al general no le quedaba otro remedio que insistir en que tuviera lugar el duelo. No se aceptaría disculpa alguna, ni aunque se presentara.

Comprendí que en aquella tesitura sólo se podía obrar de una manera. Me negué a aceptar el desafío.

Al preguntarme las razones, comprendí que no podía expresarme con entera libertad. Aunque sabíamos que el general era un tramposo, resultaba una cuestión delicada disputar su derecho a exigir satisfacción, pues había encontrado dos oficiales dispuestos a llevar su mensaje. Saqué las cartas arrebatadas al general (que Romaine se había llevado en el bolsillo) y las presenté como prueba de que mi amigo no se equivocaba.

Los padrinos —a quienes su superior debía de haber preparado para tal eventualidad— declinaron examinar los naipes. En primer lugar, afirmaron, ni siquiera el descubrimiento de juego sucio (suponiendo que se hubiera hecho tal descubrimiento) podía justificar la conducta de Romaine. En segundo lugar, la noble reputación del general hacía imposible que él pudiera ser el responsable. Al igual que

nosotros, se había juntado sin pensar con malas compañías, y había sido la víctima inocente de un error o fraude cometido por otra persona presente en la mesa.

Como último recurso, ya sólo podía basar mi negativa a aceptar el duelo en la circunstancia de que éramos ingleses, y en que la práctica del duelo había sido abolida en Inglaterra. De inmediato, los dos padrinos se negaron a aceptar dicha justificación.

—Ahora está usted en Francia —dijo el de más edad—, y aquí, entre caballeros, el duelo es el remedio corriente para cualquier insulto. Y está usted obligado a respetar las leyes sociales del país en el que reside en estos momentos. De negarse, se expondrá a que su valor se ponga en público entredicho, de una manera tan degradante que más vale no entrar en detalles. Ya que no se trata de una reunión formal, aplacemos esta entrevista durante tres horas. Mr. Romaine necesita a dos caballeros que actúen en su nombre. Busque otro padrino para que se encuentre con nosotros, y reconsidere su decisión antes de que volvamos.

No bien hubieron salido los franceses por una puerta, Romaine entró por otra.

—Lo he oído todo —dijo muy tranquilo—. Acepto el desafío.

Declaro solemnemente que me opuse a la resolución de mi amigo con todos los medios a mi alcance. Nadie podía estar más convencido que yo de que la decisión de Romaine era injustificable. Pero mis objeciones fueron totalmente desoídas. Nada más oír que a consecuencia de todo ese asunto cabía la posibilidad de que su valor se pusiera en entredicho, se cerró en banda a la sensatez y la razón.

—Como conozco tus opiniones —dijo—, no te pediré que me acompañes al campo del honor. No me será difícil encontrar padrinos franceses. Y mira que te digo, si intentas evitar el encuentro, el duelo tendrá lugar en otra parte... y nuestra amistad acabará en ese mismo momento.

Dichas estas palabras, supongo que no hace falta añadir que a la mañana siguiente le acompañé al campo del honor como uno de sus padrinos.

V

Llegamos a la hora señalada en punto: las ocho.

El otro padrino que me acompañaba era un caballero francés, pariente de uno de los oficiales que habían transmitido el desafío. Fue a sugerencia suya que elegimos la pistola como arma. Romaine, al igual que casi todos los ingleses de nuestro tiempo, nada sabía del manejo de la espada. Y casi tan escasa experiencia tenía con la pistola.

Nuestros oponentes llegaron tarde. Nos tuvieron esperando más de diez minutos, y el tiempo no acompañaba la espera. Nos habíamos despertado con humedad y llovizna. Una espesa bruma blanca avanzaba hacia nosotros desde el mar.

Cuando aparecieron, el general no estaba entre ellos. Un joven alto y bien vestido saludó a Romaine con rígida cortesía, y le dijo a uno de sus acompañantes, que nos era desconocido:

—Explíqueme las circunstancias.

El desconocido resultó ser médico. Enseguida procedió a la explicación. El general estaba muy enfermo. Aquella mañana había sufrido un ataque... a causa del golpe recibido. En tales circunstancias, el hijo mayor (Maurice) le sustituiría en el campo del honor, asistido por los padrinos del general y con la completa aprobación de éste.

Al instante nos negamos a permitir que el duelo tuviera lugar; Romaine declaró rotundo que no cruzaría armas con el hijo del general. Al oírlo, Maurice se separó de sus padrinos, sacó uno de sus guantes y, llegándose hasta Romaine, le golpeó en la cara con él.

—¿Tampoco quiere luchar conmigo ahora? —preguntó el joven francés—. ¿O debo escupirle a la cara, como hizo mi padre?

Sus padrinos le apartaron de Romaine, y se disculparon por aquel arrebato. Pero el mal ya estaba hecho. El feroz temperamento de Romaine refulgía en sus ojos.

—Carguen las pistolas —dijo.

Tras aquel insulto en público, y ante la amenaza de que su valor se pusiera en solfa, no había otra salida.

Nosotros debíamos llevar las pistolas, por lo que solicitamos a los padrinos de nuestro oponente que las examinaran y las cargaran. Mientras se hacía todo esto, la niebla procedente del mar nos envolvió por completo, y los duelistas ni se veían el uno al otro. Esto nos obligó a esperar a que aclarara un poco. Romaine había recobrado de nuevo la serenidad. La generosidad de su naturaleza quedó reflejada en las palabras que dirigió a sus padrinos.

—Después de todo —dijo—, este joven es un buen hijo, y está decidido a limpiar lo que considera un agravio hecho a su padre. ¿Me importa lo más mínimo que me haya lanzado un guante a la cara? Creo que dispararé al aire.

—Si lo hace me negaré a actuar de padrino —respondió el caballero francés que nos acompañaba—. El hijo del general es famoso por su destreza con la pistola. Si usted no lo ve en su cara, yo sí: está decidido a matarle. ¡Defienda su vida, señor!

Lo mismo le dije yo, y de manera igual de rotunda. Romaine cedió: se puso en nuestras manos sin reservas.

En un cuarto de hora la bruma se levantó un poco. Medimos la distancia, tras haber acordado previamente (a sugerencia mía) que los dos hombres debían disparar en el mismo momento, a una señal dada. La serenidad de Romaine, al quedar los duelistas cara a cara, resultaba, en un hombre de temperamento tan nervioso e irritable, realmente prodigiosa. Le coloqué de lado, en una posición que en cierto modo disminuía su riesgo, pues aminoraba la superficie expuesta al impacto de la bala. Mi colega francés le puso la pistola en la mano y le dio un último consejo.

—Deje el brazo suelto, con el cañón de la pistola apuntando directamente al suelo. Cuando oiga la señal, simplemente levante el brazo hasta el codo, apriete el codo contra el costado... y dispare.

Nada más podíamos hacer por él. Al hacernos a un lado —lo admito— sentí un sabor metálico en la lengua, y un horroroso frío interior me subió por la médula de los huesos.

Se dio la señal, y los dos disparos se realizaron a la vez. Primero me fijé en Romaine. Se quitó el sombrero y me lo entregó con una sonrisa. La bala de su adversario había arrancado un trozo del ala derecha. Romaine había escapado por un pelo.

Mientras le felicitaba, volvió a adensarse la niebla, y más aún que antes. Observamos con cierta angustia el terreno que ocupaban nuestros adversarios, y sólo vimos formas vagas corriendo de un lado a otro. ¡Algo había ocurrido! Mi colega francés me apretó el brazo.

—Deje que yo vaya a preguntar —dijo. Romaine intentó seguirle; le retuve; no intercambiamos ni una palabra.

La niebla era cada vez más espesa, hasta que llegó un punto en que se convirtió en invisibilidad. En cierto momento oímos la voz del médico, reclamando impaciente una luz. Pero nosotros no vimos ninguna. Tan inquietante como la niebla era el silencio que nos rodeaba. Y de repente quedó roto, horriblemente roto, por otra voz, desconocida para ambos, que chilló histérica a través de la bruma impenetrable.

—¿Dónde estás? —gritó la voz en francés—. ¡Asesino! ¡Asesino! ¿Dónde estás?

¿Era una mujer, o era un muchacho? No oímos nada más, pero el efecto que causó en Romaine fue terrible. Él, que con total serenidad se había enfrentado al arma alzada para matarle, temblaba en silencio, como un animal poseído por el terror. Le rodeé con el brazo y me lo llevé de allí a toda prisa.

En el hotel esperamos la llegada de nuestro amigo francés. No tardó en aparecer,

anunciando que también vendría el médico. El duelo había acabado en fatalidad. El trayecto azaroso de la bala, debido a la mano poco experta de Romaine, concluyó justo encima de la aleta nasal derecha del hijo del general, penetró en la nuca y causó un impacto fatal en la médula espinal. Murió antes de que le llevaran a casa de su padre.

Por el momento, se confirmaban nuestros temores. Pero había algo más que contar, algo que ni nuestros peores presentimientos podían imaginar.

Uno de los hermanos pequeños del herido (un chaval de trece años) había seguido en secreto al duelista y a los padrinos hasta el lugar de la contienda, donde se había ocultado, siendo testigo del espantoso desenlace. Los padrinos sólo advirtieron su presencia cuando salió de su escondrijo y cayó de rodillas junto a su hermano en agonía. Suyos fueron los terribles gritos que oímos de labios invisibles. La persona que había acabado con la vida de su hermano era el «asesino» a quien en vano intentaba descubrir a través de la impenetrable oscuridad de la niebla.

Los dos nos volvimos hacia Romaine. Nos devolvió la mirada en silencio; se había quedado de piedra. Intenté razonar con él.

—Tu vida estaba a merced de tu oponente —dije—. Él era el diestro con la pistola; tú te arriesgabas mucho más que él. ¿Acaso eres responsable del accidente? ¡Reacciona, Romaine! Todo esto no tardará en olvidarse.

—Nunca lo olvidaré —dijo—. Por mucho que viva.

Replicó en un tono monocorde y sombrío. Sus ojos, con una expresión de fatiga, miraban al vacío. Volví a hablarle, pero él permaneció en su impenetrable mutismo; parecía no oírme ni comprenderme. Mientras meditaba qué podía decirle a Romaine, entró el médico. Sin esperar a que nadie le preguntara la opinión, examinó atentamente a Romaine, y a continuación me llevó a la habitación contigua.

—Su amigo sufre un grave shock nervioso —dijo—. ¿Puede decirme algo de sus costumbres?

Mencioné sus prolongadas noches de estudio y su abuso del té. El médico negó con la cabeza.

—Si quiere mi consejo —prosiguió—, lléveselo a casa enseguida. Procure que no se altere cuando el resultado del duelo sea conocido en la ciudad. Si al final hemos de comparecer ante la justicia, será pura formalidad, y ya se presentará cuando se le reclame. Déjeme su dirección en Londres.

Me pareció que lo más prudente era seguir su consejo. Aquel mismo día, a primera hora, había un barco a Folkestone: no había tiempo que perder. Romaine no puso objeción alguna a nuestro regreso a Inglaterra; parecía importarle bien poco lo que fuera de él.

—Déjame en paz —dijo—, y haz lo que quieras.

Le escribí unas líneas al médico de lady Berrick, informándole de las

circunstancias. Un cuarto de hora después estábamos a bordo del vapor.

Pocos eran los pasajeros. Alejados ya del muelle, mi atención se centró en una joven inglesa que viajaba, al parecer, con su madre. Al pasar junto a ella, en cubierta, le lanzó una mirada a Romaine, y en sus hermosas facciones se dibujó tan compasivo interés que imaginé que quizá se conocían. Con cierta dificultad, conseguí que Romaine se sobrepusiera a la apatía que le poseía y le dedicara una mirada a la pasajera.

—¿No te parece una persona encantadora? —pregunté.

—No —replicó con impaciente indiferencia—. Nunca la había visto. Estoy cansado... cansado... ¡cansado! No me digas nada; déjame en paz.

Le dejé. El singular atractivo personal de Romaine —del que, déjenme añadir, jamás parecía ser consciente— había despertado de manera evidente el interés y admiración de aquella joven. Su expresión de resignada tristeza y sufrimiento, visible ahora en su cara, sin duda había contribuido a hacerle más atractivo a ojos de una mujer delicada y sensible. No era una circunstancia poco corriente en sus anteriores experiencias con el sexo femenino —como yo mismo sabía— ser objeto no sólo de admiración, sino de un amor verdadero y ardiente. Él jamás correspondía a esas pasiones, y creo que jamás se las había tomado en serio. Aunque quizá, como suele decirse, el matrimonio fuera su salvación. En aquel momento me pregunté si alguna vez llegaría a casarse.

Inclinado sobre la borda, en todo esto meditaba cuando una voz suave y dulce me devolvió a la realidad: era la voz de la dama en quien había estado pensando.

—Perdone que le moleste —dijo—, pero creo que su amigo le necesita.

Habló con la modestia y la compostura de una mujer de buena cuna. Se le habían subido un poco los colores, lo que, a mis ojos, la hacía aún más hermosa. Le di las gracias y fui a reunirme con Romaine.

Estaba de pie junto a la claraboya con barrotes que protegía la maquinaria. Al instante percibí un cambio en él. En aquellos ojos que erraban de un lugar a otro, buscándome, descubrí que la apatía había dejado paso a una desquiciada expresión de terror. Me agarró intempestivamente del brazo y señaló la sala de motores.

—¿Qué oyes? —preguntó.

—El ruido de los motores.

—¿Nada más?

—No. ¿Y qué oyes tú?

De pronto me ocultó la mirada.

—Te lo diré al desembarcar.

SEGUNDA ESCENA

Vange Abbey. Augurios

VI

Mientras nos aproximábamos al muelle de Folkestone, la agitación de Romaine pareció remitir. La cabeza gacha, los ojos medio cerrados: parecía un hombre que pasa tranquilamente de la fatiga al sueño.

Mientras abandonábamos el vapor, me atreví a preguntarle a la encantadora pasajera si podría serle útil reservando plaza en el tren a Londres para ella y para su madre. Me dio las gracias y me dijo que iban a visitar a unos amigos de Folkestone. En la réplica, miró a Romaine.

—Está muy enfermo, ¿verdad? —dijo con una voz suave, cargada de afecto. Antes de que yo pudiera responder, su madre se volvió hacia ella con una expresión de sorpresa y dirigió su atención a los amigos que la muchacha había mencionado, y que esperaban para saludarla. Su última mirada, mientras se la llevaban, cayó sobre Romaine como un velo de ternura y pesar. El ni se dio cuenta. Mientras le llevaba al tren, se iba apoyando cada vez más en mi brazo. Sentado en el compartimento, enseguida se sumió en un profundo sueño.

Tomamos un coche y nos dirigimos al hotel donde solía hospedarse mi amigo cuando estaba en Londres. El largo sueño del viaje en tren parecía haberle aliviado hasta cierto punto. Cenamos juntos en sus habitaciones. Cuando los sirvientes se retiraron, descubrí que las desdichadas consecuencias del duelo aún le reconcomían.

—El horror de haber matado a ese hombre —dijo— es más de lo que puedo soportar. ¡Por amor de Dios, no me dejes solo!

En Boulogne había recibido algunas cartas que me informaban de que mi mujer y mi familia habían aceptado una invitación para quedarse en casa de unos amigos en la costa. Estaba, por tanto, totalmente a su servicio. Tras calmar su angustia por lo que a eso se refería, le recordé sus palabras junto a la sala de máquinas del vapor. Intentó cambiar de tema, pero mi curiosidad estaba tan despierta que no permitió que su recuerdo se adormeciera.

—Estábamos solos cerca de los motores —dije—, y me preguntaste qué oía. Me prometiste decirme lo que tú oías cuando hubiésemos desembarcado...

Me interrumpió antes de que pudiera decir más.

—Empiezo a creer que fue una alucinación. No deberías interpretar demasiado literalmente lo que pueda decir una persona en mi estado. Estoy manchado con la sangre de otro hombre...

Ahora fui yo quien le interrumpió.

—No quiero oírte hablar así —dije—. No eres más responsable de la muerte de ese francés que si le hubieras atropellado en la calle. No soy la compañía adecuada para alguien que dice estas cosas. Creo que más bien necesitas un médico. —Me sentía irritado con él, y no veía motivo para ocultarlo.

Otro hombre, en su lugar, se lo habría tomado a mal. Pero el carácter de Romaine poseía una dulzura innata que se imponía incluso en los momentos en que más irritable se encontraba. Me cogió la mano.

—No seas duro conmigo —me suplicó—. Procuraré ver el asunto desde tu perspectiva. Pero haz alguna concesión por tu parte. A ver cómo paso la noche. Mañana por la mañana hablaremos de lo que te dije en el vapor, junto a la sala de máquinas. ¿De acuerdo?

Naturalmente, le dije que estaba de acuerdo. Una puerta comunicaba nuestros dormitorios, y él sugirió que la dejásemos abierta.

—En caso de que no pueda dormir —dijo—, quiero estar seguro de que me oirás si te llamo.

Tres veces me desperté aquella noche, y al ver la luz encendida en su habitación, fui a echar un vistazo. En sus viajes, siempre llevaba algunos libros. Cada vez que entré en su habitación le encontré leyendo tranquilamente.

—Creo que no debería haber dormido en el tren —dijo—, ahora no tengo sueño. No importa; estoy contento. Lo que temía no ha ocurrido. Estoy acostumbrado a pasar la noche en vela. Vuelve a la cama, y no te inquietes por mí.

A la mañana siguiente, la aplazada explicación volvió a posponerse.

—¿No te importa esperar un poco más? —preguntó.

—No si tú lo deseas.

—¿Me harás otro favor? Ya sabes que no me gusta Londres. El ruido de las calles me distrae. Además, debo decirte que desconfío de los ruidos desde que... —Se interrumpió; pareció confuso.

—¿Desde que te encontré mirando hacia la sala de máquinas? —pregunté.

—Sí. No deseo arriesgarme a pasar otra noche en Londres. Quiero probar el efecto de un perfecto silencio. ¿Te importa venir conmigo a Vange? Aunque el lugar es aburrido, encontrarás con qué distraerte. Ya sabes que hay buena caza.

Al cabo de una hora nos fuimos de Londres.

VII

Vange Abbey debe de ser la casa de campo más solitaria de Inglaterra. Si Romaine buscaba silencio, no podía haber lugar mejor.

Las ruinas del viejo monasterio, emplazadas sobre el altozano de uno de los más desolados páramos de North Riding, en Yorkshire, resultan visibles desde todos los puntos cardinales. Se cuenta que, en la época en que había monjes, prósperas aldeas se arracimaban en torno a la abadía, y varias hosterías servían de cobijo a los peregrinos que acudían de todo el orbe cristiano. Pero no queda ni rastro de esas edificaciones. Se dice que sus devotos habitantes las abandonaron cuando Enrique VIII suprimió los monasterios y entregó la abadía y las vastas tierras de Vange a su fiel amigo y cortesano, Sir Miles Romaine. En la siguiente generación, el hijo y heredero de Sir Miles construyó la casa, sirviéndose con liberalidad de los sólidos muros de piedra del monasterio. Con algunas alteraciones y reparaciones de poca significación, la casa sigue en pie, desafiando los siglos y el desabrido clima.

Los caballos nos esperaban en la última estación de tren. Era una encantadora noche de luna, y atajamos de manera considerable tomando el camino de herradura que cruzaba el páramo. Llegamos a la abadía entre las nueve y las diez.

Habían pasado años desde mi última visita a Vange Abbey. En ese tiempo, nada parecía haber cambiado ni fuera ni dentro de la casa. Ni el buen mayordomo del norte, ni su rolliza mujer escocesa, experta cocinera, parecían haber envejecido: me recibieron como si hubiese estado fuera un día o dos y hubiera regresado para instalarme en Yorkshire. Me esperaba aquel dormitorio que tan bien recordaba; y el incomparable Madeira nos dio la bienvenida cuando mi anfitrión y yo nos reunimos en el salón interior, que era el comedor de la abadía.

La mesa estaba bien surtida, y nos sentamos el uno delante del otro. Yo abrigaba la esperanza de que la familiar influencia de aquel entorno rural comenzara ya a derramar su quietud sobre la mente atribulada de Romaine. En presencia de sus viejos y fieles sirvientes, parecía capaz de controlar el mórbido remordimiento que le oprimía. Les hablaba sin alterarse, con amabilidad; le alegraba encontrarse una vez más con su viejo amigo, en la antigua casa.

Cuando estábamos a punto de terminar la cena, ocurrió algo que me sobresaltó. Acababa de pasarle el vino a Romaine, y éste acababa de llenarse el vaso, cuando de pronto palideció y levantó la cabeza como si algo le hubiese llamado la atención inesperadamente. En la habitación sólo estábamos nosotros; en aquel momento yo no le dirigía la palabra. Volvió la cabeza, suspicaz, hacia la puerta que había tras él y que conducía a la biblioteca. A continuación hizo sonar la anticuada campanilla que había a su lado, en la mesa. Ordenó al sirviente que cerrara la puerta.

—¿Tienes frío? —pregunté.

—No. —Reconsideró la respuesta y a continuación se contradijo—: Sí... supongo que el fuego de la biblioteca ha mermado.

Desde mi posición en la mesa había visto el fuego: sobre la parrilla se apilaba carbón al rojo y leña. No dije nada. La palidez de su cara y su contradictoria réplica despertaron en mí unas dudas que había tenido la esperanza de no volver a experimentar.

Alejó de sí el vaso de vino y mantuvo los ojos fijos en la puerta cerrada. Su actitud y expresión daban a entender que escuchaba. ¿Pero el qué?

Al cabo de un rato, se dirigió a mí abruptamente.

—¿Dirías que es una noche silenciosa?

—No creo que pueda serlo más —contesté—. El viento ha parado, ni siquiera crepita el fuego. Un silencio absoluto, dentro y fuera.

—¿Fuera? —repitió. Por un momento me clavó la mirada, como si yo hubiera suscitado una nueva idea en su mente. Le pregunté, procurando no darle importancia, si había dicho algo que le sorprendiera. En lugar de contestarme, se puso en pie de un salto con un grito de pánico y salió del salón.

No supe qué hacer. Era imposible, a menos que Romaine regresara de inmediato, dejar pasar ese extraordinario proceder sin darle importancia. Tras esperar unos minutos, hice sonar la campanilla.

Entró el mayordomo. Miró la silla vacía, pálido de asombro.

—¿Dónde está el señor? —preguntó.

Lo único que pude responder fue que se había levantado de la mesa repentinamente, sin ninguna explicación.

—Puede que esté enfermo —añadí—. Ya que eres un sirviente de confianza, no estaría de más que fueses a buscarle. Si me necesita, dile que estaré aquí.

Los minutos pasaban cada vez más lentamente. Me quedé solo tanto tiempo que comencé a intranquilizarme de verdad. Ya tenía otra vez la mano en la campanilla cuando llamaron a la puerta. Esperaba ver al mayordomo, pero quien entró fue el ayuda de cámara.

—Garthwaite no puede bajar, señor —dijo—. Me ha dicho que haga el favor de subir al belvedere. Allí está el amo.

La casa, cuya fachada ocupaba los tres lados de un cuadrado, sólo tenía dos plantas. Al tejado plano, accesible a través de una especie de escotilla, y todavía rodeado de su recio parapeto de piedra, se le denominaba «el belvedere», en referencia a la hermosa vista que dominaba. Temiendo no sé qué, subí la escalera que conducía al tejado. Romaine me recibió con una desabrida carcajada: esa carcajada triste y falsa que sólo es disfraz de un auténtico desasosiego.

—¡Esto lo vas a encontrar gracioso! —gritó—. Me parece que el viejo Garthwaite cree que estoy borracho. No quiere que esté solo aquí arriba.

Sin replicar a las extrañas palabras de Romaine, el mayordomo se retiró. Al pasar junto a mí me susurró:

—¡Vigile al señor! Mire que esta noche tiene el juicio en los talones.

Aunque yo no soy del norte, conocía el significado de esa expresión. ¡Garthwaite sospechaba que su amo estaba ni más ni menos que loco!

Romaine me tomó del brazo cuando estuvimos solos, y caminamos lentamente de una punta a otra del belvedere. En el cielo, la luna estaba baja, pero su luz, tenue y misteriosa, se derramaba sobre el tejado de la casa y el páramo que la rodeaba. Contemplé atentamente a Romaine. Estaba mortalmente pálido; le temblaba la mano cuando la depositó en mi brazo... y eso fue todo. Ni su aspecto ni su comportamiento delataron el menor signo de trastorno mental. Quizá había alarmado innecesariamente al viejo y fiel sirviente con algo que había dicho o hecho. Decidí disipar esa duda de inmediato.

—Te levantaste de la mesa muy repentinamente —dije—. ¿Te sentías mal?

—No mal —replicó—, sino asustado. Mírame, aún estoy asustado.

—¿Qué quieres decir?

Por toda respuesta, me repitió la extraña pregunta que me había planteado abajo.

—¿Crees que es una noche silenciosa?

Considerando la época del año, y la expuesta situación de la casa, la noche era excepcionalmente silenciosa. A lo largo y ancho del extenso campo abierto que nos rodeaba, ni un soplo de aire rompía la quietud. No había pájaros nocturnos, o estaban callados. Pero un sonido era audible, si uno se quedaba inmóvil y escuchaba: el lento y sereno borboteo de un arroyuelo, invisible y procedente del valle, en el sur.

—Ya te lo he dicho —insistí—. No recuerdo noche tan silenciosa en el páramo de Yorkshire.

Dejó caer pesadamente una mano sobre mi hombro.

—¿Qué dijo de mí aquel pobre muchacho, el hermano del hombre que maté? —preguntó—. ¿Qué palabras oímos a través de la húmeda oscuridad de la niebla?

—No voy a animarte a pensar en ellas. Me niego a repetir las.

Señaló hacia el parapeto del norte.

—Tanto da que te niegues —dijo—. En este momento oigo al muchacho, ¡aquí mismo!

Repitió las horribles palabras, marcando con el dedo las pausas al pronunciarlas, como si se tratara de sonidos que oía:

—¡Asesino! ¡Asesino! ¿Dónde estás?

—¡Dios santo! —grité—. ¿No me dirás que de verdad oyes esa voz?

—¿Oyes lo que digo? Oigo a ese muchacho tan claramente como me oyes a mí. La voz me chilla a través de la luz de la luna, igual que me chilló a través de la bruma. Una y otra vez. La oigo por toda la casa. Ahí, donde la luz toca la superficie

del páramo. Diles a los sirvientes que mañana a primera hora tengan preparados los caballos. Nos vamos de Vange Abbey.

Fueron unas palabras desquiciadas. Y si las hubiera pronunciado en tono desquiciado, quizá hubiese compartido la conclusión del mayordomo en el sentido de que estaba perturbado. Pero no hubo indebida vehemencia en su voz ni en su actitud. Habló con melancólica resignación, como un prisionero que se resignara a una sentencia que ha merecido. Al recordar los casos de algunos hombres que, padeciendo enfermedades nerviosas, había sufrido apariciones, le pregunté si veía alguna figura imaginaria con la forma de un muchacho.

—No veo nada —dijo—, sólo oigo. Míralo tú mismo. Es sumamente improbable, pero asegurémonos de que nadie me ha seguido desde Boulogne y me está jugando una mala pasada.

Recorrimos todo el belvedere. En la parte oriental, remataba la casa una de las torres de la antigua abadía. En el lado occidental, el terreno descendía abruptamente hacia un profundo estanque o lago. Al norte y al sur no se veía más que la extensión del páramo. Allí donde mirara, a la clara luz de la luna, tal era la ausencia de toda criatura viviente que parecía estuviésemos rodeados por el exangüe mundo de la luna.

—¿Era la voz del muchacho la que oíste cuando cruzábamos el Canal? —pregunté.

—Sí, ahí la oí por primera vez, en la sala de máquinas; rompiendo el silencio una y otra vez, como el mismísimo ruido de las máquinas.

—¿Y cuándo la volviste a oír?

—Tenía miedo de oírla en Londres. Me abandonó, debería habértelo dicho, cuando desembarcamos del vapor. Temía que el ruido del tráfico pudiera devolvérmela. Como sabes, pasé una noche tranquila. Tenía la esperanza de que mi imaginación me hubiera engañado, de ser víctima de una alucinación. Pero no fue alucinación. En el silencio absoluto de este lugar he vuelto a oír la voz. Mientras estábamos sentados a la mesa la oí de nuevo, detrás de mí, en la biblioteca. La oí incluso con la puerta cerrada. Subí aquí arriba para ver si me seguiría al aire libre. Y me ha seguido. Ahora ya podemos bajar al salón. Sé que no hay manera de escapar de ella. Mi querido hogar se me ha vuelto horrible. ¿Te importa si regresamos a Londres mañana?

Lo que sentí y temí en aquella desdichada situación poco importa. La única opción que veía para Romayne era conseguirle el mejor médico posible. Alenté sinceramente la idea de regresar a Londres al día siguiente.

Llevábamos unos diez minutos sentados ante el fuego del salón, cuando Romayne sacó el pañuelo y se secó el sudor de la frente, exhalando un profundo suspiro de alivio.

—¡Ha desaparecido! —dijo en un hilo de voz.

—Cuando oías la voz del muchacho —pregunté—, ¿la oías continuamente?

—No, a intervalos; a veces más largos, a veces más cortos.

—Y hasta ahora, ¿te llega de pronto y desaparece de pronto?

—Sí.

—¿Te molestan mis preguntas

—No me quejo —pronunció tristemente—. Puedes verlo por ti mismo: sufro con paciencia el castigo que merezco.

Enseguida le contradije.

—¡De ninguna manera! Se trata de un trastorno nervioso, que la ciencia médica puede controlar y curar. Espera a que lleguemos a Londres.

Mis palabras no causaron efecto en él.

—Le he quitado la vida a un semejante —dijo—. He acabado con la carrera de un joven que, de no ser por mí, podría haber vivido muchos años, feliz y honorablemente. Ya puedes decir lo que quieras, soy de la raza de Caín. Caín llevaba su estigma en la frente, y yo tengo mi castigo. Engáñate, si quieres, con falsas esperanzas. Yo puedo soportarlo, y no espero nada. Buenas noches.

VIII

A la mañana siguiente, el viejo mayordomo se me acercó, muy preocupado, para pedirme consejo.

—¡Venga, señor, venga a ver al amo! No tengo valor para despertarlo.

Si queríamos ir a Londres aquella mañana, era hora ya de que Romaine se levantara. Fui a su dormitorio. Aunque no soy médico, conocía perfectamente la importancia reparadora de un sueño profundo e imperturbado, por lo que tomé la decisión de no molestarle. Y resultó una, sabia decisión, pues Romaine durmió hasta mediodía. No volvió «el tormento de la voz», como él, pobrecillo, la llamaba. Pasamos un día bastante tranquilo, a excepción de una pequeña interrupción que, se me ha advertido, no debo pasar por alto en este relato.

Habíamos regresado de montar a caballo. Romaine se había retirado a leer a la biblioteca, y yo acababa de dejar los establos, donde había estado echando un vistazo a algunas recientes mejoras, cuando un tálburi guiado por un caballero se detuvo en la puerta. Preguntó muy cortésmente si se le permitiría ver la casa. En Vange había algunos cuadros bastante buenos, así como muchas reliquias interesantes de la antigüedad; y, en ausencia de Romaine, se permitía visitar las salas a los escasos viajeros que se aventuraban a cruzar el páramo que rodeaba la abadía. En aquella ocasión, al forastero se le informó de que Mr. Romaine estaba en casa. El visitante se disculpó de inmediato, aunque pareció un tanto decepcionado, lo que me impulsó a dar un paso adelante y hablarle.

—Mr. Romaine no se encuentra muy bien —dije—, y no me atrevo a pedirle que entre. Pero estoy seguro de que, si desea dar un paseo por los jardines y echarles un vistazo a las ruinas de la abadía, no habrá ningún inconveniente.

Me dio las gracias y aceptó la invitación. Recuerdo bastante bien su aspecto. Era ya de cierta edad, grueso y jovial; llevaba una larga levita abotonada hasta arriba y la cara perfectamente rasurada; y mostraba esa inveterada expresión de circunspecta humildad en los ojos que todos asociamos con la reverenda personalidad de un sacerdote.

Para mi sorpresa, pareció que, al menos hasta cierto punto, conocía el lugar. Fue directamente hacia el lúgubre lago que ya he mencionado, y se quedó mirándolo con un interés que me resultó tan incomprensible que admito que yo también me puse a contemplarlo.

Subió por la ladera del páramo y cruzó la verja que daba acceso a los jardines. Sólo que ni se fijó en todo lo que los jardineros habían hecho para que el lugar resultara atractivo. Pasó de largo junto a céspedes, arbustos y macizos de flores, y sólo se detuvo al llegar a una fuente de piedra, que, según la tradición, había sido adorno del jardín en época de los monjes. Tras examinar con meticulosidad esa

reliquia de la antigüedad, sacó una hoja de papel del bolsillo y la consultó atentamente. Quizá se tratara de un plano de la casa y los jardines, o quizá no; lo único que puedo afirmar es que tomó el sendero más corto en dirección a las ruinas de la iglesia.

Al entrar en el recinto sin techo, se quitó respetuosamente el sombrero. Me fue imposible seguirle más allá de ese punto sin incurrir en el riesgo de que me descubriera, así que me senté en una de las piedras que antaño formaron los muros de la iglesia, a la espera de que saliera. Debió de pasar su buena media hora antes de que volviera a aparecer. Me dio las gracias por mi amabilidad sin inmutarse lo más mínimo, como si hubiese esperado encontrarme en el lugar que ocupaba.

—Me ha interesado enormemente todo lo que he visto —dijo—. ¿Puedo atreverme a preguntarle algo que quizá resulte una indiscreción, viniendo de un extraño?

Yo, a mi vez, me atreví a solicitarle que desvelara su pregunta.

—Mr. Romaine es un hombre afortunado —dijo— al poseer este hermoso lugar. Es una persona joven, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y está casado?

—No.

—Perdone mi curiosidad. El propietario de Vange Abbey es de interés para cualquier persona que, como yo, se dedique a las antigüedades. Le doy otra vez las gracias. Buenos días.

Y se alejó en su tálburi. La última mirada no me la dedicó a mí, sino a la vieja abadía.

IX

Mi narración de los acontecimientos toca a su fin.

Al día siguiente regresamos al hotel de Londres. A sugerencia de Romaine, esa misma noche envié a alguien a mi casa por si había llegado alguna carta. Su mente no dejaba de pensar en el duelo: sentía una mórbida ansiedad por saber si había alguna noticia del médico francés.

Cuando el mensajero regresó con mis cartas, había membrete de Boulogne en una de ellas. Romaine me rogó que la abriera en primer lugar. La firmaba el médico.

Las primeras líneas dispararon uno de mis motivos de inquietud. Tras la encuesta oficial, las autoridades francesas habían declarado improcedente juzgar al superviviente de los duelistas. Ningún jurado, tras oír las pruebas, le encontraría culpable del único cargo que, formalmente, podía presentarse contra él: el de «homicidio con premeditación». La ley francesa no hallaba que el homicidio accidental ocurrido en un duelo fuera un delito punible. Mi corresponsal citaba muchos casos como prueba, a los que había que añadir la opinión, expresada públicamente, del ilustre Berryer ^[1] en persona. En una palabra, no teníamos nada que temer.

En la siguiente página nos informaba de que la policía había sorprendido a la comunidad de tahúres con que habíamos pasado la velada en Boulogne, y de que una vieja dama enjoyada había sido enviada a prisión acusada de regentar una casa de juego. En la ciudad se sospechaba que el general estaba más o menos directamente relacionado con ciertas circunstancias vergonzosas descubiertas por las autoridades. En cualquier caso, se había retirado del servicio activo. Él, su esposa y su familia se habían ido de Boulogne dejando muchas deudas. Hasta el momento no se había descubierto dónde se ocultaban.

Mientras le leía la carta en voz alta a Romaine, me interrumpió en la última frase.

—No deben de haberlo investigado como es debido —dijo—. Yo me encargaré de averiguarlo.

—¿Y qué interés tienes en averiguarlo? —exclamé.

—Todo el interés del mundo —respondió—. Es mi única esperanza de expiar, por poco que sea, todo el mal que les he causado a esas pobres gentes. Si la esposa y los hijos se hallan en apuros, lo que parece muy probable, quizá pueda contribuir a mitigar su angustia... anónimamente, desde luego. Dame la dirección del médico. Le daré instrucciones para que los busque a mis expensas... anunciándole sencillamente que un «amigo desconocido» desea ponerse al servicio de la familia del general.

Me pareció un acto de lo más imprudente. Y sin ambages se lo manifesté... en vano, por supuesto. Con su impetuosidad habitual, enseguida redactó la carta y esa misma noche la envió al correo.

X

En lo referente a solicitar ayuda médica (punto en el que insistí con toda mi contumacia), Romaine se mostró igual de desrazonable. Pero en este caso, las circunstancias jugaron a mi favor.

Las últimas fuerzas de lady Berrick la abandonaban. Durante nuestra estancia en Vange Abbey, la habían traído a Londres: agonizaba. En nuestro tercer día de estancia en el hotel, Romaine fue reclamado para que acudiera al lecho de muerte de su tía, y estuvo presente en su fallecimiento. La impresión que ello le produjo despertó la mejor parte de su naturaleza. Desconfiaba más de sí mismo, y se mostraba más propenso a dejarse convencer. De este talante estaba cuando recibió la visita de un viejo amigo al que profesaba un profundo afecto. La visita —en sí misma de escasa significación— condujo, como se me ha informado posteriormente, a unos hechos de gran importancia en la vida posterior de Romaine. Por esta razón relataré brevemente lo que tuvo lugar en mi presencia.

Lord Loring —personaje de cierta notoriedad social como cabeza de linaje de una vieja familia inglesa católica, y poseedor de una magnífica colección de cuadros— quedó muy preocupado por el cambio a peor que percibió en Romaine cuando le visitó en el hotel. Yo estaba presente cuando se encontraron, y me levanté para salir de la habitación, temiendo que quizá la presencia de una tercera persona incomodara a los dos amigos. Romaine me dijo que me quedara.

—Lord Loring debe saber lo ocurrido —dijo—, y yo no tengo ánimos para contárselo. Cuéntaselo todo, y si está de acuerdo contigo, consentiré en ir al médico. —Tras esas palabras, nos dejó solos.

No hay ni que decir que lord Loring estuvo de acuerdo conmigo. Fue de la opinión que el remedio moral, en el caso de Romaine, era lo más adecuado.

—Sin desoír lo que digan los médicos —dijo—, lo mejor, en mi opinión, es procurar que nuestro amigo deje de obsesionarse con todo eso. Es totalmente necesario que abandone por completo la vida solitaria que ha llevado todos estos años. ¿Por qué no se casa? La influencia de una mujer, por el simple hecho de darle un nuevo rumbo a sus pensamientos, podría conjurar esa horrible voz que le acecha. ¿O le parece que estoy abordando este caso desde un punto de vista meramente sentimental? Vea las cosas desde un punto de vista práctico, si quiere, y llegará a la misma conclusión. Con esa magnífica hacienda, y con esa fortuna que ahora heredará de su tía, su deber es casarse. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Estoy totalmente de acuerdo. Pero creo que su plan topará con grandes dificultades. A Romaine le desagrada la vida social; y, por lo que se refiere al matrimonio, su frialdad hacia las mujeres resulta (por lo que yo puedo juzgar) uno de los incurables defectos de su carácter.

Lord Loring sonrió.

—Mi querido señor, todo esto tiene fácil curación si se encuentra a la mujer adecuada.

El tono en que lo dijo me hizo pensar que ya tenía en mente a «la mujer adecuada», y me tomé la libertad de expresarlo. Enseguida reconoció que mi suposición era acertada.

—Romaine, como usted dice, no es de trato fácil —dijo—. Si cometo la más ligera imprudencia, se pondrá suspicaz, y ahí acabará mi esperanza de serle útil. Debo proceder con cautela, desde luego. ¡Por suerte, mi querido amigo, es muy aficionado a la pintura! Por lo que resulta muy natural que le invite a ver algunas recientes adquisiciones de mi colección, ¿no le parece? ¡Y ahí le tiendo la trampa! Tengo una muchacha encantadora para tentarle, que se aloja en mi casa y está un poco decaída de ánimo y de salud. En el momento adecuado, enviaré recado al piso de arriba. Y dará la casualidad de que ella aparecerá en la galería justo en el momento en que Romaine esté contemplando mis nuevos cuadros. El resto depende, claro está, de la impresión que ella le cause. Si la conociera, creo que estaría de acuerdo en que vale la pena intentar el experimento.

Como no conocía a la dama, tenía poca fe en el éxito del experimento. Nadie, sin embargo, podía dudar de la admirable devoción de lord Loring por su amigo, y con eso yo ya me daba por satisfecho.

Cuando Romaine volvió con nosotros, se decidió que visitara a un médico lo antes posible. Cuando lord Loring se dispuso a partir, le acompañé a la puerta del hotel, intuyendo que deseaba decirme algo más en privado. Al parecer, prefería conocer el resultado de la consulta médica antes de probar con el efecto de los encantos femeninos; y deseaba prevenirme de que no le hablara prematuramente a nuestro amigo de la futura visita a la galería de pintura.

Como no me interesaban especialmente los detalles de la pequeña conspiración de lord Loring, le eché un vistazo al carruaje, y admiré en silencio los dos espléndidos caballos que llevaba enjaezados. El lacayo le abrió la puerta a su amo, y entonces advertí que un caballero había acompañado a lord Loring al hotel, y le había esperado en el carruaje. El caballero se inclinó hacia delante y levantó la mirada de un libro que estaba leyendo. ¡Para mi asombro, reconocí al sacerdote grueso y jovial que había exhibido tal conocimiento de la región y había mostrado tanto interés en Vange Abbey!

Me pareció una extraña coincidencia ver al mismo hombre en Londres, y tan poco después de haberle conocido en Yorkshire. En aquel momento, eso fue todo lo que pensé. Si entonces hubiera sabido lo que sé ahora, se me habría ocurrido, por ejemplo, arrojar al sacerdote al lago de Vange, y habría contado esa circunstancia entre las decisiones más sabias de mi vida.

Pero regresando a lo que interesa de mi presente relato, estoy en condiciones de afirmar que mi papel de testigo directo de los acontecimientos toca a su fin. El día después de la visita de lord Loring, unos problemas domésticos me separaron, para mi más sincero pesar, de Romayne. Sólo me queda añadir que todos los hechos anteriormente mencionados los he relatado con el mayor sentido de la responsabilidad, y que pueden confiar sin la menor duda en que se trata de un fiel reflejo de la verdad.

JOHN PHILIP HYND
(Ex mayor del 110 Regimiento)

LA HISTORIA

LIBRO PRIMERO

Capítulo 1

Las confidencias

En una de las habitaciones del piso superior de una de las casas palaciegas sitas en el lado norte de Hyde Park, dos damas tomaban un desayuno acompañado de chismorreo.

La de más edad era lady Loring, aún en la flor de la vida; tenía el pelo dorado y los ojos azul claro, la tez delicadamente rosácea, y poseía una figura libremente desarrollada, que son algunos de los principales atractivos que suelen relacionarse con la belleza de la mujer inglesa. Su acompañante era la dama desconocida a quien el mayor Hynd había admirado durante la travesía del Canal. Era de pelo y ojos castaño oscuro; de tez perfectamente pálida, que sólo mudaba a un tenue rosa en momentos de agitación; y su figura era alta y garbosa, todavía no del todo desarrollada en sustancia y fuerza: resultaba, así, casi un completo contraste con lady Loring. Habría sido muy difícil encontrar en la misma mesa dos tipos de belleza tan distintos.

El sirviente trajo el correo de la mañana. Lady Loring le echó un rápido vistazo a la correspondencia, apartó las cartas en un montón y se sirvió una segunda taza de té.

—Esta mañana no hay nada interesante —dijo—. ¿Alguna noticia de tu madre, Stella?

La joven le entregó una carta a su anfitriona, acompañada de una leve sonrisa.

—Júzgalo tú mismo, Adelaide —respondió en un tono tan dulce y delicado que resultaba difícil resistirse a su encanto—, y dime si alguna vez han podido existir dos mujeres tan completamente distintas como mi madre y yo.

La mirada de lady Loring se deslizó sobre la carta con la misma agilidad con que había despachado su correspondencia. «Nunca, mi querida Stella, había disfrutado tanto como en esta maravillosa casa de campo: cada día somos veintisiete a la hora de cenar, sin incluir a los vecinos; también hay baile cada noche; cacería tres veces por semana; jugamos al billar y vamos al salón de fumar; y vienen todo tipo de celebridades, incluidas bellezas famosas; ¡qué vestidos!, ¡qué conversación!; aunque tampoco creas que se descuidan deberes más serios; cada domingo se celebra en la ciudad servicio religioso, con coro incluido; y por la noche, un rapsoda aficionado nos obsequia con fragmentos de *El paraíso perdido*; ¡oh, niña estúpida y cabezota!; ¿por qué pones tantas excusas y te quedas en Londres, cuando podrías estar acompañándome en este Paraíso terrenal?; ¿de verdad estás enferma?; mis saludos a lady Loring; y desde luego, si estás enferma, ve al médico; aquí todos preguntan por ti; ya suena la campanilla para la cena y todavía no he escrito ni media carta; ¿qué

voy a ponerme para cenar?; ¿por qué no estás aquí para aconsejarme?; etc.»

—Ya va siendo hora de que cambies de opinión y hagas caso a tu madre — observó lady Loring con grave ironía mientras le devolvía la carta.

—¡De ninguna manera! —dijo Stella—. Cualquier tipo de vida es mejor que el que mi madre disfruta en estos momentos. ¿Qué habría hecho, Adelaide, si no me hubieses ofrecido un feliz refugio en tu casa? Mi «Paraíso terrenal» está aquí, donde se me permite disipar mis horas dibujando y leyendo, y resignarme a mi mala salud y mi ánimo decaído sin verme arrastrada a alternar en sociedad ni (peor aún) amenazada con «consultar a un médico», algo en lo que mi madre cree a pies juntillas, siempre que no sea ella quien deba consultarlo. Ojalá me contrataras como dama de compañía y me permitieras quedarme aquí el resto de mi vida.

La viveza del rostro de lady Loring se tornó gravedad mientras Stella hablaba.

—Querida —dijo en tono amable—, sé muy bien de tu amor por la vida retirada, y cuán diferente piensas y sientes de otras muchachas de tu edad. Y lejos de mí está olvidar las tristes circunstancias que te inclinan a esta disposición de ánimo. Pero, en esta última temporada que has pasado conmigo, veo algo en ti que mi íntimo conocimiento de tu carácter no consigue explicarse. Hemos sido amigas desde que íbamos juntas a la escuela, y por entonces no teníamos secretos. Sientes un pesar, o llena tus pensamientos una aflicción, que yo ignoro. No te pido que me lo confíes; sólo te digo que lo he observado, y lo digo con todo mi corazón, Stella, te compadezco.

Lady Loring se puso en pie y, con intuitiva delicadeza, cambió de tema.

—Esta mañana voy a salir antes de lo normal —dijo—. ¿Puedo hacer algo por ti? —Cariñosamente, puso una mano sobre el hombro de Stella, esperando la respuesta. Stella tomó aquella mano y la besó con apasionado afecto.

—No me consideres una desagradecida —dijo—. Simplemente estoy avergonzada. —Hundió la cabeza en el pecho y prorrumpió en lágrimas.

Lady Loring permaneció a su lado en silencio. Conocía bien la naturaleza reservada de la muchacha, y sus esfuerzos por jamás delatar ante los demás sus dificultades y sufrimientos, excepto en momentos de violenta emoción. Ese sentimiento verdaderamente profundo que viene marcado por tan innata modestia suele hallarse con más frecuencia en los hombres. Las pocas mujeres que lo poseen carecen de los consuelos comunicativos del corazón femenino, y son las más nobles de entre su sexo, aunque también suelen ser las más desdichadas.

—¿Podrías esperar un poco antes de salir? —preguntó Stella en un susurro.

Lady Loring regresó a la silla que acababa de dejar, vaciló un instante, y a continuación la acercó más a Stella.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —dijo.

—Todo lo cerca que puedas. Hace un momento hablabas de cuando íbamos a la

escuela, Adelaide. Había algunas diferencias entre nosotras. De todas las chicas, yo era la más joven, y tú eras la mayor... o casi, si no recuerdo mal.

—Con mucho la mayor, querida. Nos llevamos diez años. ¿Pero por qué vuelves a esos años?

—Simplemente me acuerdo. Mi padre aún estaba vivo. Yo al principio le añoraba, y aquel extraño lugar me asustaba, sobre todo por hallarme entre chicas mayores. Tú me dejabas apoyar la cabeza en tu hombro, y me contabas historias. ¿Puedo apoyarme como antes, y contarte mi historia?

Ahora era ella la más serena de las dos. La mujer de más edad se quedó un poco pálida, y bajó la mirada, en silenciosa congoja, hacia la hermosa cabeza que descansaba en su hombro.

—Después de lo que he pasado —dijo Stella—, ¿crees posible que un hombre pueda volver a agitar las aguas de mi corazón, y que ese hombre sea un desconocido?

—¡Querida! Pues claro que lo creo posible. Sólo tienes veintitrés años. En el momento en que ocurrió aquel desdichado incidente eras inocente de toda culpa, y nunca debes volver a mencionarlo. Ama y sé feliz, Stella, si encuentras al hombre que sea digno de ti. Pero me asusta que digas que es un desconocido. ¿Dónde le viste?

—Volviendo de París.

—¿Viajaba en el mismo vagón que tú?

—No, fue cruzando el Canal. Había pocos viajeros en el vapor, de otro modo quizá ni me hubiese fijado en él.

—¿Habló contigo?

—Creo que ni siquiera me miró.

—Eso no dice mucho en favor de su gusto.

—No lo entiendes. O mejor dicho, no me he explicado bien. Se apoyaba en el brazo de un amigo; estaba débil, consumido y agotado por alguna larga y terrible enfermedad. Su cara tenía una dulzura angélica. ¡Qué paciencia! ¡Qué resignación! Se oye hablar a menudo de hombres que se enamoran de una mujer a primera vista. Pero una mujer que mira a un hombre y siente... ¡oh, qué vergüenza! No podía apartar los ojos de él. Si me hubiera devuelto la mirada, no sé qué habría hecho. Cuando pienso en él, me abraso. Él estaba absorto en su sufrimiento y su pesar. La última vez que le vi estábamos en el muelle, justo antes de que vinieran a recogerme. Desde entonces su imagen permanece nítida en mi corazón. Le veo en mis sueños como te veo a ti ahora. ¡No me desprecies, Adelaide!

—Querida, no sabes cuánto me interesa todo esto. ¿Crees que era de nuestra clase? Me refiero a que, por supuesto, debía de ser un caballero.

—De eso no hay duda.

—Intenta describirlo. ¿Era alto, iba bien vestido?

—No era ni alto ni bajo. Más bien delgado, de movimientos serenos y elegantes.

Vestía sencillamente, con buen gusto. ¿Cómo describirlo? Cuando su amigo le subió a bordo, se quedó a un lado del vapor, mirando pensativo el mar. Jamás, Adelaide, había visto unos ojos así en un ser humano, tan divinamente tiernos y tristes, y con ese color violeta oscuro, tan poco común y tan hermoso... demasiado hermoso para un hombre. Se quitó el sombrero durante un minuto o dos (creo que tenía fiebre), y dejó que la brisa agitara sus cabellos. Estos, de un castaño claro, se vieron teñidos de un encantador matiz rojizo. Su barba era del mismo color; corta y rizada, como las barbas de los héroes romanos que se ven en los cuadros. ¿Qué puedo esperar de un hombre que ni siquiera se fijó en mí? Pero me gustaría saber que ha recobrado la salud y la paz, y que ahora es feliz. Qué consuelo me ha proporcionado, Adelaide, poder abrirte mi corazón. Me estoy volviendo lo bastante osada como para confesarlo todo. ¿Te reirías de mí, me pregunto, si...?

Calló. Su pálida tez cobró un tenue color; apareció un brillo en sus imponentes ojos oscuros: pareció más encantadora que nunca.

—Stella, me siento más inclinada a llorar por ti que a reírme —dijo lady Loring—. Opino que hay algo muy triste en esta aventura tuya. Ojalá pudiera averiguar quién es ese hombre. ¡Aun la mejor descripción de una persona no hace justicia a la realidad!

—Pensé en mostrarte algo —prosiguió Stella— que pudiera ayudarte a verle como yo le vi. Pero eso sólo sería reconocer aún más mi propia locura.

—¡No te referirás a un retrato de él! —exclamó lady Loring.

—Todo lo que pude recordar de él —respondió tristemente Stella.

—¡Tráelo inmediatamente!

Stella salió de la habitación y regresó con un pequeño dibujo a lápiz. En cuanto lo vio, lady Loring reconoció a Romaine, y se puso en pie muy excitada.

—¡Le conoces! —gritó Stella.

Lady Loring se hallaba ahora en una incómoda tesitura. Su marido le había relatado la entrevista con el mayor Hynd, y le había mencionado su proyecto de hacer que Romaine y Stella se conocieran, tras hacerle prometer a su esposa que lo mantendría todo dentro de la más estricta reserva. Lady Loring, por tanto, se sentía obligada —y doblemente obligada, tras lo que había descubierto— a respetar el secreto que le habían confiado, ¡y ahora acababa de delatarse ante Stella! Con esa percepción sutilmente felina propia de las mujeres en los casos de subterfugio y ocultamiento, tomó una parte del total de la verdad y, sin vacilar ni un instante, respondió con total inocencia.

—Desde luego le he visto —dijo—, probablemente en alguna fiesta. Pero veo a tanta gente, y voy a tantos sitios, que necesito tiempo para consultar a mi memoria. Quizá mi marido pueda ayudarme, si no te opones a que le consulte —añadió con astucia.

Stella, aterrada, le arrebató el dibujo.

—¿No se lo irás a contar a lord Loring? —dijo.

—¡Mi querida niña! ¿Cómo puedes ser tan tonta? ¿Es que no puedo enseñarle el dibujo sin mencionarle quién lo hizo? Su memoria es mucho mejor que la mía. Si le digo: «¿Dónde conocimos a este hombre?», es posible que lo recuerde enseguida, incluso puede que se acuerde del nombre. Desde luego, si prefieres seguir en esta incertidumbre, sólo tienes que decirlo. A ti te toca decidir.

La pobre Stella cedió de inmediato. Devolvió el dibujo, y besó con afecto la representación de su amigo. Ahora que lady Loring se había asegurado la manera de consultar a su marido sin levantar sospechas, salió de la habitación.

En aquella hora de la mañana, lord Loring solía hallarse generalmente en la biblioteca o en la galería de pintura. Su mujer probó primero en la biblioteca.

Al entrar, encontró allí a una persona, aunque no la que estaba buscando. Con la larga levita abrochada hasta arriba, y rodeado de libros de todo tipo y tamaño, se hallaba sentado el sacerdote orondo y de avanzada edad que había sido objeto de la aversión del mayor Hynd.

—Ruego me disculpe, padre Benwell —dijo lady Loring—, espero no haberle interrumpido en sus estudios.

El padre Benwell se levantó e hizo una inclinación de cabeza, con una agradable sonrisa paternal.

—Sólo intento mejorar la organización de la biblioteca —dijo—. Los libros son criaturas que nos hacen mucha compañía. Para un viejo sacerdote como yo son, por decirlo así, como de la familia. ¿Puedo serle de utilidad?

—Gracias, padre. Si fuera tan amable de decirme dónde está lord Loring.

—¡Naturalmente! Hace cinco minutos estaba aquí, y ahora debe de estar en la galería. ¡Permítame!

Con una agilidad y una desenvoltura impropias de un hombre de su envergadura y edad, se dirigió al otro extremo de la biblioteca y abrió una puerta que conducía a la galería.

—Lord Loring está con sus cuadros —anunció—. Y solo. —Puso cierto énfasis en la última palabra, lo que podría dar pie o no (en el caso del director espiritual de aquella casa) a una cierta explicación.

De nuevo solo en la biblioteca, el sacerdote comenzó a caminar de un lado a otro, meditando. Su poder y determinación, en latencia hasta ese momento, comenzaron a perfilarse en su cara. Un agudo observador habría discernido ahora, claramente dibujado, el hábito de mandar y su capacidad para insistir en el derecho a ser obedecido. De pies a cabeza, el padre Benwell era de esos valiosos soldados de la Iglesia que no admiten la derrota y saben hacer buen uso de la victoria.

Después de un rato, regresó a la mesa en la que había estado escribiendo cuando

lady Loring le interrumpiera. Sobre el escritorio había una carta a medio redactar. Tomó la pluma y la completó con estas palabras: «He decidido, por tanto, poner este importante asunto en manos de Arthur Penrose. Sé que es joven, pero para compensar ese inconveniente tenemos su incorruptible honestidad y un auténtico celo religioso. No cuento con nadie mejor, y tampoco hay tiempo que perder. Recientemente, Romayne ha recibido una herencia que incrementa enormemente su fortuna. A partir de ahora será objeto de las más viles conspiraciones: los hombres intentarán hacerse con su dinero, y (peor aún) las mujeres, casarse con él. Y estos despreciables esfuerzos podrían ser obstáculos en el camino de nuestro justo propósito, a no ser que nos adelantemos a ellos. Penrose abandonó Oxford la semana pasada. Le he invitado a venir aquí, y debería llegar esta semana. Cuando le haya dado las instrucciones necesarias y haya encontrado la manera de presentarle a Romayne de la manera más favorable, tendré el honor de calibrar con precisión cuáles son nuestras perspectivas.»

Tras firmar estas líneas, dirigió la carta al «Reverendo secretario, Compañía de Jesús, Roma». Mientras la cerraba y sellaba el sobre, un sirviente abrió la puerta que comunicaba con el vestíbulo y anunció:

—Mr. Arthur Penrose.

Capítulo 2

Los Jesuitas

El padre Benwell se puso en pie y recibió a su visitante con una sonrisa paternal.

—Estoy contentísimo de verte —dijo, y tendió la mano con una mezcla tan acertada de dignidad y cordialidad que Penrose se la llevó respetuosamente a los labios. Al ser uno de los provinciales de la orden, el padre Benwell ocupaba un elevado rango entre los jesuitas. Estaba acostumbrado a las muestras de respeto que los hermanos más jóvenes ofrecían a su jefe espiritual.

—Me parece que no te encuentras muy bien —prosiguió afablemente—. Te noto la mano muy caliente, Arthur.

—Gracias, padre, pero estoy bien, como siempre.

—¿El espíritu deprimido, quizá? —insistió el padre Benwell.

Penrose lo admitió con una fugaz sonrisa.

—Nunca he sido de espíritu animoso —dijo.

El padre Benwell negó con la cabeza, desaprobando cariñosamente el estado de depresión de aquel joven.

—Esto hay que enmendarlo —observó—. Cultiva la alegría, Arthur. Yo mismo, gracias a Dios, soy un hombre de natural alegría. Mi mente refleja, hasta cierto punto (y lo refleja con agradecimiento), la luminosidad y belleza que forman parte del magnífico plan de la creación. Y mi experiencia me enseña que este talante hay que cultivarlo. Me haría muy feliz que tú procuraras hacerlo así. En sus estaciones de gozo, nuestra Iglesia es eminentemente alegre. ¿Debo añadir algo más para animarte? Se te va a confiar una misión de gran importancia. Debes ser socialmente agradable, o no justificarás esa confianza. Y hasta aquí el breve sermón del padre Benwell. Creo que tiene su mérito, Arthur; al menos el de la brevedad.

Penrose levantó la mirada hacia su superior, ansioso de oír más. Era muy joven. Sus ojos grises y grandes, reflexivos y muy abiertos, y sus modales habitualmente refinados y modestos, otorgaban cierto atractivo a su aspecto, del que andaba un tanto necesitado. Era delgado, de baja estatura; el pelo le raleaba prematuramente sobre la ancha frente; tenía las mejillas ya un tanto hundidas, y marcas a ambos lados de sus delicados labios. Parecía una persona que ha pasado muchas horas desdichadas, desesperándose innecesariamente sobre sí mismo y sobre su futuro. Pero aparte de todo esto, había algo en él genuino y sincero —que sugería, incluso ahí donde él pudiera estar equivocado, una escrupulosa fe en sus propios errores—, que le granjeaba sin esfuerzo las simpatías de los demás, y a menudo sin que él mismo fuera consciente de ello. ¿Qué habrían dicho sus amigos de haber sabido que el entusiasmo

religioso de ese joven amable, melancólico e inseguro podría, en su falta de suspicacia y egoísmo, quedar pervertido por unas manos sin escrúpulos? Todos sus amigos habrían recibido tal afirmación con desprecio; y el propio Penrose, de haberla oído, no habría conseguido controlarse por primera vez en su vida.

—¿Puedo hacerle una pregunta, sin querer ofenderle? —dijo, tímidamente.

El padre Benwell le tomó la mano.

—Mi querido Arthur, que nuestras mentes se abran la una a la otra sin reservas. ¿Cuál es esa pregunta?

—Acaba usted de mencionar, padre, que se me va a confiar una misión de gran importancia.

—Sí, y supongo que estás ansioso de saber cuál es, ¿no es eso?

—Estoy ansioso por saber, primero de todo, si eso me va a exigir volver a Oxford.

El padre Benwell soltó la mano de su amigo.

—¿No te gusta Oxford? —preguntó, observando atentamente a Penrose.

—Tenga paciencia conmigo, padre, si le hablo con demasiada franqueza. No me gusta haberme visto obligado a ocultar que soy católico y sacerdote.

El padre Benwell desestimó esa pequeña dificultad, con el aire de un hombre capaz de ser indulgente con los escrúpulos poco razonables.

—Creo, Arthur, que olvidas dos importantes consideraciones —dijo—. En primer lugar, tienes dispensa de tus superiores, lo que te absuelve de toda responsabilidad por lo que se refiere al hecho de ocultar tu condición. En segundo, la única manera de obtener información de los subrepticios progresos que hace nuestra Iglesia en la universidad es utilizarte a ti en el papel de, digamos, observador independiente. Sin embargo, si ello ha de contribuir a aquietar tu conciencia, no veo objeción a informarte de que no vas a volver a Oxford. ¿Te sientes más aliviado?

Penrose, sin duda, se sintió más aliviado: respiró con más libertad, en todos los sentidos de la palabra.

—Al mismo tiempo —prosiguió el padre Benwell—, que no haya malentendidos. En la nueva esfera de actuación que he dispuesto para ti, no sólo serás libre de reconocer que eres católico, sino que será absolutamente necesario que lo hagas. Pero seguirás vistiendo como un caballero inglés normal y corriente, y manteniendo el más estricto secreto con respecto a tu sacerdocio, hasta que yo te avise de lo contrario. Ahora, querido Arthur, lee este documento. Es el necesario prefacio a todo lo que tengo que decirte.

El «documento» lo constituían unas cuantas páginas manuscritas que relataban la historia de Vange Abbey desde sus comienzos, en la época de los monjes, y las circunstancias en las cuales la propiedad fue confiscada para uso laico en época de Enrique VIII. Penrose le devolvió aquellas páginas, expresando con vehemencia su simpatía por los monjes y su aversión al rey.

—Tranquilízate, Arthur —dijo el padre Benwell, con una agradable sonrisa—. No vamos a permitir que Enrique VIII siga saliéndose con la suya hasta el fin de los tiempos.

Penrose miró a su superior con total perplejidad. El padre Benwell le hurtó, por el momento, más información sobre el tema.

—Cada cosa a su tiempo —prosiguió el padre Benwell—, aún no ha llegado la hora de la explicación. Primero quiero mostrarte algo más. Una de las reliquias más interesantes de Inglaterra. Observa.

Abrió una caja de caoba, y le mostró unos escritos en vitela, evidentemente muy antiguos.

—Ya has tenido tu ración de sermón —dijo—. Y ahora tendrás tu ración de historia. Sin duda habrás oído hablar de Newstead Abbey, famosa entre los lectores de poesía por haber sido la residencia de lord Byron. ¡El rey Enrique le dio el mismo trato a Newstead que a Vange Abbey! Hace muchos años, el lago Newstead fue dragado, y el facistol de bronce en forma de águila de la vieja iglesia fue rescatado de las aguas donde había permanecido durante siglos. En el cuerpo del águila se descubrió un pequeño receptáculo que ocultaba los antiguos títulos de propiedad de la abadía. Los monjes habían adoptado ese método para ocultar las pruebas legales de sus derechos y privilegios, con la esperanza —vana esperanza, no hay ni que decirlo— de que llegara una época en que la justicia les devolviera la propiedad que se les había hurtado. Y así fue como el verano pasado, uno de nuestros obispos, prelado de una diócesis del norte, le habló de tales circunstancias a un amigo católico y muy devoto, y le mencionó la posibilidad de que los monjes de Vange hubieran imitado las precauciones tomadas por los monjes de Newstead. Ese amigo, debo decirte, se mostró entusiasmado con esa posibilidad. Sin decirle nada al obispo (cuya posición y cuyas responsabilidades estaba obligado a respetar), confió aquella noticia a algunas personas de cuya lealtad no tenía duda alguna. Una noche (en ausencia del actual propietario, o, diría yo más bien, del actual usurpador de la propiedad), el lago de Vange fue dragado en secreto, y resultó que la conjetura del obispo era acertada. Lee estos valiosos documentos. Conociendo tu estricto sentido del honor, hijo mío, y lo compasivo de tu conciencia, espero que estas pruebas irrefutables te convencan de que las tierras de Vange son propiedad de la Iglesia.

—No me cabe la menor duda.

—¿Está claro el derecho de la Iglesia sobre la propiedad?

—Tan claro, padre, como pueden expresarlo las palabras.

—Muy bien. Ahora guardaremos los documentos. La confiscación arbitraria, Arthur, aun por parte del rey, no puede pasar por encima de la ley. Lo que la Iglesia poseyó legalmente antaño, tiene derecho a recuperarlo. ¿Tienes alguna duda?

—Mi única duda es cómo puede recuperarlo la Iglesia. En este caso concreto,

¿qué se puede esperar de la ley?

—Nada en absoluto.

—Y sin embargo, padre, habla usted como si existiera alguna perspectiva de restitución de la propiedad. ¿Cómo se puede conseguir esa restitución?

—Por métodos pacíficos y nobles —respondió el padre Benwell—. Mediante la honorable devolución a la Iglesia de la propiedad confiscada por parte de la persona que ahora es propietaria de ella.

Penrose estaba sorprendido e interesado.

—Y esa persona, ¿es católica? —preguntó con vivo interés.

—Todavía no. —El padre Benwell puso un fuerte énfasis en esas dos palabras. Sus dedos gruesos tamborileaban inquietos sobre la mesa; sus ojos vigilantes se posaron expectantes en Penrose—. Estoy seguro de que me has entendido, Arthur —añadió, tras unos momentos.

Las mejillas chupadas de Penrose, lentamente, subieron de color.

—Me temo que le comprendo —dijo.

—¿Por qué dices «me temo»?

—Porque creo que quien comprende no es la parte más noble de mi entendimiento, sino, me temo, padre, mi vanidad y mi presunción.

El padre Benwell se reclinó placenteramente en su butaca.

—Me gusta tu modestia —dijo con un glotón chasquido de labios, como si la modestia le resultara un manjar—. En tu humildad, Arthur, hay un poder de la mejor cualidad que te honra. Estoy más convencido que nunca de que he acertado al elegirte como merecedor de esta importantísima responsabilidad. Creo que la conversión del propietario de Vange Abbey, en tus manos, no es sino cuestión de tiempo.

—¿Puedo preguntar cómo se llama?

—Desde luego. Su nombre es Lewis Romaine.

—¿Cuándo va a presentármelo?

—Imposible decirlo. Ni siquiera me lo han presentado a mí.

—¿No conoce a Mr. Romaine?

—Nunca le he visto.

Tan desalentadoras respuestas fueron hechas con la perfecta compostura de un hombre que veía claramente el camino a seguir. Hundiéndose en una perplejidad cada vez más profunda, Penrose se aventuró a formular una última pregunta.

—¿Cómo voy a abordar a Mr. Romaine? —preguntó.

—Sólo puedo responder a eso, Arthur, depositando aún más en ti mi confianza. No me es grato —dijo el reverendo caballero, con toda humildad— hablar de mí mismo. Pero no me queda otro remedio. ¿Tomamos un poco de café para que nos ayude a transitar por el inminente resumen de la autobiografía del padre Benwell? ¡No estés tan serio, hijo mío! Cuando la ocasión lo justifica, hay que tomarse la vida

a la ligera. —Hizo sonar la campanilla y pidió el café, como si fuera el amo de la casa. El criado le trató con el más escrupuloso respeto. Mientras esperaban, canturreó una melodía, y también habló del tiempo—. ¿Quieres mucho azúcar, Arthur? —preguntó cuando hubieron traído el café—. ¡No! Aunque sea en menudencias, me habría alegrado percibir que había una perfecta simpatía entre nosotros. A mí me gusta con mucho azúcar.

Tras endulzar su café, dedicándole una gran concentración al proceso, se sintió a sus anchas para instruir a su amigo. Lo hizo con tanta desenvoltura y humor que un hombre con mucha menos paciencia que Penrose habría escuchado con interés.

Capítulo 3

La Presentación a Romaine

—A excepción de mi trabajo en la biblioteca —comenzó el padre Benwell— y alguna interesante conversación con lord Loring, a la que aludiré de inmediato, en esta casa soy casi tan forastero como tú, Arthur. Cuando el asunto que ahora tenemos entre manos se planteó seriamente por primera vez, tuve el honor de conocer personalmente a lord Loring. También me enteré de que era íntimo amigo de Romaine. En tales circunstancias, consideramos que lord Loring era el perfecto intermediario para acercarnos al propietario de Vange Abbey sin despertar recelos. En consecuencia, se me encargó el deber de ser habitual de esta casa. Para ello, el director espiritual de lord Loring fue destinado a una cura de almas en Irlanda. ¡Y aquí estoy yo en su lugar! Por cierto, cuando estemos en presencia de visitas, no me trates con ninguna señal especial de respeto. En casa de lord Loring no soy provincial de la orden, sino un clérigo de categoría inferior.

Penrose le miró con admiración.

—Ese es un gran sacrificio, padre, en vuestra posición y a vuestra edad.

—En absoluto, Arthur. Una posición de autoridad siempre conlleva ciertas tentaciones para el orgullo. Considero este cambio una lección de humildad que es buena para mí. Lady Loring, por ejemplo (y lo veo claramente) desconfía de mí y me tiene aversión. También, hace poco, ha llegado una joven de visita. Es protestante, con todos los prejuicios inherentes a esa manera de pensar, por lo que me evita con tanto ahínco, pobre alma, que aún no la he visto. Estos rechazos, a un hombre que ha ocupado un rango elevado y con poder, le resultan saludables recordatorios de su falible naturaleza humana. Además, han surgido obstáculos en mi camino que han producido un excelente efecto para estimular mis energías. ¿Cuál es tu actitud, Arthur, cuando un obstáculo te sale al paso?

—Hago todo lo posible por apartarlo, padre. Aunque a veces perciba cierta sensación de desánimo.

—Curioso —dijo el padre Benwell—, lo único que yo percibo es una sensación de impaciencia. ¿Qué derecho tiene un obstáculo a interponerse en mi camino? Así es como yo lo veo. Por ejemplo, lo primero que oí, cuando llegué a esta casa, fue que Romaine se había ido de Inglaterra. Así que las presentaciones se pospusieron indefinidamente, por lo que tuve que recurrir a lord Loring para que me informara de todo lo que quería saber referente al hombre y sus costumbres. ¡He ahí otro obstáculo! Al no vivir en la casa, me vi obligado a buscar cualquier pretexto para venir, y aprovechar así cualquier momento de ocio de milord para hablar con él. Me

sentaba en esta habitación y me decía: «¡Antes de que vuelva a levantarme, pienso apartar todos estos impertinentes obstáculos de mi camino!» El estado de la biblioteca sugirió la idea que estaba buscando. Antes de abandonar la casa, se me encargó la reordenación de los libros. A partir de ese momento he ido y venido a mis anchas. Siempre que lord Loring estaba dispuesto a charlar, ahí estaba yo para encauzar la conversación a mi conveniencia. ¿Y cuál es el resultado? En la primera ocasión en que Romayne se presente, podré hacer que te conviertas en su inseparable compañero. Y todo se debe, Arthur, en primer lugar, a mi impaciencia con los obstáculos. Divertido, ¿no crees?

Quizá Penrose carecía de sentido del humor. En lugar de divertido, parecía ávido de más información.

—¿En calidad de qué voy a ser compañero de Mr. Romayne? —preguntó.

El padre Benwell se sirvió otra taza de café.

—Supón que primero te cuento —sugirió— por qué las circunstancias nos presentan a Romayne como un sujeto prometedor para la conversión. Es joven, aún soltero; no le ata ninguna relación ilícita; es romántico, sensible y muy cultivado. No tiene parientes cercanos que puedan influirle; y, de eso estoy seguro, la propiedad no está vinculada. Durante los últimos años se ha dedicado a los libros, y está recogiendo material para una obra de amplia envergadura sobre el origen de las religiones. Alguna profunda aflicción o remordimiento, lord Loring no mencionó de qué se trata, ha afectado seriamente a su sistema nervioso, ya perjudicado por el estudio nocturno. Añade a todo esto, que ahora se halla a nuestro alcance. Recientemente ha regresado a Londres, y vive solo en un hotel. Por alguna razón que ignoro, se mantiene alejado de Vange Abbey, el lugar más adecuado, habría dicho yo, para un estudioso.

Penrose comenzó a parecer interesado.

—¿Ha estado en la abadía? —dijo.

—No hace mucho hice una pequeña excursión a esa parte de Yorkshire. Un viaje muy agradable, si dejamos aparte los dolorosos pensamientos que provoca la ruina y profanación de un lugar sagrado. No hay duda de que la propiedad es rentable. Conozco el valor de la parte productiva de la finca, que se extiende hacia el sur, lejos del erial que rodea la casa. Pero volvamos por un momento a Romayne, y a tu posición como futuro compañero suyo. Ha hecho que le envíen los libros que tenía en Vange, y está convencido de que proseguir sus estudios es el mejor remedio a sus desdichas, sean cuales sean. A sugerencia de lord Loring, el otro día se celebró una consulta con varios médicos sobre el caso.

—¡Tan enfermo está! —exclamó Penrose.

—Eso parece —replicó el padre Benwell—. Lord Loring permanece en un misterioso mutismo en relación a esa enfermedad. De lo que me contó de esa visita

médica, deduje algo que puede serte de interés. Los médicos protestaron en contra de que siguiera dedicado a sus estudios. Pero él es demasiado obstinado como para escucharles. Sólo consiguieron arrancarle una concesión: consintió en permitirse, hasta cierto punto, la ayuda de un amanuense. Lord Loring quedó encargado de buscar a ese hombre. Lord Loring me consultó; incluso se me invitó a aceptar el puesto yo mismo. ¡Cada uno en su propia esfera, hijo mío! La persona que convierta a Romaine debe ser lo suficientemente joven y flexible como para ser su amigo y compañero. Y aquí entras tú, Arthur: tú eres el futuro amanuense. ¿Qué te parece la perspectiva?

—¡Le ruego me perdone, padre! Temo ser indigno de la confianza que deposita en mí.

—¿En qué sentido?

Penrose contestó con humildad no fingida.

—Temo defraudar su fe en mí —dijo—, a no ser que realmente crea que estoy convirtiendo a Mr. Romaine por el bien de su propia alma. Por muy justa que sea la causa, la restitución de una propiedad de la Iglesia no me parece motivo suficiente para convencer a nadie de que cambie de religión. Es tan importante la responsabilidad que deposita en mí, que me hundiré bajo esa carga a menos que ponga todo mi corazón en el empeño. Si, la primera vez que vea a Mr. Romaine, me seduce su persona, si me conquista, poco a poco, hasta que consiga amarle como un hermano, entonces sí puedo prometerle que su conversión será el objetivo máspreciado de mi vida. Pero si no se da esa íntima simpatía entre nosotros, y perdone que se lo diga tan llanamente, le suplico que prescinda de mí, y encomiende esa tarea a otra persona.

Su voz tembló; los ojos se le humedecieron. El padre Benwell manejó la creciente emoción de su joven amigo con la destreza de un hábil pescador capaz de amoldarse a los coletazos de un pez vivo

—¡Mi buen Arthur! —dijo—. He visto mucha, muchísima gente egoísta. Me resulta reconfortante oírte, como un trago de agua fresca para un hombre sediento. Al mismo tiempo, déjame decirte que, en tu inocencia, estás poniendo dificultades que no existen. Ya te he mencionado que es totalmente imprescindible que Romaine y tú seáis amigos. ¿Y cómo es eso posible, a no ser que se dé entre ambos precisamente esa simpatía que tan bien has descrito? Soy un hombre optimista, y creo que os caeréis bien. Espera a verle.

Y mientras esas palabras salían de sus labios, se abrió la puerta que comunicaba con la galería de pintura. Lord Loring entró en la biblioteca.

Echó un rápido vistazo a su alrededor, al parecer buscando a alguien. Una sombra de enojo le cubrió la cara, pero desapareció de inmediato mientras saludaba a los dos jesuitas con una inclinación de cabeza.

—No dejen que les interrumpa —dijo, mirando a Penrose—. ¿Es este el caballero que a va ayudar a Mr. Romaine?

El padre Benwell presentó a su joven amigo.

—Arthur Penrose, milord. Me atreví a sugerirle que hoy se pasara por aquí, en caso de que usted deseara formularle alguna pregunta.

—Algo del todo innecesario, tras su recomendación —respondió lord Loring muy cortésmente—. Mr. Penrose no podría haber venido en un momento más adecuado. Resulta que Mr. Romaine ha venido hoy a visitarnos. Está en la galería de pintura.

Los sacerdotes cambiaron una mirada. Tras esas palabras, lord Loring se separó de ellos. Se dirigió a la puerta que había al otro lado de la biblioteca, la abrió, recorrió con la mirada el vestíbulo, las escaleras y regresó, de nuevo con esa fugaz expresión de enojo.

—Acompañenme a la galería, caballeros —dijo—, me alegrará presentarles a Mr. Romaine.

Penrose aceptó la proposición. El padre Benwell señaló con una sonrisa los libros esparcidos a su alrededor.

—Con su permiso, iré dentro de unos momentos —dijo.

«¿A quién estaba buscando?» Esa era la pregunta que estaba en la mente del padre Benwell mientras colocaba algunos libros en los estantes y recogía los papeles desperdigados sobre la mesa, y relacionados con su correspondencia con Roma. Había adquirido el hábito de mostrarse suspicaz ante cualquier circunstancia que ocurriera dentro de su campo de observación, y era incapaz de explicar el motivo. Quizá hubiese sentido alguna emoción más intensa, en aquel momento, de haber sabido que la conspiración de la biblioteca para convertir a Romaine al catolicismo iba acompañada de otra en la galería de pintura con la finalidad de casarle.

El relato de lady Loring referente a la conversación que había tenido lugar entre ella y Stella había animado a su marido a poner en práctica su experimento sin más dilación.

—Ahora mismo voy a enviar una carta al hotel de Romaine —dijo.

—¿Invitándole a venir hoy? —preguntó lady Loring.

—Sí. Le diré que deseo su consejo sobre un cuadro. ¿Hemos de preparar a Stella para verle? ¿O crees más acertado que el encuentro la coja por sorpresa?

—¡Desde luego que no! —dijo lady Loring—. Con lo sensible que es, me dan miedo las consecuencias de esa sorpresa. Deja sólo que le diga que Romaine es la persona que dibujó, y que es posible que hoy venga a ver un cuadro... del resto me encargo yo.

La sugerencia de lady Loring fue llevada a cabo de inmediato. En un primer arrebato de nerviosismo, Stella declaró que aquel día no se veía con el valor

suficiente para conocer a Romaine. Después de tranquilizarse, cedió ante la pretensión de lady Loring de que le prometiera que, cuando menos, la seguiría hasta la galería.

—Si bajo contigo —dijo—, dará la impresión de que todo estaba preparado. Y la sola idea me resulta intolerable. Déjame entrar sola, como por accidente.

Lady Loring consintió en seguir ese plan, y cuando se anunció la visita de Romaine se dirigió sola a la galería. Pero pasaban los minutos y Stella no aparecía. Era muy posible que no se atreviera a presentarse abiertamente en la entrada principal de la galería, y prefiriera deslizarse en silencio por la puerta de la biblioteca —sobre todo si ignoraba la presencia allí del sacerdote—. Al comprobar si así había sido, y no encontrarla, lord Loring había descubierto a Penrose, precipitando así que el padre Benwell le presentara al joven jesuita.

Tras recoger sus papeles, el padre Benwell cruzó la biblioteca en dirección a un amplio mirador que iluminaba la habitación y abrió su maletín, que estaba sobre una pequeña mesa. Desde aquel lugar, nadie que entrara en la biblioteca por la puerta del vestíbulo podía verle. Había colocado los papeles en el interior del maletín, y acababa de cerrarlo con llave cuando oyó que la puerta se abría lentamente.

Un instante después, oyó el susurro de un vestido de mujer. Otro quizá hubiese salido del mirador, pero el padre Benwell se quedó donde estaba, y esperó a que la mujer se adentrara en su campo de visión.

El sacerdote observó con fría atención aquellos ojos y cabellos hermosos y oscuros, los rápidos cambios de color de su tez, la modesta gracia de sus movimientos. Lentamente, y con evidente nerviosismo, la joven avanzó hacia la puerta de la galería, y entonces se detuvo como si temiera abrirla. El padre Benwell la oyó pronunciar, en un leve suspiro, las siguientes palabras: «Oh, debo conocerle?» Se volvió hacia el espejo que había sobre la chimenea. El reflejo de su encantadora cara pareció insuflarle valor. Retomó sus pasos y tímidamente abrió la puerta. Lord Loring debía de estar cerca en ese momento. Su voz llenó la biblioteca.

—¡Vamos, Stella, entra! Hay un cuadro que quiero que veas; y un amigo que quiero presentarte, y que también deseo que sea amigo tuyo... Mr. Lewis Romaine.

La puerta volvió a cerrarse. El padre Benwell se quedó en el mirador quieto como una estatua, la cabeza gacha, absorto en sus pensamientos. Al cabo de unos momentos pareció reaccionar, y se dirigió veloz al escritorio. Con una brusquedad que poco casaba con su habitual lentitud de movimientos, agarró una hoja de papel y, con un marcado ceño, escribió estas líneas: «Desde que mi carta fue sellada, he hecho un descubrimiento que debo comunicar sin pérdida de tiempo. Mucho me temo que una mujer se interponga en nuestro camino. Permítame combatir este obstáculo igual que he combatido todos los demás. Mientras tanto, el plan sigue en marcha. Penrose ha recibido las primeras instrucciones, y hoy ha sido presentado a Romaine».

En el sobre escribió una dirección de Roma, al igual que en la anterior.
—¡Y ahora a por la mujer! —se dijo, y abrió la puerta de la galería de pintura.

Capítulo 4

El padre Benwell golpea

El arte conlleva sufrimientos, pero también recompensas. No consigue imponerse a los sórdidos intereses de la vida cotidiana. El libro más importante jamás escrito, el cuadro más hermoso jamás pintado, apelan en vano a mentes inmersas en preocupaciones secretas y egoístas. Al entrar en la galería de lord Loring, el padre Benwell se encontró con que sólo una persona contemplaba aquellos cuadros sin segundas intenciones.

Romayne, carente de cualquier suspicacia en relación al conflicto de intereses de que era origen, estudiaba concienzudamente el cuadro que había servido de pretexto para invitarle a la casa. Había saludado a Stella, admirando discretamente su belleza, había estrechado la mano de Penrose y había intercambiado unas amables palabras con su futuro secretario; y a continuación había vuelto a dedicar toda su atención al cuadro, como si Stella y Penrose hubieran abandonado su pensamiento.

—En tu lugar —le dijo a lord Loring—, yo no compraría esta obra.

—¿Por qué no?

—Adolece de un grave defecto, el mismo que afecta a casi todos los pintores ingleses de ahora. Una falta total de reflexión a la hora de abordar el tema, disimulado por una buena técnica en el manejo del pincel. Una vez vista una obra de este pintor, vistas todas. No pinta cuadros, los fabrica.

El padre Benwell entró mientras Romayne hablaba. Procedió a las presentaciones con total cortesía, aunque un poco ausente. Lo que más le preocupaba ahora era confirmar las sospechas que la presencia de Stella había despertado. Sin esperar a que les presentaran, se volvió hacia ella con ese aire de paternal interés y casta admiración que tan bien sabía asumir en sus diálogos con las mujeres.

—¿Puedo preguntarle si está de acuerdo con la opinión de Mr. Romayne respecto a ese cuadro? —dijo su tono más afable.

Stella había oído hablar de él, y de la posición que ocupaba en la casa. Fue del todo innecesario que lady Loring le susurrara: «Es el padre Benwell, querida». Su antipatía le identificó con la misma presteza con que su simpatía hubiese identificado a un hombre que causara en ella una favorable impresión.

—No tengo pretensiones de crítico —dijo Stella, con fría cortesía—. Lo único que sé es lo que personalmente me gusta o no.

La respuesta respondía exactamente al propósito del padre Benwell. Desvió su atención de Romayne y la centró en Stella. El sacerdote tenía ahora la oportunidad de leer sus caras mientras se miraban.

—Creo que acaba usted de expresar el auténtico origen de toda crítica —le dijo Romaine a Stella—. Cuando expresamos nuestra opinión de un cuadro o un libro en una conversación, o cuando la formulamos con toda prolijidad y con la autoridad que confiere la letra impresa, en ambos casos estamos hablando de lo que personalmente nos agrada o nos repugna. Mi pobre opinión de este cuadro sólo indica que no me dice nada. ¿Le dice algo a usted?

Sonrió amablemente al hacer esa pregunta, pero ni sus ojos ni su voz traicionaron ninguna emoción. Aliviado de su angustia, por lo que a Romaine se refería, el padre Benwell miró a Stella.

Aunque Stella procuraba controlarse, la confesión del secreto que anidaba en su corazón fluyó hacia su rostro. La expresión fría y serena que le había mostrado al sacerdote se derritió lentamente bajo la influencia de la voz y el aspecto de Romaine. Sin cambiar realmente de color, su delicada piel cobró un ligero brillo, como si la animara algún calor interior. Sus ojos y sus labios resplandecieron con una nueva vitalidad; su figura frágil y elegante pareció, de manera imperceptible, cobrar fuerza y expandirse, como el pétalo de una flor en un ambiente soleado y propicio. Cuando respondió a Romaine (dándole la razón, no hay ni que decirlo), había una tierna convicción en su tono, invitándole tímidamente a seguir hablándole y a seguir mirándola, hecho que habría revelado la verdad al padre Benwell en caso de que, en aquel momento, no hubiese podido verle la cara. Confirmadas sus sospechas en relación a Stella, la siguiente mirada de suspicacia la dirigió a lady Loring, y en sus honestos ojos azules descubrió una evidente complicidad con Stella.

Lady Loring retomó la discusión sobre aquel cuadro tan poco afortunado, pues juzgaba las opiniones de Romaine y Stella innecesariamente severas. Lady Loring, como de costumbre, estaba de acuerdo con su marido. Mientras proseguía aquella discusión, el padre Benwell le habló a Penrose, hasta entonces testigo silencioso de aquel debate artístico.

—¿Has visto el cuadro que Gainsborough pintó de lady Loring? —le preguntó. Y sin esperar respuesta, cogió a Penrose del brazo y se lo llevó hacia ese cuadro, que poseía el mérito adicional de, en las actuales circunstancias, hallarse al otro extremo de la galería.

—¿Qué te parece Romaine? —El padre Benwell planteó la pregunta en una voz baja y perentoria, cargada de impaciencia.

—Me parece un hombre interesante —dijo Penrose—. Parece tan enfermo tan triste, y me ha hablado con tanta amabilidad...

—Abreviando —le interrumpió el padre Benwell—, que Romaine te ha producido una favorable impresión. Pues ahora eres tú quien debe causarle a Romaine una impresión favorable.

Penrose suspiró.

—Aunque ponga la mejor voluntad para hacerme agradable a la gente que aprecio, no siempre lo consigo —dijo—. En Oxford solían decirme que era tímido... y me temo que eso es algo que va en contra mía. ¡Ojalá tuviera el don de gentes que usted posee, padre!

—¡Eso déjame a mí, hijo! ¿Todavía hablan del cuadro?

—Sí.

—Hay algo más que quiero decirte. ¿Te has fijado en esa joven?

—Me parece muy hermosa... aunque un poco fría.

—Cuando tengas mi edad —dijo— sabrás que, en cuestión de mujeres, no hay que fiarse de las apariencias. ¿Sabes qué pienso de ella? Que es guapa, desde luego... y peligrosa.

—¡Peligrosa! ¿En qué sentido?

—Esto es confidencial, Arthur. Está enamorada de Romaine. ¡Espera un momento! Y lady Loring (a no ser que yo ande totalmente equivocado) lo sabe y lo aprueba. La hermosa Stella podría destruir todas nuestras esperanzas, a menos que mantengamos a Romaine alejado de ella.

Esas palabras fueron susurradas con una seriedad y una agitación que sorprendió a Penrose. La ecuanimidad de su superior no era fácil de desbaratar.

—¿Está seguro de lo que dice, padre? —preguntó Penrose.

—Estoy seguro del todo, de lo contrario no habría dicho nada.

—¿Cree que Mr. Romaine le corresponde?

—Por suerte, todavía no. Debes utilizar tu influencia sobre él para... ¿cómo se llama esa joven? Me refiero a su apellido.

—Eyre court. Miss Stella Eyre court.

—Muy bien. Debes utilizar tu influencia (cuando estés del todo seguro de tener influencia) para que Mr. Romaine se mantenga alejado de miss Eyre court.

Penrose pareció azorarse.

—Temo no saber hacer tal cosa —dijo—. Pero, como ayudante suyo, será natural que le anime a centrarse en sus estudios.

Pensara lo que pensara el padre Benwell de la respuesta de Arthur, la recibió con aparente indulgencia.

—Lo que viene a ser lo mismo —dijo—. Además, cuando obtenga la información que deseo (y que esto quede estrictamente entre nosotros), quizá sirva para poner algunos obstáculos en el camino de esa joven.

Penrose se sobresaltó.

—¡Información! —repitió—. ¿Qué información?

—Antes de que te conteste, dime una cosa —dijo el padre Benwell—. ¿Qué edad crees que tiene miss Eyre court?

—No soy un buen juez en estas cuestiones. ¿Entre veinte y veinticinco años?

—Pongamos que esa es su edad, Arthur. En años anteriores, he tenido la oportunidad de estudiar, en el confesionario, el carácter femenino. ¿Puedes imaginar lo que me dice mi experiencia de miss Eyrecourt?

—A fe mía que no.

—Pues mi experiencia me dice que una joven no se enamora por primera vez entre sus veinte y veinticinco años. Si encuentro a la persona capaz de informarme, puede que haga algunos descubrimientos interesantes en relación al pasado de miss Eyrecourt. Y nada más, por ahora. Más vale que regresemos con nuestros amigos.

Capítulo 5

El padre Benwell falla

El grupo que había ante el cuadro objeto de discusión se había disuelto. En una parte de la galería, lady Loring y Stella intercambiaban susurros en un sofá. En otra, lord Loring hablaba en privado con Romaine.

—¿Crees que te gustará Mr. Penrose? —preguntó lord Loring.

—Por lo que he visto hasta ahora, creo que sí. Parece un joven discreto e inteligente.

—Pareces enfermo, mi querido Romaine. ¿Has vuelto a oír esa voz que te persigue?

Romaine respondió con evidente renuencia.

—No sé por qué —dijo—, pero durante toda la mañana he experimentado el temor a volver a oírla. A decir verdad, vine a esta casa con la esperanza de que un cambio pudiera aliviarme.

—¿Y ha sido así?

—Hasta ahora sí.

—¿Y eso no te sugiere, amigo mío, que te iría bien un cambio aún mayor?

—¡No me hagas preguntas sobre eso, Loring! Puedo soportar este sufrimiento, pero odio hablar de ello.

—Hablemos de otra cosa, entonces —dijo lord Loring—. ¿Qué opinas de miss Eyrecourt?

—Notable rostro, lleno de expresión y carácter. Leonardo hubiera hecho un noble retrato de ella. Pero hay algo en su comportamiento... —Hizo una pausa, poco deseoso o incapaz de acabar la frase.

—¿Se trata de algo que no te gusta? —sugirió lord Loring.

—No, se trata de algo que no entiendo. No es normal encontrar esa turbación en una mujer de buena cuna. Y sin embargo pareció turbarse cuando me habló. Quizá no le causé muy buena impresión.

Lord Loring se echó a reír.

—En cualquier otro, Romaine, llamaría a eso afectación.

—¿Por qué? —preguntó bruscamente Romaine.

Lord Loring le miró con auténtica sorpresa.

—Mi querido amigo, ¿de verdad crees ser el tipo de hombre que a primera vista no le causa buena impresión a una mujer? Por una vez en la vida, ten la debilidad de hacerte justicia... y busca una explicación convincente a la turbación de miss Eyrecourt.

Por primera vez desde que hablara con su amigo, Romaine se volvió hacia Stella. Inocentemente, la encontró mirándole. Una mujer de menos edad o de carácter más débil hubiera desviado la mirada. La noble cabeza de Stella se inclinó; bajó los ojos lentamente sobre las manos largas y blancas que tenía sobre el regazo. Durante un momento, Romaine la contempló con entera atención. Salió del trance y le habló a lord Loring en voz baja.

—¿Hace tiempo que conoces a miss Eyrecourt?

—Es la más antigua y querida amiga de mi mujer. Creo, Romaine, que te interesarías más por Stella si la vieras más a menudo.

Romaine inclinó la cabeza en silente sumisión al profético comentario de lord Loring.

—Echemos un vistazo a los cuadros —dijo imperturbable.

Mientras recorría la galería, se topó con los dos sacerdotes. El padre Benwell vio la oportunidad de ayudar a Penrose a causar buena impresión.

—Perdone la curiosidad de un viejo estudiante, Mr. Romaine —dijo con voz agradable y desenfadada—. Lord Loring me dice que ha mandado llevar todos sus libros a un hotel de Londres. ¿Le parece un lugar propicio para el estudio?

—Es un hotel muy tranquilo —respondió Romaine—, y conocen mis costumbres. —Se volvió hacia Arthur—. Tengo mis propias habitaciones —prosiguió—, y una de ellas está a su entera disposición. Antes disfrutaba de la soledad de mi casa en el campo. Pero recientemente mis gustos han cambiado. Ahora hay veces en que me resulta un alivio contemplar la vida en las calles. Aunque estemos en un hotel, puedo prometerle que no habrá interrupciones en los momentos en que, amablemente, ponga su pluma a mi disposición.

El padre Benwell respondió antes de que Penrose pudiera hablar.

—Es posible que no sólo la pluma de mi joven amigo, sino también su memoria, le sea de utilidad, Mr. Romaine. Penrose ha estudiado en la Biblioteca Vaticana. Si sus lecturas le llevan en esa dirección, él es uno de los mejores conocedores de los viejos y raros manuscritos que tratan de los inicios de la historia del cristianismo.

Esta sutilísima referencia a la obra que Romaine proyectaba sobre «El origen de las religiones» produjo su efecto.

—Será un placer, Mr. Penrose, hablar con usted de esos manuscritos —dijo Romaine—. Puede que haya copias de algunos en el Museo Británico. ¿Sería mucho pedir preguntarle si está libre esta mañana?

—Estoy por completo a su servicio, Mr. Romaine.

—Si es usted tan amable de pasarse por mi hotel dentro de una hora, ya habré repasado mis notas y le tendré preparada una lista de títulos y fechas. Esta es la dirección.

Tras estas palabras, Romaine fue a despedirse de lady Loring y de Stella.

El padre Benwell era un hombre de extraordinaria intuición, pero no era infalible. Al ver que Romaine estaba a punto de dejar aquella casa, y con la sensación de haber allanado el camino para el amanuense de Romaine, demasiado pronto dedujo que no había motivo para permanecer en la galería. Además, podía aprovechar el tiempo que faltaba hasta que Penrose se presentara en el hotel para darle algunos consejos referentes a cómo encauzar sus conversaciones con Romaine para que resultaran provechosas para su conversión. Y así fue que puso una excusa plausible y regresó a la biblioteca con Penrose, con lo que cometió (como descubriría posteriormente) uno de los pocos errores en el largo historial de su vida.

Mientras tanto, lady Loring no permitió que Romaine diera por concluida su visita sin una cariñosa reprimenda. Lo sentía por Stella, con esa entusiasta devoción femenina hacia los intereses del verdadero amor; y había resuelto firmemente que no podía permitir que una cuestión tan trivial como el cultivo de la inteligencia de Romaine se interpusiera en la empresa muchísimo más importante de abrir su corazón a la influencia del sexo.

—Quédate y almuerza con nosotros —dijo, cuando él le tendió la mano para despedirse.

—Gracias, pero ya sabes que nunca almuerzo.

—Bueno, pues ven a cenar con nosotros. Nada de invitados, sólo nosotros. Mañana y pasado no tenemos ningún compromiso. ¿Qué día te va bien?

Romaine seguía resistiéndose.

—Eres muy amable. Con mi salud, no me siento muy dispuesto a aceptar compromisos que quizá no sea capaz de mantener.

Pero lady Loring era tan obstinada como él. Apeló a Stella.

—Mr. Romaine insiste, querida, en darme largas. A ver si tú eres capaz de convencerle.

—No creo tener ninguna influencia en él, Adelaide.

El tono de aquella respuesta hizo mella en Romaine. Se la quedó mirando. Los ojos de Stella, al encontrarse gravemente con los suyos, le sumieron en una extraña fascinación. Ella no era consciente de cuán abiertamente asomaba a su semblante, en aquel momento, todo lo que era noble y auténtico en su naturaleza, lo más profundo y sensible de sus ambiciones. La cara de Romaine se transformó: aquella nueva emoción que ella le había causado le dejó pálido. Lady Loring le observó con atención.

—Quizá subestimas tu influencia, Stella —sugirió.

Pero Stella no se dejaba convencer.

—Apenas hace una hora que Mr. Romaine y yo hemos sido presentados —dijo—. No soy tan presuntuosa como para suponer que puedo causar en alguien una impresión tan favorable en tan poco tiempo.

Acababa de expresar, en otras palabras, la idea que Romaine tenía de sí mismo, y que había manifestado al hablar con lord Loring. Le sorprendió la coincidencia.

—Es posible, miss Eyrecourt, que nos hayamos interpretado mal mutuamente. Quizá nos entendamos mejor cuando tenga el honor de volver a verla.

Romaine vaciló y miró a lady Loring, que no era una mujer que dejara escapar una oportunidad como esa.

—Digamos mañana por la noche a las siete —dijo lady Loring.

—Hasta mañana —dijo Romaine. Le estrechó la mano a Stella y dejó la galería.

Hasta ese momento, la conspiración para casarle parecía más prometedora que la conspiración para convertirle. ¡Y el padre Benwell, que le daba instrucciones precisas a Penrose en la habitación contigua, era ajeno a ese hecho!

Pero las horas, en su avance, marcan la marcha de los acontecimientos con la misma certidumbre con que marcan la marcha del tiempo. Pasó el día, llegó la noche, y, con su llegada, las perspectivas de la conversión se avivaron.

Que sea el propio padre Benwell quien relate cómo sucedió, en un extracto de su informe a Roma, escrito esa misma noche: «... había quedado con Penrose para que viniera a verme a mi alojamiento para contarme si había realizado algún progreso en el cumplimiento de sus deberes como secretario de Romaine.

»En cuanto entró en la habitación, las señales de preocupación de su cara me delataron que algo serio había ocurrido. Le pregunté si entre él y Romaine había surgido algún desacuerdo.

»Repitió la palabra con aspecto de gran sorpresa. “¿Desacuerdo?”, dijo. “No hay palabras para expresar cuán sinceramente compadezco a Mr. Romaine. ¡No soy capaz de expresarle, padre, lo ansioso que estoy de serle de alguna utilidad!”

»Tras aquel desahogo, naturalmente le pregunté qué había ocurrido. Penrose delató un pronunciado desconcierto al responder a mi pregunta.

»“De manera inocente he descubierto un secreto”, dijo, “que no tengo derecho a violar. Todo lo que honradamente pueda decirle, se lo diré. Añada una más a sus múltiples amabilidades, y no me haga hablar, pues mi deber para con ese hombre que se ha visto sometido a una prueba muy dura es callar, incluso ante usted.”

»No hay ni que decir que me abstuve de responder directamente a ese extraño ruego. “Oigamos pues lo que puedes contarme”, repliqué, “y ya veremos.”

»Entonces comenzó a hablar. No hace falta que le recuerde que, al planear el intento de recuperar Vange Abbey, pusimos especial cuidado en asegurarnos de que el peculiar carácter del actual propietario ofreciera alguna esperanza de éxito. Al informarle de lo que relató Penrose, le comuniqué un descubrimiento que me atrevo a considerar le resultará tan grato como a mí.

»Penrose comenzó recordándome lo que ya le había contado al hablarle de

Romayne. “Mencionó usted que había oído cómo lord Loring se refería a una gran aflicción o remordimiento que le aquejaba”, dijo Penrose. “Conozco cuál es su sufrimiento y la causa, y con qué noble resignación acepta esa aflicción. Estábamos sentados a la mesa, repasando sus notas y memorándums, cuando de pronto dejó caer el manuscrito que estaba leyendo. Una espantosa palidez le cubrió la cara. Se puso en pie y se llevó las dos manos a los oídos, como si oyera algo horroroso e intentara apartarlo de sí. Corrí a la puerta a pedir ayuda. Él me detuvo; hablaba con un leve jadeo y me prohibió llamar a nadie, pues no quería que se presenciara su sufrimiento. Dijo que no era la primera vez, que pronto pasaría. Si no tenía valor para quedarme con él, podía marcharme, y regresar cuando se recuperara. Tanto le compadecí que hallé el valor para quedarme. Cuando todo acabó, me cogió la mano y me dio las gracias. Dijo que yo había permanecido junto a él como un amigo, y que como a un amigo me trataría. Tarde o temprano (esas fueron exactamente sus palabras) debería confiarme su secreto, y mejor que fuera ahora. Me narró su triste historia. ¡Os lo imploro, padre, no me pidáis que la repita! Conformaos con saber el efecto que produjo en mí. La única esperanza, el único consuelo que le queda, es nuestra santa religión. ¡Con todo mi corazón me entregaré a su conversión, y, en lo más íntimo de mi ser, estoy convencido de que tendré éxito!”

»Así, y en este tono, habló Penrose. Me abstuve de presionarle para que revelara la confesión de Romayne. La confesión no es relevante para nosotros. Ya sabe cómo la fuerza moral de la seriedad y el entusiasmo de Arthur refuerza su carácter, por otra parte débil. Yo también creo que tendrá éxito.

»Cambiamos por un momento de tema. Ya le informé de que una mujer se ha interpuesto en nuestro camino. Ya he considerado el método más acertado de enfrentarnos a ese obstáculo cuando se haga más molesto. Por el momento, me basta con asegurarle que ni esa mujer ni ninguna otra conseguirán “pescar” a Romayne, si puedo evitarlo».

Tras completar su informe en estos términos, el padre Benwell siguió meditando sobre cómo hacer averiguaciones sobre el pasado de Stella.

Comprendió que, por mucha cautela que pusiera en ello, sería imprudente intentar obtener la información de lord Loring o su esposa. Si a su edad manifestaba un poderoso interés por una joven protestante que siempre procuraba evitarle, probablemente se sorprenderían, y la sorpresa, en el curso de los acontecimientos, podía acabar derivando en suspicacia.

Sólo había una persona bajo el techo de lord Loring a quien pudiera dirigirse, y esa era el ama de llaves. Se trataba de una vieja sirvienta que gozaba de la total confianza de lady Loring, por lo que podía resultar una buena fuente de información sobre el tema de la bella amiga de su ama; y, como buena católica, la halagaría que el director espiritual de la casa se hubiese fijado en ella.

«Creo que no me equivoco», pensó el padre Benwell, «si pruebo con el ama de llaves».

Capítulo 6

El orden de los platos

Cuando miss Notman ocupó el puesto de ama de llaves al servicio de lady Loring, se la describió muy exactamente como «una persona competente y respetable»; y se alabó, con toda justicia, su incorruptible devoción a los intereses de sus señores. Como puntos débiles, podemos señalar que llevaba una peluca muy juvenil y que tenía la errónea convicción de poseer aún una buena figura. La idea que imperaba en la estrechez de su mente era la de su propia dignidad. Cualquier ofensa en esa dirección dejaba un poso amargo en su recuerdo durante días y días, y lo expresaba a cualquier ser humano que le dedicara su atención.

A las cinco, el día después de ser presentado a Romayne, el padre Benwell estaba sentado en la habitación de la sirvienta, tomando café, y a lo que aparentaba, tan a sus anchas como si hubiese conocido a miss Notman desde los remotos días de su infancia. Una nueva aportación a la pequeña biblioteca de obras devotas del ama de llaves yacía sobre la mesa, y servía de silencioso testigo a la manera en que el padre Benwell se había ganado la confianza de la mujer. El sentido de la dignidad de miss Notman se veía halagado por partida doble. Tenía a un sacerdote de invitado, y un nuevo libro con el autógrafo del reverendo en la primera página.

—¿El café es de su gusto, padre?

—Un poco más de azúcar, por favor.

Miss Notman estaba orgullosa de sus manos, que consideraba uno de los meritorios detalles de su figura. Tomó las tenacillas con gracia y suavidad; dejó caer el azúcar en la taza con ese placer juvenil en cumplimentar los menores deseos de su ilustre invitado.

—Es tan amable de su parte, padre, honrarme de este modo —dijo, imponiendo un gesto más propio de los dieciséis años a la realidad de sus sesenta.

El padre Benwell era un virtuoso a la hora de adoptar disfraces morales de todo tipo. En aquella ocasión eligió el de la simplicidad pastoral.

—A esta hora de la tarde no soy más que un anciano perezoso —dijo—. Espero no estar apartándola de sus deberes domésticos.

—Normalmente disfruto de mis deberes —respondió miss Notman—, aunque hoy no han sido tan agradables como es habitual: me resulta un alivio que hayan acabado. Incluso una posición humilde como la mía tiene sus problemas.

Cualquier persona que conociera el carácter de miss Notman, al oír estas últimas palabras, habría cambiado de tema. Cuando hablaba de su «humilde posición», invariablemente se refería a alguna ofensa proferida contra su dignidad, e

invariablemente se sentía más que dispuesta a relatar ese agravio con todo detalle. Ignorante de dicha peculiaridad, el padre Benwell cometió un error fatal. Cortésmente, se interesó por cuáles era los «problemas» del ama de llaves.

—¡Oh, señor, son cosas que más le vale no saber! —dijo miss Notman, muy modesta—. Al mismo tiempo, sería para mí un honor poder beneficiarme de su opinión: me gustaría saber que usted no desaprueba del todo mi conducta. Verá, padre, toda la responsabilidad de encargarse de las cenas recae sobre mí. Y cuando hay invitados, como esta noche, la responsabilidad resulta engorrosa para una persona tan tímida como yo.

—¿Serán muchos los invitados, miss Notman?

—¡Oh, no, no! Todo lo contrario. Sólo un caballero, Mr. Romaine.

El padre Benwell estaba a punto de dar un sorbo a su café, pero volvió a colocar la taza en la mesa. Enseguida sacó la acertada conclusión de que debían de haber invitado a Romaine después de que él se fuera de la galería. Que el objetivo era hacer que Romaine y Stella estuvieran juntos, en circunstancias que les hicieran conocerse mejor rápidamente, le resultó tan evidente como si se lo hubiera oído confesar a alguien. Sólo con que se hubiese quedado en la galería, habría sabido cuál era el método de persuasión utilizado para inducir a alguien tan poco sociable como Romaine a aceptar una invitación. «Mía es la culpa», se dijo, «de no haberme enterado».

—¿No está bueno el café? —preguntó miss Notman llena de inquietud.

El padre Benwell se precipitó hacia su destino. Dijo:

—Excelente, excelente. Por favor, siga.

Miss Notman prosiguió.

—Verá, padre, para esta ocasión, lady Loring se mostró especialmente exigente. Dijo: «Lord Loring me ha recordado que Mr. Romaine come muy poco, y que es muy difícil acertar en sus gustos». Naturalmente, hice caso de mi experiencia y sugerí exactamente el tipo de cena más adecuado a dichas circunstancias. Mi deseo no era otro que complacer a milady cuanto me fuera posible. De hecho, no puso ninguna objeción a la cena propiamente dicha. Por el contrario, me felicitó por lo que calificó de velocísima improvisación. Pero cuando a continuación tratamos del orden en que se habían de servir los platos... —Miss Notman hizo una pausa en mitad de la frase, y tuvo un escalofrío al evocar los íntimos y dolorosos recuerdos provocados por el orden de los platos.

En aquel momento, el padre Benwell ya había descubierto su error. Se aprovechó un tanto mezquinamente de las susceptibilidades de miss Notman para deslizar sus inquisiciones en aquel intervalo de silencio.

—Perdone mi ignorancia —dijo—, pues mi pobre cena es cuestión de apenas diez minutos, y consta de un solo plato. No comprendo esa diferencia de opinión en una

cena para sólo tres personas: lord y lady Loring, dos, y Romaine, tres... oh, ¿quizá estoy equivocado? ¿Quizá hay una cuarta persona, y esa es miss Eyrecourt?

—¡Cierto, padre!

—Una persona encantadora, miss Notman. Lo digo sin haberla tratado. Usted, sin duda, debe conocer muy bien a miss Eyrecourt.

—Muy bien, desde luego, si se me permite decirlo —replicó miss Notman—. Es la íntima amiga de mi señora; a menudo hemos hablado de miss Eyrecourt durante mis muchos años de residencia en esta casa. En tales temas, lady Loring me trata como si fuera una humilde amiga. Un completo contraste, padre, con el tono que asumí cuando hablamos del orden de los platos. Estuvimos, de acuerdo, por supuesto, en lo referente a la sopa y el pescado; pero tuvimos una pequeña, muy pequeña divergencia de opinión, así lo llamaría yo, en lo que respecta a los demás platos. Mi señora dijo: «Primero las lechecillas y luego las chuletas». Yo me atreví a sugerir que las mollejas, al ser carne blanca, mejor que no vinieran inmediatamente después del rodaballo, un pescado blanco. «La carne roja, señora», dije, «resulta un agradable cambio a la vista, y cuando luego se sirva la carne blanca evocará agradables recuerdos del pescado blanco». ¿Lo entiende, padre?

—Me doy cuenta, miss Notman, de que es usted una consumada maestra en un arte que me supera con mucho. ¿Estaba presente miss Eyrecourt en esa discusión?

—¡Oh, no! Sepa que me hubiese opuesto a su presencia; habría afirmado que era una joven que no estaba en su lugar.

—Sí, la entiendo. Miss Eyrecourt ¿es hija única?

—Tiene dos hermanas, padre Benwell. Una de ellas está en un convento.

—¿Ah, sí?

—Y la otra murió.

—¡Qué tristeza para los padres, miss Notman!

—Tristeza para la madre, sin duda. El padre murió hace mucho.

—¿Ah, sí? Una mujer encantadora, la madre. Al menos eso es lo que he oído.

Miss Notman negó con la cabeza.

—Dios me libre de hablar injustamente en contra de nadie —dijo—, pero cuando dice «una mujer encantadora» supongo que se refiere a las virtudes domésticas. Mrs. Eyrecourt es esencialmente una persona frívola.

Una persona frívola es, en la mayoría de casos, una persona a la que muy poco cuesta sacarle las palabras, y, por tanto, los secretos. El padre comenzó a ver cómo se desbrozaba el camino hacia la información que precisaba.

—¿Mrs. Eyrecourt vive en Londres? —preguntó.

—¡Oh, no! Esta época del año la pasa en casa ajena, va de una casa de campo a otra, y sólo piensa en divertirse. Carece de cualquier cualidad doméstica, padre. ¡Esa mujer no sabría nada del orden de los platos! Lady Loring, debería habérselo dicho,

cedió en la cuestión de las lechecillas. Fue sólo en la parte final de mi «menú» (como lo llaman los franceses) cuando mostró una actitud de oposición... ¡Bueno! ¡bueno! No voy a extenderme en ello. Sólo voy a preguntarle, padre, ¿en qué momento de la cena debería servirse una tortilla de ostras?

El padre Benwell vio la oportunidad de descubrir la dirección actual de Mrs. Eyrecourt.

—Mi querida señora —dijo—. ¡Sé tanto de cuándo hay que servir una tortilla como la propia Mrs. Eyrecourt! Debe de resultarle muy agradable, a una dama de su talante, disfrutar de las bellezas de la naturaleza sin gastar un chelín, ser un huésped bien recibido en casas de otros. Me pregunto si se aloja en alguna casa de campo que yo conozca.

—Que yo sepa, tanto puede ser que esté en Inglaterra, como en Escocia, como en Irlanda —respondió miss Notman, con una ignorancia muy poco afectada que dejaba su buena fe más allá de toda duda—. Haga caso de su propio gusto, padre. Tras comer gelatina, nata y pudín helado, ¿le apetecería ni siquiera mirar una tortilla de ostras sin sentir un escalofrío? ¿Puede creerlo? Mi señora proponía servir la tortilla con el queso. ¡Ostras después de los dulces! No soy (de momento) una mujer casada...

El padre Benwell hizo un esfuerzo desesperado para allanar el camino para otra pregunta antes de aceptar la derrota.

—¡Pues será porque no quiere, mi querida señora! —la interrumpió con su persuasiva sonrisa.

Miss Notman puso una sonrisa afectada.

—Va a hacer que me sonroje, padre —dijo casi en un susurro.

—Hablo desde mi más íntima convicción, miss Notman. Para una persona que, como yo, es un simple observador, resulta muy triste contemplar cuántas mujeres encantadoras, que podrían ser auténticos ángeles si dieran con un hombre honesto, prefieren seguir solteras. La Iglesia, eso es algo que no ignoro, exalta la vida solitaria por encima de todo lo demás. Pero incluso la Iglesia permite excepciones a esta regla. Bajo este techo, por ejemplo, creo ver dos excepciones. A una de ellas, mi sincero respeto —hizo una inclinación de cabeza dirigida a miss Notman— me impide señalarla más concretamente. La otra, en mi humilde opinión, es la joven de quien hemos estado hablando. ¿No le parece raro que miss Eyrecourt no se haya casado?

La trampa se había tendido con destreza; el padre Benwell tenía muchas razones para pensar que miss Notman caería en ella. La desconcertante ama de llaves se encaminó hacia ella... y fue incapaz de dar un paso más.

—En una ocasión le hice el mismo comentario a lady Loring —dijo.

El pulso del padre Benwell comenzó a acelerarse.

—¿Ah, sí? —murmuró en un tono que animara a miss Notman a proseguir.

—Y mi señora no me animó a proseguir con la conversación. Me dijo: «Existen razones para no seguir hablando de este tema, razones que, estoy segura, no pretenderás que te explique». Lo dijo con una halagadora confianza en mi prudencia, cosa que le agradecí. ¡Menudo contraste con el tono con que me habló al comentar el orden que debía ocupar la tortilla en la cena! Como acabo de decirle, no estoy casada. Pero si pretendiera servirle a mi marido una tortilla de ostras tras el pudín y los pasteles, no me sorprendería que me dijera: «Querida, ¿has perdido el juicio?». Le recordé a lady Loring (con todos mis respetos) que, en todo caso, una tortilla *de queso* podría resultar adecuada después de los dulces. Y sugerí: «Mi opinión es que una tortilla de ostras debería servirse después de las aves». Lamentaría decir que mi señora perdió los nervios; sólo mencionaré que yo no perdí los míos. Permítame repetirle lo que dijo, padre Benwell y saque sus propias conclusiones. Dijo: «¿Quién es la señora de esta casa, miss Notman? Le ordeno que sirva la tortilla de ostras con el queso». No hubo irritación, sino desprecio, sí, desprecio en su tono. Por respeto a mí misma, no contesté. Pues soy cristiana, sé perdonar; como mujer ofendida, quizá no me sea tan fácil olvidar.

Miss Notman se reclinó en su butaca, y puso una expresión como de haber sufrido martirio y lamentar sólo verse obligada a mencionarlo. El padre Benwell se puso en pie, lo que sorprendió a la mujer.

—¿Ya se marcha, padre?

—En su compañía el tiempo vuela, querida señora. Tengo una cita, y ya llego tarde.

El ama de llaves sonrió con cierta tristeza.

—Al menos déjeme oírle decir que no desaprueba mi conducta en tan penosas circunstancias —dijo.

El padre Benwell le tomó la mano.

—Un verdadero cristiano sólo percibe las ofensas para poder perdonarlas —observó en un tono paternal y sacerdotal—. Usted me ha demostrado, miss Notman, que es una verdadera cristiana. Sin duda ha sido una velada bien aprovechada. ¡Dios la bendiga!

Le apretó la mano; derramó sobre ella la luz de su sonrisa clerical; suspiró y se marchó. Los ojos de miss Notman le siguieron con devota admiración.

El padre Benwell aún conservaba la serenidad cuando desapareció de la vista del ama de llaves. Había hecho un importante descubrimiento, a pesar de las dificultades que había encontrado en el camino. En el pasado de Stella existía, sin la menor duda, una circunstancia comprometedoras; y, con toda probabilidad, un hombre se veía envuelto en ella. «Al menos esta charla ha servido de algo», reflexionó mientras subía las escaleras que conducían al vestíbulo.

Capítulo 7

La influencia de Stella

Al entrar en el vestíbulo, el padre Benwell oyó que llamaban a la puerta de la casa. Los sirvientes parecieron reconocer la llamada; el portero fue a abrir y apareció lord Loring.

El padre Benwell se acercó a él y le hizo una inclinación. Fue una perfecta señal de deferencia, pues en ella se mezclaba el respeto hacia lord Loring y el respeto a sí mismo.

—¿Ha estado paseando por el parque? —preguntó el padre Benwell.

—Tenía que tratar unos asuntos —respondió lord Loring—, y me gustaría hablarle de ellos. Si me concede unos minutos, podemos pasar a la biblioteca. Creo que hace algún tiempo —prosiguió cuando hubo cerrado la puerta— le mencioné que mis amigos me habían hablado de un tema de cierta importancia: se trata de abrir periódicamente al público mi galería de cuadros.

—Lo recuerdo —dijo el padre Benwell—. ¿Y ha tomado alguna decisión?

—Sí. He decidido (tal como suele decirse) «ir acorde con los tiempos» y seguir el ejemplo de otros propietarios que poseen galerías de pintura. Jamás he dudado de que sea mi deber extender, en la medida de mis posibilidades, la influencia civilizadora del arte. Mi única vacilación en este aspecto surgía de mi temor a que los cuadros pudieran sufrir algún accidente o algún desperfecto. E incluso ahora, la única manera en que me permito someterme a este experimento es bajo ciertas restricciones.

—Una sabia decisión, sin duda —dijo el padre Benwell—. En una ciudad como esta, no se pueden abrir las puertas de la galería a todo el que pase por la puerta.

—Me alegra que esté de acuerdo conmigo, padre. La galería abrirá por primera vez el lunes. Cualquier persona respetablemente vestida que presente una tarjeta de visita en el despacho de los bibliotecarios de Bond Street y Regent Street, recibirá una entrada gratuita; no hay ni que decir que el número de entradas será limitado, y que la galería sólo estará abierta al público dos días por semana. ¿El lunes estará aquí, verdad?

—Desde luego. Mi trabajo en la biblioteca, como puede ver milord, apenas ha empezado.

—Estoy ansioso por ver el éxito del experimento —dijo lord Loring—. Échele un vistazo a la galería un par de veces a lo largo del día, y dígame cuál es su impresión.

Tras expresar su disposición a ayudar en «el experimento» en cuanto le fuera posible, el padre Benwell se quedó en la biblioteca. En su fuero interno mantenía la esperanza de que, en el último momento, le invitaran a cenar con Romaine. Pero lord

Loring simplemente miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea: casi era hora de vestirse para la cena. El sacerdote no tenía otra alternativa que captar la indirecta y abandonar la casa.

Cinco minutos después de que se retirara, un mensajero entregó una carta para lord Loring, que aludía directamente a los intereses del padre Benwell. La carta era de Romaine: presentaba sus excusas por no poder asistir a la cena, y cuando sólo faltaba una hora.

«Ayer mismo», escribía en su nota, «regresó lo que tú, mi querido amigo, llamas “alucinación auditiva”. Cuanto más se acerca la hora de tu cena, más siento el temor de que lo mismo pueda ocurrir en tu casa. Ten piedad de mí y perdóname.»

Tras leer aquellas líneas, incluso al comprensivo lord Loring le costó compadecer y perdonar. «Esta actitud caprichosa sería excusable en una mujer», se dijo. «Pero un hombre debe ser capaz de controlarse. ¡Pobre Stella! ¿Y qué dirá mi mujer?»

Iba y venía por la biblioteca, y, proféticamente, su mente imaginaba la decepción de Stella y la indignación de lady Loring. Pero no había remedio: sólo le quedaba aceptar su responsabilidad y ser el portador de las malas noticias.

Estaba a punto de salir de la biblioteca cuando apareció un visitante. Y ese visitante no era otro que el mismísimo Romaine.

—¿Llego antes que mi carta —preguntó ansioso.

Lord Loring le enseñó la carta.

—Arrójala al fuego —dijo Romaine—, y permíteme que me excuse por haberla escrito. ¿Recuerdas aquellos días felices en los que me calificabas de criatura impulsiva? Pues un impulso originó esta carta. Y otro impulso me trae aquí para desautorizarla. Sólo puedo explicar mi extraña conducta pidiéndote que me ayudes a recordar algo. ¿Te importaría retroceder al día en que fuimos a consultar a los médicos? Quiero que me corrijas si, inadvertidamente, me equivoco al recordar a aquellas tres personas. Dos eran médicos. El tercero era cirujano, y amigo tuyo; y fue él, recuerdo también, quien te contó cómo acabó la consulta, ¿no es cierto?

—Todo lo que has dicho hasta ahora es acertado, Romaine.

—El primero de los dos médicos —prosiguió Romaine—, declaró que mi caso era por completo atribuible a un desarreglo nervioso, y que se podía curar por medios puramente médicos. Soy profano en la materia; pero, hablando en plata, creo que eso es, en esencia, lo que dijo, ¿no?

—Lo que dijo —contestó lord Loring— y lo que expresaban sus recetas, que, si no recuerdo mal, rompiste.

—Si no tienes fe en los medicamentos —dijo Romaine—, creo que eso es lo mejor que puedes hacer con una receta. Por lo que respecta al segundo médico, disintió del primero tan completamente como pueden disentir dos hombres. La tercera autoridad médica, tu amigo el cirujano, se inclinó por el justo medio, y

consiguió poner fin a la consulta combinando el punto de vista del primer médico con el del segundo, y combinando los dos tratamientos en un resultado armonioso.

Lord Loring observó que esa no era una manera muy respetuosa de describir la conclusión de aquella reunión médica. Aunque, honestamente, no podía negar que esa había sido la conclusión.

—Mientras yo tenga razón —dijo Romayne—, lo demás no tiene mucha importancia. Como te dije en aquel momento, el segundo médico me pareció el único de entre aquellas tres autoridades que realmente comprendió mi caso. ¿Te importaría darme, en pocas palabras, tu impresión de lo que dijo?

—¿Estás seguro de que no te afectará?

—Todo lo contrario, puede que me dé esperanza.

—Por lo que yo recuerdo —dijo lord Loring—, el médico no negó la influencia del cuerpo sobre la mente. Estaba dispuesto a admitir que el estado de tu sistema nervioso podía ser uno de los factores, entre otros, que te predisponían a... la verdad es que no sé cómo seguir.

—Que me predisponían —prosiguió Romayne, acabando la frase de su amigo— a creer que jamás me perdonaría por haber acabado con la vida de una persona, fuera o no un accidente. Y ahora, continúa.

—Esa alucinación auditiva —dijo lord Loring— es, en opinión del doctor, el resultado moral de un estado mórbido de tu mente en el momento en que oíste de verdad la voz en la escena del duelo. La influencia actúa físicamente, desde luego, a través de ciertos nervios. Pero se trata, esencialmente, de una influencia moral; y mantiene su poder sobre ti en gran medida por la perspectiva autoinculpadora que adoptas. Eso es, en esencia, lo que recuerdo de lo que dijo el doctor.

—Y cuando le preguntaron qué remedios proponía —dijo Romayne—, ¿recuerdas su respuesta? «El daño causado por una influencia moral sólo puede ser remediado por otra influencia moral.»

—Lo recuerdo —dijo lord Loring—. Y mencionó, como ejemplos de lo que quería decir, el que surgiera algo nuevo en tu vida que absorbiera tu interés, o que tus hábitos mentales cambiaran por completo... y también la influencia ejercida por alguna persona anteriormente desconocida, que apareciera en circunstancias imprevistas, o en escenarios que te resultaran completamente nuevos.

Surgió un destello en los ojos de Romayne.

—¡Ahí quería yo llegar! —gritó—. Ahora estoy seguro de que recuerdo correctamente las últimas palabras que dijo el médico: «Si estoy en lo cierto, no me sorprendería enterarme de que la recuperación que todos deseamos se ha iniciado en circunstancias aparentemente insignificantes, por influencia de la mirada o del tono de voz de otra persona». Esta sencilla expresión de sus palabras sólo me vino a la memoria tras haber escrito mi estúpida carta de disculpa. Te dispenso de los demás

recuerdos que siguieron, para llegar de inmediato al resultado. Por primera vez tengo la esperanza, la debilísima esperanza, de que la voz que me acecha esté ya controlada por una de las influencias de que me habló el doctor: la influencia de una presencia física.

Si le hubiese dicho esto a lady Loring, en lugar de a su marido, ella lo habría comprendido de inmediato. Lord Loring le pidió que ampliara aquella explicación.

—Ayer te dije —respondió Romaine— que durante toda la mañana había sentido el temor a que regresara la voz, y que había venido a ver el cuadro con la idea de que un cambio de aires me haría bien. Mientras estuve en la galería, me sentí libre de ese temor, y libre de la voz. Cuando regresé al hotel me torturó, y Mr. Penrose, lamento decirlo, vio cuánto sufría. Tú y yo atribuimos esa remisión al cambio de escenario. Ahora creo que nos equivocamos. Tú y lady Loring sois mis más antiguos amigos, por lo que poco cambio era ese, y al visitar la galería sólo reviví las asociaciones familiares de cientos de otras visitas. ¿A qué influencia se debía realmente mi mejoría? No intentes desestimar esa pregunta riéndote de mis mórbidas fantasías. Para un hombre como yo, las fantasías mórbidas son realidades. Recuerda las palabras del doctor. ¡Piensa en qué nueva cara pude ver en tu casa! ¡Piensa en quién, con su presencia, ha podido tocar mi corazón por primera vez!

Lord Loring volvió a mirar el reloj de la repisa. Las manecillas señalaban la hora de cenar.

—¿Miss Eyrecourt? —susurró.

—Sí, miss Eyrecourt.

Un sirviente abrió la puerta de la biblioteca, y quien entró fue la mismísima Stella.

Capítulo 8

¿El sacerdote o la mujer?

Lord Loring se dirigió apresuradamente al vestidor.

—No tardaré más de diez minutos —dijo, y Romaine y Stella quedaron solos.

Ella iba vestida con su habitual gusto por la simplicidad. Un lazo blanco era el único adorno de su vestido, de un delicado color gris plateado. Sus espléndidos cabellos abogaban por la causa de su belleza, sin ningún tipo de ornamento. Incluso el broche que sujetaba su pelerina de encaje era de oro puro. Consciente de que estaba exhibiendo su belleza en todo su esplendor a los ojos de un hombre de buen gusto, traicionó cierto azoro, que Romaine ya había observado en el momento en que ella le dio la mano. Estaban solos, y era la primera vez que ella le veía en traje de etiqueta.

Es posible que las mujeres no aprecien en verdad lo que es hermoso en su forma y color, o que no tengan opiniones propias una vez han dicho la suya las leyes de la moda. Esto, cuando menos, es cierto, y ni una entre mil verá nada objetable en el siniestro y espantoso atavío de etiqueta que debe llevar un caballero en el siglo XIX. Un hombre apuesto está, a sus ojos, más seductor que nunca con esa infame casaca negra, y con esa corbata blanca y rígida que comparte con el sirviente que le aguarda en la mesa. Tras lanzarle una mirada furtiva a Romaine, Stella perdió toda confianza en sí misma, y se volvió hacia las fotografías que había en la mesa.

El momentáneo silencio que siguió a su primer saludo se le hizo intolerable a Stella. En lugar de dejar que prosiguiera, confesó impulsivamente la idea que tenía en mente cuando entró en la biblioteca.

—Me pareció oír mi nombre al entrar —dijo—. Usted y lord Loring hablaban de mí.

Romaine reconoció sin vacilar que hablaban de ella.

Stella sonrió y se volvió hacia otra fotografía. ¿Pero cuándo unas fotografías han reprimido la curiosidad de una mujer? Las palabras surgieron en sus labios a pesar suyo.

—Supongo que no debería preguntarle qué estaban diciendo.

Era imposible responder llanamente a esa cuestión sin entrar en explicaciones que hacía encogerse a Romaine. Vaciló.

Stella se volvió hacia otra fotografía.

—Debo entender entonces —dijo— que hablaban de mis defectos. —Se calló y le lanzó otra mirada furtiva—. Intentaré corregir mis defectos, siempre que me diga cuáles son.

Romayne se dijo que no quedaba otra alternativa que confesar la verdad... con ciertas reservas.

—No sabe cuánto se equivoca —dijo—. Hablábamos de la influencia del tono de voz o de la mirada de alguien en una persona sensible.

—¿De su influencia sobre mí?

—No. De la influencia que usted podía ejercer en otra persona.

Ella sabía perfectamente que Romayne hablaba de él. Pero estaba decidida a experimentar el placer de que él lo reconociera.

—Si poseo la influencia que usted dice, espero que sea para bien.

—Puede estar segura de ello.

—Lo dice muy convencido, Mr. Romayne. Casi tan convencido, y no se me ocurre otra explicación, como si hablara por experiencia propia.

Romayne quizá hubiera evitado una respuesta directa, de haberse contentado ella simplemente con eso. Pero mientras él hablaba, Stella le miró. Él respondió a su mirada.

—¿Debo reconocer que está en lo cierto? —dijo—. Estaba pensando en mi propia experiencia de ayer.

Ella regresó a las fotografías.

—Parece imposible —respondió en voz baja. Hubo un silencio—. ¿Fue algo que dije?

—No. Fue sólo su manera de mirarme. De no haber sido por esa mirada, no creo que ahora estuviera aquí.

De pronto apartó la mirada de las fotos y alejó ligeramente su silla de él.

—Espero —dijo Stella—, que no tenga una opinión tan pobre de mí como para pensar que me gustan los halagos.

Romayne le respondió con una seriedad que de inmediato la satisfizo.

—Consideraría una insolencia el halagarla —dijo—. Si supiera la verdadera razón de por qué vacilé en aceptar la invitación de lady Loring... si pudiera confesarle la nueva esperanza que usted me ha traído, sabría, como yo sé, que no estoy diciendo más que la verdad. Todavía no me atrevo a decir que tengo con usted una deuda de gratitud por una simple mirada. Debo esperar a que el tiempo ponga a prueba algunas extrañas fantasías que me persiguen.

—¿Fantasías sobre qué, Mr. Romayne?

Antes de que él pudiera responder, sonó la campanilla para la cena. Lord y lady Loring entraron juntos en la biblioteca.

Una vez la cena llegó a su feliz término (excepto, naturalmente, por lo que se refería a la tortilla), el ama de llaves invitó gentilmente al maestresala, que había supervisado el servicio, a descansar un rato en su habitación. Miss Notman, que aún

sentía todo el escozor de la ofensa, tras ganarse el favor de su colega con un vaso de un singular licor, se aventuró a preguntar, en primer lugar, si los señores habían disfrutado de la cena. El informe fue, en su globalidad, favorable. Pero, en cambio, la conversación se describió como un tanto desmadejada. El peso de esta lo habían llevado principalmente lord y lady Loring, y Mr. Romaine y miss Eyrecourt contribuyeron en muy poco a la amenidad de la velada. Tras recibir esta información sin aparentar mucho interés, el ama de llaves planteó otra cuestión, a la cual, a juzgar por cómo la formuló, concedía cierta importancia. Deseaba saber si la tortilla de ostras (acompañante del queso) había sido bien recibida, y tratada con el justo reconocimiento de sus méritos. La respuesta fue decididamente negativa. Mr. Romaine y miss Eyrecourt habían declinado probarla. El señor la había probado, y la había dejado en el plato. Sólo la señora se había acabado aquel plato tan penosamente ubicado. Tras manifestar esa circunstancia aparentemente trivial, el maestresala se quedó sorprendido al ver el efecto que producía en el ama de llaves. Esta se reclinó en su butaca y cerró los ojos con aspecto de inefable gozo. Aquella noche hubo en Londres una mujer sobremanera feliz. Y su nombre era miss Notman.

Si subimos desde la habitación del ama de llaves y llegamos al salón, podemos informar, además, que la ausencia de conversación se intentaba paliar con música. Lady Loring se sentó al piano y tocó tan admirablemente como siempre. Al otro extremo de la habitación, Romaine y Stella estaban juntos, escuchando la música. Lord Loring iba de un lado a otro, con una inquietud, a aquellas horas, muy poco característica de él. Se detuvo cuando estuvo cerca del piano, obedeciendo a una señal de su mujer.

—¿A qué viene tanto ir arriba y abajo? —le preguntó lady Loring en un susurro, sin interrumpir su interpretación.

—Estoy un poco intranquilo, querida.

—Escucha la música. ¿Indigestión?

—Cielo santo, Adelaide, qué pregunta es esa.

—¿Pues qué es, entonces?

Lord Loring se volvió hacia Stella y su acompañante.

—No me parece que se lleven todo lo bien que yo esperaba —dijo.

—No me extraña, ¡contigo yendo de aquí para allá y molestándoles! Siéntate detrás de mí.

—¿Y qué voy a hacer?

—¿No estoy tocando? Pues escucharme.

—Querida, no entiendo la música alemana moderna.

—Entonces lee el periódico de la tarde.

El periódico de la tarde tenía sus atractivos. Lord Loring siguió el consejo de su mujer.

Una vez solos al otro extremo del salón, Romaine y Stella le dieron la razón a lady Loring al convencer a su marido que reposara. Stella se atrevió a hablar la primera, con una voz discreta y apagada.

—¿Suele pasar las veladas solo, Mr. Romaine?

—No del todo. Me acompañan mis libros.

—¿Son los libros la compañía que más aprecia?

—Llevo muchos años, miss Eyrecourt, siendo fiel a esos compañeros. Aunque si hay que creer a los médicos, mis libros no me han correspondido muy bien en ese trato. Han arruinado mi salud, y temo que me han convertido en una persona insociable. —Pareció a punto de decir algo más, pero de pronto reprimió el impulso—. ¿Por qué estoy hablando de mí? —prosiguió con una sonrisa—. Nunca lo hago. ¿Es otro resultado de su influencia?

Planteó aquella pregunta con fingida alegría. Stella no hizo el menor esfuerzo en responderle en el mismo tono.

—Ojalá tuviera de verdad alguna influencia sobre usted —dijo con gravedad y tristeza.

—¿Por qué?

—Intentaría empujarle a cerrar los libros y a elegir alguna compañía viva que le ayudara a recuperar la felicidad.

—Eso ya está hecho —dijo Romaine—. Mr. Penrose es mi nuevo compañero.

—¿Penrose? ¿Se refiere al amigo de ese sacerdote al que llaman padre Benwell?

—Sí.

—No me gusta el padre Benwell.

—¿Es esa la razón de que no le guste Mr. Penrose?

—Sí —dijo con toda franqueza—, pues es amigo del padre Benwell.

—Yo creo que se equivoca, miss Eyrecourt. Mr. Penrose comenzó ayer mismo a desempeñar su papel de secretario, y tengo razones para tenerle en alta estima. Muchos hombres, tras haber trabajado conmigo —añadió, hablando más para sí mismo que para ella—, me habrían pedido que me buscara otro secretario.

Stella oyó esas últimas palabras y le miró asombrada.

—¿Se enfadó con Mr. Penrose? —preguntó inocentemente—. ¿Es posible que usted tuviera palabras agrias con alguien que está a su servicio?

Romaine sonrió.

—No se trata de que le dijera nada desagradable —respondió—. A veces sufro ataques, ataques de una extraña enfermedad. Me temo haber alarmado a Mr. Penrose permitiendo que me viera en esas circunstancias.

Ella le miró; vaciló; apartó de nuevo la mirada.

—¿Se enfadaría conmigo si le confesara algo? —dijo tímidamente.

—¡Jamás podría enfadarme con usted!

—Mr. Romaine, creo que he visto lo que vio su secretario. Sé cuánto sufre, y con qué paciencia lo soporta.

—¡Que usted lo ha visto! —exclamó él.

—Le vi con su amigo, cuando subieron a bordo del vapor en Boulogne. ¡Oh, usted ni siquiera se fijó en mí! Jamás supo cómo le compadecí. Y después, mientras paseaba solo por cubierta, y cuando se detuvo junto a la sala de máquinas... ¿Seguro que no pensará mal de mí si se lo cuento?

—¡Claro que no!

—Su cara me dio miedo. No puedo describirla. Fui a buscar a su amigo y le dije que usted le necesitaba. Fue un impulso... bienintencionado.

—No me cabe duda de la bondad de sus intenciones. —Mientras hablaba, su cara se ensombreció ligeramente, delatando un fugaz sentimiento de desconfianza. ¿Le habría hecho alguna pregunta indiscreta a su compañero de viaje y habría sido el mayor, bajo la persuasiva influencia de la belleza, lo suficientemente débil como para responderle?—. ¿Habló con mi amigo? —preguntó.

—Sólo le dije que más valía que acudiera a su lado. Y creo que después dije que temía que estuviera usted muy enfermo. Estábamos llegando a Folkestone y había mucha confusión, y, aunque me hubiera parecido oportuno decir más, no hubo oportunidad.

Romaine se sintió avergonzado de haber sentido aquella injusta suspicacia.

—Tiene usted un carácter muy generoso —dijo con gravedad—. Entre las pocas personas que conozco, ¿cuántas se interesarían por mí como usted lo hace?

—¡No diga eso, Mr. Romaine! No puede tener amigo más amable que el caballero que le cuidaba durante aquel viaje. ¿Está ahora en Londres, con usted?

—No.

—Lamento oírlo. Siempre debería tener algún amigo fiel cerca.

Hablaba con gran convencimiento. Romaine, con una extraña timidez, le ocultó cómo le afectaba su compasión. Le respondió con ligereza.

—Va usted casi tan lejos como ese buen amigo que está allí leyendo el periódico —dijo—. Lord Loring no siente el menor escrúpulo en decirme que debería casarme. Sé que su interés por mi bienestar es sincero. Ni se le ocurre pensar que pueda molestarme.

—¿Y por qué iba a molestarle?

—Me recuerda que debo vivir solo. ¿Puedo pedirle a una mujer que comparta una vida tan terrible como la mía? Sería egoísta, cruel; y acabaría pagando las consecuencias de permitirle que se sacrificara. Llegaría un momento en que se arrepentiría de haberse casado.

Stella se puso en pie. Sus ojos se posaron en él con un gesto de leve reprimenda.

—Creo que no hace justicia a las mujeres —dijo sin levantar la voz—. Quizá

algún día encuentre a una mujer que le haga cambiar de opinión. —Cruzó la habitación en dirección al piano—. Debes de estar cansada de tocar, Adelaide —dijo, posando suavemente la mano en el hombro de lady Loring.

—¿Quieres cantar, Stella?

Stella suspiró, y apartó la mirada.

—Esta noche no —respondió.

Romayne se despidió precipitadamente. Parecía alicaído y ansioso por marcharse. Lord Loring acompañó a su invitado hasta la puerta.

—Pareces triste y afligido —dijo—. ¿Lamentas haber abandonado tus libros para pasar una velada con nosotros?

Romayne levanto la mirada con aire ausente y respondió:

—Aún no lo sé.

Al volver a la sala para comunicarles aquella curiosa respuesta a su mujer y a Stella, la encontró vacía. Deseosas de hablar a solas, las dos mujeres habían ido arriba.

—¿Y bien? —dijo lady Loring mientras se sentaban junto al fuego—. ¿Qué te ha dicho?

Stella sólo repitió lo que él dijera antes de que ella se levantara y se alejara de su lado.

—¿Qué hay en la vida de Romayne —se preguntó— que le haga pensar que sería cruel y egoísta casarse? Debe de tratarse de algo más que una simple enfermedad. Habló como si hubiera cometido un crimen. ¿Sabes de qué se trata?

Lady Loring pareció incómoda.

—Le prometí a mi marido no contárselo a nadie.

—No es nada degradante, Adelaide. Estoy segura.

—Y tienes razón, querida. Puedo entender que te haya sorprendido y decepcionado, pero si supieras sus motivos... —Hizo una pausa y miró fijamente a Stella—. Dicen que el amor que más perdura es el que crece con lentitud. Este sentimiento tuyo hacia Romayne ha tenido un crecimiento súbito. ¿Estás segura de que tu corazón está entregado a un hombre del que sabes tan poco?

—Sé que le amo —dijo Stella.

—¿Aun cuando, al parecer, él todavía no te ame?

—Le amo más aun por ese motivo. Me avergonzaría confesárselo a alguien que no fueras tú. Es inútil decir nada más. Buenas noches.

Lady Loring le permitió llegar hasta la puerta; entonces le dijo que volviera. Stella regresó a regañadientes.

—Me duelen la cabeza y el corazón —dijo—. Déjame irme a la cama.

—No me gustaría que ahora te fueras y pensaras mal de él —dijo lady Loring—.

Y más aún, por tu propia felicidad deberías juzgar por ti misma si este amor tuyo puede esperar recompensa. Ha llegado el momento de que decidas si es bueno para ti ver otra vez a Romaine. ¿Tienes valor suficiente para ello?

—Sí... si estuviera convencida de que es lo mejor.

—Nada me haría más feliz que saber que un día puedes ser su esposa, querida. Pero no soy una persona prudente... Nunca pienso, como haces tú, en las consecuencias. ¿No me traicionarás, Stella? Si hago mal en contarte un secreto que se me ha confiado, es el cariño que te tengo lo que me hace obrar así. Siéntate. Vas a saber lo desdichada que es realmente la vida de Romaine.

Y tras esas palabras, le contó la terrible historia del duelo, y todo lo ocurrido posteriormente.

—Tú debes decidir —concluyó— si Romaine tiene razón. ¿Existe alguna mujer que pueda liberarle del tormento que le aflige sin otra ayuda que el amor? Decídelo tú misma.

Stella respondió al momento.

—¡Estoy decidida a ser su mujer!

Con el mismo entusiasmo, Penrose había declarado que se entregaría a la tarea de salvar a Romaine. Aquella encantadora muchacha estaba tan decidida a entregarle su vida como el fanático sacerdote a convertirle. En el mismo campo de batalla, entre los dos iba a surgir un inconsciente antagonismo. ¿Quién triunfaría: la mujer o el sacerdote?

Capítulo 9

El público y los cuadros

El memorable lunes en que la galería de pintura se abrió al público por vez primera, lord Loring y el padre Benwell se encontraron en la biblioteca.

—A juzgar por el número de carruajes que ya hay en la puerta —dijo el padre Benwell—, la gentileza de milord es enormemente apreciada por los amantes del arte.

—Las entradas se agotaron en tres horas —respondió lord Loring—. Todo el mundo (me han dicho los bibliotecarios) está ansioso por ver los cuadros. ¿Ya ha echado un vistazo?

—Todavía no. Primero quería trabajar en la biblioteca.

—Yo vengo de la galería —prosiguió lord Loring—. Y aquí estoy, pues los comentarios de algunos visitantes me han hecho huir. ¿Conoce mis hermosas copias de los dibujos de Cupido y Psique hechos por Rafael? La impresión general, sobre todo entre las damas, es que son desagradables e indecentes. Eso me ha parecido demasiado. Si se encuentra con lady Loring o Stella, por favor, dígales que me he ido al club.

—¿Las señoras se proponen visitar la galería?

—¡Por supuesto, para ver a la gente! Les he recomendado que esperen hasta haberse vestido para salir. Si el público las viera en atuendo de estar por casa, podrían convertirse en objetos de observación general. Estoy deseoso de saber, padre, si puede usted descubrir la influencia civilizadora del arte entre mis invitados de la galería. Buenos días.

Cuando lord Loring se hubo marchado, el padre Benwell hizo sonar la campanilla.

—¿Las señoras saldrán a la hora de siempre? —preguntó cuando llegó el criado. El hombre contestó afirmativamente. Habían pedido el carruaje para las tres.

A las dos y media, el padre Benwell entró sigiloso en la galería. Se apostó a medio camino entre la puerta de la biblioteca y la entrada principal, a fin de observar, no la influencia civilizadora del arte, sino la inminente llegada de lady Loring y Stella. Todavía consideraba que la «frívola» madre de Stella podía convertirse en una fuente de valiosa información sobre el tema de la vida anterior de su hija. El primer paso para conseguir su objetivo era descubrir la actual dirección de Mrs. Eyrecourt. Sin duda Stella la sabía, y el padre Benwell sentía una justificada confianza en su capacidad para hacer que la joven dama fuera de utilidad, a este respecto, a los intereses pecuniarios de la Iglesia.

Al cabo de un cuarto de hora, lady Loring y Stella entraron en la galería por la

puerta de la biblioteca. El padre Benwell enseguida se les dirigió para presentarles sus respetos.

Durante algunos minutos, discretamente refrenó su intención de llevar la conversación hacia el tema que tenía en mente. Conocía demasiado bien el insaciable interés de las mujeres por mirar a otras mujeres como para hacerse notar. Las dos damas comentaron las pretensiones de belleza y buen gusto en el vestir perceptibles entre el tropel de visitantes, y el padre Benwell las esperó, y escuchó, con la resignación de un joven modesto. La paciencia no es sólo una virtud; a veces es también su propia recompensa. Dos caballeros, evidentemente interesados en los cuadros, se acercaron al sacerdote. Él retrocedió, con su habitual cortesía, para permitirles ver el cuadro que tenía enfrente.

Este movimiento perturbó a Stella. Se volvió abruptamente, observó a uno de los dos caballeros, el más alto, y, tras palidecer mortalmente, abandonó de inmediato la galería. Lady Loring, volviéndose hacia donde Stella había mirado, puso un airado ceño y siguió a miss Eyrecourt hacia la biblioteca. El juicioso padre Benwell las dejó marchar, y concentró su atención en la persona que habían reconocido con tanto sobresalto.

Se trataba, sin duda, de un caballero: pelo claro y tez clara, facciones alegres y amables y unos ojos azules y penetrantes. Al parecer, estaba en la flor de la vida. Esa fue la primera impresión que tuvo el padre Benwell del desconocido. Era obvio que había visto a miss Eyrecourt cuando ésta le había reconocido; él también mostraba signos de agitación. Se había sonrojado intensamente, y sus ojos no sólo expresaban sorpresa, sino malestar. Se volvió hacia su amigo.

—Hace calor aquí —dijo—, salgamos.

—¡Pero mi querido Winterfield! —protestó su amigo—. Si todavía no hemos visto ni la mitad de los cuadros.

—Perdona si me voy —replicó el otro—. Estoy acostumbrado al aire libre del campo. Ya nos veremos a la noche. Ven a cenar conmigo. En la dirección de siempre: el Hotel Derwent.

Con estas palabras salió presuroso, abriéndose paso sin ceremonias entre la multitud que había en la galería.

El padre Benwell volvió a la biblioteca. No tenía que seguir preocupándose por averiguar la dirección de Mrs. Eyrecourt.

«¡Gracias a los cuadros de lord Loring», se dijo, «he encontrado al hombre!»

Tomó la pluma y anotó en un pequeño memorándum: «Winterfield. Hotel Derwent».

Capítulo 10

Correspondencia del padre Benwell

I

A Mr. Bitrake. Privado y confidencial

Muy señor mío: Entiendo que su relación con la ley no excluye su esporádica supervisión de investigaciones confidenciales, de naturaleza tal que no causen perjuicio a su situación profesional. La carta de presentación que le adjunto le convencerá de que soy incapaz de utilizar su experiencia de manera indigna para usted o para mí.

La investigación que le propongo está relacionada con un caballero de nombre Winterfield. Se aloja en Londres, en el Hotel Derwent, y está previsto que se aloje allí una semana más a partir de hoy. Normalmente reside en la costa de North Devonshire, y su residencia se conoce en la localidad como Beaupark House.

La investigación que le propongo se remonta a los últimos cuatro o cinco años... no más, desde luego. Mi objetivo es comprobar, con toda la certeza que sea posible, y dentro de ese espacio de tiempo, si las circunstancias de la vida de Mr. Winterfield le han llevado a relacionarse con una joven de nombre miss Stella Eyrecourt. Si ese fuera el caso, resulta esencial que me ponga al corriente de todos los detalles.

Ahora ya le he informado de lo que quiero saber. Sea cual sea la información, es fundamental que se trate de información en la que pueda confiar absolutamente. Por favor, cuando me escriba envíe la carta al amigo cuya carta le adjunto.

Le ruego acepte —pues el asunto corre cierta urgencia— un cheque por los gastos preliminares. Le saluda atentamente,

Ambrose Benwell

II

Al secretario de la Compañía de Jesús, Roma

Le adjunto un recibo por el giro postal que acompañaba su última carta. Parte del dinero ya se ha utilizado en llevar a cabo algunas investigaciones, cuyo resultado, espero y deseo, me permitirá proteger eficazmente a Romayne de los avances de la mujer que pretende casarse con él.

Me cuenta que nuestros reverendos padres, reunidos recientemente para tratar el

tema de Vange Abbey, están ansiosos por saber si se ha dado ya algún paso cara a la conversión de Romayne. Me complace poder satisfacer sus deseos, como verá enseguida.

Ayer me dirigí al hotel de Romayne para llevar a cabo una de esas esporádicas visitas que contribuyen a que no se enfríe nuestra relación. Romayne estaba fuera, y Penrose (por quien pregunté a continuación) había salido con él. Por suerte, como se verá, no había visto a Penrose, ni sabido de él, desde hacía algún tiempo; y me pareció deseable juzgar por mí mismo los progresos que hacía para ganarse la confianza de Romayne. Dije que esperaré. El criado del hotel me conoce de vista. Me hizo pasar al recibidor de Romayne.

La habitación es tan pequeña que sólo hay un aparador. La ilumina un montante de abanico situado sobre la puerta que da al pasillo, y se airea (a falta de chimenea) mediante un ventilador en la segunda puerta, que comunica con el estudio de Romayne. Estuve echando un vistazo y a continuación crucé hacia el otro lado del estudio, donde descubrí un comedor y, más allá, dos dormitorios. Las habitaciones quedaban aisladas del resto del hotel por medio de una puerta que había al final del pasillo. Si le molesto con todos estos detalles es para que comprenda los acontecimientos que siguieron.

Regresé al recibidor, sin olvidarme, por supuesto, de cerrar la puerta que comunicaba con las demás habitaciones.

Debió de pasar una hora antes de que oyera pisadas en el corredor. Se abrió la puerta del estudio, y las voces de las personas que acababan de entrar me llegaron a través del ventilador. Reconocí a Romayne, a Penrose... y a lord Loring.

Por las primeras palabras que intercambiaron me enteré de que Romayne y su secretario se habían encontrado con lord Loring por la calle, mientras se dirigía al hotel. Los tres habían llegado juntos a la casa, a una hora en la que, probablemente, el criado que me había dejado entrar estaba ausente. ¡Fuera como fuera, ahí estaba yo, olvidado en el recibidor!

¿Iba a entrometerme (en una conversación quizá privada) como un visitante ni anunciado ni bienvenido? ¿Y podía evitar oír lo que decían, si la conversación me llegaba a través del ventilador, junto con el aire que respiraba? Si nuestro reverendo padre considera que tengo culpa, acepto cualquier reproche que su estricto sentido del decoro pueda dirigirme. Mientras tanto, permítame repetirle los fragmentos más interesantes de la conversación, tan literal como me permite mi memoria.

Dejemos hablar primero a lord Loring, por ser la persona de mayor rango social. Dijo:

—Ha pasado más de una semana, Romayne, y ni te hemos visto ni sabido de ti. ¿Por qué nos tienes olvidados?

En este punto, a juzgar por los sonidos que oí, Penrose se levantó discretamente y

salió de la habitación. Lord Loring prosiguió.

—Ahora estamos solos —le dijo a Romaine—, y puedo hablarte con más libertad. Tú y Stella parecíais llevaros estupendamente la noche que cenaste con nosotros. ¿Has olvidado lo que me dijiste de su influencia sobre ti? ¿O es que has cambiado de opinión, y por eso te mantienes alejado de nosotros? Romaine respondió:

—Mi opinión no ha cambiado. Sigo creyendo todo lo que te dije de miss Eyrecourt, tan firmemente como antes.

Como es natural, lord Loring le reprendió.

—¿Entonces por qué te alejas de esa influencia benéfica? ¿Por qué te arriesgas a otra de esas terribles alucinaciones nerviosas, si en verdad podrías controlarla?

—He tenido otra recaída.

—¡Lo que, como tú mismo sabes, podrías haber evitado! Romaine, me dejas atónito.

Hubo unos momentos de silencio, antes de que Romaine replicara. Su respuesta fue un tanto misteriosa.

—Ya conoces el dicho, mi buen amigo: de entre dos males, el menor. Soporto mi sufrimiento como un mal, y es el menor de los dos.

Lord Loring pareció sentir la necesidad de tocar un tema delicado con sumo tacto. Dijo, en tono agradable:

—Supongo que el otro mal no es Stella.

—Por supuesto que no.

—¿Entonces?

Romaine respondió, casi con vehemencia.

—¡Mi propia debilidad y mi egoísmo! Defectos que debo combatir, a no ser que quiera convertirme en un hombre vil y despiadado. Para mí, el peor de los males está aquí. Respeto y admiro a miss Eyrecourt, creo que es una mujer entre mil, ¡pero no me pidas que vuelva a verla! ¿Dónde está Penrose? Hablemos de otra cosa.

Si esa manera desabrida de hablar ofendió a lord Loring, o sólo le desanimó, lo ignoro. Le oí despedirse con las siguientes palabras:

—Me has decepcionado, Romaine. Hablaremos de otra cosa la próxima vez que nos veamos.

Se abrió y cerró la puerta del estudio, y Romaine quedó solo. Pero, al parecer, en aquel momento no deseaba estar solo. Le oí llamar a Penrose, y oí que este le preguntaba:

—¿Quería algo de mí?

Romaine respondió:

—¡Dios sabe que necesito la presencia de un amigo, y no tengo otro que tú! El mayor Hynd se ha marchado, y lord Loring está enfadado conmigo.

Penrose le preguntó por qué.

A lo que Romaine procedió a la pertinente explicación. Como sacerdote que escribe a otros sacerdotes, paso por alto detalles que no nos resultan de interés. Lo esencial de lo que dijo es: miss Eyrecourt le había producido una impresión que le era totalmente nueva en su experiencia con las mujeres. Si seguía viéndola acabaría —y le suplico me perdone por repetir tan ridícula expresión— «enamorándose de ella». En el estado mental y físico en que se encontraba, fuera el que fuera, sería incapaz de ejercer ese autocontrol que hasta entonces había sido su norma. Si permitía que ella le dedicara su vida, quizá estuviera aceptando un sacrificio cruel. Prefería, por tanto, mantenerse alejado de ella, por el propio bien de la joven, sin importarle que él pudiera sufrir ni a quién pudiera ofender.

Imagine a cualquier ser humano, que no esté en un manicomio, hablando de este modo. ¿Debo decirle, mi reverendo colega, cómo me sorprendió esta confesión? Mientras escuchaba a Romaine, daba gracias al famoso concilio que definitivamente prohibió casarse a los sacerdotes católicos. De no haber sido así, habríamos sido moralmente socavados por la misma debilidad que degrada a Romaine, y los sacerdotes se habrían convertido en instrumentos en manos de las mujeres.

Pero supongo que está ansioso por oír lo que Penrose hizo en dichas circunstancias. Puedo decirle que, en un primer momento, me sorprendió.

En lugar de aferrarse a esa oportunidad de dirigir la mente de Romaine hacia los consuelos de la religión, lo cierto es que le animó a que reconsiderara su decisión. Toda la debilidad de carácter de mi pobre Arthur se delató en sus siguientes palabras.

Le dijo a Romaine: «Quizá no sea correcto que le hable con tanta libertad, pero como generosamente me ha hecho usted merecedor de su confianza, y ha sido tan amable y considerado conmigo, me intereso por su felicidad, y quizá eso me hace ser atrevido. ¿Está usted del todo seguro de que un cambio en su vida, como el que supondría el matrimonio, no acabaría aliviándole de su carga? Y si tal cosa fuera así, ¿sería erróneo suponer que la positiva influencia de su mujer sobre usted podría hacer que ese matrimonio fuera feliz? No pretendo darle mi opinión sobre el tema. Es sólo mi gratitud, el verdadero afecto que le tengo, quien se aventura a formular esa pregunta. ¿Cree usted haber reflexionado lo suficiente sobre este tema, un tema, por lo demás, tan importante para usted?».

¡No se altere, reverendo señor! La respuesta de Romaine volvió a ponerlo todo en orden.

Dijo: «He pensado en ello hasta decir basta. Y todavía creo que esa encantadora mujer podría controlar el tormento de la voz. ¿Pero podría librarme del remordimiento permanente que me corroe el corazón? Me siento igual que un asesino. Al quitarle la vida a un hombre, ¡a un hombre que ni siquiera me había ofendido!, he cometido un pecado imperdonable e inexpiable. ¿Existe algún ser

humano cuya influencia pueda hacerme olvidar eso? Basta, basta. ¡Vamos! Refugiémonos en nuestros libros».

Esas palabras produjeron en Penrose el efecto deseado. Fue entonces, conociendo sus escrúpulos, cuando le pareció que podía hablar con toda honestidad. Su celo superó a su debilidad, como verá de inmediato.

Habló con voz firme, con convicción: «¡No!», exclamó. «Su refugio no está en los libros, ni en las estériles formas religiosas que se hacen llamar protestantes. La serenidad de espíritu, que cree haber perdido para siempre, volverá a encontrarla en la sabiduría y compasión de la santa Iglesia Católica. ¡Hay un remedio a tanto sufrimiento! ¡Hay una nueva vida que hará de usted un hombre feliz!»

Repito lo que dijo Penrose simplemente para convencerle de que podemos confiar en su entusiasmo, una vez despertado. Ahora nada le desanimará, nada podrá con él. Habló con toda la elocuencia de la convicción, utilizando los argumentos necesarios con una fuerza y un sentimiento que pocas veces había escuchado. El silencio de Romaine dio fe del efecto producido por esas palabras. No es un hombre que escuche con paciencia razonamientos que cree poder derrotar.

Tras haber oído lo suficiente para convencerme de que Penrose iba por el buen camino en su labor, salí sigiloso del recibidor y del hotel.

Hoy, como es domingo, dejo la carta sin acabar, pues no recogen el correo. Le he enviado una nota a Penrose pidiéndole que venga a verme lo antes posible. Puede que añada alguna otra noticia antes de enviar la carta.

Lunes, 10 de la mañana

Hay más noticias. Penrose acaba de marcharse.

Lo primero que ha hecho, naturalmente, ha sido contarme lo que ya sabía. Habla con modestia, como siempre, acerca de sus posibilidades de éxito. Pero ha hecho que Romaine suspenda sus estudios históricos por unos días, y dedique su atención a los libros que solemos recomendar en casos como el suyo. No hay duda de que se trata de un gran paso.

Pero aún hay más noticias. Romaine está con nosotros: ¡ha decidido apartarse de la influencia de miss Eyrecourt! Dentro de una hora, él y Penrose se irán de Londres. Ese destino lo mantienen en el más impenetrable secreto. Todas las cartas dirigidas a Romaine han de remitirse a sus banqueros.

El motivo de tan repentina resolución es directamente atribuible a lady Loring, quien ayer por la noche apareció en el hotel de Romaine y mantuvo con él una conversación a solas. No hay duda de que ella trató de hacerle reconsiderar su decisión y de hacer que volviera a caer bajo los encantos de miss Eyrecourt. Los medios de persuasión que utilizó a tal efecto nos son desconocidos. Penrose vio a Romaine tras la marcha de lady Loring, y lo describe presa de una violenta agitación.

Lo comprendo perfectamente. Su determinación de refugiarse en una huida secreta (pues eso es lo que es) habla por sí sola de la impresión que le causó dicha entrevista y del peligro del que, al menos por esta vez, nos hemos escapado.

¡Sí! He dicho «al menos por esta vez». No imaginen nuestros reverendos padres que el dinero gastado en mis investigaciones privadas ha sido en vano. Por lo que se refiere a los desdichados asuntos amorosos, no hay circunstancia desfavorable que desanime a una mujer, ni derrota de la que aprenda. Romaine se ha ido de Londres por temor a su propia debilidad, no lo olvidemos. Puede que llegue un día en que lo único que se interponga entre nosotros y el fracaso sea lo que yo pueda averiguar del pasado de miss Eyrecourt.

Por el momento, nada más tengo que decir.

Capítulo 11

Stella se impone

Dos días después de que el padre Benwell hubiese enviado su carta a Roma, lady Loring entró en el estudio de su marido, y le preguntó con impaciencia si tenía noticias de Romaine. Lord Loring negó con la cabeza.

—Ya te lo dije ayer: el propietario del hotel no puede darme ninguna información. Esta mañana fui a ver a los banqueros, y hablé con el socio director. Se ofreció a enviarme mis cartas, pero no pudo hacer más. Hasta nueva orden, tiene instrucciones de no revelar a nadie la dirección de Romaine. ¿Cómo lo ha tomado Stella?

—De la peor manera posible —respondió lady Loring—. En silencio.

—¿No ha dicho una palabra? ¿Ni a ti?

—Ni una palabra.

Tras esa respuesta, el criado les interrumpió para anunciarles la llegada de un visitante, cuya tarjeta les entregó. Lord Loring se sobresaltó, y le entregó la tarjeta a su esposa. En ella se leía el nombre de «Mayor Hynd», y, en lápiz, había añadido: «Sobre un asunto relacionado con Mr. Romaine».

—¡Que entre de inmediato! —gritó lady Loring.

Lord Loring la amonestó.

—¡Querida! ¿No es mejor que vea a este hombre a solas?

—Desde luego que no, ¡a no ser que quieras empujarme a cometer un acto de la más repugnante bajeza! Si me obligas a salir, escucharé detrás de la puerta.

Hicieron entrar al mayor Hynd, quien fue debidamente presentado a lady Loring. Tras las disculpas de rigor, Hynd dijo:

—Regresé a Londres la noche pasada, expresamente para ver a Romaine para un asunto importante. Al no poder averiguar su dirección actual en el hotel, me dije que quizá ustedes pudieran saber dónde se encuentra.

—Lamentamos no saber más que usted —replicó lord Loring—. La dirección actual de Romaine es un secreto confiado a sus banqueros, y a nadie más. Le daré sus nombres, por si desea escribirles.

El mayor Hynd vaciló.

—No creo que resultara prudente escribirle, en las actuales circunstancias.

Lady Loring no pudo callar por más tiempo.

—¿Podría decirnos, mayor Hynd, cuáles son esas circunstancias? Conozco a Romaine desde hace casi tanto tiempo como mi marido, y estoy muy preocupada por él.

El mayor pareció azorado.

—No puedo complacerle —dijo—, sin evocar dolorosos recuerdos...

La impaciencia de lady Loring interrumpió las disculpas del mayor.

—¿Se refiere al duelo? —preguntó. Lord Loring la interrumpió.

—Debo decirle, mayor Hynd, que lady Loring está perfectamente informada de lo ocurrido en Boulogne, y de sus deplorables consecuencias, por lo que se refiere a Romaine. Si todavía desea hablarme en privado, podemos pasar a la sala contigua.

El azoro del mayor Hynd desapareció.

—Después de lo que me ha explicado —dijo—, espero poder contar con el consejo de lady Loring. Saben ustedes que Romaine libró ese duelo fatal con el hijo de un general francés que le había retado. Cuando regresamos a Inglaterra, supimos que el general y su familia habían tenido que marcharse de Boulogne debido a problemas financieros. Romaine, en contra de mi consejo, le escribió al médico que había estado presente en el duelo, solicitándole le revelara el paradero actual del general, y expresando su deseo de ayudar a la familia anónimamente, como su amigo desconocido. El motivo, naturalmente, fue, en sus propias palabras, «expiar, por poco que sea, todo el mal que les he causado a esas pobres gentes». Me pareció un obrar un tanto precipitado en ese momento; y esa opinión me la confirmó una carta del médico que recibí ayer. ¿Sería tan amable de leérsela a lady Loring?

Le entregó la carta a lord Loring. En su traducción del francés, decía lo siguiente:

«Querido señor: Por fin puedo responder con cierta concreción a la carta de Mr. Romaine, gracias a la amable ayuda del cónsul francés en Londres, a quien he acudido ante la falta de éxito de mis otras pesquisas.

»Hace una semana, murió el general. Circunstancias relacionadas con los gastos del funeral informaron al cónsul de que se había ocultado a sus acreedores no en París, como creíamos, sino en Londres. La dirección es Camp's Hill, número 10, Islington. También debería añadir que el general, por razones obvias, vivió en Londres bajo el nombre supuesto de Marillac. Habrá que buscar a su viuda, por tanto, por el nombre de madame Marillac.

»Quizá se sorprenda de que le dirija a usted estas líneas, y no a Mr. Romaine. Enseguida le explico la razón.

»Como ya sabe, cuando conocí al difunto general yo ignoraba las compañías que frecuentaba y los deplorables errores a que le había llevado su amor por el juego. De su viuda y sus hijos no sé absolutamente nada. Ignoro si se han resistido a la contagiosa influencia del cabeza de familia, o si la pobreza, unida al mal ejemplo, les han degradado sin remedio. Existe, al menos, la duda de si son merecedores de las benévolas intenciones de Mr. Romaine. Me considero un hombre honesto, y, mientras exista esa duda, no sé si debo, en conciencia, y aunque sea de manera indirecta, poner a esas personas en contacto con Mr. Romaine. Tras esta advertencia, dejo a su discreción cuál sea la mejor manera de actuar».

Lord Loring le devolvió la carta al mayor Hynd.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo—. No creo que deba comunicarle esta información a Romaine.

Lady Loring no fue de la misma opinión que su marido.

—Mientras exista alguna duda referente a la honorabilidad de esas personas —dijo—, me parece cuando menos justo averiguar cuál ha sido su comportamiento hasta ahora. En su lugar, mayor Hynd, me dirigiría a la persona en cuya casa viven, o a los comerciantes para los que trabajan.

—Me veo obligado a abandonar Londres hoy mismo —replicó el mayor—, pero no le quepa duda de que a mi regreso seguiré su consejo.

—¿Y nos hará saber el resultado?

—Será un placer.

El mayor Hynd se despidió.

—Creo que serás responsable de hacerle perder el tiempo al mayor —dijo lord Loring, tras la marcha del visitante.

—Creo que no —dijo lady Loring.

Se levantó para salir del aposento.

—¿Vas a salir? —preguntó su marido.

—No. Voy arriba con Stella.

Lady Loring encontró a miss Eyrecourt en su habitación. Sobre la mesa, junto a ella, se veía el pequeño retrato de Romaine que había hecho de memoria. Lo examinaba con la mayor atención.

—Veamos, Stella, ¿qué te dice este retrato?

—Lo que ya sabía, Adelaide. Que nada hay de falso ni cruel en esa cara.

—¿Y este descubrimiento te satisface? Por lo que a mí respecta, desprecio a Romaine por esconderse de nosotras. ¿Te ves capaz de excusarle?

Stella introdujo el retrato en su escribanía.

—Puedo esperar —dijo sin inmutarse.

Tanta paciencia pareció irritar a lady Loring.

—¿Qué te ocurre esta mañana? —preguntó—. Estás más reservada que nunca.

—No. Sólo estoy desanimada, Adelaide. No puedo dejar de pensar en ese encuentro con Winterfield. Tengo la impresión de que me ronda una desgracia.

—¡No menciones a ese odioso individuo! —exclamó lady Loring—. Tengo algo que decirte acerca de Romaine. ¿Crees que puedes prestarme atención, o estás demasiado absorta en tus malos presagios?

La cara de Stella respondió por ella. Lady Loring le narró en todo detalle la entrevista con el mayor Hynd, incluyendo, a modo de ilustración, los modales y aspecto del mayor.

—Tanto él como lord Loring —añadió— creen que si Romaine permite que esos extranjeros le pidan dinero, jamás se desembarazará de ellos. Hasta que no tengamos más información sobre esas personas, la carta no será remitida.

—¡Ojalá tuviera yo esa carta! —gritó Stella.

—¿Se la enviarías a Romaine?

—¡Sin dudarle un momento! ¿Qué importa que esos pobres franceses sean dignos o no de su generosidad? Si ayudarles le hace estar en paz consigo mismo, ¿a quién le importa si merecen su ayuda? Ellos ni siquiera se van a enterar de quién les socorre: Romaine será su amigo desconocido. Es en él, no en ellos en quien tenemos que pensar: el sosiego de su espíritu lo es todo; que ellos lo merezcan o no tanto da. Y me parece que se comete una crueldad con Romaine si no se le informa de lo ocurrido. ¿Por qué no le cogiste la carta al mayor Hynd?

—¡Poco a poco, Stella! Cuando regrese a Londres, el mayor hará averiguaciones respecto a la viuda y los hijos.

—¡Cuando regrese! —repitió Stella indignada—. ¿Quién sabe lo que sufrirán mientras tanto esos pobres desdichados, y lo que sentirá Romaine si llega a enterarse? Dame otra vez la dirección... dijiste que era cerca de Islington.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó lady Loring—. ¿No irás a escribirle tú misma a Romaine?

—Antes de hacer nada, voy a pensármelo. ¡Si no confías en mi discreción, Adelaide, sólo tienes que decirlo!

Habló desabrida. La respuesta de lady Loring, por su parte, delató su enfado.

—Ocúpate de tus asuntos, Stella. Yo ya me he entrometido demasiado. —Su desafortunada visita a Romaine en el hotel había sido motivo de disputa entre las dos amigas, y a ello se refería ahora—. Tendrás la dirección —añadió toda digna. La escribió en un trozo de papel y salió del aposento.

Aunque fácil de irritar, lady Loring tenía la virtud de apaciguarse con la misma facilidad. El enfurruñamiento, ese desagradable vicio, no cabía en su naturaleza. En cinco minutos lamentó aquel estallido de irritabilidad. Esperó cinco minutos más, por si era Stella quien daba el primer paso a la reconciliación. Pasado ese tiempo, y al ver que nada ocurría, lady Loring se preguntó: «¿Realmente la he ofendido?». Un minuto después subió a ver a Stella. La habitación estaba vacía. Hizo sonar la campanilla para que acudiera la doncella.

—¿Dónde está miss Eyrecourt,

—Ha salido, milady.

—¿No ha dejado ningún recado?

—No, milady. Se fue con muchas prisas.

Lady Loring no tardó en llegar a la conclusión de que Stella se había hecho cargo del asunto de la familia del general. ¿Era posible predecir el resultado de tan

imprudente proceder? Tras vacilar y reflexionar y vacilar de nuevo, la ansiedad de lady Loring pudo con ella. ¡No sólo decidió seguir a Stella, sino que en el exceso de su aprensión nerviosa, se llevó a uno de los criados, por si había una emergencia!

Capítulo 12

La familia del General

Aunque no siempre resultaran correctas las conclusiones a que llegaba lady Loring, esta vez había acertado de lleno. Stella paró el primer cabriolé que vio y le dio la dirección de Camp's Hill, Islington.

El aspecto de aquella miserable callejuela sin salida y en la que un enjambre de sucios niños se peleaban por algún lance de su juego, intimidó por un momento a Stella. Incluso el conductor, deteniéndose al inicio de la calle, expresó su opinión de que no era el lugar más recomendable para que una joven se aventurara sola. Stella pensó en Romaine. Su firme convencimiento de que le estaba ayudando a llevar a cabo un acto de misericordia, que también era (para él) un acto de expiación, inflamó su valor. Se acercó atrevida a la puerta abierta del número 10 y llamó con el parasol.

Al final de pasillo apareció lentamente la cara mugrienta y el pelo gris y enmarañado de una repugnante anciana, que surgía de la pestífera oscuridad de las regiones de la cocina.

—¿Qué quiere? —dijo la bruja de los suburbios londinenses.

—¿Vive aquí madame Marillac? —preguntó Stella.

—¿Se refiere a la extranjera?

—Sí.

—Segundo piso.

Tras esas instrucciones, la mitad superior de la bruja se desvaneció. Stella se recogió la falda y subió un repugnante tramo de escalones por primera vez en su vida.

Mientras subía hacia las habitaciones del piso superior la recibían ásperas voces, expresiones procaces, groseras risas procedentes de las puertas cerradas. Al llegar a su destino hubo un cambio a mejor: allí reinaba, al menos, el silencio. Llamó a la puerta del rellano del segundo piso. Una voz amable respondió en francés: «*Entrez*», palabra que rápidamente fue sustituida por su equivalente inglés: «Pase». Stella abrió la puerta.

Aquella miserable habitación amueblada estaba escrupulosamente limpia. En la pared, sobre la cama con ruedas, se veía una pequeña imagen barata de la Virgen, y al lado había unas flores artificiales y descoloridas dispuestas en forma de guirnalda. Dos mujeres, vestidas con una tela basta y negra, estaban sentadas alrededor de una mesa camilla, trabajando en el mismo bordado. La de más edad se levantó cuando Stella entró en la habitación. Su cara ajada y cansada todavía mostraba vestigios de belleza en sus rasgos bien proporcionados. Sus ojos apagados se posaron en Stella con una expresión de compasivo ruego.

—¿Ha venido a buscar el bordado? —preguntó en un inglés con marcado acento extranjero—. Por favor, perdóneme, aún no lo he acabado.

La otra mujer levantó repentinamente la mirada.

También se la veía frágil y macilenta, aunque había brillo en sus ojos, y sus movimientos aún conservaban la elasticidad de la juventud. Su parecido con la mujer mayor proclamaba su parentesco, incluso antes de que hablara.

—¡Ah, es culpa mía! —exclamó apasionadamente en francés—. Tenía hambre y estaba cansada, por lo que dormí más horas de lo debido. Mi madre tuvo la amabilidad de despertarme y hacerme trabajar. ¡Soy una miserable egoísta, y mi madre es un ángel! —Se secó rápidamente las lágrimas que se le habían formado y con orgullo y determinación reanudó su trabajo.

En cuanto tuvo oportunidad de hablar, Stella se apresuró a tranquilizarla.

—No tengo nada que ver con su trabajo —dijo en francés, para hacerse entender lo antes posible—. He venido, madame Marillac, y no quiero ofenderla si se lo confieso sin ambages, a ofrecerle un poco de ayuda.

—¿Caridad? —preguntó la hija, levantando los ojos de la aguja con mirada severa.

—Comprensión —respondió amablemente Stella.

La muchacha reanudó su labor.

—Le pido perdón —dijo—. Debo aprender a resignarme a mi suerte.

La madre, en medio de su sufrimiento abnegado, le acercó una silla a Stella.

—Es usted muy guapa, señorita —dijo—, y estoy segura de que sabrá disculpar a mi pobre hija. Recuerdo la época en que yo también reaccionaba del mismo modo. ¿Puedo preguntarle dónde ha oído hablar de nosotras?

—Espero me perdone —replicó Stella—, pero no estoy autorizada a responder a su pregunta.

La madre no dijo nada. La hija preguntó con brusquedad:

—¿Por qué no?

Stella dirigió su respuesta a la madre.

—Me envía alguien que desea ayudarles conservando el anonimato —dijo.

La cara macilenta de la viuda se avivó de pronto.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Se ha enterado mi hermano de la muerte del general, y ha decidido por fin perdonarme por haberme casado con él?

—¡No, no! —la interrumpió Stella—. No quiero engañarla. La persona a la que represento no es pariente suyo.

Sin hacer caso de las palabras de Stella, la pobre mujer se aferró desesperadamente a la esperanza que había nacido en ella.

—Quizá la ha confundido el nombre por el que me conoce —sugirió ansiosa—. Mi difunto marido tomó ese nombre mientras estaba aquí exiliado. Quizá, si le

dijera...

Su hija la interrumpió.

—Querida madre, déjame hablar a mí. —La viuda suspiró resignada y reanudó su labor—. El nombre de madame Marillac servirá perfectamente —prosiguió la muchacha, dirigiéndose a Stella— hasta que nos conozcamos mejor. Supongo que conoce bien a la persona a la que representa.

—Desde luego, o no estaría aquí.

—En ese caso, ¿sabe con quién está emparentada esa persona? ¿Puede decir con total seguridad si tiene o no parientes franceses?

—Puedo decir con total seguridad —respondió Stella— que todos sus parientes son ingleses. Represento a un amigo que siente aprecio por madame Marillac, eso es todo.

—Ya ve usted, madre, como se equivocaba. Sopórtelo con entereza, al igual que ha soportado otras pruebas. —Tras estas palabras, dichas con gran cariño, se dirigió una vez más a Stella, sin pretender ocultar la frialdad y desconfianza que había ahora en su voz—. Una de las dos debe hablar francamente —dijo—. Tenemos pocos amigos, y son casi tan pobres como nosotras, y todos franceses. Le digo con toda certeza que no tenemos amigos ingleses. ¿Cómo ha sido informado de nuestra pobreza ese benefactor anónimo? No la conocemos de nada... ¿Quién puede haberle dado esa información?

Stella veía ahora con toda claridad la incómoda posición en que se había colocado. Afrontó la situación con arrojo, apoyada aún en la convicción de que estaba sirviendo al propósito de Romaine.

—No dudo de que tenía buenas razones, *mademoiselle*, para advertir a su madre que ocultara su verdadero nombre. Considere igualmente justo que su «anónimo benefactor» tenga buenas razones para ocultar el suyo.

Aquellas prudentes palabras animaron a madame Marillac a ponerse de parte de Stella.

—Mi querida Blanche, estás hablándole con demasiada severidad a esta joven. Sólo hay que verla para comprender que sus intenciones son buenas.

Blanche volvió a coger la aguja con forzada sumisión.

—Si hemos de aceptar caridad, madre, me gustaría conocer la mano que nos la ofrece —respondió—. No diré nada más.

—Cuando tengas mi edad —repuso madame Marillac—, no te mostrarás tan rotunda como ahora. La vida me ha enseñado lecciones muy duras —prosiguió, dirigiéndose a Stella— y espero haber aprendido algo de ellas. Mi vida no ha sido feliz...

—¡Su vida ha sido un martirio! —dijo la muchacha, perdiendo de nuevo la paciencia pese a sus esfuerzos por contenerse—. ¡Mi padre! ¡Vaya con mi padre! —

Apartó la labor y ocultó la cara entre las manos.

Su madre le habló con severidad por primera vez.

—¡Respetar la memoria de tu padre! —dijo. Blanche tembló y guardó silencio—. No tengo falso orgullo —continuó madame Marillac—. Confieso que nos encontramos en la más absoluta pobreza; y le agradezco, señorita, sus amables intenciones, sin importunarla con más preguntas. Nos las arreglamos para ir tirando. Mientras la vista aguante, podremos trabajar para sobrevivir. Mi hija mayor ha conseguido trabajo como profesora de música, y contribuye a mantener nuestro pobre hogar. No desconfío de usted. Lo único que le pido es que nos deje seguir intentado salir a flote por nuestros propios medios. Caso de que no lo consigamos...

Apenas pronunciadas estas palabras, una sobrecogedora interrupción condujo a consecuencias que aquellas tres personas no habían previsto. Una voz aguda y lastimera atravesó de pronto el ínfimo tabique que dividía aquella habitación de la contigua.

—¡Pan! —gritó la voz en francés—. ¡Tengo hambre! ¡Quiero pan! ¡Pan!

La hija se puso en pie.

—¡Ahora es un buen momento para que te acuerdes de mi padre! —exclamó indignada. La madre se puso en pie en silencio, y abrió un armarito. Estaba situado justo enfrente de la posición que ocupaba Stella. Vio dos o tres cuchillos y tenedores, algunas tazas, platos y platillos, y un mantel doblado. Nada más había en los estantes; ni siquiera el extraviado mendrugo de pan que la mujer estaba buscando.

—Hija, ve a tranquilizar a tu hermano —dijo, y cerró la puerta del armarito con su eterna paciencia.

Cuando Blanche salió de la habitación, Stella abrió su billetero.

—¡Por Dios, coja algo de dinero! —gritó—. Se lo ofrezco con mi más sincero respeto. Como un préstamo.

Madame Marillac le hizo señas a Stella de que cerrara el billetero.

—Su amable corazón no debe afligirse con nimiedades —dijo—. El panadero nos fía hasta que nos paguen los bordados, y mi hija lo sabe. Aunque no pueda decirme nada más, dígame su nombre de pila. Me resulta doloroso hablarle como si fuera una extraña.

Stella cumplió enseguida la petición de madame Marillac. Esta sonrió al repetir su nombre.

—Podríamos decir que existe otro vínculo entre nosotras —dijo—. En francés también existe su nombre, y en este lugar extraño me resulta un sonido familiar. Querida miss Stella, cuando mi pobre hijo la asustó con ese grito que exigía comida, me recordó la más penosa de mis angustias. Cuando pienso en él, me siento tentada a... pero mi buen juicio me dice que no. ¡No! ¡No! Esconda el billetero. Soy incapaz de cometer la desvergonzada audacia de pedir prestada una suma de dinero que nunca

podré devolver. Déjeme decirle cuál es mi problema, miss Stella, y comprenderá que hablo en serio. Tenía dos hijos, y el más adorable, el más cariñoso, murió en un duelo.

Esta súbita revelación provocó en Stella un grito de compasión que no pudo reprimir. Por primera vez comprendía el remordimiento que torturaba a Romayne, como no lo había comprendido cuando lady Loring le contó la terrible historia del duelo. Madame Marillac, atribuyendo el efecto provocado a la naturaleza sensible propia de una joven, se dirigió inocentemente a Stella excusándose por causarle ese disgusto.

—Siento haberla asustado, querida —dijo—. En el dichoso país en que usted vive, una muerte tan terrible como la de mi hijo es algo desconocido. Me veo obligada a mencionarla, pues de lo contrario podría no comprender lo que aún tengo que decirle. ¿Prefiere que no siga?

Stella cobró nuevos ánimos.

—¡Sí! ¡Sí! —respondió con avidez—. ¡Por favor, siga!

—Ese hijo mío al que ha oído gritar —prosiguió la viuda— sólo tiene catorce años. Dios ha tenido a bien infligir un terrible dolor en una criatura indefensa. Desde entonces no está en su sano juicio, desde el desdichado día en que siguió a los duelistas y vio morir a su hermano. ¡Oh, está usted palideciendo! ¡Qué desconsiderada por mi parte, qué cruel! ¡Debería haber recordado que tales horrores nunca deberían haber ensombrecido su dichosa vida!

Esforzándose por recuperar el control de sí misma, Stella intentó tranquilizar a madame Marillac con un gesto. La voz que había oído en la habitación contigua (ahora lo sabía) era la voz que perseguía a Romayne. No las palabras que habían proclamado su indignancia y pedido pan, sino aquellas otras: «¡Asesino! ¡Asesino! ¿Dónde estás?» resonaban en sus oídos. Rogó a madame Marillac que rompiera aquel insoportable intervalo de silencio. La voz serena de la viuda ejercía una influencia lenitiva que deseaba sentir.

—¡Siga! —repitió—. ¡Por favor, siga!

—No debería culpar a ese duelo de toda la aflicción de mi pobre hijo —dijo madame Marillac—. Desde pequeño, su desarrollo mental siempre fue por detrás del corporal. La muerte de su hermano sólo ha precipitado el resultado que tarde o temprano parecía inevitable. No tenga miedo de él. Nunca es violento, y es el más hermoso de mis hijos. ¿Le gustaría verle?

—¡No! Prefiero oírle hablar de él. ¿No es consciente de su desgracia?

—Verá, Stella... ¿Seguro que puedo llamarla Stella?... Pasa muchas semanas de lo más tranquilo; no vería diferencia alguna entre él y cualquier otro muchacho. Por desgracia, es justo en esos momentos cuando un espíritu de impaciencia parece poseerle. Acecha su oportunidad y, por mucho que le vigilemos, es lo suficientemente

astuto como para escapar a nuestra vigilancia.

—¿Quiere decir que huye de sus hermanas y de usted

—Sí, a eso me refiero. Ha estado separado de nosotras durante casi dos meses. Fue sólo ayer que su regreso nos alivió de un estado de angustia que ni intentaré describir. No sabemos dónde ha estado, ni en compañía de qué personas ha pasado esa ausencia. Nada es capaz de convencerle de que nos hable de ese tema. Esta mañana le oímos hablar solo.

¿Formaba parte de la locura del muchacho repetir las palabras que aún atormentaban a Romayne? Stella preguntó si alguna vez hablaba del duelo.

—¡Nunca! Parece haberlo olvidado por completo. Esta mañana sólo oímos una o dos palabras inconexas, referentes a una mujer, y luego algo más que parecía aludir a la muerte de alguien. Ayer por la noche yo estaba con él cuando se fue a la cama, y descubrí que había algo que quería ocultarme. Me dejó doblar sus ropas, como siempre, pero no su chaleco, que me arrebató de un tirón y escondió bajo el almohadón. Sabíamos que era casi imposible examinar el chaleco sin su consentimiento. Duerme como un perro; sólo con que alguien se acerque, se despierta al momento. Perdóneme por importunarla con estos insignificantes detalles, que sólo a nosotras interesan. Así comprenderá, al menos, la constante ansiedad que sufrimos.

—Dada su situación actual —dijo Stella—, yo procuraría resignarme a separarme de él... Me refiero a dejarlo bajo cuidado médico.

La cara de la madre se ensombreció.

—Hemos hecho algunas averiguaciones —respondió—. Debe pasar una noche en un asilo para pobres antes de ser admitido como lunático indigente en un manicomio público. Oh, querida, ¡me temo que aún me quede algo de orgullo! Ahora es el único hijo varón que me queda; su padre fue general del ejército francés; yo me eduqué entre personas de noble linaje y buena crianza... ¡no puedo llevar a mi propio hijo al asilo para pobres!

Stella la comprendía.

—La compadezco con todo mi corazón —dijo—. Llévelo a un sanatorio privado, querida madame Marillac, donde le cuidarán con competencia y cariño, y por favor, deje que vuelva a abrir el billetero.

La viuda seguía negándose ni a mirar el billetero.

—¿O acaso —insistió Stella— no conoce ningún sanatorio privado que la satisfaga?

—¡Conozco esos lugares! El médico que atendió a mi marido al final de su enfermedad me habló de ellos. Un amigo suyo alberga a algunos pobres en su casa, y sólo les cobra la manutención. ¡Que para mí es una suma inalcanzable! Esa es la tentación de que le hablé. Podría aceptar unas cuantas libras, si me sintiera enferma, pues sé que luego podría devolverlas. ¡Pero una gran suma... nunca!

Se levantó, como dando por acabada la entrevista. Stella intentó, por todos los medios, convencerla de que se lo pensara, pero fue en vano. La amistosa disputa entre ambas se hubiera prolongado de no haber sido silenciada por otra interrupción procedente de la habitación de al lado.

Esta vez no sólo fue soportable, sino bienvenida. El pobre muchacho tocaba la melodía de un vodevil francés en una flauta o chirimía.

—¡Ahora es feliz! —dijo la madre—. Es un músico nato, vaya a verle. —A Stella se le ocurrió una idea. Se sobrepuso a su renuencia a ver el muchacho, tan fatalmente asociada a la desgracia ocurrida en la vida de Romaine. Mientras madame Marillac abría paso hacia la puerta que comunicaba las dos habitaciones, rápidamente sacó de su cartera algunos billetes que había cogido antes de salir y los dobló para poder ocultarlos en la mano fácilmente.

Siguió a la viuda hasta la pequeña habitación.

El muchacho estaba sentado en la cama. Dejó a un lado su chirimía y saludó con la cabeza a Stella. El pelo, largo y sedoso, le caía hasta los hombros. Pero en su delicado rostro había una señal de su mente perturbada: en sus ojos grandes se veía esa mirada vacía y vidriosa imposible de confundir.

—¿Le gusta la música, mademoiselle? —preguntó amablemente. Stella le pidió que volviera a tocar esa melodía de vodevil. El niño satisfizo orgulloso la petición. A su hermana parecía molestarla la presencia de la desconocida.

—Hay que proseguir la labor —dijo, y pasó a la habitación más grande. Su madre la siguió hasta la puerta, para darle las indicaciones necesarias. Stella vio su oportunidad. Puso los billetes en el bolsillo de la chaqueta del muchacho y le susurró:

—Dáselos a tu madre cuando me haya ido.

Estaba segura de que, en esas circunstancias, cedería a la tentación. Era capaz de resistirse a muchas cosas, pero no a su hijo.

El muchacho asintió, para expresar que la comprendía. Un instante después, dejaba su chirimía a un lado con una expresión de sorpresa.

—¡Estás temblando! —dijo el muchacho—. ¿Estás asustada? Estaba asustada. La sola idea de tocarle la había estremecido. ¿Sentía acaso el vago presentimiento de algún mal que pudiera originarse en aquella momentánea asociación con él?

Madame Marillac, apartando la mirada de su hija, observó la agitación de Stella.

—¿Mi pobre muchacho la ha alarmado? —dijo. Antes de que Stella pudiera responder, alguien llamó a la puerta. Apareció el criado de lady Loring, portador de un mensaje claramente escrito. «Señorita, un amigo la espera abajo.» En aquel momento, cualquier excusa para marcharse era bienvenida para Stella. Prometió hacer otra visita dentro de pocos días. Madame Marillac la besó en la frente al despedirse. Stella aún temblaba por el momentáneo contacto con el muchacho. Al bajar la escalera, tan intenso era el temblor que se vio obligada a sujetarse del brazo

del criado. Stella no era de natural medrosa. ¿Qué significaba aquello?

El carruaje de lady Loring esperaba a la entrada de la calle, y todos los niños del vecindario se habían congregado para admirarlo. Impulsivamente, Stella se adelantó al criado y abrió la puerta del carruaje.

—¡Entra! —gritó lady Loring—. ¡Stella, no sabes cómo me has asustado! ¡Dios santo, si tú misma estás temblando! ¿De qué chusma te he rescatado? Toma mi frasco de sales y cuéntamelo todo.

El aire fresco y la presencia tranquilizadora de su vieja amiga revivieron a Stella. Consiguió relatarle la entrevista con la familia del general y responder a las inevitables preguntas que suscitaba la narración. La última pregunta de lady Loring fue la más importante de todas:

—¿Qué vas a hacer con Romaine?

—Voy a escribirle en cuanto lleguemos a casa.

La respuesta pareció alarmar a lady Loring.

—¿No irás a traicionarme? —dijo.

—¿A qué te refieres?

—¿No permitirás que Romaine descubra que te he hablado del duelo?

—Desde luego que no.

—Te dejaré leer mi carta antes de enviársela.

Más tranquila, lady Loring se acordó del mayor Hynd.

—¿Podemos contarle lo que has hecho?

—Claro que podemos —replicó Stella—. No voy a ocultarle nada a lord Loring, y le pediré a tu marido que le escriba al mayor. Lo único que debe decirle es que he hecho algunas averiguaciones, después de que tú me informaras de las circunstancias, y que le he comunicado el favorable resultado a Romaine.

—Es fácil escribir la carta, querida. Pero no me es tan fácil imaginar lo que el mayor Hynd pueda pensar de ti.

—¿Importa algo lo que piense el mayor?

Lady Loring miró a Stella con una maliciosa sonrisa.

—¿Sientes la misma indiferencia hacia la opinión que Romaine pueda tener de tu conducta?

Stella se ruborizó.

—Cuando hables de mí con Romaine, Adelaide, sé prudente —respondió muy seria—. Nada me importa tanto como la buena opinión que tenga de mí.

Una hora después, le escribió a Romaine aquella importante carta. Stella le informó escrupulosamente de todo lo que había ocurrido... con dos omisiones necesarias. En primer lugar, no mencionó la referencia de la viuda a la muerte de su hijo, ni el efecto que esta produjo en su hermano menor. Le describió al muchacho como un simple débil mental que precisaba ayuda médica competente. En segundo

lugar, dejó que Romaine dedujera que, por lo que ella sabía, sólo la generosidad le guiaba a la hora de socorrer a aquellas personas.

La carta acababa con estas líneas:

«Si me he tomado la libertad de actuar en su nombre sin que nadie me lo pidiera, sólo puedo aducir que ha sido con la mejor intención. Me pareció que no era justo que, en su ausencia, se demorara innecesariamente su intento de ayudar a esas pobres gentes. Al juzgar mi conducta, le ruego tenga en cuenta que he procurado no comprometerle de ninguna manera. Lo único que sabe madame Marillac de usted es que se trata de una persona compasiva que le ofrece su ayuda, y que desea hacerlo de manera anónima. Si, pese a todo, desaprueba usted mi actuación, no le oculto que ello me afligirá y me humillará, pues, mientras otros parecían vacilar, yo no he dudado en serle útil. Me consuela recordar que he conocido a una mujer del más noble y dulce carácter, y que he contribuido a proteger a su afligido hijo de algunos peligros difíciles de calcular. Acabe lo que yo he comenzado. Sea indulgente y amable conmigo si, en mi inocencia, le he ofendido en este asunto, y recordaré agradecida el día en que me arrogué el papel de repartir las limosnas de Mr. Romaine».

Lady Loring leyó dos veces las últimas frases.

—Creo que el final de la carta causará efecto en Romaine —dijo.

—Sólo con que me llegue una carta de respuesta —replicó Stella—, habrá causado el efecto que espero.

—Creo que hará mucho más que eso.

—¿Qué más puede hacer?

—Amiga mía, puede traerte de vuelta a Romaine.

Esas esperanzadoras palabras parecieron amedrentar a Stella en lugar de animarla.

—¿Traerle de vuelta a mí? —repitió—. Oh, Adelaide, ¡ojalá pudiera pensar lo mismo!

—Envía la carta —dijo lady Loring—, y ya veremos.

Capítulo 13

Correspondencia del padre Benwell

I

De Arthur Penrose al padre Benwell

Reverendo y querido padre: La última vez que tuve el honor de verle, recibí instrucciones de informarle, por carta, del resultado de mis pláticas religiosas con Mr. Romaine.

Dado el suceder de los hechos, resulta del todo innecesario que ocupe su tiempo demorándome excesivamente en este tema. Mr. Romaine ha quedado fuertemente impresionado por los excelentes libros que le he recomendado. Pone ciertas objeciones, que he procurado discutir. Ha prometido considerar mis argumentos con la mayor atención. Me hace muy feliz la perspectiva (y no puede imaginarse hasta qué punto) de contribuir a devolverle el sosiego espiritual, o, en palabras más nobles, de llevar a cabo su conversión. Respeto y admiro a Mr. Romaine, y casi podría decir que le amo.

Tendré el privilegio de relatarle personalmente los detalles de que carece este breve informe. Mr. Romaine ya no desea ocultarse de sus amistades. Esta mañana recibió una carta que le ha hecho cambiar todos sus planes, decidiendo regresar de inmediato a Londres. No conozco el contenido de esa carta, ni el nombre del remitente; pero me alegro por él de que su lectura le haya hecho tan feliz.

Mañana por la noche espero presentarle mis respetos.

II

De Mr. Bitrake al padre Benwell

Muy señor mío: Las investigaciones que he efectuado a petición suya han sido fructíferas en un punto.

Puedo afirmar con toda certeza que ciertos sucesos en la vida de Mr. Winterfield guardan relación con esa joven de nombre miss Stella Eyrecourt.

Cuáles son las circunstancias, sin embargo, es algo difícil de descubrir. A juzgar por el minucioso informe de la persona que trabaja para mí, debe de haber razones de peso para mantener los hechos en secreto y haberse librado de los testigos. No le menciono esto para desanimarle, sino para prepararle para las demoras que puedan

afectar a nuestra investigación.

Le agradezco la confianza que deposita en mí, y, si me concede el tiempo necesario, puedo responder del resultado.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo 1

El baile del sandwich

Una hermosa primavera, tras un invierno de singular severidad, ofrecía las mejores perspectivas para la temporada social londinense.

Entre la vida social del momento, el anuncio de una fiesta ofrecida por lady Loring, bajo el pintoresco nombre de Baile del Sandwich, había despertado una generalizada curiosidad en la pequeña esfera que, de manera absurda, suele calificarse a sí misma de sociedad. Las invitaciones convocaban a una hora singularmente temprana, y daban a entender que algo tan habitual y sustancioso como la cena de rigor iba a brillar por su ausencia. En pocas palabras, el baile de lady Loring presentábase como una atrevida protesta contra el trasnoche y las pesadas comidas servidas de madrugada. Los más jóvenes se mostraron todos a favor de dicha reforma. Los mayores declinaron dar una opinión de antemano.

Entre el reducido círculo de los amigos más íntimos de lady Loring, se murmuraba que había en perspectiva cierta innovación en cuestión de refrigerios que supondría una severa prueba a la tolerancia de los invitados. Miss Notman, el ama de llaves, que desde el memorable asunto de la tortilla de ostras amenazaba cortésmente con retirarse aprovechando una pequeña renta vitalicia, decidió cumplir su amenaza cuando se enteró de que no habría cena.

—Puede que el cariño que siento por la familia sea muy grande —dijo—, pero en el momento en que lady Loring decide ofrecer un baile sin cena, debo esconder la cabeza en alguna parte, ¡y más vale que sea fuera de esta casa!

Y si tomamos a miss Notman como representativa de cierta clase social, la recepción que iba a tener el inminente experimento parecía, cuando menos, dudosa.

La noche señalada, los invitados, al llegar a la antesala, se encontraron con una grata sorpresa. Se les dejaba que se divirtieran a su completo antojo.

Los salones se dedicaban al baile; la galería de pintura se había convertido en sala de música. Para los que prefirieran el ajedrez o los naipes, habían unas tranquilas y remotas habitaciones especialmente preparadas para ellos. A quienes sólo interesara la conversación se les acomodaba perfectamente en un aposento donde nadie les molestara. Y los amantes (los que iban en serio y los que no) descubrieron ese ideal de discreto retiro que combina la soledad y la sociedad bajo un mismo techo en un invernadero discretamente iluminado y con muchos recovecos.

Pero, como estaba previsto, la innovación gastronómica no consiguió la aprobación que todos otorgaron a la disposición de los salones. La primera impresión fue desfavorable. Lady Loring, sin embargo, sabía lo suficiente de la naturaleza

humana como para dejar el resultado de su experimento en manos de dos poderosos aliados: el tiempo y la experiencia.

A excepción del invernadero, no había lugar donde los invitados no se encontraran con mesas bellamente decoradas con flores, y sobre las que había cientos de platillos de blanquísima porcelana que no contenían otra cosas que sandwiches. Todos los paladares fueron tenidos en cuenta. La gente de gustos corrientes, aquellos que quieren saber qué están comiendo, podía escoger entre la ternera o el jamón, atrapados entre finas rebanadas de pan de un sabor totalmente nuevo para ellos. Otras personas, menos fáciles de complacer, se veían tentadas por sandwiches de *pâté de foie gras* y por exquisitas combinaciones de pollo y trufas, convertidos en una pasta cremosa que se adhería al pan como mantequilla. Los extranjeros, sin prevención contra los experimentos ni contra el sabor del ajo, descubrieron las salchichas más exquisitas de Alemania e Italia transformadas en sandwiches ingleses. Las anchoas y las sardinas atraían, de manera igualmente inesperada, a aquellos que deseaban provocarse una sed artificial... tras asegurarse de que el champán servido aquella noche iba a ser recordado con cariño y añorado en las fiestas de final de temporada. La hospitalaria profusión de comida y bebida era omnipresente e inacabable. Allí donde hubiera un invitado, y por mucho que se estuviera divirtiendo, siempre tenía a mano uno de aquellos platillos blancos, tentándole. La gente comía como si jamás hubiera probado bocado, e incluso ese inveterado prejuicio inglés contrario a toda novedad se veía totalmente superado. Todos acabaron reconociendo que el Baile del Sandwich era una idea admirable, y que se había llevado a cabo a la perfección.

Muchos fueron los invitados que tuvieron el detalle de llegar a la temprana hora indicada en las invitaciones. Uno de ellos fue el mayor Hynd. Lady Loring aprovechó aquella oportunidad para hablar con él en un aparte.

—He oído decir que se enfadó un poco —dijo lady Loring— cuando se enteró de que miss Eyrecourt había decidido hacer investigaciones por su cuenta.

—Me pareció una osadía, lady Loring —replicó el mayor—. Pero como la viuda del general resultó ser una dama, en el mejor sentido de la palabra, la romántica aventura de miss Eyrecourt queda completamente justificada, aunque no le recomendaría correr ese riesgo una segunda vez.

—¿Sabe ya qué piensa Romaine del asunto?

—Aún no. Desde mi llegada a la ciudad he estado demasiado ocupado como para ponerme en contacto con él. Perdóneme, lady Loring, ¿quién es esa hermosa criatura del vestido amarillo claro? ¿Es posible que la haya visto anteriormente?

—Esa hermosa criatura, mayor, es la atrevida joven cuya conducta no aprueba usted.

—¿Miss Eyrecourt?

—Exacto.

—¡Me retracto de todo lo dicho! —gritó el mayor con todo descaro—. Una mujer así puede hacer lo que quiera. Está mirando hacia aquí. Por favor, presénteme.

El mayor fue presentado, y lady Loring regresó con sus invitados.

—Creo que ya nos conocíamos, mayor Hynd —dijo Stella.

Su voz le proporcionó al mayor el eslabón que faltaba en su memoria. Al recordar cómo Stella había mirado a Romaine en la cubierta del vapor, comenzó a comprender tímidamente su, de otro modo incomprensible, deseo de ser de utilidad a la familia del general.

—La recuerdo perfectamente —respondió el mayor—. Fue en el viaje de Boulogne a Folkstone, y mi amigo me acompañaba. ¿No me cabe duda de que usted y él, desde entonces, se han conocido? —Planteó la pregunta como una mera formalidad. El pensamiento que había en su mente era: «Otra que se ha enamorado de Romaine, y, como siempre, lo más probable es que sin ninguna consecuencia».

—Espero que me haya perdonado por ir a Camp's Hill en su lugar —dijo Stella.

—Debería estarle agradecido —replicó el mayor—. Así no se ha perdido tiempo a la hora de ayudar a esa pobre gente, y su capacidad de convicción ha triunfado allí donde la mía, probablemente, hubiese fracasado. Ahora que Romaine ha regresado a Londres, ¿ha ido a verles?

—No. Desea permanecer en el anonimato; se contenta, por el momento, con que yo sea su representante.

—¿Por el momento? —repitió el mayor.

Un tenue rubor recorrió la delicada tez de Stella.

—He conseguido —prosiguió— que madame Marillac acepte la ayuda que su hijo precisaba. La pobre criatura se halla en un sanatorio privado, y sometida a amables cuidados. Por el momento, no puedo hacer más.

—¿La madre no acepta nada?

—Nada, ni para ella ni para su hija, mientras puedan trabajar. Soy incapaz de reproducir con qué paciencia y abnegación se refiere a su suerte. Pero no sé hasta cuándo resistirá su salud... y es posible que, en breve, yo tenga que irme de Londres. —Hizo una pausa; el rubor se acentuó—. Quizá la salud de la madre sufra un quebranto en mi ausencia y Mr. Romaine le pida que se ocupe de la familia, de vez en cuando, mientras yo no esté.

—Lo haré con mucho gusto, miss Eyrecourt. ¿Vendrá Romaine esta noche?

Stella dibujó una radiante sonrisa, y apartó la mirada, lo que azuzó la curiosidad del mayor, que miró en la misma dirección. La entrada de Romaine en el salón fue la respuesta.

¿Qué anzuelo atraía a ese estudioso tan poco amante de la vida social a una fiesta nocturna? Los ojos del mayor Hynd no perdían detalle. Cuando Romaine y Stella se estrecharon la mano, la atracción se le reveló de inmediato. Al recordar la

momentánea turbación que en ella se había delatado al mencionar que quizá tuviera que irse de Londres, y que Romayne tendría que buscarle sustituto en su obra caritativa, el mayor, con esa impaciencia militar ante las demoras, llegó a una conclusión. «Estaba equivocado», se dijo, «mi impenetrable amigo ha recibido la flecha en el lugar preciso. Cuando esta espléndida criatura se vaya de Londres, su equipaje llevará el nombre de Mrs. Romayne.»

—¡Pareces otro hombre, Romayne! —dijo con malicia—. Quién te ha visto y quién te ve.

Stella se alejó lentamente, dejándoles hablar a su antojo. Romayne no aprovechó la circunstancia para hacerle ninguna confidencia a su viejo amigo. Fuera cual fuera la relación existente entre miss Eyrecourt y él, era evidente que se mantenía en secreto.

—Últimamente mi salud ha mejorado un poco —fue su única respuesta.

El mayor transformó su voz en un susurro.

—¿Has vuelto a oír...? —comenzó a decir.

Romayne le interrumpió.

—No quiero que mis males se hagan públicos —le susurró irritado—. ¡Mira cuánta gente nos rodea! Cuando digo que últimamente he estado mejor, ya deberías saber a qué me refiero.

—¿Conoces la razón de esa mejoría? —insistió el mayor, aún empeñado en conseguir pruebas que apoyaran sus propias conclusiones.

—¡No! —fue la brusca respuesta de Romayne.

Pero al mayor Hynd no le desalentaban las respuestas bruscas.

—Miss Eyrecourt y yo hemos estado rememorando la primera vez que nos vimos, a bordo del vapor —prosiguió—. ¿Recuerdas lo indiferente que te mostraste hacia esa hermosa criatura cuando te pregunté si la conocías? Me alegra ver que esta noche demuestras mejor gusto. Ojalá fuera yo quien la conociera lo suficientemente bien como para estrecharle la mano como hiciste tú.

—¡Hynd! Cuando un joven dice sandeces, su juventud le excusa. Pero a tu edad, ya no hay excusa posible... ni siquiera en la estima de tus amigos.

Con estas palabras, Romayne dio media vuelta. El incorregible mayor Hynd enseguida respondió a esa censura con una ingeniosa respuesta.

—¡Recuerda que yo fui el primero de tus amigos en desearte la felicidad!

Y él también dio media vuelta, en dirección al champán y los sandwiches.

Mientras tanto, Stella había descubierto a Penrose, perdido entre aquella distinguida reunión, solo en una esquina. Para ella era suficiente que el secretario de Romayne fuera también amigo de Romayne. Pasó junto a personajes celebrados y de abolengo, todos ansiosos por conocerla, se acercó a ese hombrecillo tímido, nervioso, de triste apariencia, e hizo todo lo que pudo para que se sintiera cómodo.

—Me temo, Mr. Penrose, que este ambiente no le resulte muy atractivo. —Dichas estas palabras, calló. Penrose la miraba confundido, pero con una expresión de interés que Stella nunca le había visto. «¿Se lo habrá dicho Romaine?», se preguntó.

—Es un lugar muy hermoso, miss Eyrecourt —dijo en su voz baja y serena.

—¿Ha venido con Mr. Romaine? —preguntó.

—Sí. Fue siguiendo su consejo que acepté la invitación con que lady Loring me honró. Aunque, por desgracia, me siento fuera de lugar en una reunión como esta. Sin embargo, haría sacrificios mayores para complacer a Mr. Romaine.

Stella sonrió amable. Que Penrose sintiera un afecto tan franco hacia el hombre que ella amaba, la complacía y conmovía. En su ansiedad por encontrar un tema que pudiera interesar a Penrose, se sobrepuso a la antipatía que le provocaba el director espiritual de la casa.

—¿Vendrá esta noche el padre Benwell? —inquirió.

—Vendrá, sin duda, si consigue regresar a Londres a tiempo.

—¿Lleva mucho tiempo fuera?

—Casi una semana.

Sin saber qué más decir, todavía tuvo el detalle de fingir interés por el padre Benwell.

—¿Le esperaba un largo viaje a Londres?

—Sí, desde Devonshire.

—¿South Devonshire?

—No. North Devonshire. Clovelly.

La sonrisa de Stella se disipó al instante. Aún formuló otra pregunta, sin esforzarse en ocultar cuánto le costaba, ni la ansiedad con que esperaba la réplica.

—Conozco un poco Clovelly —dijo Stella—. Me pregunto si el padre Benwell está visitando a algún amigo mío.

—No sabría decirle. Las cartas del reverendo padre las dirijo a su hotel: es lo único que sé.

Con una suave inclinación de cabeza, Stella se volvió hacia los otros invitados. Enseguida regresó la mirada a Penrose, y, dedicándole una última cortesía, le dijo:

—Si le gusta la música, Mr. Penrose, le aconsejo se encamine a la galería de pintura. Van a interpretar un cuarteto de Mozart.

Penrose le dio las gracias, sin dejar de observar que ahora parecía extrañamente abatida. Stella regresó al aposento donde la anfitriona recibía a los invitados. En aquel momento lady Loring estaba sola, descansando en un sofá. Stella se le acercó y le habló en voz baja, cautelosa.

—Si el padre Benwell viene aquí esta noche —dijo—, procura averiguar qué ha estado haciendo en Clovelly.

—¿Clovelly? —repitió lady Loring—. ¿No es ese el pueblo que hay al lado de la

casa de Winterfield?

—Sí.

Capítulo 2

La cuestión del matrimonio

Mientras Stella respondía a lady Loring, fue vigorosamente golpeada en el hombro con un abanico que estaba en manos de una apremiante invitada.

Se trataba de una mujer menuda, de ojos parpadeantes y perpetua sonrisa. La naturaleza, corregida por los afeites y la pintura, se exhibía con liberalidad en sus brazos, su pecho, y la parte superior de la espalda. Sus ropas, quizá no abundantes en cantidad, eran de una cualidad absolutamente perfecta. Jamás se vio color, ni forma ni elaboración más adorable, ni siquiera en el catálogo de un sombrerero. Su pelo claro mostraba flequillo y rizos, en ese estilo que nos es familiar gracias a los retratos de la época de Carlos II. Nada era en ella exactamente joven ni exactamente viejo; sólo su voz, que delataba una débil ronquera, atribuible, con toda probabilidad, al agotamiento producido por incalculables años de incesante parloteo. Podría añadirse también que era activa como una ardilla y juguetona como un gatito. Pero a esta dama hay que tratarla con cierta indulgencia, y por una buena razón: era la madre de Stella.

Stella se volvió rápidamente al percibir los golpes de abanico.

—¡Mamá —exclamó—, me has asustado!

—Mi querida niña —dijo Mrs. Eyrecourt—, eres indolente por naturaleza, y necesitas que te asusten. Ve inmediatamente a la sala de al lado. Mr. Romaine te está buscando.

Stella reculó un paso, y observó a su madre con absoluta sorpresa.

—¿Le conoces? —preguntó.

—Mr. Romaine no frecuenta la sociedad —replicó Mrs. Eyrecourt—, de lo contrario le conocería hace tiempo. Es una persona extraordinaria, y le he observado mientras te estrechaba la mano. Eso ha sido más que suficiente. Acabo de presentarme a él, le he dicho que era tu madre. Estaba un poco rígido y distante, pero se mostró de lo más encantador cuando supo quién era yo. Me presté voluntaria a encontrarte. Se quedó pasmado. Creo que me tomó por tu hermana mayor. No nos parecemos en nada, ¿verdad, lady Loring? Ella es igual que su pobre padre, en paz descanse. También él era indolente por naturaleza. Hija mía, alegre esa cara. Por fin te ha tocado el premio gordo. Si he visto alguna vez a un hombre enamorado, ese es Mr. Romaine. Soy una fisonomista, lady Loring, y detecto las pasiones en la cara. ¡Oh, Stella, menuda propiedad! Vange Abbey. Una vez pasé por allí mientras visitaba los alrededores. ¡Soberbia! Y desde la muerte de su tía cuenta con otra fortuna: doce mil al año y una mansión en Highgate. Y mi hija puede llegar a ser dueña de todo eso

sólo con que sepa jugar sus cartas. ¡Menuda compensación después de todo lo que nos hizo sufrir ese monstruo de Winterfield!

—¡Mamá! ¡Por favor, no...!

—Stella, no me interrumpas cuanto te estoy hablando por tu bien. Lady Loring, no conozco a una persona más irritante que mi hija... a veces. Y sin embargo la quiero. La semana pasada estuve en una boda, y me acordé de Stella. ¡La iglesia estaba hasta los topes! ¡Cien personas en el banquete! El encaje de la novia... no hay palabras para describirlo. Diez damas de honor, en azul y plata. Me recordaron la parábola de las diez vírgenes. Sólo que estas casi todas parecían necias. Sin embargo, tenían buen aspecto. El arzobispo propuso un brindis por la salud del novio y la novia; qué conmovedor. Algunos lloramos. Yo pensé en mi hija. Oh, si pudiera vivir para ver a Stella convertida en la atracción principal, por así decir, de una boda como esa. Sólo que yo pondría doce damas de honor, y superaría el azul y el plata con verde y oro. Muy buen cutis hay que tener para esos colores, ya lo sé. Pero se puede hacer un apaño artificial. Al menos, eso me han dicho. Menuda casa sería, y es que, viendo la suya, una se hace una idea bastante aproximada, ¿no es verdad, lady Loring? Menuda casa para una boda, con ese salón para reunirse, y la galería de pintura para el banquete. Conozco al arzobispo. Querida, él te casará. ¿Por qué no vas de una vez al salón de al lado? Ah, esa indolencia natural. Ojalá tuvieras mi energía, como solía decirle a tu pobre padre. ¿Es que no vas a ir? Sí, querida lady Loring, tomaré una copa de champán, y otro de esos deliciosos sandwiches de pollo. Si no vas, Stella, me olvidaré de toda idea del decoro, y, por muy crecida que estés, te llevaré a empujones.

Stella cedió ante lo inevitable.

—Hazla callar, si puedes —le susurró a lady Loring en el momento de silencio que siguió. Pero ni siquiera Mrs. Eyrecourt era capaz de hablar mientras bebía champán.

En el salón de al lado, Stella encontró a Romaine. Parecía agobiado e irritable, pero el semblante se le iluminó de inmediato cuando ella se le acercó.

—Mi madre ha hablado con usted —dijo—. Me temo que...

El la interrumpió.

—Ella es su madre —dijo, amable—. No crea que soy tan desagradecido como para olvidarlo.

Ella le tomó del brazo, y le miró con todo el corazón en los ojos.

—Vamos a un aposento más tranquilo —le susurró Stella.

Romaine fue delante. Ninguno de los dos advirtió la presencia de Penrose, que no se había movido desde que Stella hablara con él. Permanecía en aquel rincón, absorto en sus pensamientos, y no muy feliz, como delataba a las claras su cara a todo aquel que se molestara en mirarle. Con tristeza, sus ojos siguieron a aquellas dos figuras

que se alejaban. El rubor invadió sus macilentas mejillas. Como muchos hombres acostumbrados a vivir solos, tenía el hábito, cuando estaba muy alterado, de hablar solo. «¡No!», dijo mientras los dos amantes desaparecían por la puerta sin verle, «¡es un insulto pedirme que haga algo así!» Se volvió hacia el otro lado, y, procurando pasar por el recibimiento sin que lady Loring lo advirtiera, abandonó la casa.

Romayne y Stella atravesaron el salón de naipes y el de ajedrez, tomaron un pasillo y llegaron al invernadero.

Por primera vez no había nadie. El aire de una nueva danza, débilmente audible a través de las ventanas abiertas de la sala de baile que había justo encima de ellos, había resultado una irresistible tentación. Aquellos que hasta el momento sólo habían oído hablar de él no pudieron resistir la tentación de observar y aprenderlo. Incluso en la postrimerías del siglo XIX, los jóvenes y doncellas de la sociedad pueden tomarse algo en serio..., siempre que ese algo sea un nuevo baile.

¿Qué habría dicho el mayor Hynd de haber visto a Romayne entrar en uno de los recovecos del invernadero, donde había un confidente? Pero el mayor Hynd se había olvidado de su edad y de su familia, y también se contaba entre los espectadores del salón de baile.

—Me pregunto —dijo Stella— si sabes lo que pienso de tus amables palabras mientras hablabas de mi madre. ¿Debo decírtelo?

Le rodeó el cuello con los brazos y le besó. El era un novato en el amor, en el sentido más noble de la palabra. La exquisita suavidad del tacto de los labios de Stella, la deliciosa fragancia de su aliento, le embriagaron. No puso freno a la devolución del beso. Ella retrocedió; recobró el dominio de sí misma con una prontitud ciertamente incomprensible para un hombre. De las profundidades de la ternura, Stella pasó a las superficies de la frivolidad. En su propia defensa, y en menos de un instante, se mostraba ahora casi tan superficial como su madre.

—¿Qué diría Mr. Penrose si te viera? —susurró.

—¿Por qué hablas de Penrose? ¿Le has visto esta noche?

—Sí, y tenía un aspecto triste. No estaba en su elemento, el pobre. Hice todo lo que pude para que se sintiera cómodo, porque sé que tú le aprecias.

—¡Querida Stella!

—¡No, otra vez no! Hablo en serio. Mr. Penrose me miró con un extraño interés que no sé describir. ¿Le tienes confianza?

—Es tan leal, se interesa tanto por mí —dijo Romayne—. Me avergonzaba tratarle como a un extraño. Durante nuestro viaje a Londres le confesé que era tu encantadora carta la que me había decidido a regresar. Le dije: «Debo decirle en persona lo bien que me ha entendido, y lo mucho que agradezco su amabilidad». Penrose me tomó la mano, de un modo muy considerado. «Yo también le comprendo», dijo, y eso fue todo lo que ocurrió entre nosotros.

—¿Nada más, desde entonces?

—Nada.

—¿Ni una palabra de lo que hablamos la semana pasada, cuando estuvimos a solas en la galería de pintura?

—Ni una palabra. Soy tan dado a castigarme que desconfío de mí mismo, incluso ahora. Dios sabe que no te he ocultado nada; y sin embargo... ¿No soy un egoísta al pensar en mi propia felicidad, Stella, cuando debería estar pensando sólo en la tuya? Ya sabes, ángel mío, qué vida te espera si te casas conmigo. ¿Estás segura de que posees suficiente coraje y amor para ser mi esposa?

Ella apoyó suavemente su cabeza en el hombro de Romaine, y le miró con su encantadora sonrisa.

—¿Cuántas veces debo decírtelo para que me creas? Te lo diré otra vez: hay en mí coraje y amor suficientes para ser tu esposa; ¡y lo supe, Lewis, la primera vez que te vi! ¿Basta esta confesión para vencer tus escrúpulos? ¿Me prometes que nunca más volverás a dudar de mí, ni de ti?

Romaine lo prometió, y selló la promesa con un beso que, esta vez, no encontró resistencia.

—¿Cuándo nos casamos? —susurró Romaine.

Stella levantó la cabeza de su hombro con un suspiro.

—Si debo responderte con honestidad —contestó—, mi madre deberá dar su consentimiento.

Romaine se sometió a los deberes de su nueva situación, y también los entendió.

—¿Quieres decir que le has hablado a tu madre de nuestro compromiso? En ese caso, ¿es mi deber o el tuyo (soy muy ignorante en estas cuestiones) consultar sus deseos? Mi idea es que primero debería yo preguntarle si me aprueba como yerno, y luego tú ya le hablarás de matrimonio.

Stella pensó en los gustos de Romaine, siempre en favor de una modesta discreción, y en los de su madre, siempre a favor de la ostentación y el alarde. Confesó sin ambages el resultado de tales pensamientos.

—Me da miedo consultarle a mi madre sobre nuestro matrimonio —dijo.

Romaine parecía atónito.

—¿Crees que Mrs. Eyrecourt lo desaprobará?

Stella, por su parte, pareció igual de atónita.

—¿Desaprobarlo? Sé con certeza que estará encantada.

—¿Cuál es el problema, entonces?

Sólo había una manera de responder con claridad a la pregunta. Stella describió sin tapujos la idea que tenía su madre de una boda, sin olvidarse del arzobispo, las doce damas de honor en verde y oro y los cien invitados al banquete en la galería de pintura de lord Loring. La consternación de Romaine, por unos instantes, le dejó

literalmente sin habla. Decir que miró a Stella como miraría un preso de «la celda de los condenados» al alguacil que le anuncia que ha llegado el momento de su ejecución, sería hacer injusticia al preso. Este recibe el golpe sin pestañear; y, en prueba de su compostura, celebra su boda con el cadalso tomando un desayuno que no vivirá para digerir.

—Si piensas igual que tu madre —comenzó a decir Romaine, en cuanto recobró el dominio de sí mismo—, no pienso expresar ninguna opinión en contra... —Fue incapaz de seguir. En su vívida imaginación aparecieron el arzobispo y las damas de honor, oyó los cientos de invitados y sus horrorosas palabras: le falló la voz, a pesar de sí mismo.

Stella se apresuró a aliviarle.

—Querido, no comparto las ideas de mi madre —le interrumpió con ternura—. Siento decir que ella y yo tenemos muy pocas cosas en común. Mi opinión es que las bodas deberían celebrarse en la mayor intimidad posible, y que sólo deberían estar presentes los parientes más próximos y queridos. Si ha de haber fiestas y banquetes, y cientos de invitaciones, que se den cuando la pareja ya casada está en casa, tras la luna de miel, cuando empieza su verdadera convivencia. Quizá, para una mujer, resulten unas ideas extrañas, pero son *mis* ideas.

La cara de Romaine se iluminó.

—¡Pocas mujeres poseen tu cordura y exquisitez! —exclamó—. No me cabe duda de que tu madre, en cuanto se entere de que los dos opinamos lo mismo, tendrá que ceder.

Stella conocía demasiado bien a su madre como para compartir esa opinión. La capacidad de Mrs. Eyrecourt para *sotenella* y *no enmendalla*, y para no cejar (allí donde había en juego intereses sociales) en sus intentos de imbuir sus propias ideas en los demás, era tal que ninguna resistencia, aparte de la absoluta brutalidad, podía superarla. Era perfectamente capaz de importunar a Romaine (y a su hija) hasta los límites de la tolerancia humana, en la firme convicción de que estaba obligada a convertir a la fe ortodoxa a todos los que en cuestión de bodas eran unos herejes. Expresando esa perspectiva con la mayor delicadeza posible, Stella se manifestó con la suficiente claridad, sin embargo, para ilustrar a Romaine, quien, tras oír sus palabras, hizo otra sugerencia:

—¿Podríamos casarnos en privado —dijo— y decírselo a Mrs. Eyrecourt una vez consumado el hecho?

Esa solución tan masculina al problema fue rechazada de inmediato. Stella era demasiado buena hija como para soportar que a su madre se la tratara con la menor irrespetuosidad.

—Por favor —dijo—, piensa en cuánta mortificación y sufrimiento significaría eso para mi madre. Ella debe estar presente en la boda.

A Romaine se le ocurrió una situación de compromiso.

—¿Y qué te parece prepararlo todo para una boda en la intimidad, y decírselo a tu madre un día o dos antes de la ceremonia, cuando sea ya demasiado tarde para enviar las invitaciones? Quizá tu madre quedaría un poco decepcionada...

—Se enfadaría muchísimo —interrumpió Stella.

—Bueno, pues me echas la culpa a mí. Además, podrían estar presentes otras dos personas, con quienes estoy seguro que Mrs. Eyrecourt estaría encantada de compartir la invitación. ¡Supongo que no te opondrás a que estén presentes lord y lady Loring!

—¿Oponerme? ¡Son mis mejores amigos, y los tuyos!

—¿Alguien más, Stella?

—Quien tú quieras, Lewis.

—Pues por mí, nadie más. Amor mío, ¿cuándo será? Mis abogados pueden disponerlo todo para dentro de dos semanas, o menos. ¿Qué te parece?

Rodeó con el brazo la cintura de Stella; sus labios tocaron aquel cuello de nieve. No era una mujer que se refugiara en las tópicas coqueterías del sexo.

—Sí —dijo Stella en voz baja—, como quieras. —Se levantó y se apartó de él—. No me parece correcto que sigamos aquí, Lewis. Hazlo por mí. —Con sus palabras, cesó la música del baile. Stella salió corriendo del invernadero.

La primera persona con quien se topó, al regresar a la antesala, fue el padre Benwell.

Capítulo 3

El final del baile

El largo viaje del sacerdote no parecía haberle fatigado. Se mostró tan animoso y cortés como siempre, y tan paternalmente atento con Stella que a esta le resultó imposible despacharle con una formal reverencia.

—Acabo de llegar de Devonshire —dijo el padre Benwell—. El tren llevaba un poco de retraso, y por ello he sido de los últimos en aparecer. Una fiesta deliciosa, aunque he echado en falta algunas caras familiares. La de Mr. Romaine, por ejemplo. ¿Quizá no está entre los invitados?

—Oh, sí.

—¿Ya se ha marchado?

—No, que yo sepa.

El tono de aquellas respuestas le aconsejó al padre Benwell cambiar de tema. Probó con otro nombre.

—¿Ha visto a Arthur Penrose?

—Creo que Mr. Penrose se ha marchado.

Al responder, miró a lady Loring. La anfitriona era el centro de un círculo de damas y caballeros. Cabía la posibilidad de que el padre Benwell se marchara antes de que Stella pudiera recabar la atención de lady Loring, por lo que decidió llevar a cabo lo que pensaba pedirle a su anfitriona que hiciera. Mejor intentarlo, y no conseguir nada, que no intentarlo.

—Le pregunté a Mr. Penrose qué parte de Devonshire estaba usted visitando. —Stella hizo acopio de toda su cortesía—. Conozco un poco la costa norte, sobre todo la zona de Clovelly.

La cara del sacerdote permaneció inmutable; su paternal sonrisa parecía haber sido esculpida.

—Un lugar encantador, ¿verdad? —dijo con entusiasmo—. Clovelly es el pueblo más extraordinario y hermoso de Inglaterra. No sabe cómo he disfrutado de mis pequeñas vacaciones: excursiones por mar, por tierra. ¡Puede creer que vuelvo a sentirme joven!

Arqueó la cejas de manera traviesa, y frotó las manos gordezuelas con tan intolerable aire de inocencia que Stella le odió sin reservas, mientras sentía que su capacidad de autocontrol le abandonaba. Bajo la influencia de una intensa emoción, sus pensamientos perdían su habitual disciplina. Mientras intentaba sondear al padre Benwell, se daba cuenta de que estaba llevando a cabo una tarea que requería unas cualidades morales más flexibles que las que ella poseía. Pero lo que más la irritaba

ahora era no saber qué decir. En aquel momento crítico apareció su madre, ávida de noticias referentes a la conquista de Romayne.

—¡Hija mía, qué pálida estás! —dijo Mrs. Eyrecourt—. Ven conmigo ahora mismo, debes tomarte un vaso de vino.

Pero aquella hábil artimaña para hablar en privado con Stella fracasó.

—Ahora no, mamá. Gracias.

El padre Benwell, a punto de iniciar una discreta retirada, se detuvo y miró a Mrs. Eyrecourt con respetuoso interés. Tal como estaban las cosas, quizá no habría merecido la pena molestarse en conocerla. Pero ya que se le ponía a tiro, no había que despreciar esa oportunidad.

—¿Su madre? —le dijo a Stella—. Me sentiría muy honrado de que me la presentara.

Tras llevar a cabo las presentaciones muy a regañadientes, Stella retrocedió un poco. No deseaba participar en la conversación que pudiera tener lugar, pero tenía razones para quedarse lo suficientemente cerca como para oírla.

Mientras tanto, Mrs. Eyrecourt puso en marcha su inagotable flujo de charla insustancial con suma facilidad. Tanto le daba quién tuviera delante, ni cuáles fueran las ideas de su interlocutor. Igual se esforzaba por agradar a un puritano que a un papista (siempre y cuando les conociera en el seno de la buena sociedad).

—Encantada de conocerle, padre Benwell. ¿No nos vimos en aquella encantadora velada en casa del duque? Me refiero a cuando le dimos la bienvenida al cardenal, a su regreso de Roma. Qué viejecito tan encantador, si se me permite hablar así de un príncipe de la Iglesia. Y con qué donaire lleva su nuevo cargo. Esa simplicidad patriarcal, como observó todo el mundo. ¿Le ha visto últimamente?

La idea de que la Orden a que él pertenecía pudiera sentir un especial interés por un cardenal (como no fuera para servirse de él de algún modo) divirtió en su fuero interno al padre Benwell. «Qué sabia fue la Iglesia», se dijo, «al inventar una jerarquía espiritual capaz de impresionar incluso a una mujer tan necia como esta.» Su respuesta se mostró acorde con el papel de clérigo de rango inferior que ahora asumía.

—Los pobres sacerdotes como yo, señora, no suelen frecuentar las casas de los duques ni ver a príncipes de la Iglesia. —Dicho esto con la adecuada humildad, desvió la conversación hacia un rumbo más productivo, sin darle a Mrs. Eyrecourt la menor oportunidad de proseguir con sus evocaciones de la «velada en casa del duque».

—Su encantadora hija y yo hablábamos de Clovelly —prosiguió—. He pasado unas breves vacaciones en ese lugar tan encantador. Me resultó una auténtica sorpresa, Mrs. Eyrecourt, descubrir en esa zona tantas y tan hermosas casas de campo. Me impresionó especialmente Beaupark House, supongo que la conoce...

Los ojos de Mrs. Eyrecourt parpadearon y enseguida se quedaron con la mirada perdida. Fue sólo un instante. Pero ese insignificante cambio era un mal presagio para los propósitos que el sacerdote tenía en mente. Incluso la inteligencia de un necio se aviva al contacto con el mundo. Durante muchos años, Mrs. Eyrecourt había tenido un lugar en la sociedad; siempre había actuado guiada por una idea profundamente egoísta de sus propios intereses, y contado con la inestimable ayuda de esos astutos instintos que tan bien se desarrollan en un intelecto yermo. Totalmente indigna de que se le confiaran secretos referentes a otras personas, esa frívola criatura se convertía en guardián inamovible cuando se trataba de secretos relacionados con su persona. En cuanto el sacerdote se refirió, aun de manera indirecta, a Winterfield, al mencionar Beaupark House, sus instintos le advirtieron, como si hablaran: «Ve con cuidado, hazlo por Stella».

—Oh, sí —dijo Mrs. Eyrecourt—. Conozco Beaupark House, sólo que... ¿puedo hacerle una confesión? —añadió con su más encantadora sonrisa.

El padre Benwell captó su tono, con su tacto habitual.

—Una confesión en un baile es toda una novedad, incluso en mi experiencia —respondió con una sonrisa igual de encantadora.

—¡Es usted muy amable al darme ánimos! —prosiguió Mrs. Eyrecourt—. No, gracias, no quiero sentarme. Mi confesión no durará mucho, y mi pobre hija, tan pálida, necesita que le sirva un vaso de vino. Un estudioso de la naturaleza humana como usted (pues dicen que todos los sacerdotes son estudiosos de la naturaleza humana), acostumbrado por supuesto a que le consulten todas las dificultades, y a oír confesiones verdaderas, ha de saber que nosotras, las mujeres, por desgracia estamos sometidas a caprichos y fobias. Al contrario que los hombres, no podemos resistirlos; y los hombres procuran ser indulgentes con nosotras. ¿Sabía que la casa de Mr. Winterfield es una de mis fobias? Ay, padre, hablo sin pensar; debería haber dicho que siento fobia hacia ese lugar. En pocas palabras, padre Benwell, Beaupark me resulta totalmente odioso, y creo que Clovelly es el lugar más sobrevalorado del mundo. No puedo darle ninguna razón que apoye mi opinión, pero así es. Ya sé que es una tontería por mi parte. Es como la histeria, no puedo evitarla; estoy segura de que me perdonará. No hay lugar habitado en el globo que no despierte mi interés, a excepción del detestable Devonshire. Lamento tanto que fuera usted allí. La próxima vez que se tome unas vacaciones, siga mi consejo y vaya al continente.

—No sabe cuánto me gustaría —dijo el padre Benwell—. Sólo que no hablo francés. Permítame traerle una copa de vino a miss Eyrecourt.

La voz del padre Benwell sonó tranquila e imperturbable. Tras cambiar la copa vacía de Stella por una llena, se despidió, aunque antes expresó una petición con ese estilo tan suyo.

—¿Va a quedarse en la ciudad, Mrs. Eyrecourt? —preguntó.

—¡Por supuesto, estamos en plena temporada!

—¿Podría tener el honor de visitarla, y hablar un poco más del continente?

Ni aun diciéndoselo con todas las palabras, le habría dado a entender a Mrs. Eyrecourt que la comprendía perfectamente, y que pretendía volver a intentarlo. Ella, sobrada de mundología, le dio enseguida su dirección, acompañándola de las obsequiosas frases de rigor.

—Los miércoles, té a las cinco, padre Benwell. ¡No se olvide!

En cuanto el padre Benwell se hubo marchado, Miss Eyrecourt se acercó a su hija, sola en un rincón.

—No tengas miedo, Stella. Este taimado hombrecillo está interesado en averiguar algo sobre Winterfield. ¿Sabes por qué?

—Claro que no, mamá. ¡Le odio!

—Calla, calla. Ódiale tanto como quieras; pero sé siempre educada con él. Dime, ¿has estado en el invernadero con Romayne?

—Sí.

—¿Todo ha ido bien?

—Sí.

—¡Hija mía! Creo que el vino no te ha sentado bien; estás igual de pálida que siempre. ¿Es por ese sacerdote? Vamos, vamos, déjame a mí a ese padre Benwell.

Capítulo 4

De madrugada

Cuando Stella salió del invernadero, se disipó el atractivo que tenía el baile para Romaine, por lo que regresó a su hotel. Penrose le esperaba para hablarle. Romaine observó señales de desasosiego en la cara de su secretario.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—Nada importante —respondió Penrose, en un tono triste y apagado—. Sólo quería pedirle permiso para ausentarme.

—Desde luego. ¿Por mucho tiempo?

Penrose vaciló.

—Una nueva vida se abre ante usted —dijo—. Si en esa vida conoce la felicidad, y espero y rezo porque así sea, ya no me necesitará; quizá no volvamos a vernos. — La voz comenzó a temblarle; no pudo decir nada más.

—Que quizá no volvamos a vernos? —repitió Romaine—. Mi querido Penrose, si acaso usted ha olvidado los días felices que hemos pasado juntos, ahí está mi memoria para recordarlo. ¿De verdad sabe cuál va a ser mi nueva vida? ¿Debo decirle lo que le he dicho a Stella esta noche?

Penrose levantó la mano en un gesto de súplica.

—¡Ni una palabra! —manifestó con vehemencia—. Hágame otro favor, deje que me prepare (y ya estoy preparado) para este inminente cambio sin ninguna otra confidencia por su parte. No me considere un ingrato. Tengo razones para hablar así, aunque ahora no pueda mencionarlas. Sólo puedo decirle que son razones de peso. Ha hablado de mi devoción hacia usted. Si desea recompensarme cien veces más de lo que merezco, tenga presentes nuestras conversaciones sobre religión, y guarde los libros que le pedí que leyera como el regalo de un amigo que le ama con todo el corazón. Ninguno de los nuevos deberes que va a asumir son incompatibles con los elevados intereses de su alma. Piense alguna vez en mí. Cuando me vaya de su lado volveré a mi vida solitaria. Mi pobre corazón está lleno de su fraternal amabilidad en estos instantes, en los que quizá le esté diciendo adiós para siempre. ¿Y cuál es mi único consuelo? ¿Qué me ayuda a afrontar tan duro destino? ¡Mi fe! Recuerde esto, Romaine. Si el futuro le depara alguna aflicción, recuérdelo.

Romaine estaba más que sorprendido: estaba atónito.

—¿Por qué debe abandonarme? —preguntó.

—Es lo mejor para usted, y para ella —dijo Penrose—, que yo me aparte de su nueva vida.

Le tendió la mano. Romaine se negó a dejarle ir.

—¡Penrose! —dijo—. Yo no tengo su resignación. Deme alguna esperanza. Debo volver a verle, y así será.

Penrose sonrió con tristeza.

—Ya sabe que mi carrera depende totalmente de mis superiores —respondió—. Pero si aún me hallo en Inglaterra, y en el futuro le asalta alguna aflicción que yo pueda compartir y aliviar, hágamelo saber. Haré por usted todo cuanto esté en mi mano. ¡Dios le bendiga y le haga próspero! ¡Adiós!

A pesar de su entereza, las lágrimas asomaron a sus ojos. Salió apresuradamente de la habitación.

Romayne se sentó en su escritorio, y ocultó la cara entre las manos. Había entrado en aquella habitación con la alegre imagen de Stella en su pensamiento, y ahora la imagen se había desvanecido, y le embargaba un pesar que ni siquiera la mujer amada podía compartir. Su pensamiento lo ocupaba por completo el valeroso y paciente cristiano que acababa de marcharse, ese hombre leal, cuya inmaculada integridad ninguna mala influencia podía corromper. ¿Por qué inescrutable fatalidad hay hombres que encuentran su camino en esferas que son indignas de ellos? ¡Oh, Penrose, si los sacerdotes de tu orden fueran todos como tú, con qué facilidad me convertiría! Esos eran los pensamientos de Romayne en la quietud de las primeras horas de la mañana. Los libros mencionados por su amigo estaban cerca de él, sobre la mesa. Abrió uno de ellos, y encontró una página con líneas subrayadas. Su naturaleza sensible se conmovió hasta lo más hondo. La confesión de esa fe que era el sustento de Penrose estaba ante él, expresada en palabras. Sintió el acuciante impulso de leerlas, y de meditar sobre ellas una y otra vez.

Despabiló la lámpara y concentró su mente en el libro. Mientras Romayne seguía leyendo, el baile en casa de lord Loring tocaba a su fin. Stella y lady Loring estaban juntas, hablando de Romayne, antes de retirarse a sus habitaciones.

—Perdona que te lo diga con tanta franqueza —dijo lady Loring—, pero creo que tu madre y tú sospecháis del padre Benwell sin motivo. Miles de personas van a Clovelly, y Beupark House es una de los lugares más visitados de la zona. ¿No hay algo de prejuicio protestante en esa sospecha?

Stella no contestó; parecía absorta en sus pensamientos. Lady Loring prosiguió.

—Estoy abierta a tus razones, siempre y cuando me expliques qué interés puede tener el padre Benwell en saber algo de Winterfield...

Stella levantó la vista de pronto.

—Hablemos de otra persona —dijo—. Confieso que no me gusta el padre Benwell. Como sabes, Romayne no me oculta nada. ¿Debo yo ocultarle algo a él? ¿No debería contarle lo de Winterfield?

Lady Loring se sobresaltó.

—Me dejas de piedra —dijo—. ¿Qué derecho tiene Romayne a saberlo?

—¿Qué derecho tengo yo a guardar el secreto?

—¡Mi querida Stella! Si en ese desdichado asunto te hubiera correspondido alguna parte de culpa, yo sería la última persona que te aconsejara mantenerlo en secreto. Pero no tienes ninguna culpa. Ningún hombre, ni siquiera el que pronto será tu marido, tiene derecho a saber lo que tan injustamente has sufrido. ¡Piensa en la humillación que supondría hablar de eso con Romayne!

—No me atrevo a pensarlo —dijo Stella con vehemencia—. Pero si es mi deber...

—Tu deber es considerar las consecuencias —interrumpió lady Loring—. No sabes cómo estas cosas pueden amargar a un hombre. Por muy predispuesto que esté a hacerte justicia, habrá momentos en que dude de si le has contado toda la verdad. Te hablo desde la experiencia de una mujer casada. No te coloques en esa posición respecto a tu marido, si deseas una feliz vida de casada.

Stella no estaba del todo convencida.

—Supón que Romayne lo averigua —dijo.

—No hay manera de que se entere. Detesto a Winterfield, pero hagámosle justicia. No es un necio. Tiene una posición que mantener en la sociedad, y eso ya basta para sellarle los labios. En cuanto a los demás, sólo hay tres personas en Inglaterra que podrían traicionarte. ¿Y supongo que confías en tu madre, en lord Loring y en mí?

Esa pregunta no necesitaba respuesta. Antes de que Stella pudiera volver a hablar, la voz de lord Loring se oyó al otro lado de la puerta.

—¿Qué, todavía hablando? —exclamó—. ¿Aún no os habéis ido a la cama?

—¡Entra! —gritó su mujer—. Oigamos lo que piensa mi marido —le dijo a Stella.

Lord Loring escuchó con toda atención el tema que se discutía. Cuando le tocó dar su opinión, sin vacilar se puso de parte de su mujer.

—Si la culpa, aun en grado ínfimo, hubiese sido tuya —le dijo a Stella—, Romayne tendría derecho a saberlo. Pero, mi querida niña, nosotros, que conocemos la verdad, sabemos que eres una mujer pura e inocente. Nada tienes que reprocharte ante Romayne, y sabes que él te ama. Si le cuentas esta desdichada historia, lo único que podrá hacer es compadecerte. ¿Quieres que te compadezcan?

Aquellas últimas e incontestables palabras pusieron fin al debate. A partir de ese momento, no volvió a tocarse el tema. Había otra persona, entre los invitados al baile, que seguía despierta a aquellas horas de la madrugada. El padre Benwell, cómodamente envuelto en su batín, estaba en vela despachando su correspondencia, y no le había dedicado un solo pensamiento a la cama.

Con una sola excepción, las tres cartas que había escrito hasta ahora estaban

cerradas, y en ellas figuraba la dirección y el sello. En aquel momento estaba reconsiderando y corrigiendo la última. Iba dirigida al secretario de la orden en Roma; y en ella, una vez revisada, podía leerse lo siguiente:

«En mi última carta le informaba del regreso de Romaine a Londres, para estar en compañía de miss Eyrecourt. Le suplico, reverendo hermano, que, a pesar de las circunstancias, permanezca tranquilo. El propietario de Vange Abbey aún no está casado. Si mi paciencia y perseverancia obtienen su justa recompensa, miss Eyrecourt jamás será su esposa.

»Pero no voy a ocultarle la verdad. En el incierto futuro que hay ante nosotros, ya sólo puedo confiar en mí mismo. Ya no puedo contar con Penrose, y los esfuerzos del agente a quien confié mis investigaciones han fracasado.

»Primero expondré el caso de Penrose.

»El celo con que este joven ha emprendido la labor de conversión que se le encomendó no ha obedecido, y lamento decirlo, a su devoción por los intereses de la Iglesia, sino a un afecto perruno hacia Romaine. Sin esperar mi permiso, Penrose ha revelado que era un sacerdote. Y, más que eso, no sólo se ha negado a vigilar el curso de las relaciones entre Romaine y miss Eyrecourt, sino que deliberadamente ha cerrado sus oídos a las confidencias que Romaine deseaba hacerle, aduciendo que yo podría haberle ordenado repetir las.

»¿Cómo podemos servirnos del ingobernable sentido del honor y la gratitud de este pobre individuo? En las presentes circunstancias, de poca utilidad puede sernos, por lo que le he dado tiempo para meditar. Es decir, no me he opuesto a que se fuera de Londres para ayudar en el auxilio espiritual de un distrito rural. En el futuro deberemos decidir si sacamos buen provecho de su entusiasmo en alguna misión en el extranjero. Sin embargo, como cabe en lo posible que su influencia pueda sernos de utilidad, me aventuro a sugerir que, hasta que la conversión de Romaine haya tenido lugar, no le enviemos muy lejos. No crea que se han separado para siempre; yo respondo de que vuelvan a encontrarse».

«Procedo a relatarle ahora el fracaso de mi agente, y el curso de actuación que he adoptado en consecuencia.

»Las investigaciones, al parecer, se han interrumpido en la población costera de Clovelly, en la región donde se halla la casa de campo de Mr. Winterfield. Sabiendo que me sería de utilidad la información que relacionaba a ese caballero con miss Eyrecourt, y que existían circunstancias comprometedoras de algún tipo, me decidí a ir a ver a Mr. Winterfield, y juzgar por mí mismo.

»El informe del agente me relató que la persona que había acabado frustrando sus investigaciones era un anciano sacerdote católico residente en Clovelly. Su nombre es Newbliss, y es muy respetado entre la población católica de esa parte de Devonshire.

Tras un detenido examen de la situación, obtuve una carta de presentación para mi reverendo colega y me desplazé a Clovelly, tras decirles a mis amigos de esta casa que me tomaba unas pequeñas vacaciones por motivos de salud.

»Encontré al padre Newbliss, un venerable y reticente hijo de la Iglesia, cuyo único punto débil, sin embargo, quedaba fuera del alcance de la, por demás astuta, persona a quien le había encargado mis investigaciones. Mi reverendo amigo es un erudito, y siente un desmesurado orgullo de su saber. Yo también soy un erudito. Por ahí conseguí ganarme sus simpatías, y a continuación, con tacto, inflé su orgullo. Del resultado dan prueba algunos descubrimientos, que enumero a continuación:

»1. Los sucesos que relacionan a Mr. Winterfield y a miss Eyrecourt ocurrieron hace unos dos años, y comenzaron en Beaupark House.

»2. En aquella época, miss Eyrecourt y su madre se alojaban en Beaupark House. La impresión general entre los vecinos es que Mr. Winterfield y miss Eyrecourt estaban prometidos.

»3. Poco tiempo después, miss Eyrecourt y su madre sorprendieron a todo el mundo marchándose repentinamente de Beaupark House. Al parecer se dirigían a Londres.

»4. El propio Mr. Winterfield abandonó su casa rumbo al continente. No mencionó a nadie su destino preciso. El mayordomo, al poco, despidió a los criados, y la casa permaneció vacía durante más de un año.

»5. Transcurrido ese período, Mr. Winterfield regresó solo a Beaupark House, y no le contó a nadie ni cómo ni dónde había pasado aquella ausencia.

»6. En la actualidad, Mr. Winterfield sigue soltero.

»Tras estos descubrimientos preliminares, me pareció llegado el momento de ver qué podía sonsacarle a Mr. Winterfield.

»Entre otras cosas buenas que ha heredado este caballero, se cuenta una magnífica biblioteca reunida por su padre. Que un estudioso visite a otro estudioso para ver sus libros es algo perfectamente natural. Tras ver la biblioteca, que me presentaran al dueño de la casa fue algo perfectamente natural.

»Y lo que le diré a continuación le sorprenderá, tal como a mí me sorprendió. En toda mi dilatada experiencia, Mr. Winterfield es, creo, la persona más fascinante que he conocido. Afable, modesto, de aspecto atractivo, de buen carácter, dotado de un singular sentido del humor que es el perfecto aderezo de su refinamiento: estas son las cualidades del hombre que hizo, y yo he sido testigo de ello, retirarse a miss Eyrecourt llena de consternación y disgusto, cuando por casualidad se encontraron en público. Es imposible mirarle y creer que sea capaz de un acto cruel o deshonesto. Jamás me había quedado tan perplejo en mi vida.

»Quizá piense que me dejé llevar por una falsa impresión, derivada del grato recibimiento que me dispensó como amigo del padre Newbliss. No apelaré a mi

conocimiento de la naturaleza humana, sino que me referiré a la irrefutable evidencia de los vecinos más pobres de Mr. Winterfield. Allí donde acudí, en el pueblo o fuera de él, siempre que mencionaba su nombre despertaba un generalizado murmullo de admiración y gratitud. “Jamás ha habido alguien tan amigo de los pobres, y no volverá a haberlo hasta el fin del mundo.” Así lo describió un pescador; y todos los que estaban a nuestro alrededor corearon: “¡Esa es la verdad!”.

»Y sin embargo, algo no me cuadraba; por esa misma razón, algún punto oscuro debía existir en el pasado de Mr. Winterfield y miss Eyrecourt.

»En circunstancias tan desconcertantes, ¿cómo he aprovechado mis oportunidades? Voy a volver a sorprenderle: le mencioné el nombre de Romayne a Mr. Winterfield; puede estar seguro de que, hasta ahora, no se conocen de nada.

»La idea de mencionar a Romayne surgió de mi examen de la biblioteca. Descubrí algunos antiguos volúmenes que algún día pueden serle de utilidad, caso de que prosiga la obra que tiene entre manos sobre el origen de las religiones. Tras oírme decir eso, Mr. Winterfield me replicó con toda amabilidad.

»—No puedo compararme con mi padre —dijo—, pero al menos he heredado su respeto por los escritores. Mi biblioteca es un tesoro que guardo en depósito por el interés de la literatura. Por favor, dígaselo así a su amigo Romayne.

»Y todo esto, ¿adónde nos lleva?, ya le oigo preguntar. Pues a que, mi reverendo padre, me ofrece la oportunidad de, en el futuro, hacer que Winterfield y Romayne se conozcan. ¿No ve las complicaciones que puede provocar todo ello? Si no puedo poner otro obstáculo en el camino de miss Eyrecourt, creo que existe la prometedora perspectiva de que surja un escándalo cuando los dos hombres se conozcan. Y estará de acuerdo conmigo en que un buen escándalo resulta un valioso obstáculo en la senda del matrimonio.

»Mr. Winterfield me ha invitado a visitarle la próxima vez que vaya a Londres. Es posible que entonces pueda plantearle las preguntas que no me atreví a formularle en mi breve visita.

»Mientras tanto, desde mi regreso a la ciudad he sido presentado a otra persona. Se trata de la madre de miss Eyrecourt, que me ha invitado a tomar el té el miércoles. En mi próxima carta puede que le cuente lo que Penrose debería haber descubierto: si Romayne se halla ya atrapado en un compromiso matrimonial.

»Me despido por el momento. Y les recuerdo a los reverendos padres, con todos mis respetos, que poseo una de las cualidades más valiosas de los ingleses: no conozco la palabra *derrota*.»

LIBRO TERCERO

Capítulo 1

La luna de miel

Habían pasado más de seis semanas. Los desposados todavía disfrutaban de su luna de miel en Vange Abbey.

Algunas personas se habían ofendido (no sólo Mrs. Eyrecourt, sino otros amigos que pensaban como ella) por la estricta intimidad en que se celebró el matrimonio. Cuando el anuncio de rigor apareció en los periódicos, cogió a todo el mundo por sorpresa. Previendo la desfavorable impresión que podía producir en ciertos círculos, Stella solicitó una oportuna retirada a la casa de campo de Romaine. Y, como siempre, la voluntad de la novia fue la voluntad del novio.

A primeros de julio, en una encantadora noche de luna, Mrs. Romaine dejó a su marido en el belvedere, ya descrito en la narración del mayor Hynd, para darle al ama de llaves algunas instrucciones relativas a los asuntos de la casa. Media hora después, cuando estaba a punto de subir a lo alto de la casa, uno de los sirvientes la informó de que «el señor acaba de marcharse del belvedere en dirección a su estudio».

Al atravesar la sala interior que conducía al estudio, Stella observó una carta sin abrir, dirigida a Romaine, sobre una mesa que había en un rincón. Probablemente yacía ahí olvidada. Entró en la habitación con la carta en la mano.

La única luz era una lámpara de lectura, con la pantalla tan baja que dejaba en penumbra los rincones del estudio. En uno de ellos estaba Romaine, apenas visible, sentado con la cabeza hundida en el pecho. No se movió al abrir Stella la puerta. Al principio, ella pensó que dormía.

—¿Te molesto, Lewis? —preguntó en voz baja.

—No, querida.

Hubo un cambio en el tono de su voz, que su esposa detectó enseguida.

—¿Te encuentras bien? —dijo ella, preocupada.

—Estoy un poco cansado tras nuestra larga cabalgada de hoy. ¿Quieres volver al belvedere?

—No sin ti. ¿Te dejo descansar?

Romaine pareció no oír la pregunta. Permaneció allí sentado, la cabeza colgando, en sombrío simulacro de un ser humano. En su ansiedad, Stella se le acercó, apoyándole suavemente la mano en la cabeza. Romaine ardía.

—¡Oh! —exclamó Stella—. Estás enfermo, y querías ocultármelo.

Él le rodeó la cintura y la hizo sentarse en sus rodillas.

—No me pasa nada —dijo él, con una risa incómoda—. ¿Qué tienes en la mano?
¿Una carta?

—Sí, dirigida a ti. Pero está sin abrir.

Romayne le cogió la carta y la lanzó con descuido sobre un sofá cercano.

—¡No te preocupes ahora por eso! Hablemos. —Se calló y la besó antes de proseguir—: Ah, querida, debes de estar harta de Vange Abbey.

—¡Oh, no! Contigo puedo ser feliz en cualquier parte, sobre todo en Vange Abbey. No sabes cuánto me interesa esta noble casa, y cómo admiro los espléndidos parajes que la rodean.

Romayne no estaba convencido.

—Vange es muy aburrido —dijo, obstinado—, y tus amigos deben de estar deseando verte. ¿Has tenido noticias de tu madre?

—No. Me sorprende que no haya escrito.

—No nos ha perdonado que nos casáramos con tanta discreción. Será mejor que volvamos a Londres y hagamos las paces con ella. ¿No quieres ver la casa que mi tía me dejó en Highgate?

Stella suspiró. La sociedad que formaba con el hombre que ahora era su marido resultaba suficiente para ella. ¿O es que ya se había cansado de su mujer?

—Iré donde quieras. —Stella habló en tono sumiso, y suavemente se levantó de las rodillas de Romayne.

El también se puso en pie, y cogió la carta del sofá donde la había arrojado.

—Veamos qué dicen nuestros amigos —prosiguió—. La letra del sobre es de Loring.

Mientras Romayne se acercaba a la mesa donde quemaba la lámpara, Stella observó que se movía con una languidez que nunca le había visto. Romayne se sentó y abrió la carta. Ella le observaba con una ansiedad que ya se había convertido en suspicacia. La sombra de la lámpara impedía que Stella le viera la cara con claridad.

—Lo que yo te decía —dijo Romayne—. Los Loring quieren saber cuándo podrán vernos en Londres, y tu madre dice que «se siente como ese personaje de Shakespeare maltratado por sus hijas». Léela.

Él le entregó la carta. Al cogerla, ella tocó la pantalla de la lámpara, como por accidente, y la inclinó de manera que toda la luz se proyectó en la cara de Romayne. Este dio un respingo hacia atrás, pero no antes de que ella viera la cadavérica palidez de su cara. No sólo se lo había oído contar a lady Loring; también sabía por la confesión sin reservas de Romayne lo que significaba ese sobrecogedor cambio. En un instante ella se había arrodillado a sus pies.

—¡Oh, querido! —gritó—. ¡Ha sido cruel ocultarle ese secreto a tu esposa! ¡Has vuelto a oírla!

En aquel momento, la hermosura de Stella era demasiado irresistible como para censurarla. El la levantó suavemente del suelo y le confesó la verdad.

—Sí —dijo—. La oí después que me dejaras en el belvedere, igual que la oí

aquella noche de luna, cuando el mayor Hynd estaba aquí conmigo. La causa quizá sea nuestro regreso a la casa. No me quejo; llevo mucho tiempo sin oírla.

Ella le echó los brazos al cuello.

—Nos iremos de Vange mañana —dijo.

Sus palabras fueron firmes, pero el corazón se le encogió al pronunciarlas. Vange Abbey había sido el escenario de la mayor felicidad que había conocido en su vida. Qué destino le aguardaba si regresaba a Londres?

Capítulo 2

Acontecimientos en Ten Acres

Ningún obstáculo se interpuso en la precipitada marcha de Romaine y su mujer de Vange Abbey. La mansión de Highgate —llamada Ten Acres Lodge en alusión a la extensión de los terrenos que rodeaban la casa— estaba en perfecto orden gracias a la labor de los criados de la difunta lady Berrick, ahora al servicio de su sobrino.

La mañana de su llegada a la mansión, Stella le envió una nota a su madre. Aquella misma tarde, Mrs. Eyrecourt llegó a Ten Acres, de camino a una fiesta al aire libre. Al descubrir, para su alivio, que la casa era un edificio moderno, al que no faltaban las últimas comodidades y lujos, de inmediato comenzó a planear una gran fiesta para celebrar el retorno de los recién casados.

—No pretendo ponderar mis virtudes —dijo Mrs. Eyrecourt—, pero si existe en el mundo una mujer que sepa perdonar, esa soy yo. No diré nada más, Stella, en relación a esa infamante boda. Cinco personas, incluidos nosotros y los Loring. Un gran baile os hará entrar en sociedad, que es lo que necesitáis. Té y café, mi querido Romaine, en tu estudio; la orquesta de Coote; la cena traída de Gunnter's, el jardín iluminado con luces de colores; cantantes tirolese entre los árboles, alternando con música militar, y si ahora hay en Londres algún africano, u otros salvajes, tenemos sitio suficiente en estos preciosos terrenos para que planten sus tipis, bailen con sus trajes típicos y nos enseñen sus cabelleras. Y para acabar, unos buenos fuegos artificiales.

Le sobrevino un repentino ataque de tos, lo que le impidió seguir enumerando los atractivos del proyectado baile. Stella había observado que su madre, a través del disimulo de la pintura y el maquillaje, parecía desacostumbradamente cansada y ojerosa. Ello no era producto de la entrega de Mrs. Eyrecourt a las exigencias de la sociedad; aquella tos era algo nuevo, un síntoma de agotamiento.

—Creo que deberías descansar un poco más, mamá —dijo Stella—. Vas a demasiadas fiestas.

—Nada de eso, querida; estoy fuerte como un roble. Lo que pasa es que la otra noche estuve esperando el carruaje en medio de una corriente de aire (uno de los conciertos privados más bellos de la temporada, que acabó con una de esas obritas de teatro francesas deliciosamente pícaras), y cogí un poco de frío. Todo lo que necesito es un vaso de agua. Gracias. Romaine, se te ve terriblemente serio y grave. Un baile te alegrará. Sólo con que hicieras una buena hoguera con todos esos horrendos libros, no sabes cómo mejoraría tu ánimo. Mi querida Stella, mañana vendré a comer, ahora que estás tan cerca de la ciudad, te traeré mi agenda y quedaremos para el día y las

invitaciones. Oh, querida, qué tarde es. Tengo un viaje de una hora hasta mi fiesta. Adiós, mis tortolitos, adiós.

De camino al carruaje, otro ataque de tos la detuvo. Pero siguió quitándole importancia.

—Estoy fuerte como un roble —repitió en cuanto fue capaz de hablar, y saltó al carruaje como una chiquilla.

—Tu madre se está matando —dijo Romaine.

—Ojalá pudiera convencerla de que se quedara con nosotros una temporada —sugirió Stella—, el descanso y la tranquilidad le irían muy bien. ¿Te opondrías a ello, Lewis?

—Querida, yo no me opongo a nada, excepto a dar un baile y a quemar mis libros. Si tu madre cede en esos dos puntos, mi casa está a su entera disposición.

Bromeaba, y su aspecto había mejorado mucho desde que se apartara de los dolorosos recuerdos relacionados con Vange Abbey. ¿Había dejado en Yorkshire el «tormento de la voz»? Stella no se atrevía a tocar el tema en presencia de su marido, sabiendo que le evocaría el recuerdo de aquel fatal duelo. Para su sorpresa, fue el propio Romaine quien se refirió a la familia del general.

—Le he escrito a Hynd —comenzó a decir—. ¿Te importa que hoy cene con nosotros?

—¡Claro que no!

—Quiero saber si tiene alguna noticia que contarme acerca de esas señoras francesas. Se comprometió a visitarlas en tu ausencia, y a asegurarse de que... —Fue incapaz de superar su renuencia a pronunciar las siguientes palabras. Stella comprendió enseguida lo que quería decir. Acabó la frase por él.

—Sí —dijo Romaine—, quería saber cómo estaba el muchacho, y si había alguna esperanza de que se curara. La locura —le tembló la voz al hacer la pregunta— ¿es hereditaria?

Al percibir la enorme importancia de ocultar la verdad, Stella sólo pudo contestar que había vacilado en preguntar si había una vena de locura en la familia.

—¿Supongo —añadió Stella— que no querrás ver al muchacho, y juzgar por ti mismo sus posibilidades de recuperarse.

—¿Lo supones? —estalló él en repentina cólera—. ¡Deberías estar segura! La sola idea de verle me provoca escalofríos. ¡Oh, cuándo lo olvidaré! ¡Cuándo! ¿Quién ha sacado el tema? —dijo, tras un momento de silencio, con renovada irritabilidad—. ¿Tú o yo?

—Ha sido culpa mía, querido. Es un muchacho tan inofensivo, tan amable, y tiene una expresión tan dulce, que pensé que te aliviaría ir a verle. Perdóname, nunca volveremos a hablar de él. ¿Quieres que copie tus notas? Ya sabes, Lewis, que ahora soy tu secretaria.

Llevó a Lewis a su estudio, a sus libros. Cuando llegó el mayor Hynd, ella fue la primera en verle.

—Háblele lo menos posible de la viuda del general y de su hijo —susurró.

El mayor comprendió.

—No se intranquilece, Mrs. Romaine —respondió—. Conozco bien a su marido y sé a qué se refiere. Además, traigo buenas noticias.

Romaine entró antes de que el mayor pudiera decir más. Tras la cena, cuando los criados se hubieron marchado, el mayor inició su informe.

—Voy a darte una agradable sorpresa —comenzó—. Quedas libre de todas tus responsabilidades con la familia del general. Su viuda y su hija vuelven a Francia.

Stella se acordó de inmediato de los tristes incidentes relacionados con su visita a Camp's Hill.

—Madame Marillac me habló de un hermano suyo que había desaprobado su boda con el general —dijo—. ¿La ha perdonado?

—Exactamente, Mrs. Romaine, ni más ni menos. Como es natural, encontró una ignominia que su hermana se casara con un individuo como el general. Pero hasta el otro día no se enteró de que ella había enviudado, y enseguida se trasladó a Inglaterra. Ayer mismo me despedí de todos ellos, felizmente reunidos, antes de que volvieran a su país. Ah, y me dije que se alegraría de saber, Mrs. Romaine, que los problemas de la pobre viuda han acabado. Su hermano es lo bastante rico como para proporcionarles a todos una vida confortable, además de ser una bellísima persona.

—¿Le ha visto? —preguntó Stella con impaciencia.

—Fui con él al sanatorio.

—¿El muchacho también vuelve a Francia?

—No. Fuimos a verle sin avisar y vimos por nosotros mismos lo bien atendido que está. El chico le ha tomado mucho aprecio al director de la institución, un anciano alegre y bonachón que le está enseñando algunos de nuestros juegos ingleses. Además, le ha dado un poni para montar. Se puso a llorar desconsolado, pobre criatura, ante la sola idea de irse de allí, y su madre hizo lo mismo ante la idea de dejarle. Fue una triste escena. Ya sabe lo buena madre que es: no hay sacrificio demasiado grande para ella. El chico permanecerá en el sanatorio, donde hay más posibilidades de que, llevando una vida más saludable y feliz, llegue a curarse. Por cierto, Romaine, su tío desea que te dé las gracias...

—¡Hynd! ¿No le darías mi nombre a su tío?

—No te alarmes. Es un caballero, y cuando le dije que no podía revelar tu identidad, sólo me hizo una pregunta: si eras rico. Le dije que tenías una renta de dieciocho mil al año.

—¿Y bien?

—Bueno, pues zanjó la cuestión con gran exquisitez. Dijo: «Supongo que una

persona de semejantes posibles no aceptará que le devuelva su dinero. Acepto agradecido nuestra deuda con ese amable amigo anónimo. En el futuro, sin embargo, los gastos de mi sobrino los pagaré de mi bolsillo». Naturalmente, no me opuse. Periódicamente se informará a la madre, y a mí, de cómo evoluciona el muchacho. O si quieres, Romaine, ahora que la familia del general se ha ido de Inglaterra, no veo por qué el director de la institución no puede informarte directamente.

—¡No! —replicó enérgico Romaine—. Que las cosas sigan como hasta ahora.

—Muy bien. Puedo enviarte las cartas que reciba del sanatorio. ¿Nos ofrece algo de música, Mrs. Romaine? ¿Esta noche no? Entonces pasemos a la sala de billar, y puesto que soy un pésimo jugador, le pediré que me ayude a derrotar a su marido.

Al día siguiente, por la tarde, la doncella de Mrs. Eyrecourt llegó a Ten Acres con una nota de su señora.

«Querida Stella: Matilda te transmite mis excusas por no poder venir hoy. No lo comprendo en absoluto, pero al parecer me he vuelto perezosa. Es algo de lo más ridículo, pero soy incapaz de levantarme de la cama. Quizá ayer me agoté demasiado. Primero fue la fiesta al aire libre, luego una ópera, luego el baile, y todo el tiempo esta pesadísima tos. Demasiado, ¿verdad? Preséntale mis disculpas a nuestro deprimido Romaine, y si esta tarde sales, ven a charlar un rato conmigo. Tu afectuosa madre, Emily Eyrecourt. PD.: Ya sabes que Matilda es una exagerada. Si te habla de mí, no creas una palabra de lo que te diga.»

Stella se volvió hacia la doncella con un peso en el corazón.

—¿Está muy enferma mi madre? —preguntó.

—Señora, está tan enferma que le rogué y le supliqué que me dejara llamar al médico. Ya sabe cómo es mi señora. ¿Por qué no utiliza su influencia?

—Pediré el carruaje enseguida y vendré contigo.

Antes de vestirse para salir, Stella le enseñó la carta a su marido, quien le habló con gran amabilidad y comprensión, aunque sin ocultarle que compartía sus aprensiones.

—Vete enseguida —fueron sus últimas palabras—, y si puedo ser de ayuda, envía a buscarme.

Era ya tarde cuando Stella regresó. Traía malas noticias.

El médico que consultaron les dijo claramente que aquella tos y la constante fatiga hacían que se tratara de un caso muy serio. Añadió que de momento no había peligro alguno, y que no era necesario que Stella se quedara a pasar la noche con su madre. La evolución que siguiera la enferma en las veinticuatro horas posteriores le permitiría emitir una opinión más fundada. La paciente insistió en que Stella volviera con su marido. Bajo la influencia de los opiáceos, y aún amodorrada, Mrs. Eyrecourt seguía fiel a sí misma.

—Eres una exagerada, querida, y Matilda otra exagerada... Y para mí, dos exageradas son demasiado. Buenas noches.

Stella se inclinó sobre ella y la besó. Su madre le susurró:

—Dentro de tres semanas, la fiesta, no lo olvides.

Pero a la mañana siguiente la enfermedad había adquirido proporciones tan amenazadoras que el médico tenía sus dudas de que la paciente llegara a recuperarse. Con la plena aprobación de su marido, Stella permanecía día y noche junto al lecho de su madre.

Y así, a poco más de un mes de haberse casado, Romaine volvía a ser el mismo hombre solitario de siempre.

La enfermedad de Mrs. Eyrecourt se prolongó inesperadamente. Hubo intervalos en los que se impuso su vigorosa constitución, y resistió el progreso de la enfermedad. En tales ocasiones, Stella regresaba a pasar algunas horas con su marido, aunque siempre pendiente del mensaje que la hiciera volver con su madre en caso de que los platillos de la vida y la muerte llegaran a equilibrarse en la balanza. El único consuelo de Romaine en esos días fueron sus libros y su pluma. Por primera vez desde su unión con Stella abrió el portafolios en que Penrose reuniera los capítulos introductorios de su obra histórica. Casi en cada página se encontraba con la letra de su secretario y amigo. Ponía a prueba de nuevo su resolución de trabajar solo; nunca había sentido la ausencia de Penrose como la sentía ahora. Echaba de menos aquella cara familiar, su voz serena y agradable y, sobre todo, el profundo interés por su trabajo. Stella había hecho todo lo que puede hacer una esposa para llenar aquel vacío, y el afecto de su marido había aceptado el esfuerzo como otro atractivo añadido a la encantadora criatura que le había descubierto una nueva vida. ¿Pero dónde está la mujer capaz de implicarse íntimamente en la ardua labor de un hombre entregado a una absorbente tarea intelectual? Ella es capaz de amarle, de admirarle, de servirle, de creer en él por encima de los demás, pero (pese a las excepciones que sólo confirman la regla) se halla fuera de lugar cuando entra en el estudio donde su marido esgrime la pluma. Más de una vez, mientras trabajaba, Romaine cerraba la página amargamente, y acudía a él el triste pensamiento: «¡Ojalá Penrose estuviera aquí!». En aquellas solitarias veladas, ni siquiera podía recurrir a sus demás amigos. Lord Loring tenía muchos compromisos sociales y políticos. Y el mayor Hynd —fiel a su principio de alejarse lo más posible de su desagradable esposa y sus feos hijos— se había marchado otra vez de Londres.

Un día, mientras Mrs. Eyrecourt aún se debatía entre la vida y la muerte, Romaine se encontró con que para poder avanzar en sus investigaciones históricas le faltaba cierto volumen de imprescindible consulta. Había extraviado las referencias escritas por Penrose, y no recordaba si el libro estaba en el Museo Británico, en la Biblioteca de Oxford o en la de París. En dicha emergencia, una carta dirigida a su

antiguo secretario le proporcionaría la información necesaria. Pero ignoraba la actual dirección de Penrose. Quizá los Loring la supieran, por lo que resolvió acudir a ellos.

Capítulo 3

El padre Benwell y el libro

Lo primero que hizo Romaine en Londres fue ir a ver a su mujer e interesarse por la salud de Mrs. Eyrecourt. El informe fue más favorable de lo habitual. Stella le susurró, mientras le besaba:

—Pronto volveré a tu lado, ¡espero!

Dejó descansar un rato a los caballos y fue andando a la residencia de lord Loring. Mientras cruzaba una de las calles del vecindario, casi fue atropellado por un cabriolé, en el que iban un caballero y su equipaje. El caballero era Mr. Winterfield, rumbo al Hotel Derwent.

Lady Loring rebuscó amablemente en su cesto de tarjetas, como método más rápido de ayudar a Romaine. Penrose había dejado su tarjeta al marcharse de Londres, pero no había en ella ninguna dirección. Lord Loring, incapaz de darle la información solicitada, le indicó la persona más adecuada para esa consulta.

—El padre Benwell llegará dentro de un rato —dijo—. Si le escribes enseguida a Penrose, él mismo enviará la carta. ¿Estás seguro, antes de enviar la carta, de que el libro que buscas no está en mi biblioteca?

—Eso creo —respondió Romaine—, pero anotaré el título y lo dejaré aquí, junto con mi carta.

Esa misma noche recibió una cortés nota del padre Benwell, informándole de que había remitido la carta, y de que el libro que buscaba no estaba en la biblioteca de lord Loring. «Si se diera alguna demora o dificultad a la hora de conseguir este raro volumen», añadía el sacerdote, «sólo con que me lo autorice se lo pediré prestado a un amigo mío que reside en el campo y posee una magnífica biblioteca».

A vuelta de correo llegó la respuesta de Penrose, llena de afecto y gratitud. Lamentaba no poder ayudar a Romaine personalmente. Pero no estaba en sus manos (en pocas palabras, se lo había prohibido expresamente el padre Benwell) abandonar sus deberes actuales. En referencia al libro que deseaba, era muy probable que lo hallara en los catálogos del Museo Británico. El sólo lo había visto en la Biblioteca Nacional de París.

Esta información llevó a Romaine de nuevo a Londres. Por primera vez se dirigió a las habitaciones del padre Benwell. Allí encontró al sacerdote, esperando la visita. Su bienvenida fue un ejemplo de modestia y cortesía. Preguntó por las últimas noticias relacionadas con la «salud de la pobre Mrs. Eyrecourt» con el interés de un verdadero amigo.

—No hará mucho, tuve el honor de tomar el té con Mrs. Eyrecourt —dijo—. Su

conversación nunca fue más encantadora; parece imposible que una persona tan animosa pueda sufrir alguna enfermedad. ¡Y qué bien guardó el secreto de su futuro matrimonio! ¿Puedo ofrecerle mis humildes felicitaciones y mis mejores deseos?

A Romaine le pareció innecesario aclarar que a Mrs. Eyrecourt no se le confió el secreto hasta que no estuvieron prácticamente a la puerta del altar.

—Mi esposa y yo deseábamos casarnos con la mayor reserva posible —respondió tras agradecerle sus felicitaciones.

—¿Y Mrs. Romaine? —prosiguió el padre Benwell—. Esta es una triste prueba para ella. Supongo que atiende a su madre, ¿verdad?

—Constantemente; ahora estoy bastante solo. Cambiando de tema, ¿puedo pedirle que le eche un vistazo a la respuesta que he recibido de Penrose? Es mi excusa por importunarle con esta visita.

El padre Benwell leyó la carta con la mayor atención. A pesar de su habitual autocontrol, al devolverla apareció un brillo en sus ojos siempre vigilantes.

Hasta ese momento, el meticuloso plan del sacerdote (al igual que las inteligentes pesquisas de Mr. Bitrake) había fallado. Ni siquiera había conseguido que Mrs. Eyrecourt le revelara los planes de matrimonio de Romaine. La invencible cháchara de aquella había frustrado todos sus asaltos. Incluso cuando permaneció en su asiento después de que todos los demás invitados al té se marcharan, ella se levantó con la más imperturbable frialdad y se alejó de él, diciéndole: «Esta noche tengo una cena y dos fiestas, y ya va siendo hora de que me eche mi pequeña siesta. Perdóneme... ¡y vuelva cuando quiera!». Cuando el padre Benwell transmitió a Roma el fatal anuncio de aquella boda, se vio obligado a confesar que se había enterado por los periódicos. Había aceptado la humillación; había aceptado la derrota... pero aún no había perdido la guerra. «Yo contaba con la debilidad de Romaine, y miss Eyrecourt contaba con la debilidad de Romaine; y ella ha ganado. Que así sea. Ya llegará mi hora.» De esa manera se había resignado a su suerte. Y ahora —lo supo cuando le devolvió la carta a Romaine— había llegado su hora.

—No me parece conveniente —dijo— que dado el estado de salud de Mrs. Eyrecourt se vaya a París.

—¡Desde luego que no!

—¿Va a enviar a alguien a investigar en los catálogos del Museo Británico?

—Eso es algo que ya habría hecho, padre Benwell, de no ser por su amable alusión a ese amigo que tiene en el campo. Aun cuando el libro esté en el Museo Británico, me veré obligado a leerlo en la sala de lectura. Sería mucho más conveniente para mí tener el volumen en casa para consultarlo, si opina usted que su amigo me lo confiará.

—No me cabe la menor duda de ello. Se trata de Mr. Winterfield, de Beaupark House, North Devon. ¿Ha oído hablar de él?

—No, ese nombre me es totalmente desconocido.

—Entonces venga y se lo presentaré. Ahora está en Londres, y yo estoy a su entera disposición.

A la media hora, Romaine era presentado a un simpático caballero, muy bien educado y en la flor de la vida, al que encontraron fumando y leyendo el periódico. La cazoleta de la pipa descansaba en el suelo, a un lado, y al otro había un hermoso perro de aguas rojo y blanco. Antes de que sus visitantes llevaran dos minutos en la sala, se enteraba del motivo que les había traído, y pedía recado de telegrama.

—Mi mayordomo encontrará el libro y esta tarde lo enviará a su casa por tren de pasajeros —dijo—. Le diré que incluya en el paquete mi catálogo impreso de la biblioteca, por si hay en ella otros libros que puedan serle de utilidad.

Tras estas palabras, despachó el telegrama. Romaine intentó agradecerse, pero Mr. Winterfield ni quiso oír hablar de ello.

—Mi querido amigo —dijo, con una sonrisa que iluminó toda su cara—, está usted escribiendo una monumental obra histórica, y yo soy un oscuro caballero que vive en el campo, y que tiene la suerte de poder contribuir a la redacción de un nuevo libro. ¿Cómo sabe que no espero una línea de agradecimiento en el prefacio? Yo soy quien está agradecido, no usted. Por favor, considéreme un muchachito que lleva sus recados a la musa de la Historia. ¿Fuma?

Ni siquiera el tabaco podía aliviar los nervios consumidos e irritables de Romaine. El padre Benwell —«me hago todo para todos para salvarlos a todos»— aceptó alegremente un cigarro de la caja que había en la mesa.

—El padre Benwell posee todas las virtudes sociales —prosiguió Mr. Winterfield—. También tomará su café, y pedirá la azucarera más grande que pueda ofrecerle el hotel. Comprendo perfectamente que sus labores literarias hayan puesto a prueba sus nervios —le dijo a Romaine, tras pedir el café—. El solo título de su obra abruma a un pobre ocioso como yo. *El origen de las religiones*. ¡Qué tema tan inabarcable! ¿Hasta dónde hemos de remontarnos para encontrar a los primeros adoradores de la familia humana? ¿Dónde se hallan los jeroglíficos, Mr. Romaine, que le proporcionen las primeras informaciones? ¿En el centro desconocido de Africa, o entre las ciudades en ruinas de Yucatán? La idea que me hago, como hombre ignorante que soy, es que la primera de todas las formas de adoración debió de ser la adoración del sol. No se escandalice, padre Benwell, pues confieso que la adoración del sol despierta mis simpatías. En Oriente, sobre todo, la salida del sol es sin duda una de las cosas más impresionantes, el símbolo visible de una deidad benéfica que da vida, calor y luz al mundo que ha creado.

—Muy impresionante, sin duda —observó el padre Benwell mientras endulzaba su café—. Pero no puede compararse con la noble visión de Roma, cuando el Papa bendice al mundo desde el balcón de San Pedro.

—¡Creo que se deja llevar por su fe! —dijo Mr. Winterfield—. Pero no hay duda de que eso depende de qué clase de hombre sea el Papa. Si hubiésemos vivido en la época de Alejandro VI, ¿habría considerado a ese señor una noble visión?

—Sin duda..., aunque a cierta distancia —replicó de inmediato el padre Benwell—. ¡Ah, ustedes los herejes sólo conocen el peor lado de ese desdichado pontífice! Mr. Winterfield, tenemos muchas razones para creer que, en privado, sentía verdaderos remordimientos.

—Necesitaría muchas pruebas para convencerme —dijo Mr. Winterfield.

Eso tocó a Romaine en el lado más triste de su experiencia personal.

—Quizá —dijo— no cree usted en el remordimiento.

—Perdóneme —continuó Mr. Winterfield—, pero simplemente distingo entre el remordimiento verdadero y el falso. No diré nada más de Alejandro VI, padre Benwell. Si quiere un ejemplo, se lo pondré, y no se ofenda. Para mí, el verdadero remordimiento se basa en el exacto conocimiento que tiene un hombre de sus motivos, algo muy distinto del conocimiento común, en mi experiencia. Digamos, por ejemplo, que he cometido una importante fechoría...

Romaine no resistió el impulso de interrumpirle.

—Digamos que ha matado a uno de sus semejantes —sugirió.

—Muy bien. Si sé que realmente tenía intención de matarle, con algún vil propósito; y si (cosa que no siempre ocurre) soy realmente capaz de sentir la enormidad de mi propio crimen, entonces se da, creo yo, un auténtico remordimiento. Aunque sea un asesino, aún queda en mí un cierto valor moral. Pero si no tenía intención de matar a ese hombre, si su muerte fue una simple desgracia y si (como ocurre a menudo) me asalta no obstante el remordimiento, la verdadera causa reside en mi propia incapacidad para comprender claramente mis motivos, antes de observar los resultados. Soy una víctima ignorante de un falso remordimiento; y sólo con que me atreviera a preguntarme qué me ha cegado hasta llevarme a ese estado, me encontraría con que esa fechoría se debe a una excesiva y mal encauzada apreciación de mi propia importancia, que no es sino egotismo disfrazado.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo el padre Benwell—, y lo mismo he dicho a veces en el confesionario.

Mr. Winterfield miró a su perro y cambió de tema.

—¿Le gustan los perros, Mr. Romaine? —preguntó—. Veo en los ojos del mío que le ha cogido simpatía, y su cola me dice que debería hacerle un poco de caso.

Romaine acarició al perro sin mucho interés.

Su nuevo amigo, inconscientemente, acababa de mostrarle una nueva perspectiva del aspecto más sombrío de su vida. Las maneras agradables y refinadas de Winterfield, su generosa disposición a poner en manos de un desconocido los tesoros de su biblioteca, ya habían calado de manera irresistible en la sensible naturaleza de

Romayne. Esa favorable impresión quedó enormemente reforzada por la manera breve y audaz con que había abordado un tema que le interesaba profundamente. «Debo tratar más a este hombre», se dijo mientras le daba unos golpecitos al amistoso can.

La experimentada capacidad de observación del padre Benwell siguió los vívidos cambios de expresión de la cara de Romayne, y se fijó en la entusiasta expresión de sus ojos mientras se desplazaban del perro al amo. El sacerdote vio su oportunidad y se lanzó a por ella.

—¿Se quedan en Ten Acres Lodge? —le dijo a Romayne.

—La verdad es que no lo sé. De momento no tenemos otros planes.

—Si no me equivoco, heredó usted la casa de su tía, lady Berrick.

—Sí.

El tono de la respuesta no le alentó a proseguir; Romayne no sentía deseos de hablar de Ten Acres Lodge. El padre Benwell insistió.

—¡Me dijo Mrs. Eyrecourt —prosiguió— que lady Berrick tenía algunos hermosos cuadros. ¿Todavía están en la casa?

—Desde luego. No podría vivir en una casa sin cuadros.

El padre Benwell miró a Winterfield.

—Otro gusto que comparte con Mr. Romayne —dijo—, además de su afición por los perros.

Esto produjo el efecto deseado. Romayne invitó de muy buena gana a Winterfield a ver sus cuadros.

—No hay muchos —dijo—, pero realmente valen la pena. ¿Cuándo vendrá?

—Cuanto antes, mejor —respondió cordialmente Winterfield—. ¿Le va bien mañana a mediodía, para aprovechar la luz?

—Cuando guste. A la hora que diga.

El padre Benwell contaba entre sus habilidades la de ser buen jugador de ajedrez. Si en aquel momento se hubiese expresado en el lenguaje de los trebejos, habría dicho: «Jaque a la reina».

Capítulo 4

El final de la luna de miel

A la mañana siguiente, Winterfield llegó solo a casa de Romaine.

Aunque, por supuesto, se había incluido al padre Benwell en la invitación para ver los cuadros, éste dio una excusa y pidió permiso para aplazar aquella visita. Desde su punto de vista, nada ganaría estando presente en un segundo encuentro entre los dos hombres... en ausencia de Stella. El propio Romaine le había informado de que ella estaba casi siempre junto a su madre, y de que él pasaba casi todo el día solo. «O Mrs. Eyrecourt mejora, o muere», razonaba el padre Benwell. «Me mantendré al corriente de su estado de salud, y, en cualquiera de los dos casos, sabré cuándo Mrs. Romaine regresa a Ten Acres Lodge. Tras ese evento doméstico, la próxima vez que Mr. Winterfield visite a Romaine, iré a ver los cuadros.»

Uno de los defectos de un intelecto en exceso sutil consiste en confiar demasiado en el cálculo y no dejar nada al azar. En una o dos ocasiones el padre Benwell ya se había pasado de listo, por decirlo de una manera popular, y el azar le había podido. Y tal como ocurrieron los hechos, el azar estaba destinado a jugarle otra mala pasada.

De pretensiones modestas, en cuanto a número y tamaño, los cuadros reunidos por la difunta lady Berrick eran obras maestras del arte moderno. Con pocas excepciones, eran producciones de los incomparables paisajistas ingleses de hace medio siglo. En la casa no había una galería propiamente dicha. Los cuadros eran tan pocos, que colgaban excelentemente iluminados, en diferentes salones. Turner, Constable, Collins, Danby, Callcott, Linnell: el dueño de Beaupark House iba de uno a otro con el gozo de un hombre que sabe apreciar realmente el mejor y más fiel arte paisajista que el mundo ha podido contemplar.

—Mejor hubiese sido que no me invitara —le dijo a Romaine con su peculiar sentido del humor—. No podré separarme de estos cuadros cuando les diga adiós. Me verá por aquí una y otra vez, hasta que esté completamente harto de mí. Mire esa marina. ¿Quién piensa en el pincel y la paleta de ese pintor? Ahí se dan la mano la fidelidad a la naturaleza y el sentimiento poético. Es absolutamente encantadora. Podría besar ese cuadro.

Estaban en el estudio de Romaine cuando a Winterfield se le escapó ese singular arrebato de entusiasmo. Por casualidad miró el escritorio que había al lado. Enseguida atrajeron su atención algunas páginas manuscritas, llenas de tachaduras y correcciones.

—¿Es este su manuscrito? —preguntó—. Veo que no es usted de esos autores que corrigen mentalmente, sino que revisa y mejora pluma en mano.

Romayne le miró sorprendido.

—Sospecho, Mr. Winterfield, que, aparte de para escribir cartas, ha utilizado su pluma para otras cosas.

—En absoluto, en absoluto, me dedica usted un cumplido que no merezco. Cuando venga a verme a Devonshire le enseñaré algunos manuscritos y pruebas corregidas de nuestros grandes escritores, reunidos por mi padre. Todo lo que sé de los secretos del oficio lo he averiguado examinando esos tesoros literarios. Cuánto se sorprendería el público si supiera que todo escritor digno de ese nombre es el más severo crítico de su libro antes de que éste caiga en manos de los reseñadores. El hombre que ha escrito una página con todo su fervor es el mismo que al día siguiente se sienta y la juzga sin piedad. ¡Qué fascinante debe de resultar un arte que exige y obtiene esa doble labor!

Romayne pensó —y no muy favorablemente— en su mujer. Stella una vez le preguntó cuánto solía llevarle escribir una página. La respuesta la llenó de compasión y asombro. «¿Por qué te tomas tantas molestias?», le reprendió cariñosamente. «Al público tanto le daría si lo hicieras en la mitad de tiempo.»

Para cambiar de tema, Romayne llevó a su visitante a otra sala.

—Tengo aquí un cuadro —dijo—, que pertenece a una nueva escuela de pintura. Ha hablado usted del duro trabajo que exige el arte; vea ahí otro ejemplo.

—Sí —dijo Winterfield—, aquí tiene usted un trabajo duro, pero mal orientado, sin facultad crítica que lo guíe, y que no sabe cuándo detenerse. Intento admirarlo; y acabo compadeciendo al pobre artista. Mire ese árbol talado y sin hojas, en un segundo plano. Cada pequeña ramilla está meticulosamente pintada, y el resultado es que parece una fotografía coloreada. No se mira el paisaje como una serie de partes separadas; no se quiere descubrir cada ramilla del árbol; lo que uno quiere ver es la totalidad de la naturaleza, y quiere ver esa totalidad en un cuadro. El lienzo muestra el triunfo de la paciencia y el esfuerzo, y el resultado es exactamente el mismo que un fragmento de bordado, realizado en pequeñas partes separadas, poniendo en todas ellas la misma mecánica meticulosidad. Aparto la mirada de esos arbustos de ahí con una ingrata sensación de alivio.

Mientras hablaba se dirigió hacia la ventana. Se asomó a los jardines que había delante de la casa. En ese mismo momento, de la calzada le llegó el ruido de unas ruedas. Un carruaje abierto apareció desde la curva. Winterfield llamó a Romayne.

—Un visitante —comenzó a decir, pero de pronto retrocedió sin decir más.

Romayne se asomó y reconoció a su mujer.

—Excúseme un momento —dijo—, es Mrs. Romayne.

Aquella mañana, una mejoría en el inestable estado de Mrs. Eyrecourt había

proporcionado a Stella la oportunidad de pasar una hora o dos con su marido, cosa que ella valoraba enormemente. Romaine se retiró para ir a recibirla en la puerta, con demasiada premura como para observar que Winterfield se había quedado de pie, en el rincón al que se había retirado, totalmente petrificado.

Stella salía del carruaje cuando su marido llegaba al porche. Subió los escasos peldaños que conducían a la entrada con tanta lentitud y dificultad que diríase que se trataba de una anciana enferma. El delicado color de su cara se había transformado en un blanco cenizo. Acababa de ver a Winterfield en la ventana.

Por un momento, Romaine la miró consternado, sin habla. La llevó a la habitación más cercana al vestíbulo, y la abrazó.

—¡Amor mío, tanto cuidar a tu madre te está destrozando! —dijo con compasiva ternura—. Si no piensas en ti, al menos piensa en mí. Hazlo por mí, quédate aquí y tómate un descanso. Por primera vez seré un tirano, Stella, y no te dejaré marchar.

Stella avivó ligeramente la expresión, e intentó sonreír... y para ocultar el triste resultado le besó.

—Es la angustia, el cansancio —dijo—. Pero mi madre está mejorando, de verdad, y sólo con que siga así, me sentiré aliviada y volveré a estar fuerte. —Hizo una pausa y reunió todo su coraje para articular las palabras (tan triviales y terribles) que debía pronunciar tarde o temprano—. Tienes una visita —dijo.

—¿Le viste en la ventana? Es un hombre encantador, sé que te gustará. En otras circunstancias te lo habría presentado, pero hoy no estás en condiciones de ver a desconocidos.

Estaba demasiado decidida a que Winterfield no volviera a entrar en su casa como para arrugarse ante el encuentro.

—No estoy tan enferma como crees, Lewis —dijo, valerosa—. Cuando vuelvas con tu amigo, te acompañaré. Estoy un poco cansada, eso es todo.

Romaine la miró receloso.

—Deja que te traiga un vaso de vino —dijo.

Stella le dejó: lo necesitaba de verdad. Mientras él tocaba la campanilla, ella formuló la pregunta que tenía en mente desde que viera a Winterfield.

—¿Cómo conociste a ese hombre?

—Me lo presentó el padre Benwell.

No le sorprendió la respuesta; había sospechado del sacerdote desde la noche del baile de lady Loring. El futuro de su vida de casada dependía de que pusiera fin a la creciente intimidad entre los dos hombres. En esa convicción halló el valor para enfrentarse a Winterfield.

¿Cómo debía reaccionar? El impulso del momento le señalaba que debía salir de aquella terrible situación por el camino más corto, y ese era tratar a Winterfield como a un desconocido. Apuró el vino y se apoyó en el brazo de Romaine.

—No hagamos esperar más a nuestro amigo —dijo—. ¡Vamos!

Mientras cruzaban el vestíbulo, Stella lanzó una mirada suspicaz a la puerta de la casa. ¿Había aprovechado Winterfield la oportunidad de dejar la casa? En cualquier otro momento, Stella habría recordado que las leyes más simples de la buena educación obligaban a Winterfield a esperar el regreso de Romayne. Además, Winterfield era un hombre de mundo, por lo que no ignoraba que un acto tan grosero, cometido por una persona de buena crianza, despertaría inevitablemente la sospecha de que actuaba por motivos indignos, y relacionados, quizá, con la inesperada aparición de Stella. Romayne abrió la puerta y entraron juntos en la sala.

—Mr. Winterfield, permita que le presente a Mrs. Romayne.

Se dedicaron una inclinación de cabeza e intercambiaron palabras convencionales propias de la ocasión, pero no pudieron ocultar el esfuerzo que les costó pronunciarlas. Romayne percibió una extraña formalidad en su mujer, y cómo desaparecían todo el gracejo y el desparpajo habituales en Winterfield. ¿Acaso era uno de los pocos hombres que se envolvía de timidez en presencia de las mujeres? Y el cambio de Stella, ¿era atribuible a su estado de salud? La explicación, en ambos casos, podía ser la correcta. Intentó hacer que se sintieran más cómodos.

—A Mr. Winterfield le agradan tanto los cuadros que quiere volver otro día —le dijo Romayne a su mujer—. Y da la casualidad que uno de sus favoritos es también uno de los tuyos.

Stella intentó mirar a Winterfield, pero sus ojos le rehuyeron; lo único que consiguió fue volver la cabeza hacia él.

—¿Se trata de la marina del estudio? —dijo en un hilo de voz.

—Sí —respondió él con seca cortesía—. Creo que es una de las mejores obras del autor.

Romayne le miró sin ocultar su asombro. ¡En qué insípidos tópicos se convertía el vivaz entusiasmo de Winterfield en presencia de Stella! Esta percibió que la situación estaba produciendo una desfavorable impresión en su marido, y realizó una oportuna sugerencia, no sólo para que su marido no se fijara más en Winterfield, sino para darle ocasión de salir de la sala.

—La pequeña acuarela que hay en mi dormitorio es del mismo pintor —comentó—. Quizá a Mr. Winterfield le gustaría verla. Si tocas la campana, Lewis, haré que mi doncella lo traiga.

Romayne nunca permitía que los criados tocaran sus obras de arte, desde el día en que una doncella, en su celo por la limpieza, intentó sacarle brillo a uno de sus vaciados en yeso. Su respuesta fue la que Stella esperaba.

—¡De ninguna manera! —dijo—. Yo mismo traeré el cuadro. —Se volvió jovialmente hacia Winterfield—. Prepárese a ver otra obra de arte que le gustaría besar. —Sonrió y salió.

En cuanto se cerró la puerta, Stella se acercó a Winterfield. Su hermosa cara estaba deformada por una expresión de rabia y desprecio. Le habló en un brutal susurro perentorio.

—¿Siente alguna consideración hacia mí?

La expresión de Winterfield al recibir la pregunta reveló un total contraste entre las caras de ambos. En los ojos de él había un compasivo pesar, y cuando respondió a Stella lo hizo en un tono de amable indulgencia y respeto.

—Siento más que consideración hacia ti, Stella...

Ella le interrumpió airada.

—¿Cómo se atreve a tutearme?

El protestó, con una dulzura que hubiera conmovido el corazón de cualquier mujer.

—¿Aún te niegas a creer que nunca te engañé? ¿Acaso el tiempo no ha ablandado tu corazón?

Ella se mostró más desdeñosa que nunca.

—Ahórrese sus protestas —dijo—. Llevo dos años oyéndolas. ¿Hará lo que yo le pida?

—Ya sabes que sí.

—Ponga fin a su amistad con mi marido. ¡Desde este mismo instante —añadió con vehemencia— y para siempre! ¿Puedo confiar en que lo hará?

—¿Crees que habría entrado en esta casa de haber sabido que era tu marido? — Con esa respuesta, hubo un repentino cambio en él: le subió el color, habló en un firme tono de indignación. Pero al instante su voz volvió a ablandarse, y sus amables ojos azules se posaron en ella con tristeza y devoción—. Puede confiar en que haré más de lo que me pide —concluyó—. Ha cometido un error.

—¿Cuál?

—Cuando Mr. Romaine nos presentó, fingió no conocerme, y no me dejó otra elección que hacer lo mismo.

—Ojalá no le hubiera conocido.

Las desabridas réplicas de Stella no alteraron a Winterfield. Habló con la misma gentileza y paciencia que siempre.

—Olvida que usted y su madre fueron mis invitadas en Beaupark House, hace dos años...

Stella entendió a qué se refería, y más aún. Enseguida recordó que el padre Benwell había estado en Beaupark House. ¿Estaría al corriente de todo? Unió las manos aterrada, sin habla.

Winterfield la tranquilizó con buenas palabras.

—No tenga miedo —dijo—. Es muy improbable que Mr. Romaine averigüe que estuvo usted en mi casa. Y si es así, y usted lo niega, haré por usted lo que no haría

por nadie más; también lo negaré. Está a salvo de que la descubran. Sea feliz, y olvídeme.

Por primera vez, Stella dio signos de aplacarse, apartó los ojos de él y suspiró. Aunque en su mente bullía la necesidad de advertirle en contra del padre Benwell, no controlaba lo suficiente su voz como para preguntarle si conocía al sacerdote. La masculina lealtad de Winterfield, la completa y conmovedora sinceridad de su respeto, la convencieron, a pesar de sí misma. Calló para recobrar la compostura. En aquel momento, Romaine regresó con el pequeño cuadro en la mano.

—¡Aquí está! —dijo—. No es nada, sólo unos niños recogiendo flores en la linde de un bosque. ¿Qué le parece?

—Lo mismo que le dije del otro cuadro —respondió Winterfield—. Podría pasarme horas mirándolo. —Consultó su reloj—. Pero el tiempo es un tirano implacable, y me dice que debo acabar la visita. Muchas gracias, se lo digo de corazón.

Dedicó a Stella una inclinación de cabeza. Romaine se dijo que su invitado podría haberse tomado la británica libertad del apretón de manos.

—¿Cuándo volverá a ver los cuadros? —le preguntó—. ¿Se quedará a cenar, para ver cómo lucen a la luz de las lámparas?

—Lo siento, y le ruego que me excuse. Desde ayer mis planes se han visto alterados. Debo marcharme de Londres.

Romaine no estaba dispuesto a despedirse de aquella manera.

—¿Me avisará la próxima vez que esté en la ciudad? —dijo.

—¡Desde luego!

Con aquella breve respuesta, se fue a toda prisa.

Romaine permaneció unos minutos en el vestíbulo antes de volver con su mujer. La manera en que Stella había recibido a Winterfield, aunque no abiertamente descortés, tampoco había sido nada alentadora. ¿Qué extraordinario capricho la había hecho insensible a los atractivos sociales de un hombre tan sencillo y agradable? No era de extrañar que la cordialidad de Winterfield hubiese quedado enfriada por el gélido recibimiento que le había dispensado la señora de la casa. Al mismo tiempo, había que ser indulgente con Stella, pues estaba pasando un mal momento familiar y su salud no era del todo buena. Aunque su marido no deseaba afligirla con ninguna referencia inmediata a la manera en que había recibido a su amigo, no dejaba de pensar que le había decepcionado. Cuando volvió a la sala, Stella estaba echada en el sofá, con la cara vuelta hacia la pared. Lloraba, y tenía miedo de que él se diera cuenta.

—No te molestaré —dijo Romaine, y se retiró a su estudio. El preciado volumen que Winterfield había puesto tan amablemente a su disposición estaba en la mesa, esperándole.

El padre Benwell no se había perdido gran cosa por no presenciar el momento en que Winterfield y Stella fueron presentados. Había sido testigo de cómo la emoción les había traicionado de manera mucho más evidente al encontrarse inesperadamente en la galería de pintura de lord Loring. Pero si hubiese visto a Romaine leyendo en su estudio, y a Stella llorando en secreto en el sofá, habría escrito a Roma aquel mismo día para anunciar que estaban plantadas las primeras semillas de desunión entre marido y mujer.

Capítulo 5

Correspondencia del padre Benwell

I

Al secretario de la Compañía de Jesús, Roma

En mis últimas y apresuradas líneas, sólo pude informarle de la inesperada llegada de Mrs. Romaine mientras Winterfield visitaba a su marido. Si lo recuerda, le advertí que no había que conceder indebida importancia al hecho de que yo me hallara ausente en esa ocasión. Mi presente informe convencerá a mis reverendos hermanos de que los intereses que se me confiaron se hallan, en mis manos, tan seguros como siempre.

He realizado tres visitas, separadas en el tiempo. La primera a Winterfield (mencionada brevemente en mi última carta); la segunda a Romaine; la tercera a la dama enferma, Mrs. Eyrecourt. Todas ellas han resultado de lo más fructífero.

Vayamos primero con Winterfield. Le encontré en su hotel, envuelto en nubes de humo de tabaco. Mi esfuerzo me costó hacerle hablar de su visita a Ten Acres Lodge; a continuación le pregunté por los cuadros de Romaine.

—Le envidio sus cuadros —fue su única respuesta.

—¿Y qué le pareció Mrs. Romaine —pregunté a continuación.

Dejó su pipa y me miró atentamente. Mi cara (aunque eso sea echarme flores) supo mantenerse impertérrita. Inhaló otra bocanada de tabaco, y comenzó a jugar con su perro.

—Si he de responder a su pregunta —exclamó de repente—, lo cierto es que Mrs. Romaine no me recibió muy bien. —Calló bruscamente. Es un hombre totalmente transparente: sus ojos abren un camino despejado a sus pensamientos. Comprendí que sólo me estaba contando una parte (y quizá muy pequeña) de la verdad.

—¿Puede explicar a qué se debió tal recepción? —pregunté.

—No —fue su lacónica respuesta.

—Quizá yo pueda explicarla —dije—. ¿Le dijo Mr. Romaine a su mujer que él y usted se habían conocido a través de mí?

Me lanzó otra mirada escrutadora.

—Es posible que Mr. Romaine se lo dijera cuando me dejó viendo un cuadro para ir a recibirla.

—En este caso, la explicación es clarísima. Mrs. Romaine es una protestante convencida, y yo soy un sacerdote católico.

Aceptó mi explicación de su mal recibimiento con una prontitud que no habría

engañado ni a un niño. ¡Como verá, le libré de toda necesidad de explicar la conducta de Mrs. Romaine!

—Un hombre sensato —proseguí de manera amistosa— jamás ha de tomar en serio los prejuicios religiosos de una dama. Ha puesto a Mr. Romaine en el compromiso de agradecerle su amabilidad, y está ansioso por hacer buenas migas con usted. ¿Volverá a Ten Acres Lodge?

Me dio otra breve respuesta.

—Creo que no.

Dije que lamentaba oírlo.

—Sin embargo —añadí—, siempre pueden verse aquí, cuando esté usted en Londres. —Exhaló otra gran bocanada de humo y no hizo ningún comentario. Me dije que ni su silencio ni su humo me harían callar—. O si no —insistí—, ¿me honraría viéndose con él en una cena sencilla en mis habitaciones?

Como era un caballero, estaba obligado a responder a mi pregunta. Dijo:

—Es usted muy amable, pero preferiría que no. ¿Le importa si cambiamos de tema, padre Benwell?

Cambiamos de tema. Se mostró tan amigable como siempre, aunque no estaba de buen humor.

—Me parece que tendré que ir a París antes de fin de mes —dijo.

—¿Se quedará mucho tiempo? —pregunté.

—¡Oh no! Vuelva dentro de una semana, o diez días, y me encontrará de nuevo aquí.

Cuando me levantaba para marcharme, regresó por su cuenta al tema tabú. Dijo:

—Debo pedirle dos favores. El primero es que no le diga a Mr. Romaine que aún estoy en Londres. El segundo es que no me pida explicaciones.

El resultado de la entrevista puede resumirse en pocas palabras. Ha sido otro paso adelante en mis averiguaciones. La voz de Winterfield, su expresión y su comportamiento me delataron que el verdadero motivo de tan repentino cambio de actitud hacia Romaine es que siente celos del hombre con quien se ha casado miss Eyrecourt. Las comprometedoras circunstancias que escaparon a las averiguaciones de mi agente tienen que ver, hablando en plata, con un asunto amoroso. Recuerde todo lo que le dije del peculiar carácter de Romaine, ¡e imagine, si puede, cuáles serán las consecuencias de dicho descubrimiento cuando estemos en disposición de revelárselo al dueño de Vange Abbey!

En cuanto a las actuales relaciones entre marido y mujer, deje que le cuente lo sucedido cuando visité a Romaine un día o dos más tarde. Hice bien en procurar tener a mano a Penrose. Le necesitaremos.

Al llegar a Ten Acres Lodge, encontré a Romaine en su estudio. Tenía su

manuscrito delante, pero no estaba trabajando. Se le veía cansado y ojoso. No sé aún qué enfermedad nerviosa padece; pero sí puedo afirmar que le ha estado importunando desde la última vez que le vi.

Naturalmente, antes que nada me interesé por su esposa. Todavía cuida a su madre. Mrs. Eyrecourt está ahora fuera de peligro. Pero la buena señora (que no duda en recomendar a los demás que visiten al médico) persiste en creer que es una persona demasiado robusta como para precisar ayuda médica. El médico que la atiende confía por completo en su hija para convencerla de que siga el tratamiento que le ha recomendado. No crea que le cuento estos detalles insignificantes sin razón alguna. Tendremos ocasión de volver a hablar de Mrs. Eyrecourt y su médico.

No llevaba ni cinco minutos con Romaine cuando me preguntó si había visto a Winterfield desde su visita a Ten Acres Lodge.

Dije que le había visto y callé, previendo la siguiente pregunta. Romaine cumplió mis expectativas. Me preguntó si Winterfield se había ido de Londres.

Hay ciertos casos (dicen los médicos) en que el peligroso sistema de sangrar a un paciente tiene sus ventajas. Hay otros casos en que el peligroso sistema de decir la verdad resulta igualmente sensato. Le dije a Romaine:

—Si le respondo con toda franqueza, ¿quedará entre usted y yo? Mr. Winterfield, lamento decirlo, no tiene intención de seguir tratándole. Me pidió que le ocultara que se halla en Londres.

La expresión de Romaine delató que estaba molesto e irritado.

—Nada de cuanto me diga, padre Benwell, saldrá de estas cuatro paredes. ¿Le dio Winterfield alguna razón para no seguir viéndonos?

Le dije de nuevo la verdad, con una cortés expresión de pesar.

—Mr. Winterfield me comentó el hostil recibimiento que le dispensó Mrs. Romaine.

Se puso en pie bruscamente y comenzó a caminar airado por la habitación.

—¡Es intolerable! —se dijo.

La verdad había servido para algo. Fingí no haberle oído.

—¿Hablaba conmigo? —pregunté.

Se expresó ahora con más suavidad.

—Una verdadera lástima —dijo—. Deberé devolverle inmediatamente a Mr. Winterfield el libro que me prestó. Y eso no es lo peor. Hay otros volúmenes en su biblioteca que deseaba consultar, y ahora ya no podré pedírselos. Ahora que ya no tengo a Penrose, esperaba encontrar en Mr. Winterfield a un amigo que compartiera mis intereses intelectuales. Hay algo tan alegre y agradable en su manera de ser, y sus opiniones son lo suficientemente atrevidas y novedosas como para interesar a alguien como yo. Me las pintaba muy felices, y ahora debo sacrificarlo todo. ¿Y por qué? Por el capricho de una mujer.

¡Ese era el estado de ánimo que había que alentar! Pero antes intenté el experimento de, con toda modestia, echarme la culpa. Sugerí que quizá, inocentemente, era yo el responsable de la decepción de Romaine.

Me miró totalmente desconcertado. Repetí lo que le había dicho a Winterfield.

—¿Le mencionó a Mrs. Romaine que había sido yo quien les había presen...?

No me dejó acabar, tal era su impaciencia.

—Se lo mencioné a Mrs. Romaine —dijo—. ¿Y qué?

—Me excusará si le recuerdo que Mrs. Romaine tiene prejuicios protestantes. Me temo que Mr. Winterfield, siendo amigo de un sacerdote católico, no sería muy bienvenido en esta casa.

Casi se irritó conmigo por sugerir esa explicación que tan aceptable le había parecido a Winterfield.

—¡Tonterías! —gritó—. Mi mujer está demasiado bien educada como para dejar que sus prejuicios se expresen de ese modo. La apariencia física de Winterfield debió de inspirarle alguna antipatía irracional, o...

Calló, y se volvió meditabundo hacia la ventana. Alguna vaga sospecha se había abierto paso en su mente, de la que sólo había sido consciente un momento, y que aún no era del todo capaz de comprender. Hice lo que pude para que su pensamiento siguiera por esa vereda.

—¿Qué otra razón podría haber? —pregunté.

Se volvió bruscamente hacia mí.

—No lo sé. ¿Y usted?

Aventuré una cortés protesta.

—¡Mi querido amigo! Si es usted incapaz de encontrar otra razón, ¿cómo voy a encontrarla yo? Debe de tratarse de una repentina antipatía, como usted dice. Estas cosas ocurren entre desconocidos. ¿Supongo que no me equivoco al suponer que Mrs. Romaine y Mr. Winterfield no se conocían?

En sus ojos apareció un brillo siniestro: esa nueva idea había arrojado luz en su mente.

—Se saludaron como si no se conocieran.

Ahí volvió a callar, y regresó a la ventana. Me pareció que podría perder toda la confianza que Romaine me había otorgado si seguía insistiendo. Además, tenía motivos para hablar de Penrose. Había recibido una carta de él, relacionada con su actual ocupación, y le enviaba sus más sinceros saludos a su querido amigo y patrón.

Le transmití el mensaje de Penrose. Romaine se giró en redondo, con un repentino cambio de expresión. El mero sonido del nombre de Penrose pareció aliviar la tristeza y suspicacia que le había oprimido un momento antes.

—No sabe cómo echo de menos a ese amable joven —dijo melancólico.

—¿Por qué no le escribe? —sugerí—. Le encantaría oír noticias suyas.

—Ignoro su dirección.

—¿No le envié su dirección cuando le mandé a Penrose su carta?

—No.

—Entonces déjeme expiar de inmediato ese olvido.

Le anoté la dirección y me despedí.

Mientras me acercaba a la puerta distinguí, en una pequeña mesa, los libros católicos que Penrose le había dejado a Romaine. Uno de ellos estaba abierto, y había un lápiz al lado. Me pareció una buena señal, pero no dije nada.

Romaine me apretó la mano al despedirnos.

—Ha sido usted muy amable, padre Benwell —dijo—. Me alegrará volver a verle.

No lo mencione en ciertos lugares donde podría perjudicarme, pero, sabe, le compadecí de verdad. Lo ha sacrificado todo por su matrimonio, y este le ha decepcionado. ¡Hasta el punto de tratarme como a un amigo!

Por supuesto, cuando llegue el momento le daré a Penrose permiso para ausentarse. ¿Se imagina, como yo me imagino, lo que supondrá el pronto reencuentro de ese «amable joven» con su antiguo patrón? Pues ni más ni menos que el reanudarse de nuestra labor de conversión, que avanzará ahora más rápidamente que nunca; y los celos de la esposa protestante, que agravarán la falsa posición en que ya se halla a causa del equívoco recibimiento que le hizo a Winterfield. Puede responderme recordándome la perspectiva más sombría: puede nacer un heredero, y la madre del heredero, respaldada por la opinión general, podría insistir en —si hay alguna indecisión en el asunto— hacer valer el derecho natural del muchacho a la herencia de su padre.

¡Paciencia, mi reverendo colega! Ninguna calamidad de ese calibre nos amenaza todavía. Y, aunque así ocurriera, no olvide que Romaine ha heredado una segunda fortuna. La propiedad de Vange tiene un valor de tasación. Si el acto de restitución transformara ese valor en dinero, ¿cree que la Iglesia desanimaría a un buen converso rechazando su cheque? Sabe, tan bien como yo, que eso sería altamente improbable.

Al día siguiente pasé para preguntar cómo evolucionaba Mrs. Eyrecourt. El parte médico era favorable. Tres días más tarde hice otra visita. El parte era aún más alentador. También me informaron de que Mrs. Romaine había regresado a Ten Acres Lodge.

Debo gran parte de mi éxito en la vida a no haber tenido prisa jamás. Y entonces no tuve prisa. Hay veces en que las oportunidades las trae el tiempo, y vale la pena esperarlas.

Deje que se lo aclare con un ejemplo.

Un hombre más impetuoso, en mi lugar, probablemente habría mencionado el

matrimonio de Miss Eyrecourt con Romaine en su primer encuentro con Winterfield, lo que habría despertado la desconfianza de ambos, poniéndolos en guardia, con lo que no se habría obtenido ningún resultado útil. Ahora, en cualquier momento, puedo revelarle a Romaine que su esposa había sido una invitada de Winterfield en Devonshire, y posteriormente fingió no conocer a su antiguo anfitrión. Mientras tanto, le ofrezco a Penrose una buena oportunidad para, de manera inocente, ampliar la brecha ya existente entre marido y mujer.

Espero se dé cuenta de que si mantengo una actitud pasiva no es por indolencia o desánimo. Pero prosigamos.

Dejé pasar un par de días antes de decidirme a hacer más averiguaciones en casa de Mrs. Eyrecourt. En esa ocasión, al dejar mi tarjeta pregunté si la señora podría recibirme. ¿Debo confesar mi punto débil? Ella posee toda la información que deseo, y por dos veces ha burlado mis preguntas. En tan humillantes circunstancias, el volver a insistir forma parte de la belicosidad sacerdotal de mi carácter.

Se me invitó a subir.

Los dos salones, el de delante y el de atrás, estaban conectados. Mrs. Eyrecourt se movía adelante y atrás en una silla de ruedas que empujaba su doncella, y había presentes dos caballeros más, visitantes, como yo. A pesar del carmín, los encajes y las ropas holgadas, tenía un aspecto deplorable. Físicamente parecía una muerta a la que hubieran revivido con afeites; su ánimo, en contraste, rebosaba vida, como siempre.

—Me alegro de volver a verle, padre Benwell, y le estoy muy agradecida por su interés. Estoy bastante bien, aunque el doctor no lo admita. ¿No le parece gracioso verme en silla de ruedas, como un niño en un cochecito? Yo lo llamo el regreso a los primeros principios. Está en mi naturaleza el ir de un lado a otro. Y ya que el médico no me deja ir de un lado a otro fuera de la casa, tengo que hacerlo dentro. Matilda es la niñera, y yo el bebé que aprenderá a andar uno de estos días. ¿Estás cansada, Matilda? ¿No? Entonces sé buena y dame otra vuelta. El movimiento, el movimiento perpetuo, es una ley de la naturaleza. Oh, no, doctor, no lo descubrí yo sola. Algún eminente científico lo mencionó en una conferencia. El hombre más feo que he visto. Ahora hacia atrás, Matilda. Deje que le presente a mis amigos, padre Benwell. Presentar no está de moda, lo sé. Pero yo soy de esas mujeres capaces de resistir la tiranía de la moda. Me gusta presentar a la gente. Sir John Drone... el padre Benwell. El padre Benwell... el doctor Wybrow. ¿Ah sí, ha oído hablar de la reputación del doctor, ¿Quiere que le describa su carácter? Personalmente, encantador; profesionalmente, detestable. Perdone mi descaro, doctor, es otra de las consecuencias de mi desbordante salud. Otro giro, Matilda, y esta vez un poco más rápido. Oh, ojalá estuviera viajando en tren.

En ese momento le faltó aliento. Se reclinó en la silla y se abanicó en silencio

durante unos minutos.

Entonces dirigí mi atención a los visitantes. Sir John Drone, era fácil darse cuenta, no supondría un obstáculo a una conversación confidencial con Mrs. Eyrecourt. Un excelente caballero rural, calvo, rubicundo, y con esa inagotable capacidad para el silencio que nos es tan familiar en la sociedad inglesa: ahí tiene una fiel descripción de sir John. Pero el famoso médico era un hombre muy distinto. Sólo tuve que echarle un vistazo para comprender que estaba condenado a hablar de trivialidades mientras él estuviera en la sala.

Siempre que me he equivocado, lo he mencionado en mi correspondencia. Pues bien, en ese instante me equivoqué: había olvidado la ley de probabilidades. La caprichosa Fortuna, tras un prolongado intervalo, iba a ponerse de nuevo de mi parte, a través de la misma mujer que por dos veces me había derrotado. ¡Qué recompensa a mi interés por Mrs. Eyrecourt! Recobró el aliento lo suficiente como para empezar a hablar de nuevo.

—¡Queridos, qué aburridos son! —nos dijo—. ¿Es que no saben divertir a una pobre prisionera confinada en esta casa? Descansa un poco, Matilda, o serás la próxima en caer enferma. Doctor, ¿es esta su última visita profesional?

—Prométame que se cuidará, Mrs. Eyrecourt, y le confesaré que mis visitas profesionales han acabado. Hoy he venido sólo como amigo.

—¡Es usted el mejor de los hombres! Hágame otro favor. Alivie nuestro aburrimiento. Cuéntenos alguna historia interesante sobre alguno de sus pacientes. Estos grandes médicos, sir John, se pasan la vida en un ambiente totalmente novelesco. El consultorio del doctor Wybrow es como su confesionario, padre Benwell. Llegan a sus oídos los pecados y aflicciones más fascinantes. ¿Cuál es la última historia que ha llegado a sus oídos, doctor, lo suficientemente novelesca como para interesarnos? No queremos nombres ni lugares, somos buenos chicos; sólo la historia.

El doctor Wybrow me miró con una sonrisa.

—Es imposible convencer a las damas —dijo— de que, a nuestra manera, nosotros también somos confesores. El primer deber de un médico, Mrs. Eyrecourt...

—Es curar a la gente, por supuesto —le interrumpió ella con su viveza habitual.

El médico respondió muy serio.

—No —dijo—. Ese es nuestro segundo deber. El primero es respetar la confianza que depositan en nosotros los pacientes. Sin embargo —prosiguió en un tono más distendido—, da la casualidad de que hoy mismo he visitado a un paciente en unas circunstancias que las reglas del honor profesional no me prohíben mencionar. No sé, Mrs. Eyrecourt, si le gustará adentrarse en el escenario del relato. Ocurre en un manicomio.

Mrs. Eyrecourt profirió un gritito, fruto, más que nada, de la coquetería.

—¡Nada de horrores! —gritó—. La sola idea de un manicomio me llena de terror. ¡Basta, basta! No pienso escucharle... ni mirarle. Me niego en redondo a que me vuelvan loca de miedo. Siempre he destacado, padre Benwell, por mi vívida imaginación. Afirmo que puedo oler ese odioso manicomio. Vamos directas a la ventana, Matilda; quiero hundir mi nariz en las flores.

Sir John, al oír esas palabras, habló por primera vez. Y lo hacía comenzando una frase y acabándola con un silencio acompañado de una sonrisa.

—Por favor, doctor Wybrow. Un hombre de su experiencia. Horrores en manicomios. Una dama de salud tan delicada. Desde luego que no. Por mi honor, que no puedo. Algo divertido, claro que sí. Pero ese tema, oh no.

Se puso en pie para marcharse. El doctor Wybrow le detuvo suavemente.

—Tengo una razón para mencionar este caso, sir John —dijo—, pero no le molestaré con explicaciones innecesarias. Hay una persona, un desconocido, a quien quiero descubrir. Cuando vivía aquí, usted frecuentaba la sociedad londinense. ¿Puedo preguntarle si alguna vez conoció a un caballero llamado Winterfield?

Siempre he considerado el autocontrol uno de los rasgos más destacados de mi carácter. Pero en el futuro seré más humilde.

Cuando oí el nombre, me dominó tanto la sorpresa que me delaté ante el doctor Wybrow como el hombre que podía responder a su pregunta.

Mientras tanto, sir John se quedó pensando unos momentos, para descubrir que jamás había oído hablar de nadie llamado Winterfield. Tras reconocer su ignorancia haciendo uso de su elocuente lenguaje, se dirigió hacia la jardinera de la habitación contigua y contempló gravemente a Mrs. Eyrecourt, con la nariz enterrada entre las flores.

El doctor se volvió hacia mí.

—¿Me equivoco, padre Benwell, al suponer que debería haberme dirigido a usted?

Admití que conocía a un caballero llamado Winterfield. El doctor Wybrow se puso en pie de inmediato.

—¿Dispone de unos minutos? —preguntó. No hace falta decir que me puse a su entera disposición—. Mi casa está aquí al lado, y mi carruaje en la puerta. En cuanto se haya despedido de nuestra amiga, Mrs. Eyrecourt, quiero decirle algo que creo debería saber.

Nos marchamos enseguida. Mrs. Eyrecourt (tras dejar parte de los polvos de la nariz entre las flores) me dio unos golpecitos de ánimo con su abanico y le dijo al doctor que estaba perdonado, siempre y cuando «no volviera a hacerlo nunca más». A los cinco minutos nos encontrábamos en el estudio del doctor Wybrow.

Mi reloj me indica que no tengo tiempo de acabar la carta antes de que recoja el correo. Acepte lo escrito hasta ahora, y no dude que mañana redactaré las

conclusiones de mi informe.

II

El doctor comenzó a hablar con cierta cautela.

—El nombre de Winterfield no es muy corriente —dijo—. Por eso no me extrañaría descubrir, padre Benwell, que su Winterfield es el hombre que busco. ¿Sólo le conoce de nombre, o es amigo suyo?

Le respondí, por supuesto, que era amigo suyo. El doctor Wybrow prosiguió.

—¿Me perdonará si me atrevo a formularle una pregunta indiscreta? Cuando esté al corriente de las circunstancias, estoy seguro de que me comprenderá y me excusará. ¿Conoce usted algún (¿cómo lo llamaría?) incidente romántico en la vida de Mr. Winterfield?

En aquella ocasión, al percibir que, con toda probabilidad, me hallaba al borde de descubrir algo, procuré no perder la compostura. Dije, sin inmutarme:

—En el pasado, tuvo lugar en la vida de Mr. Winterfield un incidente como el que usted menciona. —Ahí callé, discretamente, y puse cara de saberlo todo.

El doctor no mostró curiosidad en oír más.

—Lo único que pretendo —prosiguió— es tener la certeza de estar hablando con la persona adecuada. Ahora déjeme decirle que no siento ningún deseo de descubrir a Mr. Winterfield; sólo actúo como representante de un viejo amigo mío, director del sanatorio privado de Sandsworth, un hombre cuya integridad está fuera de toda duda, pues de lo contrario no sería amigo mío.

En la Inglaterra actual, los directores de sanatorios privados suelen verse con bastante desconfianza. Comprendí perfectamente las razones del doctor.

—Ayer por la noche —continuó—, mi amigo vino a visitarme y me dijo que en su institución había un caso muy curioso, que pensaba podía interesarme. La persona a que aludía era un muchacho francés cuyo desarrollo mental había sido imperfecto desde su infancia. La desgracia se había agravado cuando tenía trece años, a causa de un fuerte trauma. Cuando lo llevaron al sanatorio, no era idiota, ni tampoco estaba peligrosamente loco; era un caso (por no utilizar un lenguaje técnico) de déficit de inteligencia, con tendencia espontánea a llevar a cabo actos de maldad irracional y robos de poca monta, aunque sin llegar jamás a actos de verdadera violencia. Mi amigo mostró un auténtico interés por el muchacho; se ganó su confianza con afecto y amabilidad, y tanto mejoró su salud corporal que pensó que también podría mejorar su salud mental. Sólo que entonces ocurrió algo que alteró todos sus planes. La pobre criatura enfermó de unas fiebres que evolucionaron a tifus. Por el momento, poco hay de todo esto que pueda interesarle, pero ya estoy llegando al suceso que quería mencionarle. En ese estado febril en que los pacientes cuerdos generalmente se dan al

delirio, ¡el muchacho ha recobrado la cordura y la sensatez!

Atónito ante tan sorprendente afirmación, por un instante dudé que hablara en serio. El doctor Wybrow se dio cuenta.

—¡Justo lo que yo pensé cuando me lo contaron! —dijo—. Mi amigo no se mostró ni ofendido ni sorprendido. Tras invitarme a ir a su institución para que juzgara por mí mismo, me refirió un caso similar citado en el *Cornhill Magazine* del mes de abril de 1879, en un artículo titulado «La enfermedad corporal como estimulante mental». El artículo no lleva firma, pero el carácter de la publicación en que aparece es suficiente garantía de la veracidad del caso. Tanto me impresionó ese testimonio que me dirigí a Sandsworth a examinar el caso.

—¿El examen le dejó satisfecho?

—Del todo. Cuando vi al muchacho, la noche pasada, estaba tan cuerdo como yo. Sin embargo, en este tipo de casos se da una complicación que no se menciona en el artículo. El muchacho da la impresión de haber olvidado todo lo referente a su vida anterior al momento en que la enfermedad corporal le hizo recuperar la razón.

Eso me decepcionó, pues ya contaba con que algo obtendría de la confesión del chico.

—¿Se puede considerar cuerdo a alguien que no tiene memoria? —me atreví a preguntar.

—En este caso no hay necesidad de plantear esa cuestión —respondió el doctor—. Como ya le he dicho, la amnesia del muchacho se extiende a su vida anterior, es decir, a cuando su intelecto estaba perturbado. Durante el extraordinario intervalo de cordura que se le ha declarado, aplica sus capacidades mentales a lo primero que se le antoja, y hasta el momento ninguna le ha fallado, que yo sepa. Su nueva memoria (si puedo llamarla así) es plenamente consciente de todo cuanto le ha ocurrido desde su enfermedad. Puede imaginarse ahora cuánto me interesa el problema de esa enfermedad cerebral; y tampoco se asombrará de que mañana por la mañana regrese a Sandsworth, una vez haya visitado a mis enfermos. Pero seguramente le sorprende que le importune con detalles que sólo interesan a un médico.

¿Iba a pedirme que le acompañara al sanatorio? Le repliqué sin extenderme, afirmando tan sólo que los detalles interesaban a todo aquél interesado en la naturaleza humana. Si en aquel momento me hubiese tomado el pulso, me temo que hubiera pensado que yo también estaba a punto de coger una fiebre.

—Prepárese —prosiguió—, pues hay otra circunstancia sorprendente. Mr. Winterfield, por algún incomprensible accidente, está relacionado con una de las trastadas cometidas por el muchacho francés antes de que lo pusieran bajo la custodia de mi amigo. Esa, en cualquier caso, es la única explicación que encuentro al descubrimiento de un sobre (con papeles en su interior) cosido al forro del chaleco del muchacho, y dirigido a Mr. Winterfield, sin señas.

Imagine el efecto que dichas palabras produjeron en mí.

—Ahora —dijo el médico— comprenderá por qué le hice tan extrañas preguntas. Mi amigo y yo trabajamos mucho y frecuentamos poco la sociedad, y ni él ni yo hemos oído jamás el nombre de Winterfield. Como una porción muy elevada de mis pacientes suelen ser gentes con una gran vida social, he realizado algunas averiguaciones a fin de que el paquete sea entregado a la persona correcta. Ya oyó cómo Mrs. Eyrecourt, que hubiera podido serme de gran ayuda, recibía mi desafortunada alusión al manicomio, y ya vio cuán perplejo quedó sir John. Me considero afortunado, padre Benwell, por haber tenido el honor de conocerle. ¿Quiere acompañarme al sanatorio mañana? ¿Y me haría el favor de traer a Mr. Winterfield con usted?

Esto último era algo que estaba por completo fuera de mi poder. Aquella mañana Winterfield había partido hacia París, y yo ignoraba dónde pensaba alojarse.

—Bueno, pues actúe usted en representación de su amigo —dijo el doctor—. El tiempo es de gran importancia en este caso. ¿Tendría inconveniente en reunirse aquí conmigo mañana a la cinco de la tarde?

Acudí puntual a la cita. Fuimos en carruaje al asilo.

No voy a importunarle con el relato de lo que vi —gracias a la presentación del doctor Wybrow— junto al lecho del muchacho. Fue una simple repetición de lo que ya había oído. Ahí estaba el chaval, ardiendo de fiebre y haciendo, cuando esta remitía, preguntas inteligentes relacionadas con los medicamentos que le administraban. Comprendía perfectamente las respuestas, y sólo se irritaba cuando se le pedía que intentara hacer memoria de la época anterior a su enfermedad, a lo que respondía en francés: «No tengo memoria».

Pero tengo algo más que contarle, algo que merece toda su atención. El sobre y su contenido (dirigido al «Señor don Bernard Winterfield») están en mi poder. El nombre de pila que aparece escrito corresponde al Winterfield que yo conozco.

Las circunstancias en que se descubrió el sobre me fueron relatadas por el director del sanatorio.

Cuando llevaron al muchacho a la institución, dos damas francesas (su madre y su hermana) le acompañaban, y describieron el peculiar comportamiento del muchacho: su propensión a la errancia, que lo impulsaba a huir de casa, y su obsesión por esconder el chaleco desde la última vez que regresó de uno de sus vagabundeos.

La primera noche en el sanatorio estuvo muy alterado por encontrarse en un lugar extraño. Hubo que administrarle un calmante. Al ir a la cama, no le impidieron adrede que ocultara el chaleco bajo el almohadón, como siempre.

Cuando el sedante hubo surtido efecto, el asistente se apoderó con facilidad de la prenda. Era el deber del director de la institución asegurarse de que el paciente no ocultara nada que pudiera resultar peligroso. Para examinar el sobre tuvieron que

romper el sello que lo lacraba.

—Yo no lo hubiera roto —dijo nuestro anfitrión—, pero, tal como estaban las cosas, me pareció que era mi deber examinar su contenido. Se trata de documentos que se refieren a asuntos privados de Mr. Winterfield, en los que está muy interesado y que hace ya tiempo que deberían estar en su poder. Ni que decirle tengo que me considero obligado a guardar el más estricto silencio en relación a lo que he leído. Hemos colocado en el chaleco del muchacho un sobre lleno de hojas en blanco, para que siga percibiendo el bulto bajo el forro cuando se despierte. El sobre original y su contenido (con una declaración de cómo fue abierto firmada por mi asistente y por mí mismo) se han consignado en el interior de otro sobre, lacrado con mi propio sello. He hecho todo lo posible para encontrar a Mr. Bernard Winterfield, quien, al parecer, no vive en Londres. O, al menos, no he encontrado su nombre en el directorio. Posteriormente le escribí, mencionando lo ocurrido, al caballero inglés a quien envió los informes sobre el estado de salud del muchacho. Tampoco pudo ayudarme. Dirigí otra carta a las damas francesas, también sin resultado. Confieso que me alegra librarme de esa responsabilidad de una manera honorable.

Todo esto se dijo en presencia del muchacho, que permanecía en la cama, escuchando como si se hablara de otra persona. No pude resistir el deseo de preguntarle. Como no hablo francés (aunque sí puedo leerlo), le pedí al doctor Wybrow que me hiciera de intérprete.

Mis preguntas fueron inútiles. Nada sabía el muchacho acerca del sobre robado.

No había motivo aparente para pensar que deseaba engañarnos. Cuando le pregunté: «¿Quizá lo robaste? », me respondió sin perder la compostura: «Es muy probable; me dicen que he estado loco; yo no lo recuerdo; pero los locos hacen cosas raras». Volví a intentarlo. «¿O te lo llevaste por hacer una travesura?» «Sí.» «¿Y rompiste el sello y miraste los papeles?» «Es muy posible.» «¿Y luego los tuviste escondidos, pensando que te serían de alguna utilidad? ¿O quizá te avergonzaste de lo que habías hecho y pensabas devolverlos cuando tuvieras oportunidad?» «Usted lo sabrá mejor que yo, señor.» Lo mismo ocurrió cuando intenté averiguar dónde había estado, y quién había cuidado de él durante todo el tiempo que estuvo fuera de casa. Para él fue una novedad saber que se había escapado de casa. ¡Con evidente interés, nos pidió que le contáramos dónde había estado y a quién había visto!

Así que pusimos fin a nuestros intentos de arrojar luz sobre el particular, y llegamos a la cuestión de cómo devolverle los papeles a Mr. Winterfield lo antes posible.

Como ya se había mencionado su estancia en París, dejé constancia de nuestro futuro encuentro.

—Mr. Winterfield quedó conmigo en que le visitaría en su hotel a su regreso a Londres —dije—, con lo que es probable que yo sea el primer amigo que le vea. Si

me confían el paquete lacrado, teniendo en cuenta las circunstancias, les entregaré un recibo en presencia del doctor Wybrow, y añadiré cualquier garantía escrita que soliciten, en mi papel de representante y amigo de Mr. Winterfield. ¿Necesitan quizá alguna referencia?

Su respuesta fue cortés.

—Un amigo del doctor Wybrow —dijo—, no precisa ninguna otra referencia.

—Perdónenme —insistí—, pero conocí al doctor Wybrow apenas ayer mismo, por lo que me permitirán que me remita a lord Loring, de quien durante mucho tiempo he sido director espiritual y amigo.

La cuestión quedó zanjada. Redacté los documentos de garantía y... en este momento, ante mí, tengo los documentos mencionados.

¿Recuerda cómo se rompían los sellos y se volvían a estampar en la oficina de correos de Roma, en los días de revolución, cuando los dos éramos jóvenes? Gracias a la pericia entonces obtenida, ahora estoy al corriente de los extraordinarios sucesos que antaño relacionaron a Mr. Winterfield y miss Eyrecourt. Tengo en mi poder copias de los documentos, y los originales se han sellado de nuevo, con el timbre del director del sanatorio, como si nada hubiese ocurrido. No intento justificarme. Ya conoce nuestro lema: EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS.

No creo procedente hacer un uso prematuro de la información obtenida. La necesidad primera y principal es, como ya le he recordado, proporcionarle a Penrose la oportunidad de llevar a cabo la conversión de Romaine. Mientras tanto, mis copias de los documentos se hallan a disposición de mis reverendos hermanos en nuestra sede.

Los documentos robados. (Copias)

Número uno

De Emma Winterfield a Bernard Winterfield

Maidwell Buildings, 4. Belhaven

¿Cómo debo dirigirme a ti? ¿Querido Bernard, o sir? No importa. Voy a hacer unas de las pocas buenas acciones de mi vida, y las familiaridades o formalidades nada importan a una mujer que está en el lecho de muerte.

Sí, he tenido otro accidente. Poco después de la fecha de nuestra separación, supiste, creo, de mi caída en el circo, en la que me fracturé el cráneo. En aquella ocasión me operaron y me implantaron una placa de plata en el lugar del hueso, y me

recuperé. Esta vez ha sido la cox de un caballo, en los establos, lo que me ha producido una herida interna. Puedo morirme mañana, o la semana que viene. En cualquier caso, el médico me ha confesado que me ha llegado la hora.

Pero mira qué te digo. La bebida —ese despreciable vicio que me hizo perder tu amor y me convirtió en una indeseable en tu casa— no es la culpable de esta última desgracia. Sólo el día antes de que ocurriera había hecho la solemne promesa de dejar de beber, gracias a la persuasión de nuestro buen rector, el reverendo Fennick. Es él quien me ha convencido de hacer esta confesión, y quien toma nota al pie de mi lecho. ¿Recuerdas cómo me irritaba antes la sola mención de cualquier cura, y que cuando me propusiste, en broma, que nos casáramos ante el secretario del registro, me lo tomé en serio y quise hacerte cumplir tu palabra? Nosotros, los pobres jinetes y acróbatas sólo sabemos de los sacerdotes que son nuestros peores enemigos, y que siempre utilizan su influencia para apartar a la gente de nuestro espectáculo y quitarnos el pan de la boca. Si hubiese conocido al reverendo Fennick en mi juventud, ¡qué mujer tan distinta habría sido!

Bueno, de nada sirven ya estas lamentaciones. Estoy de verdad arrepentida, Bernard, por todo el mal que te he hecho; y con el corazón contrito te pido que me perdones.

Le permitirás al menos, a la borracha de tu esposa, alegar en su favor que siempre supo lo indigna que era de ti. Me negué a aceptar la pensión que me ofrecías. Respeté tu nombre. Durante siete años, a partir de nuestra separación, regresé a mi profesión bajo nombre supuesto, y jamás te importuné. Lo único que no pude hacer fue olvidarte. Si tú te encaprichaste de mi aciaga belleza, yo te amé con toda mi alma. El galante caballero que lo había sacrificado todo por mí era para mí más que un ser mortal, era... ¡no! No voy a escandalizar al buen hombre que escribe estas líneas diciendo lo que era. Además, ¿qué va a importarte ahora lo que yo piense de ti:

Si cuando me marché de tu lado te hubieses conformado con llevar una vida solitaria o si yo no hubiera averiguado que te habías enamorado de miss Eyrecourt y estabas a punto de casarte con ella, en la creencia de que la muerte te había librado de mí, habría vivido y muerto sin perjudicarte más de lo que te perjudiqué al consentir en ser tu esposa.

Pero lo descubrí... no importa cómo. En aquella época, nuestro circo estaba en Devonshire. Los celos y la rabia me enloquecieron, y por entonces tenía un repugnante admirador de suficiente edad como para ser mi padre. Le hice creer que se ganaría mis favores si me ayudaba a vengarme de la mujer que estaba a punto de usurpar mi lugar. Encontró el dinero para hacerte vigilar en Inglaterra y en el extranjero; para completar el engaño, puso la falsa esquila con mi nombre en los periódicos; frustró las averiguaciones de tus abogados con el fin de obtener pruebas fehacientes de mi muerte. Y por último, como remate a sus servicios (ah, qué infamia

la mía) me llevó a Bruselas y me depositó a la puerta de la iglesia anglicana, a fin de que tu mujer legal (con el certificado de matrimonio en la mano) fuera lo primero que encontrarais tú y la falsa Mrs. Winterfield en el camino que separaba el altar del banquete de bodas.

Para mi vergüenza, lo confieso: la maldad que tramé tuvo éxito.

Pero yo había merecido sufrir, y sufrí al saber que la madre de miss Eyrecourt y sus dos amigos se la llevaron de tu lado —con la total aprobación de tu «nueva» esposa— en la misma puerta de la iglesia, y la devolvieron a la sociedad sin mácula en su reputación. Ignoro cómo consiguió mantenerse en secreto la boda de Bruselas. Y cuando amenacé con hacerla pública, recibí una carta de un abogado en la que me aconsejaba silencio en mi propio interés. Desde entonces, el rector me ha informado de que tu matrimonio con miss Eyrecourt fue declarado legalmente nulo y sin valor, y que las circunstancias te sirven de eximente ante cualquier juez de Inglaterra. Ahora comprendo a la perfección cómo la gente de dinero y posición se mantiene en una sombra de discreción en asuntos que, de afectar a gentes sin posibles, proyectan sobre estas la luz del oprobio y la vergüenza.

Me queda aún otro deber que cumplir. El último.

Declaro solemnemente, en mi lecho de muerte, que actuaste con total buena fe al casarte con miss Eyrecourt. No sólo has sido un hombre cruelmente injuriado por mí, sino erróneamente juzgado e insultado por miss Eyrecourt y su madre, y por el caballero y la dama que las alentaron a vilipendiarte, tratándote de villano y embaucador sin corazón ni vergüenza.

Estoy convencido de que esas personas podrían haber hecho algo más que malinterpretar tu honorable resignación a la situación en que te encontraste. Podrían haberte demandado por bigamia... de haber conseguido que yo declarara en contra tuya. Me consuela saber que procuré hacer alguna pequeña reparación. Desde aquel día hasta hoy, ni ellos ni tú habéis vuelto a saber de mí.

Me dicen que te debo, cuando menos, el dejarte alguna prueba de mi muerte.

Cuando el médico rellene mi certificado de defunción, mencionará la marca por la que se me puede identificar, si acaso esta carta te llega (como espero y creo que ocurrirá) entre el momento de mi muerte y mi entierro. El rector, que cerrará y sellará esta misiva tan pronto como exhale mi último aliento, añadirá que me identifica; y también la patrona de la casa está dispuesta a responder cualquier pregunta que se le formule. Esta vez puedes estar totalmente seguro de ser libre. Cuando me entierren, y te enseñen mi tumba sin nombre en la iglesia, sé que tu amable corazón... Muero, Bernard, en la firme creencia de que me perdonarás.

Hay algo más que quiero pedirte, relativo a una pobre criatura extraviada que en estos momentos está con nosotros en la habitación. ¡Pero estoy tan agotada! El reverendo Fennick te dirá de qué se trata. Y recuerda (quizá cuando te hayas casado

con alguna dama digna de ti) que la pobre Emma no sólo supo hacer el mal. Adiós.

Número dos

Del reverendo Charles Fennick a Bernard Winterfield

La Rectoría, Belhaven

Señor: Es mi triste deber informarle de que Mrs. Emma Winterfield murió esta mañana, poco antes de las cinco. No añadiré ningún comentario a las conmovedoras palabras que le ha dirigido. Creo sinceramente que Dios ha aceptado el arrepentimiento de esta pecadora. Su contrito espíritu está en paz, entre aquellos difuntos que hallaron el perdón.

En atención a su deseo de que usted la viera muerta, su ataúd permanecerá abierto hasta el último momento. El médico que la asistió me ha proporcionado una copia del certificado de defunción, que le adjunto. Verá que los restos se identifican mediante la descripción de una pequeña placa de plata situada sobre el hueso parietal derecho del cráneo.

No necesito añadir que le proporcionaré toda la información que usted desee.

Hay algo que Mrs. Winterfield, pobre criatura, quería pedirle. Formulo en su nombre la petición que ella, ya casi sin vida, fue incapaz de dirigirle personalmente.

Mientras actuaban en el circo, en el condado vecino al nuestro, se descubrió a un muchacho extraviado, evidentemente retrasado, que intentaba colarse por debajo de la carpa para ver qué ocurría allí dentro. Fue incapaz de decirnos quién era ni de dónde venía. La difunta Mrs. Winterfield (que, tengo entendido, nació y se educó en Francia) averiguó que el muchacho era francés, y se interesó por la desdichada criatura, recordando días felices en que tenía muchos amigos franceses. Mrs. Winterfield cuidó del chico, desde ese momento hasta el de su muerte, y él parecía sentir por ella afecto y agradecimiento.

Y digo «parecía» porque una de las peculiaridades de la enfermedad mental que sufre es su inveterada reserva. Ni siquiera sus benefactores consiguieron persuadirle de que les otorgara su confianza. En otros aspectos, la influencia de Mrs. Winterfield (por lo que me han contado) ha conseguido reprimir ciertas traviesas propensiones del chico, que aparecían de vez en cuando. El efecto que le ha producido la muerte de su protectora ha intensificado la reserva a la que ya aludí. Se le ve mohíno e irritable, y la amable patrona de la pensión donde vivía Mrs. Winterfield no parece entusiasmada con la perspectiva de cuidar de él, ni siquiera por unos pocos días. Hasta que tenga noticias suyas, seguirá al cuidado del ama de llaves de la rectoría.

No me cabe duda de que ya ha adivinado la petición que la difunta Mrs. Winterfield quería dirigirle pocas horas antes de morir. ¿Estaría usted dispuesto a

responsabilizarse de que esta desamparada criatura reciba los cuidados necesarios? De no ser así, no tendré otra alternativa, lamentándolo mucho, que enviarlo al asilo para pobres, desde donde lo más probable es que lo manden al manicomio público.

Su seguro servidor,

Charles Fennick

PD.: Me temo que esta carta tarde un poco en llegarle.

Ayer por la noche, nada más entrar en casa, se me ocurrió que Mrs. Winterfield no había mencionado su dirección. Mi única excusa para tal olvido es que oír su confesión me llenó de pesar. Enseguida regresé a sus alojamientos, pero ella se había dormido, y no me atreví a molestarla. Esta mañana, al entrar en su dormitorio, la encontré muerta. En su carta alude a Devonshire, lo que sugiere que su residencia se halla en ese condado. Creo, también, que le menciona como alguien de posición y fortuna. Al no haber encontrado su nombre en el directorio de Londres, voy a buscar en nuestra biblioteca local alguna historia del condado de Devon, por si puede serme de ayuda. Déjeme añadir, para su tranquilidad, que nadie más que yo ha visto estos documentos. Por razones de seguridad, los sellaré enseguida, y escribiré su nombre en el sobre.

Anexo del padre Benwell

Es probable que jamás descubramos cómo el muchacho se apoderó del paquete sellado. En cualquier caso, sabemos que debió de huir de la rectoría con los documentos en su poder, y que regresó con su madre y su hermana.

Con toda esta información que tengo ahora a mi disposición, el futuro se dibuja ante nosotros con meridiana claridad. La separación de Romaine y su esposa, y la alteración de su testamento en favor de la Iglesia, parecen ser una mera cuestión de tiempo.

LIBRO CUARTO

Capítulo 1

Se amplía la brecha

Una mañana, dos semanas después del descubrimiento del padre Benwell, Stella entró en el estudio de su marido.

—¿Has tenido noticias de Mr. Penrose? —preguntó.

—Sí. Estará aquí mañana.

—¿Se quedará mucho tiempo?

—Espero que sí. Cuanto más, mejor.

Ella le miró con una mixta expresión de sorpresa y reproche.

—¿Por qué dices eso? —preguntó—. ¿Para qué le necesitas tanto, si me tienes a mí?

Hasta ese momento, él había estado sentado en su escritorio, la cabeza apoyada en la mano, los ojos bajos y fijos en un libro abierto. Al plantearle ella esa última pregunta, él alzó la mirada. A través del ventanal que había a un lado, la luz de la mañana se derramó en su cara. La macilenta expresión de sufrimiento, que ella recordaba del día en que le viera por primera vez en la cubierta del barco, era de nuevo visible, y ahora no la templaba la resignación de otro tiempo, sino que la intensificaba el tenaz y desesperado aguante de un hombre harto de sí mismo y de su vida. Al verle así, a Stella le dolió el corazón. Dijo en suave tono:

—No quería hacerte ningún reproche.

—¿Estás celosa de Penrose? —preguntó él con una amarga sonrisa.

En su desesperación, ella le dijo la verdad:

—Tengo miedo de Penrose.

Él la escrutó con una curiosa expresión de suspicacia y sorpresa.

—¿Por qué tienes miedo de Penrose?

No era momento de arriesgarse a irritarlo. El tormento de la voz había regresado la noche pasada. La antigua mordedura del remordimiento por aquel duelo fatal se había delatado en las palabras delirantes que se le habían escapado al filo de la mañana, cuando se hundió en una intermitente modorra. Sintiendo verdadera lástima por él, Stella seguía resuelta a expresarse en contra de la inminente interferencia de Penrose. Tanteó el terreno de una manera un tanto peligrosa: con una respuesta indirecta.

—Creo que podrías haberme dicho que Mr. Penrose era un sacerdote católico.

Romayne volvió a bajar la mirada al libro.

—¿Cómo has sabido que Penrose es un sacerdote católico?

—Sólo tuve que fijarme en la dirección de la cartas que le enviabas.

—Bueno, ¿y por qué te da miedo que sea sacerdote? Me dijiste en el baile de los Loring que te interesabas por Penrose porque yo le tenía aprecio.

—Entonces no sabía que nos había ocultado su profesión. Cuando un hombre hace eso, no puedo evitar ser desconfiada.

Él rió de una manera poco amable.

—Lo mismo podrías decir que desconfías de un hombre que te oculta que es escritor porque ha escrito un libro anónimo. Si Penrose obró así, fue por órdenes de sus superiores; además, me confesó con toda franqueza que era sacerdote. Si has de culpar a alguien, es mejor que me culpes a mí por respetar el secreto que me confió.

Ella se alejó de él, dolida por el tono en que le había hablado.

—Recuerdo una época, Lewis —dijo Stella—, en que te habrías mostrado más indulgente con mis errores, aun cuando estuviera equivocada.

Aquellas palabras tocaron la mejor naturaleza de Romaine.

—No pretendía mostrarme duro contigo, Stella —respondió—. Pero resulta un poco irritante oírte decir que desconfías del amigo más fiel y entrañable que un hombre ha tenido nunca. ¿Por qué no puedo amar a mi esposa y también a mi amigo? No tienes idea de cómo echo de menos la ayuda y la comprensión de Penrose cuando intento avanzar con mi libro. El simple sonido de su voz solía estimularme. Vamos, Stella, dame un beso, y, como dicen los niños, ajúntame otra vez.

Se levantó del escritorio. Ella se acercó más que él, y en sus labios depositó todo su amor —y quizá parte de su miedo. Él le devolvió el beso con el mismo cariño que ella había puesto, y a continuación, desdichadamente para ambos, insistió en el tema.

—Amor mío —dijo—, intenta apreciar a mi amigo, hazlo por mí. Y sé tolerante con las demás formas de cristianismo diferentes a la tuya.

Los labios sonrientes de Stella se cerraron; se dio media vuelta. Con el sensible egoísmo del amor femenino, vio a Penrose como un ladrón que le había hurtado el afecto que debía ser sólo suyo. Mientras se alejaba, se fijó en el libro abierto que había sobre el escritorio, con notas y líneas a lápiz en el margen de la página. ¿Qué había estado leyendo Romaine que le interesaba tanto? Si él hubiera permanecido en silencio, ella se lo habría preguntado abiertamente. Pero él estaba dolido, por su parte, por la abrupta manera en que Stella se había alejado de él. Cuando habló, su tono fue más frío que nunca.

—No voy a intentar combatir tus prejuicios —dijo—. Pero voy a pedirte una cosa, y te la pido en serio. Cuando mi amigo Penrose venga mañana, no le trates como a Mr. Winterfield.

En la cara de Stella hubo una fugaz palidez que pareció miedo, pero pasó enseguida. Le enfrentó la mirada sin pestañear.

—¿Por qué vuelves a hablarme de eso? —preguntó Stella—. ¿Acaso —vaciló, pero logró sobreponerse— ... acaso Mr. Winterfield es otro fiel amigo tuyo?

El se dirigió hacia la puerta, como si, de responderle, pudiera acabar perdiendo los nervios. Pero se detuvo y, pensándolo mejor, se volvió hacia ella.

—No pienso discutir, Stella —añadió—. Sólo te diré que lamento que no aprecies mi tolerancia. La manera en que recibiste a Mr. Winterfield me ha hecho perder la amistad de un hombre al que apreciaba sinceramente, y que podría haberme ayudado en mis labores literarias. En aquella época estabas enferma, y preocupada por Mrs. Eyrecourt. Respeté la devoción que sentías por tu madre. Recordé que me habías dicho, la primera vez que fuiste a cuidarla, que tu conciencia te acusaba por haber descuidado a tu madre en momentos en que gozaba de buena salud y buen humor, y admiré el motivo de expiación que te llevó junto a su lecho. Por esas razones me abstuve de pronunciar ninguna palabra que pudiera herirte. Pero, por mucho que callara, no es menos cierto que me sorprendiste y me decepcionaste. ¡No vuelvas a hacerlo! Tanto me da lo que pienses de los sacerdotes católicos, pero te pido que no permitas que Penrose lo sepa.

Y salió de la habitación.

Ella quedó de pie viéndole cerrar la puerta, atónita. Romaine jamás la había mirado como cuando pronunció aquellas últimas palabras de advertencia. Con un hondo suspiro, Stella salió de su estupor. El vago temor que le había inspirado el tono de Romaine, más que sus palabras, se asoció, de manera inesperada, con la momentánea curiosidad experimentada al observar el libro anotado que había sobre el escritorio de su marido.

Agarró el volumen y miró la página abierta. Contenía los párrafos finales de un elocuente ataque al protestantismo desde la perspectiva católica. Con dedos temblorosos fue a la primera página. En ella leyó la siguiente inscripción: «A Lewis Romaine, de su afectuoso amigo y servidor, Arthur Penrose».

«¡Dios me ayude!», se dijo Stella. «El sacerdote ya se ha interpuesto entre nosotros.»

Capítulo 2

Un jesuita cristiano

Al día siguiente tuvo lugar la visita de Penrose.

El autocontrol de Stella jamás se había visto sometido a tan dura prueba como cuando presenció el afectuoso encuentro entre los dos hombres; lo soportó, sin embargo, con el valor de una mujer que es consciente de que su felicidad depende de la amabilidad que muestre hacia el amigo de su marido. La manera como recibió a Penrose, considerada como un acto de refinada cortesía, fue irreprochable. Cuando Stella encontró oportunidad de abandonar la habitación, Romaine le abrió la puerta agradecido.

—Gracias —le susurró con una expresión que pretendía ser una recompensa.

Ella apenas inclinó la cabeza, y se refugió en su dormitorio. Incluso en menudencias, la naturaleza de la mujer se ve degradada por las falsedades del lenguaje y el comportamiento que la condición artificial de la sociedad moderna exige de ella. Cuando una mujer cede ante engaños de más importancia, con intención de proteger sus más preciados intereses conyugales, el mal se ve incrementado proporcionalmente. El engaño, que es el arma defensiva natural utilizada por el débil contra el fuerte, deja entonces de estar confinado dentro de los límites que le asignan el respeto por uno mismo y las restricciones de la educación. En dicha tesitura, una mujer se rebajará, cegada, a actos mezquinos que le repugnarían si fueran cometidos por otra persona. Stella ya había iniciado ese proceso de degradación al escribirle en secreto a Winterfield. Era sólo para advertirle del peligro que suponía confiar en el padre Benwell, pero era una carta en la que le requería como cómplice en un acto de engaño. Aquella mañana había recibido a Penrose con todas las apariencias de cordialidad y bienvenida que se ofrecen a un viejo y querido amigo. Y ahora, en la segura soledad de su habitación, había caído aún más bajo, pues estaba considerando cuál era el medio más seguro para enterarse de la conversación que Romaine y Penrose estaban manteniendo en aquel momento. «Intentaré poner a mi marido en mi contra, y tengo derecho a saber qué medios utiliza, en mi propia defensa.» Con ese pensamiento, cometió un acto que habría despreciado de saber que lo cometía otra mujer.

Era una hermosa mañana de otoño, iluminada por un claro sol y animada por un aire tonificante. Stella se puso el sombrero y salió a dar un paseo por el jardín.

Visible aún desde las ventanas de los sirvientes, comenzó a alejarse de la casa. Tras doblar la esquina de unos arbustos, entró en un sinuoso sendero, al otro lado, que conducía de nuevo al césped que había bajo la ventana del estudio de Romaine. Las

sillas del jardín estaban en desorden. Cogió una de ellas y se sentó —tras un último momento de honorable vacilación— donde pudiera oír las voces de los dos hombres a través de la ventana abierta que había en el piso superior.

Era Penrose quien hablaba.

—Sí. El padre Benwell me ha concedido unas vacaciones —dijo—, pero no he venido a holgazanear. Debe permitirme utilizar este permiso de la manera más agradable. Me refiero a ser de nuevo su secretario.

Romayne suspiró.

—¡Ah, si supieras cuánto te he echado de menos!

(Stella contuvo la respiración a la espera de lo que Penrose contestara a eso. ¿Haría de ella? No. Había en él un tacto y una delicadeza naturales que le harían esperar a que fuera Romayne quien sacara el tema.)

Penrose sólo dijo:

—¿Cómo va la gran obra?

La respuesta se resumió severamente en una sola palabra:

—¡Mal!

—Me sorprende oír eso, Romayne.

—¿Por qué? ¿Acaso tenías la misma inocente esperanza que yo? ¿Creías que mi vida de casado me ayudaría a escribir mi libro?

Penrose replicó tras un silencio, con cierta tristeza.

—Esperaba que su vida de casado le animara a alcanzar sus aspiraciones más elevadas.

(Stella palideció de cólera reprimida. Penrose había hablado con perfecta sinceridad. La infeliz mujer creía que mentía, con el propósito expreso de concitar en su contra el ánimo irritable de su marido. Esperó con ansia la respuesta de Romayne.)

Pero no hubo respuesta. Penrose cambió de tema.

—No tiene muy buen aspecto —dijo—. Me temo que su salud se haya interpuesto en su trabajo. ¿Es que ha regresado...?

Una de las características de la irritabilidad nerviosa de Romayne consistía en que le desagradaba oír que nadie se refiriera a la terrible alucinación de la voz.

—Sí —replicó con amargura—, he vuelto a oírla. Una y otra vez. Mi mano derecha está tan roja como siempre, Penrose, con la sangre de un semejante. ¡Cuántas ilusiones puse en mi matrimonio, todas destruidas ahora!

—¡Romayne! No me gusta oírle hablar del matrimonio de ese modo.

—Muy bien. Volvamos a mi libro. Quizá todo vaya mejor ahora que estás aquí para ayudarme. Mí ambición de hacerme un nombre en el mundo es más fuerte que nunca (no sé el motivo, quizá otras decepciones tengan que ver con ello), pero me encuentro con que soy incapaz de concentrarme en el trabajo. ¡Juntos haremos un último esfuerzo, amigo mío! Si fracasa, arrojaremos mis manuscritos al fuego e

intentaré alguna otra cosa. Quizá me dedique a la política. A través de la política, quizá consiga destacar en la diplomacia. En mi estado de ánimo actual, hay algo en dirigir los destinos de las naciones que me resulta sumamente atractivo. Aborrezco la idea de deber mi posición en el mundo a los accidentes de la posición y la fortuna, como si fuera el más necio de todos los necios del mundo. Y tú, ¿estás satisfecho con la oscura vida que llevas? ¿No envidias a ese sacerdote (no es mayor que yo) a quien el otro día nombraron embajador del Papa en Portugal?

Penrose habló sin vacilar.

—Habla como falto de juicio —dijo.

Romayne lanzó una risa siniestra.

—¿Y cuándo he ido sobrado de juicio?

Penrose pasó por alto la interrupción.

—Si mi presencia ha de hacerle algún bien —prosiguió—, debo saber qué le ocurre exactamente. Me obliga a formularle una pregunta de suma importancia.

—¿Y cuál es?

—Cuando habla de su vida de casado —dijo Penrose—, parece decepcionado. ¿Tiene alguna queja importante de Mrs. Romayne?

(Stella se puso en pie, ansiosa por oír la respuesta de su marido.)

—¿Alguna queja importante? —repitió Romayne—. ¿Cómo se le ha metido esa idea en la cabeza? Sólo me quejo de irritantes y esporádicas menudencias. Ni la mejor de las mujeres es perfecta. No se puede esperar eso de ninguna.

(La interpretación de esa respuesta dependía totalmente del tono en que fue pronunciada. ¿Cuál era el espíritu que animaba esas palabras? ¿La ironía o la indulgencia? Stella ignoraba los métodos indirectos a través de los cuales el padre Benwell había alentado la irritación de Romayne y sus dudas respecto de los motivos por los que ella había recibido tan mal a Winterfield. El tono de su marido, al expresar ese estado de ánimo, le resultaba totalmente nuevo. Se volvió a sentar, dividida entre la esperanza y el miedo, ansiosa por oír más. Las palabras siguientes, pronunciadas por Penrose, la dejaron atónita. ¡El sacerdote, el jesuita, el astuto intruso espiritual entre marido y mujer, se ponía de parte de ella!)

—Romayne —dijo Penrose en tono calmo—, quiero que sea feliz.

—¿Y cómo voy a ser feliz?

—Lo averiguaré y se lo diré. Creo que su esposa es una buena mujer. Creo que le quiere. Hay algo en su cara que habla en favor de ella, incluso para una persona sin experiencia como yo. ¡No sea impaciente con ella! Aparte de usted esa tentación de hablar con ironía. Es muy fácil utilizar ese tono, y a veces muy cruel. Soy sólo un espectador, lo sé. La felicidad conyugal nunca será la felicidad de mi vida. Pero he observado a mis semejantes, y he visto a muchos, y este, se lo digo, es el resultado. Allí donde encontramos a más hombres felices es entre los que son maridos y padres.

Sí, admito que sufren terribles preocupaciones, pero sacan fuerzas de las constantes compensaciones y estímulos. El otro día conocí a un hombre que había perdido toda su fortuna y, peor aún, la salud. Soportaba tales aflicciones con tanta serenidad que me sorprendió. «¿Cuál es el secreto de su filosofía?», le pregunté. Y su respuesta fue: «Mientras tenga a mi mujer y a mis hijos, puedo soportar cualquier cosa». Piense en ello, y juzgue por usted mismo cuánta felicidad puede proporcionarle todavía una vida de casado que aún ha de dar sus mejores frutos.

(Aquellas palabras tocaron los más elevados sentimientos de Stella, al igual que el rocío toca el suelo sediento. ¡Con qué nobleza fueron pronunciadas! ¿Cómo las recibiría su marido?)

—Debería pensar con su cabeza, Penrose, antes de poder hacer lo que me pide. ¿Hay algún método por el que podamos cambiar nuestros caracteres? —Eso fue todo lo que dijo, y lo dijo con desánimo.

Penrose lo comprendió, y lo sintió por él.

—Si hay algo en mi carácter que merezca servirle de ejemplo, ya sabe a qué bienaventurada influencia debo mi disciplina y la serenidad de mi mente. Recuerde lo que le dije cuando me fui de Londres, para regresar a mi vida sin amigos. Le dije que había encontrado en mi fe el único consuelo para soportar mi destino. Y, si en el futuro le llegaba una época de aflicción, le rogué que recordara lo que le había dicho. ¿Lo ha recordado?

—Mira los libros que hay en mi escritorio, mira los otros libros que tengo a mano, en aquella otra mesa. ¿Estás satisfecho?

—Más que satisfecho. Dígame, ¿le parece que se halla más cerca de entender la fe a la que he intentado convertirle?

Hubo un silencio.

—Digamos que me siento más cerca —replicó Romaine—, digamos que han desaparecido algunas de mis objeciones. ¿Estás tan dispuesto como siempre a hacer de mí un católico, ahora que soy un hombre casado?

—Más dispuesto que nunca —dijo Penrose—. Siempre he creído que el camino más seguro hacia su felicidad pasaba por la conversión. Y ahora que sé, por lo que he visto y oído en esta habitación, que no se conforma, como debería, con su nueva vida, me reafirmo en mi creencia. Dios es testigo de que hablo con sinceridad. ¡No lo dude más! Conviértase, y sea feliz.

—¿No has olvidado algo, Penrose?

—¿Qué he olvidado?

—Una importante consideración. ¡Mi esposa es protestante.

—Lo he tenido en cuenta, Romaine, durante toda nuestra conversación.

—¿Y aún así mantiene lo que acaba de decir?

—¡Y con todo mi corazón! Conviértase, y sea feliz. Sea feliz, y será un buen

marido. Hablo en interés de su esposa tanto como en el suyo. Si dos personas que viven juntas son felices, tienden a hacerse más concesiones, incluso en cuestiones de religión. Y quizá de todo ello se siga un resultado aún más provechoso. Por lo que he observado, el ejemplo de un buen marido es gustosamente seguido por su mujer. ¡No piense que pretendo convencerle contra su voluntad! En mi propia justificación le diré que sólo le hablo así por el cariño que le profeso, y por un auténtico interés en su bienestar. Acaba de darme a entender que todavía tiene algunas objeciones. Si puedo eliminarlas, pues muy bien. Si fracaso, si no es capaz de actuar con toda la convicción de su conciencia, no sólo le aconsejo, sino que le imploro, que siga fiel a su religión. Seré el primero en reconocer que ha obrado correctamente.

(Stella sabía perfectamente que el tono moderado de las palabras de Penrose tendría en su marido un efecto irresistible, pues este apreciaba enormemente en los demás las cualidades que él no poseía. Una vez más, su suspicacia juzgó mal a Penrose. ¿Acaso tenía motivos ocultos para hablar en favor de ella? Sólo de pensarlo se puso en pie, y, desde debajo de la ventana, interrumpió la conversación llamando a Romaine.)

—¡Lewis! —gritó—. ¿Por qué estás en casa con este día tan hermoso? Estoy segura de que a Mr. Penrose le gustaría dar un paseo por el jardín.

Penrose apareció solo en la ventana.

—Tiene toda la razón, Mrs. Romaine —dijo—, enseguida estaremos con usted.

Al poco doblaba la esquina de la casa y se reunía con Stella. Romaine no le acompañaba.

—¿Mi marido no viene con nosotros? —preguntó ella.

—Vendrá luego —respondió Penrose—. Creo que tenía que escribir algunas cartas.

Stella le miró, sospechando que había ejercido, bajo mano, alguna influencia en su marido.

De haber sido capaz de apreciar las nobles cualidades que había en la naturaleza de Penrose, le habría hecho justicia, y llegado a conclusiones más acertadas. Cuando Stella les interrumpió, fue él quien le pidió permiso para aprovechar esa oportunidad de hablar a solas con Mrs. Romaine. Le dijo a su amigo: «Puede que me equivoque al prever el efecto que su cambio de religión causaría en su esposa, pero cuando menos, déjeme averiguarlo por mí mismo. Mi único objetivo es ser justo con usted y con su mujer. De crear alguna discordia entre ustedes, jamás me lo perdonaría, por muy buenas que fueran mis intenciones». Romaine le había comprendido. Fue la desdicha de Stella malinterpretar, en su ignorancia, cuanto Penrose dijera o hiciera, y todo porque se trataba de un sacerdote católico. Llegó a la conclusión de que su marido la había dejado deliberadamente a solas con Penrose a fin de que este la convenciera de dar su aprobación a la influencia del sacerdote. «Descubrirán que se

equivocan», se dijo.

—¿He interrumpido alguna conversación interesante? —preguntó Stella con cierta brusquedad—. Cuando le pedí que saliera, ¿hablaba con mi esposo de sus labores literarias?

—No, Mrs. Romaine, en ese momento no hablábamos del libro.

—¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta, Mr. Penrose?

—¡Desde luego!

—¿Es usted un ferviente católico?

—Excúseme. Soy sacerdote. ¿No cree que eso responde a su pregunta?

—Espero que no haya intentado convertir a mi marido.

Penrose se detuvo y la miró fijamente.

—¿Se opone usted decididamente a la conversión de su marido?

—Con toda la decisión que puede haber en una mujer.

—¿Por convicción religiosa, Mrs. Romaine?

—No. Por experiencia.

Penrose se sobresaltó.

—¿Sería indiscreción —dijo— preguntarle cuál puede haber sido esa experiencia?

—Le diré cuál ha sido mi experiencia —replicó Stella—. Ignoro las sutilezas teológicas, y las cuestiones doctrinales me superan. Pero sé una cosa. Una bienintencionada y ferviente católica acortó la vida de mi padre y me separó de mi única hermana, a la que amaba mucho. Veo que esto le choca... ¿y supongo que cree que exagero?

—Oigo sus palabras, Mrs. Romaine, con gran dolor. Todavía no me atrevo a formarme una opinión.

—Mi triste historia se puede contar en pocas palabras —prosiguió Stella—. Cuando mi hermana menor era apenas una muchacha, una tía nuestra (hermana de mi madre) vino a pasar una temporada con nosotros. Se había casado en el extranjero, y era, como ya le he dicho, una ferviente católica. Sin que los demás lo supiéramos, mantuvo conversaciones con mi hermana sobre religión, apeló al entusiasmo que formaba parte del carácter de la muchacha, y llevó a cabo la conversión. Posteriormente, mi hermana recibió otras influencias de las que yo nada sé. Declaró su intención de entrar en un convento. Como era menor de edad, mi padre sólo tenía que interponer su autoridad para impedirlo. Era su favorita. Pero no tuvo corazón para reprimirla por la fuerza, y lo único que hizo para convencerla de que se quedara fue lo que haría el más amable y bueno de los padres. Aunque han pasado ya muchos años, aún me cuesta hablar de ello sin alterarme. Mi hermana insistió; era dura como una roca. Mi tía, cuando se le rogó que interviniera, calificó aquella cruel obstinación de «vocación». La amorosa resistencia de mi padre se agotó; y desde el día en que mi

hermana nos abandonó, él se fue acercando lentamente a la muerte. Pero déjeme hacerle justicia a mi hermana, si puedo. No sólo jamás ha lamentado haber entrado en el convento, sino que tan felizmente la absorben sus deberes religiosos que no siente el menor deseo de verme a mí ni a mi madre, cuya paciencia no tardó en agotarse. La última vez que fui al convento, fui sola. Y no pienso volver. ¡Mi hermana no pudo ocultar su alivio cuando nos despedimos. No tengo que decir más. Después de lo que he visto y sentido, Mr. Penrose, conmigo no valen los razonamientos. No tengo derecho a esperar que las consideraciones referentes a mi felicidad le influyan, pero quizá pueda pedirle, como caballero, que me diga la verdad. ¿Ha venido a esta casa con el propósito de convertir a mi marido?

Penrose confesó la verdad, sin un instante de vacilación.

—No puedo compartir su opinión por lo que respecta a la piadosa decisión de su hermana de entregarse a la vida religiosa —dijo—. Pero puedo responderle con toda sinceridad, y lo haré. Desde el momento en que conocí a su marido, mi principal objetivo ha sido convertirle a la fe católica.

Stella se apartó de Penrose como si este acabara de clavarle un aguijón, y unió las manos en silenciosa desesperación.

—Pero como cristiano —prosiguió—, estoy obligado a hacer a los demás lo que me gustaría me hicieran a mí.

Ella se volvió hacia él repentinamente, su hermosa cara radiante de esperanza, la mano temblándole cuando tomó por el brazo a Penrose.

—¡Hable claro! —gritó Stella.

—La felicidad de la esposa de mi amigo, Mrs. Romaine, es sagrada para mí. Sea el ángel bueno de la vida de su marido. Abandono el propósito de convertirle.

Él cogió la mano que Stella tenía en su brazo y la llevó respetuosamente a sus labios. A continuación, ya vinculado por una promesa que le era sagrada, la terrible influencia del sacerdocio sacudió a aquella valerosa y noble alma. Y mientras se alejaba de Stella, se decía: «¡Dios me perdone si he hecho mal!».

Capítulo 3

Winterfield regresa

Por dos veces acudió el padre Benwell al Hotel Derwent, y por dos veces se le informó de que no había noticias de Mr. Winterfield. A la tercera, su constancia se vio recompensada. Mr. Winterfield había escrito, y se esperaba que llegara al hotel a las cinco.

Eran las cuatro y media. El padre Benwell decidió aguardar el regreso de su amigo.

Estaba ansioso por entregarle los papeles que el director del sanatorio le había confiado, como si jamás hubiese roto un sello ni utilizado una falsificación para ocultar la traición de una confianza. El paquete relacrado estaba a salvo en el bolsillo de su larga levita negra. Su actuación futura dependía, en cierta medida, de cuál fuera la de Winterfield una vez leída la confesión de la desdichada mujer que antaño fuera su esposa.

¿Le mostraría la carta a Stella, en una entrevista privada, como prueba irrefutable de que ella le había tratado de una manera cruel e injusta? Y, en ese caso, ¿sería deseable (caso de que fuera posible) manejar las circunstancias para que Romaine estuviera presente, sin ser visto, y descubriera la verdad por sí mismo? De darse la otra alternativa (es decir, que Winterfield se abstuviera de comunicarle la confesión a Stella), la responsabilidad de realizar la necesaria revelación quedaría por completo en manos del sacerdote.

El padre Benwell caminaba lentamente por la habitación, paseando la mirada a su alrededor. En un rincón había una mesita cubierta de cartas, a la espera del regreso de Winterfield. Siempre ávido de cualquier tipo de información, miró las direcciones que había en las cartas. En todas, menos en tres, se veía el matasellos de Londres. De las restantes, dos (remitidas al club de Winterfield) llevaban matasello extranjero, y una, como mostraba el cambio de dirección, había sido enviada primero a Beaupark House, y desde allí a su hotel.

Esta última atrajo en especial la atención del sacerdote.

Al parecer, la letra era de mujer. Y valía la pena observar que parecía ser la única persona, entre los corresponsales de Winterfield, que no conocía la dirección de su hotel ni de su club. ¿De quién podía tratarse? El intelecto sutilmente inquisitivo del padre Benwell se entretuvo especulando sobre un problema tan trivial como ese. Poco imaginaba que esa carta afectaba a sus intereses personales. ¡El sobre contenía una advertencia de Stella, dirigida a Winterfield, para que desconfiara ni más ni menos que del padre Benwell!

Eran casi las cinco y media cuando el padre Benwell oyó que alguien se acercaba a paso vivo. Winterfield entró en la habitación.

—¡Esto sí que es una sorpresa! —exclamó—. Y yo que esperaba regresar a la peor de las soledades, que es la soledad de un hotel. ¿Se quedará a cenar conmigo? Estupendo. Ya debía de pensar que iba a quedarme en París para siempre. ¿Sabe qué me ha retenido tanto tiempo? El teatro más delicioso del mundo: la Opera Comique. Me gustan tanto los músicos de la vieja escuela, padre Benwell: las graciosas y encantadoras melodías de los compositores que siguieron a Mozart. Sólo se puede disfrutar de esa música en París. ¿Crearía que he esperado una semana para oír por segunda vez la encantadora *Joconde de Nicolo*? Prácticamente yo era la única persona joven que había en el teatro. Todos los demás eran ancianos que recordaban las primeras representaciones de ópera y, con sus manos arrugadas, llevaban el ritmo de las melodías asociadas a los días más felices de su vida. ¿Qué es eso que oigo? ¡Mi perro! ¡Me vi obligado a dejarle aquí, y sabe que he regresado!

Corrió hacia la puerta y dio orden de que soltaran al perro. El animal entró corriendo en la habitación y saltó a los brazos abiertos de su amo. Winterfield le devolvió sus caricias y le besó tiernamente, igual que una mujer besaría a su mascota.

—¡Querido amigo! Qué vergüenza haberte dejado aquí. No volveré a hacerlo. Padre Benwell, ¿tiene usted algún amigo que se alegre tanto de verle? Yo no. ¡Y aún hay necios que se refieren al perro como a un ser inferior a nosotros! Siempre puedo contar con el cariño fiel de esta criatura. Aunque cayera en desgracia ante todos los seres humanos que conozco, él me seguiría siendo tan leal como siempre. Y fíjese en sus cualidades físicas. Qué cosa tan fea es una oreja, no la de usted, sino la mía: toda doblada, arrugada y desnuda. ¡Mire en cambio la de él: hermosa y cubierta de pelo sedoso! ¿Y qué son nuestros sentidos del olfato y el oído, comparados con los suyos? Nos enorgullecemos de la razón. ¿Podríamos encontrar el camino de vuelta, si nos encerraran en un cesto y nos llevaran lejos de casa, a un lugar desconocido? Si nos viéramos obligados a bajar las escaleras a toda prisa, ¿quién de nosotros tendría menos posibilidades de partirse el cuello, yo, con mis dos pobres patas, o él, con cuatro? ¿Quién es el feliz mortal que se va a la cama sin tener que desabrocharse un botón y se levanta sin tener que abrocharse? Aquí lo tiene, en mi regazo, sabiendo que hablo de él, y demasiado encariñado conmigo como para decirse: «¡Qué necio es mi amo!».

El padre Benwell escuchó este panegírico —tan característico de la infantil simplicidad del hombre— con una sensación interior de impaciencia, oculta tras la sonriente superficie de su cara.

Había decidido no mencionar los papeles que llevaba en el bolsillo hasta que ocurriera alguna circunstancia que le recordara, de manera espontánea, que los tenía en su poder. Si mostraba ansiedad por exhibir el sobre, podía despertar la sospecha de

que conocía su contenido. ¿Cuándo se fijaría Winterfield en la mesita del rincón y abriría las cartas?

El tic-tac del reloj que había sobre la repisa de la chimenea registraba imperturbable el paso del tiempo, y Winterfield seguía prodigándole grotescas atenciones a su perro.

La paciencia del padre Benwell se vio sometida a una durísima prueba cuando el buen caballero procedió a mencionar no sólo el nombre del animal, sino la ocasión que lo había sugerido.

—Le llamamos *Viajero*, y le diré por qué. Cuando era sólo un cachorro apareció, perdido, en los jardines de Beupark. Estaba tan agotado y tenía las patas tan heridas que concluimos que había recorrido una gran distancia. Pusimos un anuncio por si alguien lo reclamaba, pero no fue así, ¡y aquí lo tiene! Si no tiene nada que objetar, hoy le ofreceremos un festín a *Viajero*. Cenará con nosotros.

Comprendiendo perfectamente aquellas últimas palabras, el perro saltó del regazo de su amo, y no tardó ni un minuto en favorecer los planes del padre Benwell. En sus correteos por la habitación, como pertinente expresión de felicidad, chocó con la mesilla del rincón, y dirigió la atención de Winterfield hacia las cartas al desparramarlas por el suelo.

El padre Benwell se levantó amablemente para ayudar a recoger la correspondencia postrada. Pero *Viajero* se le adelantó. Advirtiéndole al sacerdote, con un leve gruñido, que no interfiriera en los asuntos de los demás, el perro recogió las cartas con la boca, y tras varios viajes las puso a los pies de su amo. Ni siquiera entonces, el exasperante Winterfield fue más allá de darle unas cariñosas palmaditas a *Viajero*. La paciencia del padre Benwell llegó a su límite.

—Por favor —dijo—, no se ande con cumplidos conmigo. Le echaré un vistazo al periódico mientras lee usted las cartas.

Winterfield reunió las cartas en desorden, las arrojó sobre la mesa de comer que había junto a él y tomó la que coronaba el montoncito.

Aquella tarde, el destino estaba sin duda en contra del sacerdote. La primera carta que Winterfield abrió inauguró otro tema de conversación antes de haberla leído entera. La mano del padre Benwell, ya en el bolsillo de su levita, volvió a salir a la superficie... vacío.

—Me proponen entrar en el Parlamento —dijo el caballero—. ¿Qué opina de las instituciones representativas, padre Benwell? En mi opinión, tienen los días contados. Los honorables diputados se quedan cada vez más con nuestro dinero. Sólo tienen dos alternativas: o suspenden la libertad de expresión o se sientan impotentes mientras media docena de desvergonzados idiotas detienen el avance de la legislación por motivos de lo más mezquino. Y su sensibilidad con respecto al honor nacional es tan poca que aprueban una ley por la que tan ignominioso es para un caballero

sobornar a un diputado como hacer trampas a las cartas. Yo afirmo que el fullero es una persona menos degradada. Al menos no alienta a sus inferiores a traicionar la confianza pública. En resumen, querido amigo, en este mundo todo sufre desgaste. ¿Por qué la Cámara de los Comunes iba a ser una excepción a esa regla?

Cogió la siguiente carta del montón. Al ver la dirección, su cara cambió. La sonrisa abandonó sus labios, la alegría se apagó en sus ojos. *Viajero*, que suplicaba le hicieran más caso rozando con sus impacientes patas delanteras las rodillas de su amo, observó el cambio, y pasó a adoptar una respetuosa posición recostada. El padre Benwell miró a Winterfield de soslayo, apartando los ojos del periódico, y esperó acontecimientos con la misma discreción que el perro, aunque sin la buena fe de este.

—Viene de Beaupark House —dijo Winterfield para sí. Abrió la carta, la leyó atentamente hasta el final, la meditó y volvió a leerla.

—¡Padre Benwell! —dijo de pronto.

El sacerdote bajó el periódico. Durante unos momentos, sólo se oyó el imperturbable tic-tac del reloj.

—No hace mucho que nos conocemos —prosiguió Winterfield—, pero hemos pasado buenos ratos juntos, y considero mi deber tratarle como a un amigo. No pertenezco a su Iglesia; pero espero me crea si le digo que no comparto los ignorantes prejuicios de algunos en contra de los sacerdotes católicos.

El padre Benwell asintió en silencio.

—Se le menciona a usted —continuó Winterfield— en la carta que acabo de leer.

—¿Está autorizado a revelarme el nombre de su correspondiente? —preguntó el padre Benwell.

—No estoy autorizado a ello. Pero me siento obligado a informarle del contenido de la carta. Quien la ha escrito me advierte que vaya con cuidado en mis relaciones con usted. Me dice que su objetivo es conocer sucesos de mi vida anterior, aun cuando mi correspondiente no haya averiguado aún a qué fin. Le hablo con franqueza, pero le suplico que comprenda que le hablo imparcialmente. No condeno a nadie sin oírle antes, y menos a un hombre a quien he tenido el honor de recibir bajo mi techo.

Habló con sencilla dignidad. Con igual dignidad le respondió el padre Benwell. No hace falta decir que ahora sabía que era la mujer de Romaine quien había escrito la carta.

—Déjeme manifestarle mi más sincero agradecimiento, Mr. Winterfield, por una franqueza que nos honra a ambos —dijo—. Pero comprenderá que no me rebaje a defenderme contra una acusación que, además, y por lo que a mí se refiere, es anónima. Prefiero responder a esa carta con una prueba; y dejo que usted juzgue si soy digno o no de la amistad a la que usted tan amablemente ha aludido.

Tras ese prefacio, relató brevemente las circunstancias en las que había

conseguido el paquete, y a continuación se lo entregó a Winterfield. Sin que faltara el sello, por supuesto.

—Decida usted mismo —concluyó— si un hombre con intención de entrometerse en sus asuntos privados, con esa carta en sus manos, se habría mostrado leal a la confianza depositada en él.

Se puso en pie y cogió su sombrero, dispuesto a salir del aposento si su honor era profanado por la más leve expresión de desconfianza. Al instante, la naturaleza afable y nada suspicaz de Winterfield aceptó como concluyente la prueba presentada.

—Antes de que rompa el sello —dijo—, déjeme hacerle justicia. Vuelva a sentarse, padre Benwell, y permíteme si mi sentido del deber me ha llevado a herir sus sentimientos. Nadie debería saber mejor que yo cuán frecuente es que la gente juzgue mal y sea injusto con los demás.

Se estrecharon la mano con cordialidad. No hay alivio moral semejante al de exculpar a alguien de una acusación en la que no creíamos. Así, comenzaron a hablar con ligereza, como si nada hubiese ocurrido. El padre Benwell dio ejemplo.

—¡Cree en la palabra de un sacerdote! —dijo alegremente—. Aún haremos de usted un buen católico.

—No esté tan seguro de eso —contestó Winterfield, con un toque de su singular humor—. Respeto a los hombres que han dado a la humanidad la inestimable bendición de la quinina, por no hablar de lo mucho que han contribuido a preservar el saber y la civilización, pero respeto aún más mi libertad como cristiano libre.

—¿Quizá como librepensador, Mr. Winterfield?

—Como prefiera llamarlo, padre Benwell, mientras sea libre.

Ambos rieron. El padre Benwell regresó a su periódico. Winterfield rompió el sello del paquete y sacó su contenido. La confesión fue el primero de los papeles que apareció ante sus ojos. Winterfield palideció a las primeras líneas. Siguió leyendo, y los ojos se le llenaron de lágrimas. En voz baja, quebrada, le dijo al sacerdote:

—En su inocencia, me ha traído unas noticias de lo más desoladoras. Le ruego me perdone si le pido que me deje solo.

El padre Benwell pronunció unas bien escogidas palabras de comprensión y se retiró de inmediato. El perro lamió la mano de su amo, que colgaba inerte del brazo del sillón.

A hora más avanzada de la tarde, un mensajero llevó a los aposentos del sacerdote una nota de Winterfield. Este anunciaba, con renovada sensación de pesar, que volvería a estar ausente de Londres al día siguiente, aunque esperaba regresar al hotel y recibir a su invitado, por la tarde, el día posterior.

El padre Benwell conjeturó con acierto que el destino de Winterfield era la ciudad donde había muerto su mujer.

Pero su objetivo al emprender el viaje no era, como suponía el sacerdote,

interrogar al rector y a la patrona, presentes a lo largo de la fatal enfermedad y el subsiguiente fallecimiento de Mrs. Winterfield, sino justificar la última expresión de fe de su mujer en la caridad y compasión del hombre a quien había agraviado. Sobre la «tumba sin nombre», a la que con tanta tristeza y humildad se refería en la confesión, resolvió colocar una sencilla cruz de piedra, dándole a la memoria de aquella mujer el nombre que ella había evitado profanar a lo largo de su vida. Una vez grabada la breve inscripción que consignaba la muerte de «Emma, esposa de Bernard Winterfield», y tras permanecer un rato arrodillado sobre el mullido túmulo de poca altura, dio por acabado sus deberes. Le dio las gracias al amable rector; recompensó a la patrona y a sus hijos, por lo que se le guardó grato recuerdo aun años después; a continuación, con el corazón aliviado, regresó a Londres.

Otros hombres habrían hecho solos aquel triste peregrinaje. Winterfield se llevó a su perro.

—Necesito a alguien a quien amar —le dijo al rector— en momentos como este.

Capítulo 4

Correspondencia del padre Benwell

Al secretario de la Compañía de Jesús, Roma

La última vez que le escribí no se me ocurrió que volvería a importunarle tan pronto. Pero así lo dicta la necesidad. Debo solicitarle a nuestro muy reverendo general me indique qué debo hacer con Arthur Penrose.

Creo haberle informado de que decidí aplazar dos o tres días mi siguiente visita a Ten Acres Lodge, a fin de que Winterfield, a su regreso, tuviera tiempo de ponerse en comunicación con Mrs. Romayne (si así lo decidía). Tampoco sería de extrañar, considerando lo delicado del tema, que no me lo haya confesado. Sólo puedo conjeturar que ha mantenido la misma reserva con Mrs. Romayne. Aquella tarde visité puntualmente Ten Acres Lodge.

Primero, naturalmente, pregunté por la señora de la casa, y al informármese que estaba en el jardín, fui a buscarla. Parecía enferma y angustiada, y me recibió con rígida cortesía. Por suerte, Mrs. Eyrecourt (ahora convaleciente) pasaba una temporada en Ten Acres, y estaba tomando el fresco en su silla de ruedas. La lengua ágil y digresiva de la buena señora me proporcionó una oportunidad de referirle, de la manera más inocente posible, la favorable opinión que tenía Winterfield de los cuadros de Romayne. No hay ni que decir que me fijé en la mujer de Romayne cuando mencioné el nombre. La vi palidecer; probablemente temía que estuviera al corriente de la carta que le había enviado a Winterfield diciéndole que no se fiara de mí. Si ya hubiera estado informada de que su antiguo prometido era un hombre a quien no había que culpar de nada por el asunto de la boda en Bruselas, sino más bien compadecer, se habría sonrojado. Esa es, al menos, mi experiencia de casos anteriores [2].

Una vez las damas hubieron servido a mi propósito, me adentré en la casa para presentarle mis respetos a Romayne. Lo hallé en su estudio, y su excelente amigo y secretario estaba con él. Tras saludarnos, Penrose nos dejó solos. Su actitud me indicó a las claras que algo iba mal. No hice ninguna pregunta, a la espera de que fuera Romayne quien me iluminara.

—Espero que se halle de mejor humor —dije—, ahora que tiene con usted a su antiguo compañero.

—Me alegro mucho de tener conmigo a Penrose —respondió. Y entonces puso ceño, y miró por la ventana a las dos damas que estaban en el jardín.

Se me ocurrió que Mrs. Eyrecourt quizá estuviera desempeñando el espurio y habitual papel de suegra. Estaba equivocado. No pensaba en la madre de su mujer:

pensaba en su mujer.

—¿Supongo que ya sabe que a Penrose se le había ocurrido convertirme? —dijo de pronto.

Me mostré franco con él: dije que lo sabía y lo aprobaba.

—Y espero que Arthur haya conseguido convencerle —me aventuré a añadir.

—Podría haberlo conseguido, padre Benwell, de habérselo propuesto.

Esta respuesta, como no le costará imaginarse, me cogió por sorpresa.

—¿Realmente es usted tan testarudo que Arthur desespera de su conversión? —pregunté.

—¡Nada de eso! He pensado en ello una y otra vez, y puedo asegurarle que ya había recorrido más de la mitad del camino.

—¡Dónde está entonces el obstáculo! —exclamé.

Señaló a su mujer a través de la ventana.

—Ahí está el obstáculo —dijo en un tono de irónica resignación.

Conociendo el carácter de Arthur, comprendí qué había ocurrido. Por un momento me sentí realmente furioso. En tales circunstancias, sin embargo, lo más prudente era no decir nada hasta estar seguro de poder hablar con ejemplar moderación. No está bien que un hombre de mi posición se dé a la cólera. Romaine prosiguió.

—La última vez que usted estuvo aquí, padre Benwell, hablamos de mi mujer. Lo único que usted sabía entonces era que la manera en que había recibido a Winterfield había hecho que mi amigo no volviera más por aquí. Y para que sepa algo más en relación a quién lleva las riendas en esta casa, le diré que Mrs. Romaine le ha prohibido a Penrose que prosiga en su intento de convertirme. Así, hemos acordado no mencionar nunca el tema. —De pronto desapareció la amarga ironía exhibida hasta entonces. Habló con sentido temor—: Espero que no se enoje con Arthur —dijo.

Pero mi pequeño arrebató de cólera había acabado. Respondí (y en cierto sentido era verdad):

—Conozco demasiado bien a Arthur como para enfadarme con él.

Romaine pareció aliviado.

—Sólo le menciono este incidente conyugal —prosiguió— para que se muestre indulgente con Penrose. ¡Me estoy volviendo versado en la jerarquía de la Iglesia, padre Benwell! Usted es el superior de mi querido amigo, y tiene autoridad sobre él. ¡Penrose es el más amable y mejor de los hombres! No es culpa suya. Se somete a Mrs. Romaine, en contra de su convicción, creyendo atender, honestamente, los intereses de nuestra vida matrimonial.

No creo malinterpretar el estado de ánimo de Romaine, ni engañarle a usted, si le expreso mi creencia que esta segunda indiscreta interferencia de su esposa entre él y

un amigo suyo provocará el resultado que ella tanto teme. Recuerde mis palabras, escritas tras haber observado atentamente a Romaine: su amor propio ha sido herido de nuevo, y eso apresurará su conversión.

Comprenderá que, tras lo ocurrido, la única alternativa que me queda es desempeñar la tarea abandonada por Penrose. Me abstendré de decirle una palabra a Romaine de todo esto. Debe ser él, si consigo manejar el asunto, quien me invite a completar la conversión. Además, no podemos hacer nada mientras Penrose esté de huésped en su casa. En cambio, sí es posible, con el tiempo, alimentar la irritación de Romaine.

Durante nuestra conversación, abordamos el tema de sus labores literarias.

Su actual estado de ánimo no le permite un trabajo tan exigente. Incluso teniendo a Penrose al lado para animarle, no consigue avanzar como desearía, y sin embargo, como pude percibir claramente, la ambición de hacerse un nombre en el mundo es ahora más fuerte que nunca. ¡Todo está a nuestro favor, mi querido amigo, todo está a nuestro favor!

Me tomé la libertad de pedirle a Romaine que me dejara hablar un momento a solas con Penrose; tras concederme ese deseo, Romaine y yo nos separamos cordialmente. Cuando lo deseo, sé hacerme apreciar por los demás. El propietario de Vange Abbey no es una excepción a la regla. Por cierto, ¿le he dicho que el valor de la propiedad ha bajado un poco? Ahora ya no vale más de seis mil al año. Nosotros le sacaremos más partido, cuando vuelva al seno de la Iglesia.

Mi entrevista con Penrose no duró ni dos minutos. Sin más formalidades, le tomé del brazo y le llevé hasta el jardín de la fachada principal de la casa.

—Me he enterado de todo —dije—, y no puedo negar que me has decepcionado. Pero conozco tu carácter, y seré indulgente. Posees cualidades, querido Arthur, que quizá te hagan estar un poco fuera de lugar entre nosotros. Me veré obligado a informar de lo que has hecho, aunque puedes confiar en que lo haré en términos favorables. Démonos la mano, hijo mío, y mientras estemos juntos, seamos tan amigos como siempre.

Puede que crea que hablé así para que mis condescendientes palabras le fueran repetidas a Romaine, mejorando así la estima en que ya me tenía. ¡Pues sepa que se las dije de corazón! El pobre Penrose me besó agradecido la mano cuando se la ofrecí: era incapaz de hablar. Me pregunto si soy débil con Arthur. Cuando sometan a dictamen su conducta, hable en su favor, pero le suplico que no mencione esta pequeña debilidad mía; y no imagine que siento la menor simpatía por esa pusilánime sumisión a los prejuicios de Mrs. Romaine. Si alguna vez sentí la menor consideración por ella (y no creo recordar que así fuera), su carta a Winterfield la dispó por completo. Hay algo repugnante en una mujer falsaria.

Acabo esta carta con una afirmación que espero tranquilice a nuestros reverendos

hermanos: si hasta ahora había sentido alguna objeción a relacionarme directamente con la conversión de Romaine, les aseguro que ésta ya no existe.

¡Sí! Incluso a mi edad, y con mis hábitos, me resigno ahora a escuchar, y a confutar, los triviales argumentos de un hombre que tiene edad para ser mi hijo. En cuanto se vaya Penrose, le escribiré una prudentísima carta a Romaine; y le enviaré algún libro, de cuya lectura espero gratificantes resultados. No es una obra polémica (en eso Arthur se me ha adelantado), sino «*Evocación de los Papas*», de Wiseman. Me parece un libro interesante, con sus vívidas descripciones de los esplendores de la Iglesia y la vasta influencia y poder de los sacerdotes de mayor rango, a la hora de estimular la imaginación de Romaine. ¿Le sorprende este repentino entusiasmo por mi parte? ¿No acaba de entender qué significa?

Pues significa, mi querido amigo, que veo nuestra posición en relación a Romaine bajo una nueva luz. Perdóneme si de momento no digo más. Prefiero callar hasta que los acontecimientos justifiquen mi audacia.

Capítulo 5

Correspondencia de Bernard Winterfield

I

De Mrs. Romayne a Mr. Winterfield

¿Te llegó mi carta? Te la remití (al igual que esta) a Beau Park, pues desconozco tu dirección en Londres.

Ayer el padre Benwell estuvo de visita en Ten Acres. Primero vino a saludarnos a mi madre y a mí, y mencionó tu nombre. Lo hizo con su habilidad usual, y quizá se me hubiese pasado por alto de no haber visto que me miraba. Espero y ruego que sean sólo fantasías mías, pero me pareció ver en sus ojos que me tenía en sus manos, y que podía delatarme a mi marido en cualquier momento.

No tengo derecho a pedirte nada. Y, el cielo lo sabe, escasas son mis razones para confiar en ti. Pero me pareció, cuando hablamos en esta casa, que tus intenciones eran buenas. Es por eso que te ruego me digas si el padre Benwell te ha sonsacado alguna confidencia, o si le has insinuado algo que pueda esgrimir en mi contra.

II

De Mr. Winterfield a Mrs. Romayne

Me han llegado tus dos cartas.

Tengo buenas razones para creer que te equivocas totalmente al juzgar el carácter del padre Benwell. Pero sé, por triste experiencia, cómo te aferras a tus opiniones una vez formadas; y estoy dispuesto a aliviarte de tu ansiedad, por lo que a mí se refiere. No he dicho una sola palabra —ni siquiera he dejado escapar la menor insinuación— que pueda hacer sospechar al padre Benwell que, en el pasado, tu vida y la mía tuvieron alguna relación. Tu secreto es, para mí, sagrado; y así ha sido y será.

Hay una frase en tu carta que me ha causado un gran dolor. Reiteras el cruel lenguaje de tiempos pasados. Dices: «Y, el cielo lo sabe, escasas son mis razones para confiar en ti».

Tengo razones, por mi parte, para no justificarme, a no ser con una condición. Y la condición es que me permitas ayudarte y aconsejarte como un amigo o hermano. De ser ese el caso, estoy dispuesto a probar, incluso ante ti, cuán cruel fue la injusticia que cometiste al dudar de mí, y que no hay hombre en la tierra en quien

más puedas confiar.

Mi dirección, cuando me hallo en Londres, encabeza esta carta.

III

Del doctor Wybrow a Mr. Winterfield

Muy señor mío: He recibido su carta, en la que menciona su deseo de acompañarme en mi próxima visita al muchacho francés internado en el sanatorio, al que aluden los documentos que le entregó el padre Benwell.

Su proposición llega tarde. La atribulada vida de esa pobre criatura ha llegado a su fin. Jamás se recuperó del devastador efecto de la fiebre. Su madre estuvo con él hasta el final. Siento verdadera compasión por esa excelente dama, pero no voy a ocultar que esa muerte no es algo que haya que lamentar en exceso. En un caso parecido que registraron los periódicos, el paciente, al recobrase de la fiebre, cayó de nuevo en la locura. Atentamente,

Joseph Wybrow

Capítulo 6

La más triste de las palabras

En la mañana del día décimo, a contar desde que el padre Benwell remitiera su última carta a Roma, Penrose estaba escribiendo en el estudio de Ten Acres Lodge, mientras Romaine permanecía sentado al otro extremo de la habitación, mirando apático una hoja en blanco, la pluma inerte a un lado. De pronto se puso en pie, agarró el papel y la pluma, y los arrojó al fuego con irritación.

—No te molestes en escribir más —le dijo a Penrose—. Mi sueño ha acabado. Arroja mis manuscritos a la papelera, y nunca vuelvas a hablarme de escribir una obra literaria.

—Todo hombre entregado a la literatura padece estos arrebatos de desánimo —respondió Penrose—. No piense en su obra. Haga ensillar su caballo y confíe en que el aire fresco y el ejercicio aclaren su mente.

Romaine apenas le escuchó. Dio media vuelta, se acercó a la ventana y estudió el reflejo de su cara en el cristal.

—Cada vez tengo peor aspecto —se dijo pensativo.

Era cierto. Estaba más delgado; tenía la cara pálida y ajada; iba encorvado como un anciano. El cambio a peor había avanzado imparable desde que abandonara Vange Abbey.

—¡No sirve de nada ocultármelo! —estalló, volviéndose hacia Penrose—. Creo que, en cierto modo, soy responsable de la muerte del muchacho francés, aunque tú lo niegues. ¿Y por qué no? Su voz aún está en mis oídos, y sobre mí cae la mancha de la sangre de su hermano. ¡Estoy hechizado! ¿Crees en las brujas, en esas viejas despiadadas que hacían imágenes de cera de sus enemigos y les clavaban agujas mientras observaban, un día tras otro, el lento consumirse de sus víctimas? Hoy en día la gente es incrédula, pero nunca se ha probado que no fuera verdad. —Calló, miró a Penrose y enseguida cambió de tono—. Arthur, ¿qué te ocurre? ¿Has pasado mala noche? ¿Ha ocurrido algo?

Por primera vez desde que le conocía, Penrose respondió con evasivas.

—Nada me inquieta más —dijo— que oírle hablar así. El pobre muchacho murió de una fiebre. ¿Debo volver a recordarle que les debe a usted y a su esposa los días más felices de su vida?

Romaine se le quedó mirando, sin hacer caso de lo que decía.

—¿No pensará que le estoy engañando? —objetó Penrose.

—No; estaba pensando en otra cosa. Me preguntaba si realmente te conozco tan bien como pensaba. ¿Me equivoco al suponer que no eres un hombre ambicioso?

—Mi única ambición es llevar una vida digna, ser todo lo útil que pueda a mis semejantes. ¿Está satisfecho con eso?

Romayne vaciló.

—Parece extraño... —comenzó a decir.

—¿Qué es lo que parece extraño?

—No digo que me parezca extraño que seas sacerdote —elaboró Romayne—. Pero sí me sorprende que con tu sencilla manera de pensar ingresaras en la orden de los jesuitas.

—Entiendo a qué se refiere —dijo Penrose—. Pero debería recordar que cuando un hombre elige una vocación, muy a menudo lo hace influido por las circunstancias. Y ese fue mi caso. Pertenezco a una familia católica. Cerca de donde vivíamos había un colegio jesuita, y un pariente cercano mío, ya fallecido, era uno de los sacerdotes residentes. —Hizo una pausa, y añadió en voz más baja—. Cuando era apenas un muchacho sufrí una decepción que alteró mi carácter de por vida. Me refugié en mis estudios, y desde ese momento hallé paciencia y serenidad de espíritu. Ah, amigo mío, quizá habría sido usted un hombre más dichoso si... —Hizo otra pausa. Su interés por el marido había estado a punto de hacerle olvidar la promesa hecha a su mujer.

Romayne le tendió la mano.

—Espero no haber herido tus sentimientos —dijo.

Penrose tomó la mano que Romayne le ofrecía y la estrechó apasionadamente. Intentó hablar, pero tuvo un estremecimiento, como si sufriera.

—Esta mañana no me encuentro muy bien —tartamudeó—; me hará bien dar una vuelta por el jardín.

Las dudas de Romayne quedaron confirmadas por la manera como Penrose se alejó. No había duda de que algo había ocurrido, algo que su amigo no se atrevía a comunicarle. Volvió a sentarse en su escritorio e intentó leer. Pasó el tiempo, y Penrose no volvía. Cuando por fin se abrió la puerta, fue Stella quien entró en la habitación.

—¿Has visto a Penrose? —preguntó Romayne.

La brecha abierta entre ambos se había ido ensanchando cada vez más. Romayne había expresado su malestar ante la interferencia de su mujer entre él y Penrose mediante esos aires de desdeñosa tolerancia que es el más duro castigo que un hombre puede infligir a la mujer que le ama. Stella se había resignado en silencio, con orgullo: la más desdichada forma de protesta que puede adoptar una mujer ante un hombre del temperamento de Romayne. Sin embargo, cuando ella apareció en el estudio de su marido, hubo un cambio en su expresión que él observó al instante. Stella le miró con unos ojos dulcificados por la aflicción. Antes de que ella pudiera responder a la primera pregunta, él añadió otra:

—¿Penrose está enfermo de verdad?

—No, Lewis. Está preocupado.

—¿Por qué?

—Por ti. Por él.

—¿Va a marcharse?

—Sí.

—¿Pero volverá?

Stella acercó una silla a la de su marido.

—Lo siento de verdad por ti, Lewis —dijo Stella—. Incluso a mí me sabe mal que se marche. Si me permites que te lo diga, siento un verdadero afecto por Mr. Penrose.

En otras circunstancias, el hecho de confesar tales sentimientos por un hombre que había sacrificado su mayor aspiración a la felicidad de ella, podría haber provocado una respuesta brusca. Pero en aquellos momentos Romaine estaba realmente alarmado.

—Lo dices como si Arthur fuera a irse de Inglaterra —dijo.

—Se va de Inglaterra esta tarde —replicó Stella—. A Roma.

—¿Y por qué te lo dice a ti, y no a mí?

—No se veía con ánimos de confesártelo. Me suplicó que te preparara...

No tuvo valor para seguir. Calló. Romaine, impaciente, dio una palmada sobre la mesa.

—¡Habla de una vez! —gritó—. Si Roma no es el final de su viaje, ¿cuál es?

Stella habló sin vacilar.

—Va a Roma —dijo— para recibir órdenes, y para conocer personalmente a los misioneros que van a acompañarle. Saldrán de Livorno, rumbo a América Central, en el próximo barco. Y la peligrosa misión que se les confía es reconstruir una de las misiones jesuitas destruidas hace años por los salvajes. Encontrarán su iglesia en ruinas, y ni vestigio de la antigua casa que habitaron los sacerdotes asesinados. No se le oculta que puede que ellos también sufran martirio. Son soldados de la Cruz; y están dispuestos a poner en peligro sus vidas para salvar las almas de los indios.

Romaine se puso en pie y avanzó hacia la puerta. Allí se volvió hacia Stella y le dijo:

—¿Dónde está Arthur?

Stella le detuvo con un gesto cariñoso.

—Hay algo más que me ha rogado te diga. Por favor, espera y escucha —le suplicó—. Lo único que le aflige es separarse de ti. Aparte de eso, se entrega gustoso al terrible servicio que le reclama. Durante mucho tiempo ha anhelado esa misión y se ha venido preparando para ella. Estas son, Lewis, sus palabras.

Llamaron a la puerta. Apareció un criado para anunciar que el carruaje estaba

esperando.

Penrose entró en el estudio en cuanto se fue el criado.

—¿Ha hablado por mí? —le dijo a Stella.

Ésta sólo fue capaz de responder con un gesto. Penrose se volvió hacia Romaine con un esbozo de sonrisa.

—Debemos pronunciar la más triste de las palabras —dijo—. ¡Adiós!

Pálido y tembloroso, Romaine le tomó la mano.

—¿Esto es cosa del padre Benwell? —preguntó.

—¡No! —respondió firmemente Penrose—. Debería haberlo sido, dada su posición, pero siempre ha sido muy bueno conmigo. Por primera vez desde que le conozco, ha rehuido una responsabilidad. Por mí, lo ha dejado en manos de Roma. Y Roma ha hablado. ¡Oh, mi más querido amigo, mi hermano del alma...!

Le falló la voz. Con una resolución que, en un hombre de carácter tan afectuoso sólo se podía calificar de heroica, recuperó la compostura.

—Que esta separación sea lo menos desdichada posible —dijo—. Nos escribiremos siempre que tengamos oportunidad. Y, quién sabe, quizá volvamos a vernos. Dios ha protegido a sus siervos de peligros mayores que los que voy a encontrarme. Que ese Dios misericordioso le proteja y bendiga. ¡Oh, Romaine, qué días tan felices hemos pasado juntos! —Ya no pudo resistir más. Lágrimas de noble pesar enturbiaron aquellos ojos que siempre había mirado a su hermano del alma con cariño y amistad—. ¡Ayúdeme a salir! —dijo, volviéndose sin mirar hacia el vestíbulo, donde le esperaba el criado. Pero ese último acto de misericordia no se dejó en manos del criado. Con fraternal ternura, Stella le tomó la mano y se lo llevó del estudio de Romaine.

—Le recordaré con gratitud mientras viva —le dijo Stella cuando se cerró la puerta del carruaje. El, tras la ventanilla, se despidió con la mano, y Stella ya no le vio más.

Stella regresó al estudio, donde se encontró con que Romaine no había encontrado el alivio de las lágrimas. Cuando Penrose se fue, se dejó caer en una butaca, y ahí estaba en un impenetrable silencio, la cabeza gacha, los ojos secos y abiertos. Stella y Romaine habían pasado aciagos días, cada uno en su lado de aquella brecha cada vez más ancha, pero en aquel momento, cuando ella le miró, todo quedó olvidado. Se arrodilló al lado de él, le levantó un poco la cabeza y la apoyó en su pecho. En su corazón sólo había amor, y dejó que fueran sus caricias quienes hablaran. Él se dio cuenta; sus fríos dedos apretaban agradecidos la mano de Stella; pero no dijo nada. Tras un largo intervalo, la primera expresión de pesar que brotó de los labios de Romaine denotó que aún pensaba en Penrose.

—Ya no hay nada que pueda hacerme feliz —dijo—. Acabo de perder a mi mejor amigo.

Años después, Stella recordaría aquellas palabras, y el tono en que fueron pronunciadas.

Capítulo 7

El sexo impulsivo

Al cabo de unos días, el padre Benwell volvió a visitar Ten Acres Lodge, a invitación de Romaine. El sacerdote ocupó la misma silla, junto a la chimenea del estudio, donde solía sentarse Penrose.

—Ha sido muy amable al venir nada más llegarle mi respuesta a su carta —dijo Romaine—. Le diré que me conmovió la manera en que se refirió a Penrose. Le confieso, para mi vergüenza, que no tenía ni idea de que se tuvieran tanto afecto.

—Yo tampoco lo sabía, Mr. Romaine, hasta que nos arrebataron a nuestro Arthur.

—Si utilizara su influencia, padre Benwell, ¿no habría aún esperanza de convencerle de que...

—¿De que se retirara de la misión? Ah, Mr. Romaine, ¿es que no conoce a Arthur? En su temperamento amable hay un lado inflexible. El fervor de los primeros mártires cristianos es el que arde en esa noble naturaleza. La misión ha sido el sueño de su vida, y le atrae por esos mismos peligros que nosotros tememos. ¿Convencer a Arthur de que abandone a los queridos y fieles colegas que le han abierto los brazos? Antes convencería a la estatua que hay en el jardín de que abandone su pedestal y venga a sentarse con nosotros. ¿Qué le parece si dejamos tan triste tema? ¿Ha recibido el libro que le envié con mi carta?

Romaine cogió el libro de su escritorio. Antes de poder hablar de él, alguien llamó vigorosamente a la puerta.

—¿Puedo entrar? —y entró sin esperar respuesta. Mrs. Eyrecourt, maquillada y vestida para la mañana, derramando perfume a su paso, apareció en el estudio. Miró al sacerdote y levantó sus manos de muchos anillos con un gesto de coqueto terror.

—¡Oh, querido! No tenía ni idea de que estaba aquí, padre Benwell. Le pido mil perdones. Querido y admirable Romaine, no pareces contento de verme. ¡Válgame Dios! ¿No estaré interrumpiendo una confesión, verdad?

El padre Benwell (con su paternal sonrisa en perfecto orden) cedió su silla a Mrs. Eyrecourt. Los rastros de su enfermedad aún aparecían en el intermitente temblor de sus brazos y piernas. Había entrado en la habitación con la firme sospecha de que, en ausencia de Penrose, pudiera proseguir el proceso de conversión, y con la determinación de interrumpirlo. Guiado por su sutil inteligencia, el padre Benwell lo entendió nada más verla aparecer por la puerta. Mrs. Eyrecourt hizo una amable reverencia y ocupó la silla. El padre Benwell endulzó su paternal sonrisa y le ofreció un escabel.

—¡Cuanto me alegro —dijo el padre Benwell— de ver que está de tan buen

humor como siempre! ¿Pero no le parece un poco malicioso preguntar si ha interrumpido una confesión? ¡Como si Mr. Romaine fuera uno de los nuestros! ¡Ni la reina Isabel podía haberle dicho algo más cáustico a un pobre sacerdote católico!

—¡Ah, qué inteligente es usted! —dijo Mrs. Eyrecourt—. ¡Con qué facilidad adivina las intenciones de una mujer simplona como yo! Tome, le ofrezco mi mano para que la bese; nunca intentaré volver a engañarle. Sabe, padre Benwell, se me acaba de ocurrir un repentino deseo. Por favor, no se ofenda. Me gustaría que fuera judío.

—¿Puedo preguntarle por qué? —inquirió el padre Benwell, con una blandura apostólica digna de los mejores días de Roma.

Mrs. Eyrecourt se explicó con la modesta inseguridad de una quinceañera.

—Lo cierto es que soy tan ignorante que apenas sé cómo expresarlo. Pero personas con estudios me han dicho que entre los judíos se da una peculiaridad, una peculiaridad encomiable, si me permite decirlo, que es la de nunca hacer conversos. Sería tan hermoso que usted siguiera ese ejemplo, cuando tenemos la amabilidad de recibirle aquí. En mi vívida imaginación le veo como si tuviera una doble personalidad. El padre Benwell en todas partes; y, digamos, el patriarca Abraham en Ten Acres Lodge.

El padre Benwell levantó sus persuasivas manos en una cortés protesta.

—¡Mi querida señora, por favor, quédese tranquila! Ni yo ni Mr. Romaine hemos pronunciado una sola palabra referente al tema de la religión...

—Le ruego me perdone —le interrumpió Mrs. Eyrecourt—, pero me temo que no le sigo. Mi silencioso yerno pone cara de querer estrangularme, y eso me distrae. ¿Qué iba a decir?

—Iba a decir, Mrs. Eyrecourt, que se alarma usted sin motivo. No se ha dicho ni una palabra sobre tan espinoso tema.

Mrs. Eyrecourt levantó la cabeza con la candorosa vivacidad de un pájaro.

—¡Ah, pero podría llegar a decirse! —sugirió maliciosa.

De nuevo, el padre Benwell hizo una pantomima de censura, y Romaine perdió la paciencia.

—¡Mrs. Eyrecourt! —gritó con severidad.

Mrs. Eyrecourt lanzó un chillido y se llevó las manos a los oídos.

—No estoy sorda, querido Romaine, y no me va a hacer callar ninguna intempestiva muestra de lo que podríamos llamar brutalidad doméstica. El padre Benwell te da un ejemplo de moderación cristiana. Por favor, síguelo.

Romaine se negó a seguirlo.

—Hable de cualquier otro tema, Mrs. Eyrecourt. Le ruego, y no me obligue a utilizar una palabra más fuerte, le ruego que nos dispense a mí y al padre Benwell de cualquier otra opinión suya sobre temas polémicos.

Un yerno podrá hacer todas las peticiones que quiera, y una suegra siempre podrá negarse a atenderlas. Así obró Mrs. Eyrecourt.

—No, Romaine, no lo haré. Puede que te irrite y acabe lamentándolo, sobre todo por mi hija, pero sé de qué hablo, y no vas a hacerme callar. Nuestro reverendo amigo y yo nos entendemos. Sé que el padre Benwell será indulgente con una mujer que ha experimentado la tristeza de las conversiones en su propia casa. Mi hija mayor, padre Benwell (una pobre necia) se convirtió y entró en un convento. La última vez que la vi (era una chica guapa y encantadora; mi marido la adoraba), la última vez que la vi tenía la nariz roja como un pimiento, y, más repugnante aún a su edad, papada. Me recibió con los labios fruncidos, la vista en el suelo, y tuvo la insolencia de decir que rezaría por mí. No soy un anciano iracundo de larga barba blanca, y no maldigo a mi hija y luego me lanzo a la tormenta, pero entiendo lo que debió de sentir el rey Lear, y he tenido que luchar contra la histeria igual que lo hizo él. Con el asombroso conocimiento que usted tiene de la naturaleza humana, estoy segura de que me comprenderá y me perdonará. Mr. Penrose, me ha contado mi hija, se comportó como un caballero. Le ruego obre usted igual. La sola perspectiva de que nuestro querido amigo se convierta al catolicismo...

La irritación de Romaine volvió a abrirse paso.

—Si algo pueda convertirme al catolicismo —dijo— es su entrometimiento.

—¿Y la pura contumacia, querido Romaine?

—En absoluto, Mrs. Eyrecourt. Si me hiciera católico, sería para escapar de la compañía de las mujeres y refugiarme en un monasterio.

Mrs. Eyrecourt volvió a la carga con ágil ingenio.

—Siga siendo protestante, querido, y váyase a su club. Allí conseguirá refugiarse de las mujeres, allí encontrará su monasterio, con buenas cenas, y todos los periódicos y revistas. —Tras esa pulla, se levantó y recuperó la despreocupada cortesía de su aspecto y maneras—. Le estoy muy agradecida, padre Benwell. Espero no haberle ofendido.

—Me ha hecho usted un gran servicio, querida Mrs. Eyrecourt. De no haber sido por su oportuna advertencia, quizá hubiésemos abordado temas polémicos. A partir de ahora estaré en guardia.

—¡Es usted muy amable! Espero que volvamos a encontrarnos en circunstancias más agradables. Tras esa cortés alusión al monasterio, creo que mi estancia en casa de mi yerno también toca a su fin. Por favor, no olvide venir a tomar el té a mi casa.

Mientras se acercaba a la puerta, esta se abrió y apareció su hija.

—¿Qué haces aquí, mamá? —preguntó Stella.

—¡Ay, hija mía! Será mejor que vengas conmigo. A nuestro querido Romaine se le ha metido en la cabeza huir de nuestra presencia retirándose a un monasterio. ¿No ves al padre Benwell?

Stella respondió con frialdad a la inclinación de cabeza del sacerdote, y miró a Romaine. Tuvo una vaga intuición de lo ocurrido. Mrs. Eyrecourt procedió a ilustrarla, y comenzó expresando su gratitud hacia al sacerdote:

—Sin duda estamos en deuda con el padre Benwell, querida. Ha sido de lo más considerado y amable...

Romaine la interrumpió sin ceremonias.

—Haz el favor —dijo dirigiéndose a su mujer— de convencer a Mrs. Eyrecourt para que prosiga su relato en otra habitación.

Stella apenas retuvo las palabras de su madre ni de su marido. Sentía en ella los ojos del sacerdote. En cualquier otra circunstancia, la buena educación y conocimiento del mundo del padre Benwell le habrían inducido a marcharse. Pero tal como estaban las cosas, sabía perfectamente que cuanto más se enojara Romaine en su presencia, más se beneficiarían sus intereses. Por tanto, permaneció a la expectativa, observando callado a Stella, cuya intuición, a pesar de la tranquilizadora respuesta de Winterfield a su carta, le llevaba a sospechar del jesuita, a temerle. Bajo el hechizo de aquellos ojos vigilantes, Stella tembló por dentro; su habitual tacto la abandonó; se disculpó de manera indirecta ante el hombre al que odiaba y temía.

—No sé qué puede haberle dicho mi madre, padre Benwell, pero ha sido sin mi conocimiento.

Romaine intentó hablar, pero el padre Benwell fue más rápido.

—Querida Mrs. Romaine, no se ha dicho nada que precise su rectificación.

—¡Desde luego que no! —añadió Mrs. Eyrecourt—. De verdad, Stella, no te entiendo. ¿Por qué no puedo decirle al padre Benwell lo que le dijiste a Mr. Penrose? Confiaste en Mr. Penrose como en un amigo. Y puedo decirte una cosa: estoy segura de que también puedes confiar en el padre Benwell.

Una vez más, Romaine intentó hablar. Y, una vez más, el padre Benwell se le adelantó.

—Espero —dijo el sacerdote con una sutil sonrisa irónica— que Mrs. Romaine esté de acuerdo con su admirable madre.

El exasperante influjo del tono y la mirada del padre Benwell, unidos al miedo que ya provocaba en Stella, hicieron que ésta perdiera los nervios. Antes de poder reprimirlas, las irreflexivas palabras salieron de sus labios.

—No le conozco lo suficiente, padre Benwell, como para poder emitir una opinión.

Con esa respuesta, tomó a su madre del brazo y salió de la habitación.

En cuanto quedaron solos, Romaine se volvió hacia el sacerdote, temblando de cólera. El padre Benwell, sonriendo indulgente ante el breve estallido de Stella, cogió la mano de Romaine con intenciones apaciguadoras.

—¡Por favor, no se excite!

Pero Romaine no era hombre a quien se apaciguara de ese modo. Su cólera se veía multiplicada por la tensión que suponía para sus nervios el tener que controlarse.

—¡Debo hablar, y por fin voy a hacerlo! —profirió—. Padre Benwell, las damas de esta casa se han aprovechado, de manera inexcusable, de la consideración que se debe a las mujeres. No hay palabras que expresen la vergüenza que siento por lo ocurrido. Sólo puedo apelar a su admirable moderación y paciencia para que acepte mis disculpas y mi más sincero pesar.

—¡Basta, Mr. Romaine! Le ruego que no diga nada más, hágame el favor. Siéntese y tranquilícese.

Pero las palabras del padre Benwell no hicieron mella en Romaine.

—Cómo voy a esperar ahora que vuelva usted a entrar en mi casa.

—Mi querido amigo, volveré a verle con el mayor placer cualquier día que usted desee, y cuanto antes mejor. ¡Vamos, vamos! ¡Más vale tomárselo a risa. Y no lo digo de manera irrespetuosa, pero nuestra querida Mrs. Eyrecourt ha estado más graciosa que nunca. Mañana espero ver al arzobispo, y tengo que contarle lo insultada que se sintió esa buena señora cuando su hija se ofreció a rezar por ella. No había oído nada tan hilarante, ni en Moliere. Y lo de la papada, y la nariz como un pimiento: toda culpa de esos terribles papistas. Amigo mío, veo que se lo toma aún en serio. ¡Ojalá poseyera mi sentido del humor! ¿Cuándo quiere que vuelva y le cuente cómo se ha tomado el arzobispo la historia de la madre de la monja:

Le tendió la mano a Romaine con irresistible cordialidad. Romaine se la estrechó agradecido, aunque seguía empeñado en expiar las palabras de su mujer y su suegra.

—Concédame primero el honor de venir a visitarle —dijo—. Después de lo que ha sucedido, no me hallo en condiciones de abrirle mi corazón... tal como tenía intención de hacer. En un día o dos más, quizá...

—Digamos, entonces, pasado mañana —sugirió hospitalario el padre Benwell—. Hágame un favor. Venga a cenar a mis habitaciones. A las seis, si le va bien. Tomaremos cordero y un clarete bastante bueno, regalo de uno de mis fieles. ¿Le parece bien? ¡Estupendo! Y prométame no pensar más en la pequeña comedia doméstica de hoy. Distráigase. Lea la Evocación de los papas de Wiseman. Adiós. ¡Dios le bendiga!

El criado que le abrió la puerta al padre Benwell se vio agradablemente sorprendido por la alegría del papista.

—No es mal tipo —proclamó el hombre ante sus colegas—. ¡Me dio media corona y se fue canturreando.

Capítulo 8

Correspondencia del padre Benwell

I

Al secretario de la Compañía de Jesús, Roma

Tengo el honor de acusar recibo de su carta.

Menciona que nuestros reverendos padres están un tanto desanimados por no haber tenido noticias mías desde hace seis semanas, desde que les informé de la cena íntima que tuve con Romayne en mis aposentos.

Es algo que lamento, pero lamento aún más oír que mis venerados hermanos comienzan a desesperar de la conversión de Romayne. Concédame otra semana, y si las perspectivas de conversión no han mejorado sensiblemente en ese tiempo, reconoceré mi derrota. Mientras tanto, me someto a su superior sabiduría, sin atreverme a añadir nada más en mi defensa.

II

Ha transcurrido la semana de gracia que me otorgaron. Escribo con humildad. Al mismo tiempo tengo algo que añadir en mi defensa.

Ayer, Mr. Lewis Romayne, de Vange Abbey, fue recibido en la comunidad de la Santa Iglesia Católica. Adjunto un detallado relato periodístico de las ceremonias que acompañaron a la conversión.

Por favor, infórmeme, por telegrama, de si nuestros reverendos padres desean o no que siga adelante.

LIBRO QUINTO

Capítulo 1

El descubrimiento de Mrs Eyrecourt

Las hojas habían caído en el jardín de Ten Acres Lodge, y los vientos tempestuosos anunciaban sombríos la llegada del invierno.

Una permanente tristeza invadía la casa. Romaine estaba constantemente fuera de Londres, atendiendo a sus nuevos deberes religiosos bajo la guía del padre Benwell. No volvió a verse el desorden de manuscritos y libros del estudio. Un orden repelentemente rígido reinaba en aquella habitación ahora sin utilizar. Algunos de los papeles de Romaine habían ardidido; otros quedaron encerrados en cajones y armarios: la historia del origen de las religiones había penetrado en ese lugar de melancolía que ocupan la empresas literarias abandonadas. Mrs. Eyrecourt (tras una reconciliación superficialmente cordial con su yerno) visitaba a su hija de vez en cuando, en un acto de maternal sacrificio. La buena mujer ahora bostezaba permanentemente; leía innumerables novelas; se escribía con sus amigos. En las largas y aburridas veladas, aquella dama antaño tan vivaz se lamentaba abiertamente de no haber nacido hombre, para disponer así de los tres grandes recursos masculinos: beber, fumar y renegar. Era una existencia monótona, y no parecía que otras alegres influencias fueran a cambiarla. Aunque Stella le estaba agradecida a su madre, no hubo manera de convencerla de que dejara Ten Acres y fuera a divertirse a Londres. Mrs. Eyrecourt decía, y era una verdad triste y metafórica:

—Mi hija ha perdido toda la alegría.

Una mañana gris y oscura, madre e hija estaban sentadas junto al fuego; tenían todo el día por delante.

—¿Dónde está ese despreciable marido tuyo? —preguntó Mrs. Eyrecourt, levantando la mirada de su libro.

—Lewis está en la ciudad —respondió Stella, apática.

—¿En compañía de Judas Iscariote?

Stella estaba demasiado amodorrada como para captar de inmediato la alusión.

—¿Te refieres al padre Benwell?

—Ni se te ocurra mencionar su nombre. Le he rebautizado para no tener que repetirlo. Su solo nombre me humilla. Cómo me engañó ese condenado adulator... ¡y eso que yo he visto mucho mundo! Era tan amable y simpático, un contraste tan agradable con respecto a ti y tu marido. Puedo afirmar que se me olvidaron todas las razones que tenía para no confiar en él. Ah, qué pobres criaturas somos las mujeres. Entre nosotras podemos reconocerlo. Aparece un hombre con buenos modales y una voz agradable, ¿y quién de nosotras se resiste? Hasta Romaine me engañó... aunque

su fortuna, en cierto modo, disculpa un tanto mi locura. No hay nada que hacer, Stella, sino llevarle el humor. Haz lo mismo que ese detestable sacerdote, y confía en que tu belleza (aunque ya no te quede tanta como yo desearía) incline la balanza a tu favor. ¿Tienes idea de cuándo regresará el converso? Ayer le oí pedir pescado para cenar, porque era viernes. ¿Le acompañaste a los postres, profanada de carne? ¿Qué te dijo?

—Lo que ya me ha dicho más de una vez, mamá. Que gracias al padre Benwell está recuperando la paz de espíritu. Se mostró de lo más amable e indulgente, aunque parecía habitar un mundo distinto al mío. Me dijo que se proponía pasar una semana en lo que llamó Retiro. No le pregunté qué significaba. Sea lo que sea, imagino que ahí está ahora.

—Hija mía, ¿es que ya no te acuerdas de que tu hermana empezó igual? Ella también se retiró. ¡La próxima vez que veamos a Romayne tendrá la nariz roja como un pimiento, papada y se ofrecerá a rezar por nosotras! ¿Te acuerdas de aquella doncella francesa que tenía, la que despedí porque escupía cuando estaba de mal humor, como un gato? Comienzo a pensar que traté mal a aquella criatura. Cuando oigo hablar de Romayne y su retiro, a mí también me vienen ganas de escupir. ¡Venga, prosigamos con nuestra lectura! Coge el primer volumen, ya lo he acabado.

—¿Qué es, mamá?

—Una obra extraordinaria, Stella, teniendo en cuenta el poco peso de la literatura que se escribe hoy en día en Inglaterra: una novela que cuenta una historia de verdad. Es bastante increíble, lo sé. Léelo. Tiene además otro mérito extraordinario: no está escrito por una mujer.

Stella recibió obediente el volumen, giró las páginas y con abatimiento dejó caer la maravillosa novela en el regazo.

—No creo que pueda concentrarme —dijo—. Tengo otras cosas en la cabeza.

—¿Romayne, por ejemplo? —dijo su madre.

—No. Ahora, cuando pienso en mi marido, me digo que ojalá tuviera su fe en sacerdotes y retiros. Cada vez estoy más convencida, mamá, de que mis peores problemas aún están por venir. No recuerdo que de joven me atormentaran este tipo de presentimientos. Alguna vez me habías oído hablar de presentimientos?

—Si hubieras hecho algo parecido, amor mío (y perdóname que te hable con franqueza), te habría dicho: «Stella, tienes problemas de hígado», y habría abierto mi pequeño botiquín. Y lo que voy a decirte ahora es: pide el carruaje, vayamos a algún concierto matinal, comamos en un restaurante y por la noche vayamos al teatro.

Era una proposición que no podía interesar a Stella, absorta en seguir sus propias reflexiones.

—Ojalá se lo hubiese dicho a Lewis —dijo con aire ausente.

—¿Decirle el qué, querida?

—Lo que me había pasado con Winterfield.

Los ojos apagados de Mrs. Eyrecourt se abrieron en gesto de asombro.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Desde luego.

—¿Tan simple eres, Stella, como para creer que un hombre del carácter de Romaine te habría hecho su esposa de saber lo de la boda en Bruselas?

—¿Y por qué no?

—¡Y por qué no! ¿Iba a creer Romaine, o cualquier otro, que realmente te separaste de Winterfield a la puerta de la iglesia? ¡Considerando que eres una mujer casada, tu inocencia, querida niña, es un fenómeno extraordinario! Menos mal que hay personas más juiciosas que tú que saben guardar el secreto.

—No estés tan segura, mamá. Puede que Lewis lo averigüe.

—¿Es otro de tus presentimientos?

—Sí.

—¿Y cómo va a averiguarlo, si no te importa decírmelo?

—Por el padre Benwell, me temo. ¡Sí! Ya sé que crees que no es más que un viejo hipócrita y adulador, y que no le temes como yo. Nada podrá convencerme de que su interés por Romaine obedezca tan sólo a su fervor religioso. Tiene en perspectiva algún abominable objetivo, y sus ojos me dicen que yo estoy implicada.

Mrs. Eyrecourt prorrumpió en una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Stella.

—¡Debo decir, hija mía, que hay algo exasperante en tu total desconocimiento del mundo! Cuando el comportamiento de un clérigo te parezca extraordinario y no consigas explicártelo (y no me importa a qué religión pertenezca), puedes estar segura de que el motivo que le impulsa es... el dinero. Si Romaine se hubiera convertido en baptista o metodista, el reverendo caballero a cargo de su bienestar espiritual no habría olvidado (como parece haberlo olvidado tú, tontita) que su converso era un hombre rico. Se habría acordado de esa capilla, esa misión o esa escuela necesitada de fondos; y (sin otro objetivo en perspectiva más abominable que el que yo tengo, en este momento, al atizar el fuego) habría acabado sacando su modesta lista de donativos, y se habría traicionado (al igual que el odioso padre Benwell acabará traicionándose) a través de tres amables palabras: por favor, contribuya. ¿Hay algún otro presentimiento, querida, sobre el que desees saber la honesta opinión de tu madre?

Stella, resignada, volvió a coger el libro.

—Supongo que tienes razón —admitió—. Leamos nuestra novela.

Pero antes de poder acabar la página, su mente ya estaba de nuevo lejos de aquella desdichada historia. Stella pensaba en ese «otro presentimiento» sobre el que su madre, en tono satírico, le había interrogado. Aún perturbaba su memoria el vago

temor que la estremeció cuando, en su visita a Camp's Hill, tocó por accidente al muchacho francés. Ni siquiera la noticia de su muerte conseguía disipar esa visión, que asociaba al muchacho con el vago presagio de que algo malo iba a ocurrirle. Ese tipo de supersticiosa intuición era una debilidad que jamás había experimentado, y se avergonzaba sinceramente de ella, aunque no pudiera apartarla de sí. Una vez más, el libro cayó en su regazo. Stella lo dejó a un lado, y caminó apática hasta la ventana para ver qué tiempo hacía.

Casi en ese mismo momento, la doncella de Mrs. Eyrecourt interrumpió la lectura de su señora al entrar en la habitación con una carta.

—¿Es para mí? —preguntó Stella, volviéndose desde la ventana.

—No, señora. Es para Mrs. Eyrecourt.

La carta la había traído uno de los criados de lady Loring. Al parecer, al entregarla le había dado instrucciones a la doncella. Esta, al darle la carta a su señora, se puso el dedo en los labios con gesto significativo.

Esto es lo que había escrito lady Loring:

«Si cuando recibas esta nota Stella está contigo, no le digas nada que le dé a entender que soy yo quien remite estas líneas. Ella, pobrecilla, siempre ha sentido una inveterada desconfianza hacia el padre Benwell, y, entre nosotras, no estoy tan segura de que fuera algo tan insensato como antes pensaba. El padre, inesperadamente, nos ha dejado, con una excusa bastante plausible que ha convencido a lord Loring. Pero lo que es a mí, no me convence. Y no en virtud de una asombrosa perspicacia por mi parte, sino a causa de algo que acabo de oír durante una conversación con un amigo católico. Resulta, querida, que el padre Benwell es jesuita; y, lo que es más, una persona de tan alta jerarquía en la orden que si durante su estancia con nosotros ocultó su rango debió de ser porque así le convenía. Muy importantes debieron de ser los motivos que le llevaron a ocupar una posición tan por debajo de su categoría como la que ocupaba en nuestra casa. No tengo ninguna prueba que me permita relacionar este asombroso descubrimiento con los dolorosos celos de la querida Stella, y sin embargo, hay algo que me impulsa a desear oír lo que piensa su madre. Venga lo antes posible para que podamos comentar el asunto».

Mrs. Eyrecourt se puso la carta en el bolsillo y sonrió para sí: no tardó ni un instante en solventar el misterio de la conducta del sacerdote con la misma explicación que le había dado a su hija. El cheque de lord Loring, dentro del bolsillo del padre Benwell, representaba un donativo tan generoso que aquel no se atrevía a mencionarlo delante de su mujer: ¡ahí estaba la solución del acertijo, tan claro como la luz del sol! ¿Debía decirle la verdad a lady Loring, igual que se la había dicho a Stella? Mrs. Eyrecourt decidió que no. Como católicos y viejos amigos de Romaine, se alegraban de su conversión. Pero, como viejos amigos de la mujer de Romaine, se veían obligados a no expresarlo abiertamente. Intuyendo que cualquier discusión

sobre las razones del sacerdote llevarían probablemente a tocar el delicado tema de la conversión, Mrs. Eyrecourt decidió prudentemente dejar correr el asunto. La consecuencia de esa decisión fue que nadie advirtió a Stella de la catástrofe que se le avecinaba.

Mrs. Eyrecourt se acercó a su hija, aún en la ventana.

—¿Está aclarando, querida? ¿Pedimos el carruaje y damos un paseo antes de comer?

—Si quieres, mamá.

Se volvió hacia su madre al responderle. La luz del cielo al aclarar, al tiempo tenue y penetrante, la bañó por completo. Mrs. Eyrecourt, mirándola como siempre, pareció de pronto muy seria: estudió la cara de su hija con atención.

—¿Ves en mí algún cambio extraordinario? —preguntó Stella con una débil sonrisa.

En lugar de responder, Mrs. Eyrecourt rodeó con el brazo a Stella en un gesto de cariño, que casaba muy poco con la expresión habitual de su carácter. Los ojos mundanos de la madre de Stella se posaron con demorada ternura en la cara de su hija.

—Stella —dijo en voz baja, y calló, faltándole las palabras por primera vez en su vida.

Tras unos instantes, fue capaz de decir:

—Sí, veo un cambio en ti —susurró—; un cambio interesante que algo me dice. ¿Puedes imaginar qué es?

El color acudió a la cara de Stella, pero no tardó en desaparecer. En silencio reclinó la cabeza sobre el pecho de su madre. Mundana, frívola, egoísta, la naturaleza de Mrs. Eyrecourt era la de una mujer, y la gran prueba y triunfo en la vida de toda mujer, a punto de acontecerle ahora a su propia hija, tocó fibras, bajo la endurecida superficie de su corazón, que aún no habían sido profanadas.

—Mi pobre niña —dijo—. ¿Le has dado la buena nueva a tu marido?

—No.

—¿Por qué no?

—Últimamente no le interesa nada de lo que yo pueda decirle.

—¡Tonterías, Stella! Puedes recuperarlo con una sola palabra, ¿y vacilas en decirla? Pues se la diré yo.

De pronto, Stella se apartó de los cariñosos brazos de su madre.

—Si lo haces —gritó—, no habrá palabras para expresar lo desconsiderada y cruel que te consideraré. ¡Prométeme, dame tu palabra de honor, de dejar este asunto en mis manos!

—¿Se lo dirás, si lo dejas en tus manos?

—Sí, cuando lo crea conveniente. ¡Prométemelo!

—¡Shh, Shh! No te alteres, querida. Te lo prometo. Dame un beso. ¡Yo también estoy un poco alterada! —exclamó Mrs. Eyrecourt, regresando a su locuacidad habitual—. Menudo golpe a mi vanidad, Stella. ¡La perspectiva de ser abuela! Debo llamar a Matilda, y tomar una gotas de lavanda roja. Deja que yo te aconseje, querida, y no tardaremos en expulsar a ese sacerdote de esta casa. Cuando Romaine regrese de su ridículo Retiro, después de ayunar y flagelarse, y Dios sabe qué cosas más, le haremos entrar en razón; entonces será el momento de decírselo. ¿Lo pensarás?

—Sí, lo pensaré.

—Y otra cosa, antes de que entre Matilda. Recuerda lo importante que es el que Vange Abbey tenga un heredero varón. En estos casos, no está de más aprovecharse con total impunidad de la ignorancia de los hombres. ¡Dile que estás segura de que es un chico!

Capítulo 2

Se siembra la semilla

Situado en una zona remota del extenso suburbio occidental de Londres, la casa llamada El Retiro se erguía en medio de un jardín bien cuidado, protegido en sus cuatro costados por un alto muro de ladrillo. A excepción de la gran cruz dorada que había sobre el tejado de la capilla, nada revelaba en el exterior la devota intención a que la Iglesia Católica (ayudada por la generosidad de «los fieles») había dedicado el edificio.

Pero el converso que tenía el privilegio de traspasar sus puertas abandonaba la Inglaterra protestante y se encontraba, como si dijéramos, en un nuevo país. En el interior de El Retiro, el cuidado paternal de la Iglesia se apoderaba de él; le rodeaba de monástica simplicidad en sus pequeños y pulcros dormitorios; y le cegaba con esplendor devoto cuando sus deberes religiosos le reclamaban a la capilla. Un gusto perfecto —que rara vez se encuentra en la moderna disposición y ornamentación de los conventos e iglesias de los países del sur de Europa— se había puesto al servicio de la religión en todos los rincones de la casa. En El Retiro, la más severa disciplina se veía despojada de su aspecto sórdido. Los residentes ayunaban sobre manteles inmaculados, y se les entregaban cuchillos y tenedores (humildes sirvientes de estómagos medio llenos) sin mota de polvo en su decente brillo. Los penitentes que besaban los peldaños del altar (por utilizar la expresiva frase oriental) «no tragaban polvo». Amigos, amigos generosos a los que se permitía visitar a los residentes en días prefijados, veían, en el vestíbulo, reproducciones de famosas Sagradas Familias que eran verdaderas obras de arte; y pisaban una alfombra de pretensiones calculadamente modestas que exhibía emblemas píos de irreprochable color y dibujo. El Retiro poseía también su propio pozo artesiano; nadie en la casa bebía impurezas con el agua. Un tenue perfume de incienso se olía en los pasillos. El reconfortante y misterioso silencio del lugar quedaba intensificado, más que interrumpido, por alguna leve pisada y por el sonido de alguna puerta al abrirse o cerrarse. La vida animal estaba ausente: ni un gato en la cocina. Y sin embargo, recorrida por alguna inescrutable influencia, aquella casa no carecía de vida. Los herejes, con su viva imaginación, podrían haberla comparado, y no con desacierto, a un castillo encantado. En una palabra, el sistema católico exhibía a la perfección, en aquel lugar, su magistral conocimiento de las debilidades de la naturaleza humana, y su inagotable destreza a la hora de adaptar los medios a los fines.

En la mañana en que Mrs. Eyrecourt y su hija mantenían su memorable conversación junto al fuego en Ten Acres Lodge, el padre Benwell entraba en una de

las habitaciones privadas de El Retiro, para uso exclusivo de sacerdotes. El reservado asistente, esperando humildemente instrucciones, fue enviado a requerir la presencia de uno de los residentes de la casa, de nombre Mortleman.

La habitual serenidad del padre Benwell estaba un poco alterada, en esta ocasión, por un aire de ansiedad. En más de una ocasión miró con impaciencia hacia la puerta, y ni siquiera se fijó en las últimas publicaciones devotas que, desde la mesa, invitaban a la lectura.

Por fin apareció Mr. Mortleman: un joven y prometedor converso. El brillo desquiciado de sus ojos revelaba esa incipiente forma de enfermedad cerebral que comienza en fanatismo y acaba, de manera no infrecuente, en locura religiosa. Su manera de saludar al sacerdote fue totalmente servil. Se agachó ante el ilustre jesuita.

El padre Benwell pasó por alto aquellas demostraciones de humildad.

—Siéntate, hijo mío —dijo.

Mr. Mortleman daba la impresión de preferir arrodillarse, pero obedeció y ocupó una silla.

—Creo que, en los últimos días, ha estado acompañando a Mr. Romaine durante las horas de recreo —comenzó a decir el sacerdote.

—Sí, padre.

—¿Le pareció que estaba cansado de residir en esta casa?

—¡Oh, ni mucho menos! Percibe la benigna influencia de El Retiro; hemos pasado juntos unas horas deliciosas.

—¿Tiene algo que informar?

Mr. Mortleman cruzó las manos sobre el pecho e inclinó la cabeza con humildad.

—Tengo que informar, padre Benwell, de que he cometido pecado de presunción. Presumí que Mr. Romaine, como yo, era soltero.

—¿Le ha hablado de ese tema?

—No, padre.

—Entonces no ha cometido pecado alguno. Sólo un error excusable. ¿Qué le hizo pensar eso?

—Verá, padre. Mr. Romaine me había estado hablando de un libro que usted había sido tan amable de enviarle. Allí había leído con gran interés la biografía de un inglés ilustre, el cardenal Acton. Al parecer, la manera gradual en que Su Eminencia se convirtió en príncipe de la Iglesia le hizo ver la vocación desde una nueva perspectiva. Me preguntó si aspiraba a pertenecer al santo sacerdocio. Le respondí que esa era, de hecho, mi aspiración, siempre y cuando se me considerara digno de ello. Pareció profundamente afectado. Me aventuré a preguntarle si él también tenía la misma idea. Me dio mucha pena, pues suspiró y dijo: «Yo no tengo ni esa esperanza; estoy casado». Dígame, padre Benwell, se lo suplico, ¿he hecho mal?

El padre Benwell se lo pensó un instante.

—¿Dijo algo más Mr. Romaine? —preguntó.

—No.

—¿Intentó insistir en el tema?

—Me dije que lo mejor era callar.

El padre Benwell le tendió la mano.

—Mi joven amigo, no sólo no ha hecho mal, sino que ha obrado con la más encomiable discreción. No quiero entretenerle más. Vaya a ver a Mr. Romaine y dígame que quiero hablar con él.

Mr. Mortleman dobló una rodilla e imploró una bendición. El padre Benwell levantó los dos dedos de rigor y le dio su bendición. La felicidad humana es fácil de alcanzar si comprendemos correctamente sus condiciones. Mr. Mortleman se retiró perfectamente feliz.

Una vez solo, el padre Benwell recorrió la habitación con veloces pasos. La perturbadora influencia visible en su cara había pasado de la ansiedad a la excitación. «¡Hoy mismo lo intentaré!», se dijo, y se detuvo, mirando a su alrededor con gesto dubitativo. «No, aquí no», decidió, «enseguida sería la comidilla. Será más seguro hacerlo en mis aposentos». Recobró la compostura y volvió a su silla.

Romaine abrió la puerta.

La doble influencia de la conversión y de la vida en El Retiro le habían cambiado. Su vehemencia y excitabilidad habían remitido, dejando tan sólo una expresión de afable y meditativo reposo. Todos sus problemas estaban ahora en manos de su sacerdote. Había una pasiva regularidad en sus movimientos corporales y una beatífica serenidad en su sonrisa.

—Mi querido amigo —dijo el padre Benwell, con un cordial apretón de manos—, fue muy amable al dejarse guiar por mi consejo de entrar en esta casa. Déjeme guiarle de nuevo diciéndole que lleva aquí mucho tiempo. Podrá regresar dentro de un tiempo, si lo desea. Pero primero tengo algo que decirle, y para ello le ofrezco la hospitalidad de mis aposentos.

En otro tiempo, Romaine habría pedido explicaciones por tener que marcharse de manera tan repentina. Ahora aceptaba pasivamente el consejo de su director espiritual. El padre Benwell se lo comunicó a la dirección, y Romaine se despidió de sus amigos de El Retiro. El gran jesuita y el gran terrateniente abandonaron el lugar, con la debida humildad, en un cabriolé.

—Espero no haberle decepcionado —dijo el padre Benwell.

—Sólo estoy ansioso por oír —respondió Romaine— lo que tenga que decirme.

Capítulo 3

Se recoge la cosecha

Mientras recorrían las calles, el padre Benwell hablaba con tanta insistencia de las noticias del día que parecía no tener otra cosa en la cabeza. En un hombre del carácter de Romaine, cuando se daban ciertas emergencias resultaba útil, como influencia preparatoria, mantener su mente en un estado de suspense. Incluso llegados ya a sus habitaciones, el sacerdote seguía sin decidirse a abordar el tema que tenía en mente. Tanteó el terreno con algunas preguntas de pura hospitalidad.

—En El Retiro se desayuna pronto —dijo—. ¿Puedo ofrecerle algo?

—No quiero nada, gracias —respondió Romaine, esforzándose por controlar su habitual impaciencia ante las demoras innecesarias.

—Perdóneme, pero me temo que nos espera una larga conversación. Nuestras necesidades corporales, Romaine (y me excusará que me tome la libertad de suprimir la formalidad del «Mr.»), no se pueden pasar por alto. Una botella de mi famoso clarete y unas galletas no nos harán daño. —Hizo sonar la campanilla y dio las instrucciones necesarias—. ¡Otro día húmedo! —añadió de buen humor—. Espero que el pasar el invierno en Inglaterra no le haya supuesto coger un reuma. ¡Ah, este glorioso país sería demasiado perfecto si gozara del delicioso clima de Roma!

Trajeron el vino y las galletas. El padre Benwell llenó los vasos y le hizo una cordial inclinación de cabeza a su invitado.

—¡En El Retiro no tienen nada de esto! —dijo alegremente—. Aunque me han dicho que el agua es excelente, lo cual es un lujo, sobre todo en Londres. Bien, mi querido Romaine, debo comenzar presentándole mis excusas. Estoy seguro de que me juzgó un poco brusco por hacerle abandonar su retiro sin previo aviso.

—Imagino que tendría buenas razones, padre, y eso fue suficiente para mí.

—Gracias. Y crea que me hace justicia, pues me guió su propio interés. Hay hombres de temperamento flemático, en los que la sabia monotonía disciplinaria de El Retiro ejerce una sana influencia... me refiero a que, en esos casos, una estancia prolongada puede serles ventajosa. Pero no es usted una de esas personas, Romaine. Una reclusión prolongada y una vida de monotonía son moral y mentalmente poco provechosas para un hombre de su ardiente carácter. Me abstuve de mencionar anteriormente esas razones por respeto a nuestro excelente director, que cree sin reservas en la institución que preside. ¡Muy bien! En su caso, El Retiro ha hecho todo lo que ha podido. Ahora debemos pensar en cómo utilizar esa actividad mental que, bien encauzada, es una de las cualidades más valiosas que posee. Déjeme preguntarle primero si ha recobrado la tranquilidad, por poca que sea.

—Me siento un hombre distinto, padre Benwell.

—¡Magnífico! Y su dolencia nerviosa... No le pregunto cuál era; sólo quiero saber si ha experimentado algún alivio.

—Una placentera sensación de alivio —replicó Romaine, reviviendo el entusiasmo de otros días—. Se ha dado un cambio absoluto en mis pensamientos y convicciones, que le debo a usted...

—Y a nuestro querido Penrose —interrumpió el padre Benwell, con un pronto sentido de la justicia que nadie era capaz de fingir como él—. No debemos olvidarnos de Arthur.

—¿Olvidarlo? —repitió Romaine—. No pasa ni un día sin que piense en él. Una de las consecuencias más dichosas del cambio ocurrido en mi mente es que ya no pienso en su pérdida con amargura. Pienso en Penrose con admiración. Le veo como alguien cuya vida gloriosa, con todos sus peligros, me gustaría compartir.

Mientras hablaba, el color le subió a la cara y los ojos se le encendieron. La absorbente capacidad de la Iglesia Católica ya se había atraído ese aspecto compasivo de su persona que constituía uno de sus rasgos más marcados. Y su amor por Penrose —hasta entonces inspirado por las virtudes del hombre— se había reducido ya a pura simpatía por las dificultades y privilegios del sacerdote. ¡Con qué verdad y profundidad había razonado el médico, tiempo atrás, al consultársele el caso de Romaine! Por fin había surgido ese «algo nuevo en su vida que absorbiera su interés» de que había hablado el médico, por fin «sus hábitos mentales habían cambiado por completo»; y todo ello, una vez fracasada la sencilla devoción de su esposa, gracias a los consuelos más sutiles del sacerdote.

Algunos hombres, teniendo en perspectiva el objetivo del padre Benwell, se habrían aprovechado al instante de la oportunidad que les ofrecía el entusiasmo irreprimido de Romaine. El ilustre jesuita se mantuvo fiel a la máxima que le prohibía hacer nada con precipitación.

—No —dijo—, su vida no debe ser la misma que la de su querido amigo. El destino que la Iglesia ha elegido para Penrose no es adecuado para usted. Usted puede aspirar a otras cosas.

Romaine miró a su consejero espiritual con un momentáneo cambio de expresión, cayendo en la irónica amargura de tiempos pasados.

—¿Ha olvidado que soy, y sólo puedo ser, un seglar? —preguntó—. ¿A qué puedo aspirar, sino a lo que aspiran todos los fieles miembros de la Iglesia? —Calló por un momento, y prosiguió de manera atropellada, como el hombre a quien se le acaba de ocurrir una idea—. ¡Sí! Quizá pueda aspirar a algo más, a que se me permita cumplir con mi deber.

—¿A qué se refiere, querido Romaine?

—¿No se lo imagina? Soy un hombre rico; tengo dinero improductivo, que es mi

deber (y mi privilegio) dedicar a las instituciones benéficas y necesidades de la Iglesia. Y, al mencionar este asunto, debo confesar que me sorprende un poco que aún no haya mencionado el tema. Todavía no me ha indicado a qué podría dedicar mi dinero para que tenga una noble utilidad. ¿Fue olvido por su parte?

El padre Benwell negó con la cabeza.

—No —contestó—, si dijera eso, mentiría.

—Entonces, su silencio obedeció a una razón?

—Sí.

—¿Puedo saberla?

El padre Benwell se puso en pie y se dirigió a la chimenea. Ahora bien, hay varias maneras de ponerse en pie y dirigirse a la chimenea, y estas acaban reflejándose en nuestra apariencia y gestos. Puede que sintamos frío, y sólo queramos calentarnos. O puede que nos sintamos incómodos, y busquemos sólo una excusa para cambiar de posición. O quizá nos sintamos un tanto confusos, y estemos ansiosos por ocultarlo. El padre Benwell, de la cabeza a los pies, expresaba una cierta confusión, y la ansiedad por ocultarla.

—Mi buen amigo —dijo—, temía herir sus sentimientos.

Romayne era un sincero converso, pero todavía le quedaban instintos que no veían con buenos ojos que alguien se mostrara tan melindroso con él, aunque se tratara de un hombre a quien respetaba y admiraba.

—Herirá mis sentimientos —respondió con cierta brusquedad—, si no me habla claro.

—Entonces le hablaré claro —prosiguió el padre Benwell—. La Iglesia, en nombre de la cual le hablo, como indigno intérprete, siente una cierta... escrupulosidad a la hora de plantearle la cuestión del dinero.

—¿Por qué?

El padre Benwell se alejó de la chimenea, sin responder de inmediato. Abrió un cajón y sacó una caja de caoba plana. Su jovial familiaridad se transformó, mediante algún misterioso proceso de coagulación, en unos gestos dignos y formales. El hombre se había convertido en sacerdote.

—La Iglesia, Mr. Romayne, vacila a la hora de aceptar, como bienintencionadas contribuciones, dinero derivado de una propiedad suya que le fue arbitrariamente arrebatada para ser puesta en manos de seculares. ¡No! —gritó, interrumpiendo a Romayne, quien al instante captó la alusión a Vange Abbey—. ¡No! Debo suplicarle que siga escuchándome. Tal como me ha pedido, le plantearé las cosas con claridad. Al mismo tiempo, estoy dispuesto a admitir que el transcurso de los siglos ha sancionado, a los ojos de la ley, el premeditado acto de robo perpetrado por Enrique VIII. Usted heredó legalmente Vange Abbey de sus ancestros. La Iglesia es lo bastante razonable como para no hacer valer un simple derecho moral frente a la ley

del país. Puede que siga considerándolo un expolio, pero lo acepta. —Abrió la caja de caoba, y sutilmente abandonó la dignidad de su cargo: el hombre volvió a ocupar el lugar del sacerdote—. Como señor de Vange Abbey —dijo—, quizá le interese echarle un vistazo a esta pequeña curiosidad histórica que hemos conservado. Los títulos de propiedad, querido Romaine, que en aquellos tiempos acreditaban que los monjes eran dueños de sus tierras. Tome otro vaso de vino.

Romaine contempló los títulos de propiedad, y los dejó a un lado sin leerlos.

El padre Benwell había aguijoneado su orgullo, su sentido de la justicia, sus prodigios y desmesurados instintos de generosidad. Él, que siempre despreció el dinero —excepto cuando servía para alcanzar fines nobles y compasivos— se hallaba en posesión de una propiedad sobre la que no tenía ningún derecho moral: ni siquiera la pobre excusa de algunos felices recuerdos que le unieran a ese lugar.

—Espero no haberle ofendido —dijo el padre Benwell.

—Ha hecho que me avergüence de mí mismo —respondió Romaine con vehemencia—. El día que me hice católico, debería haberme acordado de Vange Abbey. Mejor tarde que nunca. Rehusó refugiarme en la ley: respeto el derecho moral de la Iglesia. Devolveré la propiedad que usurpé.

El padre Benwell tomó las manos de Romaine entre las suyas, y las apretó fervientemente.

—¡Estoy orgulloso de usted! —dijo—. Estaremos orgullosos de usted cuando escriba a Roma y les cuente lo ocurrido. Pero... ¡No, Romaine! Esto no puede ser. Le admiro, siento una gran simpatía por usted. Y lo rechazo. ¡En nombre de la Iglesia, le digo que rechazo ese presente!

—¡Espere un poco, padre Benwell! Usted no conoce mi situación financiera. No merezco la admiración que me profesa. La pérdida de Vange Abbey no supondrá, en mi caso, ninguna pérdida pecuniaria. He heredado una fortuna de mi tía, y la renta que me proporciona es muchísimo mayor que la que obtengo de la propiedad de Yorkshire.

—¡Romaine, no puede ser!

—Perdóneme, padre, pero puede y debe ser. Sin Vange Abbey, tengo más dinero del que puedo gastar. Y mis recuerdos de esa casa no son precisamente felices, por lo que me siento poco predispuesto a volver a entrar en ella.

Ni siquiera esa confesión hizo cambiar de opinión al padre Benwell. Cruzó obstinadamente los brazos, y obstinadamente golpeó el suelo con el pie.

—¡No! —dijo—. Por muy generoso que sea, mi respuesta es No.

Pero eso sólo aumentó la resolución de Romaine.

—La propiedad es mía —insistió—. Y no tengo ningún pariente cercano. No tengo hijos. Cuando yo muera, nada le faltará a mi mujer, gracias a la fortuna que me dejó mi tía. Si persiste usted en su rechazo, y perdóneme que se lo diga, será por pura

obstinación.

—Es sólo mi deber, Romaine. Si cedo ante usted, estaría exponiendo a los sacerdotes de mi credo a las más mezquinas y sesgadas interpretaciones. Recibiría una merecida reprimenda, y el regalo que usted propone sería anulado sin la menor vacilación. Si me tiene usted en alguna estima, olvide el asunto.

Romaine se negó a ceder, ni tan sólo ante tan incontestable ruego.

—Muy bien —dijo—, aquí hay un documento que no puede anular. No puede impedir que haga otro testamento. Legaré la propiedad de Vange Abbey a la Iglesia, y le nombraré a usted uno de los fideicomisarios. No puede oponerse a eso.

Ni siquiera el riguroso padre Benwell encontró palabras para seguir protestando. Sólo pudo rogar, en tono triste y sumiso, que cambiaran inmediatamente de tema.

—¡Basta ya, querido Romaine, me incomoda! ¿De qué estábamos hablando antes de que surgiera este desafortunado tema?

Llenó los vasos, le ofreció más galletas a Romaine: estaba en verdad, y de manera perceptible, agitado por la victoria que acababa de lograr.

Rechazando la cesión de la propiedad en vida de Romaine, por temor a que pudiera conducir a un escándalo público, había ganado la propiedad de Vange para la Iglesia a través de un método más seguro: una herencia, la cual (sobre todo en ausencia de un heredero) sería una prueba inatacable de la fidelidad del testador a la Iglesia Católica. Pero aún le quedaba una última tarea: colocar un insalvable obstáculo a cualquier futuro cambio de intención por parte de Romaine. Por lo que se refería al obstáculo en cuestión, el padre Benwell hacía tiempo ya que había tomado una decisión.

Durante unos minutos paseó arriba y abajo de la habitación sin mirar a su invitado.

—¿Qué era lo que tenía que decirle? —prosiguió—. Ah, estaba hablando del tema de su vida futura, de la mejor manera de utilizar sus energías.

—Es usted muy amable, padre Benwell, pero el tema me interesa muy poco. Mi vida futura ya está planeada: retiro doméstico, ennoblecido por mis deberes religiosos.

Aún recorriendo la habitación, el padre Benwell se detuvo repentinamente ante esa respuesta, y amablemente posó su mano en el hombro de Romaine.

—No permitiremos que un buen católico digno de mejores empresas se conforme con un retiro doméstico —dijo—. La Iglesia, Romaine, desea sus servicios. Jamás he adulado a nadie en mi vida, pero puedo decirle a la cara lo que he dicho a sus espaldas. Un hombre de un sentido del honor tan estricto como el suyo, de su intelecto, de tan elevadas aspiraciones, de su encanto personal e influencia, no es alguien a quien podamos permitirnos desperdiciar. Hábleme con franqueza, querido amigo, y yo seré franco con usted. Déjeme ponerle un ejemplo. Yo le digo, con

autoridad, que le espera un envidiable futuro.

Las pálidas mejillas de Romaine se sonrojaron de excitación.

—¿Qué futuro? —preguntó con impaciencia—. ¿Soy libre para elegir? Debo recordarle que un hombre casado no puede pensar sólo en sí mismo.

—Suponga que no está casado.

—¿A qué se refiere?

—Romaine, estoy intentando penetrar en esa inveterada reserva que es uno de los defectos de su carácter. A menos que consiga usted revelarme esos pensamientos secretos, esas aflicciones calladas, que a nadie más puede confiar, deberé dar esta conversación por terminada. ¿No ansía usted, en lo más profundo de su alma, algo más que la posición que ocupa en la actualidad?

Hubo un silencio. El rubor de las mejillas de Romaine desapareció. Estaba callado.

—No está usted en el confesionario —le recordó el padre Benwell, sometiéndose tristemente a las circunstancias—. No tiene obligación de responderme.

Romaine hizo acopio de fuerzas. Le costaba hablar.

—Me da miedo contestar —dijo.

Esa respuesta aparentemente desalentadora armó al padre Benwell con una total confianza en el éxito, que hasta entonces no había sentido. Fue abriéndose paso hacia el interior de la mente de Romaine, hasta lo más profundo, con esa sutil e inteligente perspicacia en la que, después de tantos años de práctica, era un maestro.

—Quizá no he conseguido hacerme entender —dijo—. Intentaré expresarme con total claridad. No es usted un hombre de medias tintas, Romaine. Lo que cree, lo cree a pie juntillas. Las impresiones que alcanzan su mente no son tenues, ni lentas. Y el resultado es que, una vez llevada a cabo su conversión, ha entregado toda su alma a la fe. ¿Me equivoco al juzgar su carácter?

—Yo diría que no.

El padre Benwell prosiguió.

—Tenga en mente lo que acabo de decirle —prosiguió— y comprenderá por qué creo mi deber insistir en la pregunta que aún no me ha contestado. Ha hallado en la Iglesia Católica la paz espiritual que no había logrado por otros medios. De ser usted otra persona, no esperaría del cambio otro resultado que este. Pero yo le pregunto, ¿acaso esa bendita influencia no ha tenido en su corazón consecuencias más nobles y profundas? ¿Es usted capaz de decirme con total sinceridad: «Estoy satisfecho con lo que tengo; no quiero nada más»?

—No, no puedo —contestó Romaine.

Había llegado el momento de hablar sin tapujos. El padre Benwell dejó de avanzar hacia su meta enfoscado en una nube de palabras.

—Hace un rato —dijo— se refirió a Penrose diciendo que le gustaría compartir su

destino en la vida. La vocación que le ha llevado a hacerse misionero, como le dije, sólo se adapta a un hombre de su especial carácter y talento. Pero la vocación que le ha llevado a abrazar las sagradas filas del sacerdocio está abierta a cualquiera que sienta esa llamada divina, que ha convertido a Penrose en uno de los nuestros.

—¡No, padre Benwell! Esa vocación no está abierta a cualquiera.

—¡Yo le digo que sí!

—¡En todo caso, no a mí!

—Y yo le digo que está abierta a usted. Y es más, le ordeno, le mando, que aparte de su mente todos los obstáculos y desánimos meramente humanos. Un hombre que siente la llamada del sacerdocio ni debe tenerlas en cuenta. ¡Deme la mano, Romaine! ¿Le dice su conciencia que usted es ese hombre?

Romaine se puso en pie de un salto, estremecido hasta el alma por la solemnidad de esa llamada.

—¡No puedo apartar los obstáculos que me rodean! —gritó con pasión—. Para un hombre en mi posición, su consejo es absolutamente inútil. Los lazos a que estoy ligado están más allá de lo que puede comprender un sacerdote.

—No hay nada que un sacerdote no pueda comprender.

—Padre Benwell, estoy casado.

El padre Benwell dobló los brazos sobre el pecho, miró a la cara a Romaine con inamovible resolución, y lanzó el golpe que llevaba preparando durante meses.

—Anímese —dijo con severidad—. Usted está tan casado como yo.

CAPÍTULO 4

Camino de Roma

Un silencio llenó la habitación. Romaine se puso en pie, mirando al sacerdote.

—¿Ha oído lo que he dicho? —preguntó el padre Benwell.

—Sí.

—¿Ha entendido que lo decía en serio?

Romaine no contestó: no dijo nada, como a la espera de oír más.

El padre Benwell era consciente, en aquel momento, de la enorme importancia de no arrugarse ante la responsabilidad que había contraído.

—Veo que le he incomodado —dijo—, pero, por su bien, estoy obligado a hablar. Romaine, la mujer con que usted se casó era la esposa de otro hombre. No me pregunte cómo lo sé. Pero lo sé. En cuanto se recupere, le enseñaré las pruebas. Venga, descanse en mi sillón.

Cogió a Romaine del brazo, lo llevó a la butaca y le dio un poco de vino. Guardaron unos instantes de silencio. Romaine alzó la cabeza, con un hondo suspiro.

—La mujer con la que me he casado es la esposa de otro hombre. —Lentamente, se repitió las palabras para sí; a continuación miró al padre Benwell.

—¿Quién es el hombre? —preguntó.

—Yo se lo presenté, cuando desconocía tanto como usted las circunstancias que acabo de referirle. Es Mr. Bernard Winterfield.

Romaine medio se levantó del asiento. Una cólera momentánea brilló en sus ojos y se desvaneció enseguida, extinguida por las más nobles emociones de pesar y vergüenza. Recordó el día en que Winterfield fue presentado a Stella.

—¡Su marido! —exclamó, hablando de nuevo para sí—. Y me dejó que se lo presentara. Y le recibió como a un desconocido. —Calló, y reflexionó sobre ello—. Las pruebas, por favor —añadió con súbita humildad—. No quiero oír los detalles. Tendré suficiente con saber, más allá de cualquier tipo de duda, que me han engañado y deshonrado.

El padre Benwell abrió su escritorio y colocó dos documentos ante Romaine. Cumplió con su deber con grave indiferencia ante cualquier nimia consideración. No era momento de expresar ni compasión ni remordimiento.

—El primer documento —dijo— es una copia certificada del registro matrimonial de miss Eyrecourt y Mr. Winterfield, celebrado (como verá) por el capellán inglés de Bruselas, y con tres testigos. Mire los nombres.

La madre de la novia era el primer testigo. Los otros dos eran los de lord y lady Loring.

—¡También ellos participaron en esa conspiración para engañarme! —exclamó Romaine, dejando el documento sobre la mesa.

—Conseguí esta prueba documental —continuó el padre Benwell— con la ayuda de un reverendo colega mío residente en Bruselas. Le daré su nombre y dirección, por si quiere averiguar algo más.

—No hace falta. ¿Qué es el otro documento?

—Un extracto de las notas taquigrafiadas (suprimidas en los informes de prensa) de las actas de un tribunal inglés, obtenidas a petición mía por mi abogado en Londres.

—¿Qué tienen que ver conmigo?

Pronunció la pregunta en un tono de pasiva suportación: resignado al más severo martirio moral que se le podía infligir.

—Le responderé en dos palabras —dijo el padre Benwell—. En justicia, debo excusar a miss Eyrecourt por haberse casado con usted.

Romaine le miró lleno de asombro.

—¡Excusarla! —repitió.

—Sí, excusarla. Las actas a que he aludido declaran que el matrimonio entre miss Eyrecourt y Mr. Winterfield es nulo y sin valor... para la ley inglesa, por estar él casado con otra mujer. Intente seguirme. Se lo resumiré lo más posible. Para ser justo con usted, y con su futura vocación, debe comprender cabalmente este repugnante caso, de principio a fin.

Tras ese prefacio, le contó la historia del primer matrimonio de Winterfield; sin alterar nada; sin ocultar nada; haciéndole justicia a la inocencia de Winterfield y exculpándole de toda mala intención, de principio a fin. Cuando la pura verdad sería a los fines del padre Benwell, como sin duda ocurría en este caso, no había otro hombre en la tierra que le igualara a la hora de abandonar todo vestigio de reserva y presentar su corazón desnudo a la admiración moral de la raza humana.

—Usted se apenó y yo me sorprendí —prosiguió— cuando Mr. Winterfield dejó de tratarle. Ahora sabemos que actuó como un hombre honorable.

Esperó a ver el efecto de sus palabras. Romaine no estaba con ánimos para hacerle justicia a Winterfield ni a nadie. Su orgullo había recibido una herida mortal; su elevado sentido del honor y su extrema sensibilidad se retorcieron ante el ultraje infligido.

—Y recuerde —insistió el padre Benwell— que la naturaleza humana tiene derecho a que se le concedan todas las excusas e indulgencias posibles. Como es natural, miss Eyrecourt fue aconsejada por sus amigos y, como es natural, procuró ocultarle lo ocurrido en Bruselas. Se trata de una mujer sensible que de pronto se vio colocada en una posición horriblemente falsa y degradante, por lo que no hay que juzgarla con severidad, aunque obrara mal. Debo decírselo..., esto y algo más. Yo

conozco a las partes implicadas, y no tengo la menor duda de que miss Eyrecourt y Mr. Winterfield se separaron a la puerta de la iglesia.

Romayne le respondió con una mirada tan desdeñosamente expresiva de la más inamovible incredulidad que justificaba plenamente el fatal consejo mediante el cual los amigos de Stella, eruditos en la ciencia de la vida, la habían animado a ocultar la verdad. El padre Benwell cerró prudentemente los labios. Había expuesto el caso con total ecuanimidad: ni sus peores enemigos podían negarlo.

Romayne tomó el segundo documento, lo miró y lo arrojó sobre la mesa con expresión de disgusto.

—Acaba de decirme —exclamó— que he estado casado con la mujer de otro hombre. Y aquí me enseña la decisión de un juez, por la que se libera a Mrs. Eyrecourt del matrimonio con Mr. Winterfield. ¿Puedo pedirle una explicación?

—Desde luego. Primero deje que le recuerde que debe usted lealtad religiosa a los principios que la Iglesia ha proclamado en los siglos anteriores, con toda la autoridad de su divina institución. ¿Lo admite?

—Lo admito.

—¡Y ahora escuche! En nuestra Iglesia, Romayne, el matrimonio es más que una institución religiosa: es un sacramento. No reconocemos ninguna ley humana que profane ese sacramento. Le pondré dos ejemplos. Cuando el gran Napoleón estaba en la cúspide de su poder, Pío VII se negó a reconocer la validez del segundo matrimonio del emperador con María Luisa mientras viviera Josefina, aun cuando estuvieran divorciados por el senado francés. Y de nuevo, a pesar de la Ley de Bodas Reales, la Iglesia ratificó el matrimonio de Mrs. Fitzherbert con Jorge IV y todavía afirma, en justicia a su memoria, que ella fue la esposa legítima del rey. En una palabra, el matrimonio, para que sea matrimonio, debe ser el objeto de una celebración puramente religiosa y, cumplida esta condición, sólo podrá disolverlo la muerte. ¿Recuerda lo que le dije de Mr. Winterfield?

—Sí. Su primer matrimonio tuvo lugar ante el secretario del registro civil.

—Lo que, hablando en plata, significa que Mr. Winterfield y la caballista del circo pronunciaron unas palabras rutinarias ante un seglar en una oficina. Y ese no es un matrimonio, sino una blasfema profanación de un rito sagrado. Las leyes del parlamento que aprueban tales procedimientos son leyes para infieles. Eso dice la Iglesia, en defensa de la religión.

—Le entiendo —dijo Romayne—. Entonces, el matrimonio de Mr. Winterfield en Bruselas...

—Que la ley inglesa —interrumpió el padre Benwell— declara nulo a causa del otro matrimonio en el registro civil, sigue siendo válido, sin embargo, por la ley superior de la Iglesia. Mr. Winterfield es el marido de miss Eyrecourt, mientras uno de los dos esté con vida. Un sacerdote ordenado llevó a cabo la ceremonia en un

edificio consagrado, y los matrimonios protestantes así celebrados son reconocidos por la Iglesia Católica. En estas circunstancias, la ceremonia que posteriormente le unió a usted con miss Eyrecourt (aunque por ello no haya que culparle a usted ni al clérigo) fue un simple simulacro. ¿Debo añadir algo más? ¿Quiere que le deje un rato a solas?

—¡No! No sé qué podría llegar a pensar, ni qué podría llegar a hacer, si me deja solo.

El padre Benwell tomó una silla y se sentó junto a Romaine.

—Ha sido un deber muy duro para mí afligirle y humillarle —dijo—. ¿No me guarda rencor? —Le tendió la mano. Romaine la aceptó como un acto de justicia, no de gratitud. —¿Me deja darle un consejo? —preguntó el padre Benwell.

—¿Quién puede aconsejar a un hombre en mi situación? —replicó Romaine con amargura.

—Al menos, déjeme sugerirle que se tome un tiempo para reflexionar sobre su situación.

—¿Tiempo? ¿Que me tome tiempo? Habla como si mi situación fuera soportable.

—¡Todo es soportable, Romaine!

—Puede que lo sea para usted, padre Benwell. ¿Dijo adiós a su humanidad cuando se puso la negra sotana de sacerdote?

—Dije adiós, hijo mío, a esas debilidades de nuestra humanidad de las que se aprovechan las mujeres. Habla usted de su situación. Se la expondré de la manera más cruda posible.

—¿Con qué fin?

—Para que se dé cuenta de lo que tiene que decidir ahora. Según la ley de Inglaterra, Mrs. Romaine es su mujer. Según los principios sagrados de la comunidad religiosa a la que usted pertenece, ella no es Mrs. Romaine, sino Mrs. Winterfield, y vive con usted en adulterio. Si ahora lamenta su conversión...

—No la lamento, padre Benwell.

—Si renuncia a las sagradas aspiraciones que me ha confesado, regrese a su vida conyugal. Pero no nos pida, mientras viva con esa dama, que le respetemos como miembro de nuestra comunidad.

Romaine quedó en silencio. Las más violentas emociones surgidas en él habían remitido, con el tiempo, a la calma. La ternura, la compasión, el afecto de días pasados, tuvieron su oportunidad y le imploraron. El descarnado lenguaje del sacerdote había errado el objetivo. Había revivido, en la memoria de Romaine, la imagen de Stella las primeras veces que la vio. Cuán benéfica había sido entonces su influencia; con qué ternura, con qué lealtad, ella le había amado.

—¡Deme más vino! —gritó—. Me siento débil y mareado. No me desprecie, padre Benwell. ¡Hubo una época en la que la amé tanto!

El sacerdote le sirvió vino.

—Lo siento por usted —dijo—. De verdad que lo siento por usted.

No era mentira: había algo más que una pizca de verdad en aquel arrebatado de compasión. El padre Benwell no era una persona totalmente despiadada. Su perspicaz intelecto, su osada doblez, le llevaban sin desvíos al fin que tenía como objetivo. Pero, una vez lo lograba (y recordemos que, en este caso, no lo lograba sólo para él), le quedaban impulsos de compasión que a veces afloraban a la superficie. Aquel que posee una gran inteligencia (por mal uso que haga de ella, y por poco que la merezca) posee un regalo del cielo. Si lo que queréis ver es la maldad sin paliativos, buscadla en un necio.

—Déjeme mencionarle una circunstancia —procedió el padre Benwell— que quizá le alivie momentáneamente. En su actual estado de ánimo, no puede volver a El Retiro.

—¡Imposible!

—Le he hecho preparar una habitación en esta casa. Aquí, libre de cualquier perturbadora influencia, puede decidir el rumbo de su vida futura. Si desea comunicarse con su residencia de Highgate...

—¡Ni se le ocurra mencionarlo!

El padre Benwell suspiró.

—Ah, entiendo —dijo con tristeza—. La casa le recuerda la visita de Mr. Winterfield...

Romayne volvió a interrumpirle, esta vez apenas con un gesto. Y la mano que había hecho el gesto, cuando posteriormente reposó sobre la mesa, se apretó en un puño. Bajó la vista, la frente en pronunciado ceño. Al oír el nombre de Winterfield, los recuerdos que envenenaban todas las buenas influencias que había en él acudían ponzoñosos a su mente. De nuevo abominó de aquel engaño de que había sido objeto. De nuevo la detestable duda acerca de aquella supuesta separación a la puerta de la iglesia renovó su furtivo tormento, y se le expresó con estas palabras: «Ella te engañó en una cosa, ¿por qué no también en la otra?».

—¿Puedo hacer venir aquí a mi abogado? —preguntó repentinamente.

—Mi querido Romayne, puede invitar a quien desee.

—No le molestaré quedándome mucho tiempo, padre Benwell.

—No haga nada precipitadamente, hijo mío. ¡Se lo ruego, no haga nada precipitadamente!

Romayne no prestó atención a esa súplica. Eludiendo la trascendental decisión que le aguardaba, su mente se refugió de manera instintiva en la perspectiva de un cambio de aires.

—¡Me iré de Inglaterra! —dijo impaciente.

—Pero no solo —objetó el padre Benwell.

—¿Y quién será mi acompañante?

—Yo —contestó el sacerdote.

Apareció un tenue brillo en los ojos de Romaine. En su solitaria situación, el padre Benwell era el único amigo en quien podía confiar. Penrose estaba lejos; los Loring habían participado en el engaño; el mayor Hynd le había compadecido y despreciado abiertamente como víctima de las argucias de los sacerdotes.

—¿Puede venir conmigo en cualquier momento? —preguntó—. ¿No tiene deberes que le retengan en Inglaterra?

—Mis deberes, Romaine, ya han sido confiados a otras manos.

—Entonces, ¿ya había previsto todo esto?

—Me parecía plausible. Puede que su viaje sea largo, o puede que corto, pero no irá solo.

—Me resulta imposible pensar en nada; tengo la mente en blanco —confesó Romaine con tristeza—. No sé dónde ir.

—Yo sí sé dónde debería ir, y dónde irá —dijo el padre Benwell de manera categórica.

—¿Dónde?

—A Roma.

Romaine comprendió lo que realmente significaba aquella breve respuesta. Una vaga consternación comenzó a dibujarse en su mente. Mientras aún le torturaba la duda, le pareció que el padre Benwell, a través de algún inescrutable proceso de previsión, había planeado su futuro de antemano. ¿Acaso aquel sacerdote veía los sucesos con anteojo de aumento?

No, simplemente había previsto todas las posibilidades, desde el día en que por primera vez se le ocurrió que el matrimonio de Romaine, ante el tribunal de su conciencia y desde el punto de vista católico, era atacable. De este modo, pudo obviar el infortunio, cara a su conversión, de que Romaine estuviese casado; y aún podía interponer un obstáculo insalvable —el del sacerdocio— ante la eventualidad de que el converso cambiara de opinión y deseara volver con su esposa. Hasta ese momento, el jesuita había sido modesto ante sus reverendos colegas al considerar su posición con respecto a Romaine bajo una nueva luz. Su próxima carta les explicaría sin recato alguno lo que realmente quería decir. La victoria estaba en sus manos. Aquella mañana, él y su huésped no cruzaron más palabras.

Antes de que saliera el correo, el padre Benwell escribió este último informe al secretario de la Compañía de Jesús: «Romaine está libre de los vínculos conyugales que le ataban. En su testamento, lega Vange Abbey a la Iglesia; y reconoce su vocación sacerdotal. Espérenos en Roma dentro de quince días».

DESPUÉS DE LA HISTORIA

EXTRACTOS DEL DIARIO DE BERNARD WINTERFIELD

I

Winterfield se defiende

Beaupark House. 17 de junio de 18...

Apenas nos vemos, primo Beeminster. Pero de vez en cuando me llegan noticias tuyas, a través de amigos comunes.

La última vez que oí hablar de ti fue para enterarme de que habías asistido a la cena que dio sir Philip hace una semana con ocasión del cobro de las rentas. Uno de los caballeros allí presentes mencionó mi nombre, circunstancia que aprovechaste para abordar el tema de tu libre albedrío y referirte a mí en estos términos:

«Lamento hablar así del actual cabeza de linaje, pero Bernard no está preparado para ocupar esa posición. Lo menos que se puede decir de él es que ha puesto en un compromiso a sus parientes, y a él mismo, en más de una ocasión. Comenzó de joven casándose con una caballista de circo. Después de eso hubo otras trapisondas que consiguió ocultarnos. Sólo sabemos lo desafortunadas que debieron de ser por las consecuencias que acarrearón: pasó más de un año voluntariamente exiliado de Inglaterra. Y ahora, para acabar de rematarlo, se ve envuelto en ese desgraciado y repugnante asunto de Lewis Romaine y su mujer».

Si otra persona hubiera hablado de mí en esos términos, le habría tachado de idiota y ruin, merecedor de un puntapié quizá, pero no de más atención por mi parte.

Contigo, el caso es distinto. Si muero sin descendencia, la hacienda de Beaupark iría a parar a ti, como siguiente heredero.

No permito que un hombre en dicha posición me calumnie, ni a aquellos a quienes aprecio, sin contradecirle de inmediato. El nombre que llevo me es muypreciado, por el recuerdo de mi padre. Tu alusión a mis relaciones con «Lewis Romaine y su mujer», al quedar sin respuesta, y viniendo de un miembro de la familia, será recibida como una verdad. Y como no quiero que esto quede así, voy a desvelarte, sin reserva alguna, uno de los episodios más tristes de mi vida. No tengo de qué avergonzarme, y si hasta ahora he mantenido en silencio algunos sucesos, ha sido pensando en otras personas, no en mí. Pero he aprendido. Ahora sé que la reputación de una mujer —si es una buena mujer— no se ve fácilmente comprometida por la verdad. La persona en quien estoy pensando al escribir estas líneas sabe lo que voy a hacer, y lo aprueba.

Con estas líneas recibirás una crónica de los hechos lo más veraz posible, pues consta de extractos de mi propio diario. Vienen acompañados (cuando me ha parecido que era necesario) de pruebas documentales de otras personas.

Nunca nos hemos tenido mucha simpatía. Pero has sido educado como un

caballero y, cuando leas mi narración, espero que nos hagas justicia, a mí y a los demás, aun cuando opines que actuamos de manera imprudente en circunstancias que eran difíciles y críticas.

II

Winterfield resume su diario

Primer extracto

11 de abril de 1859.— Hoy Mrs. Eyrecourt y su hija se han ido de Beaupark House rumbo a Londres. ¿He causado alguna impresión en el corazón de la hermosa Stella? En mi desdichada posición —ignorante de si soy libre o no— no me he atrevido a reconocer formalmente que la amo.

12.— ¡Me estoy volviendo supersticioso! En la necrológica del *Times* de hoy, aparece la muerte de esa infortunada mujer con la que cometí la locura de casarme.

Tras no saber nada de ella durante siete años, ¡soy libre! No hay duda de que se trata de un buen presagio. ¿Debo seguir a Mrs. Eyrecourt y a su hija a Londres y declararme? No confío lo bastante en mi atractivo como para correr ese riesgo. Mejor escribir primero, en la más estricta confidencialidad, a Mrs. Eyrecourt.

14.— Una encantadora respuesta de la madre de mi ángel, escrita apresuradamente. Están a punto de salir hacia París. Stella está alterada y disgustada; quiere cambiar de aires; y Mrs. Eyrecourt añade, con muchas más palabras: «Es usted quien la ha puesto en este estado; ¿por qué no le habló mientras estábamos en Beaupark?». Me volverá a escribir desde París. El bueno del padre Newbliss me decía constantemente que yo le gustaba, y se preguntaba, al igual que Mrs. Eyrecourt, por qué no me declaraba. ¿Cómo iba a hablarles de los odiosos grilletos que por entonces me tenían atado?

18, París.— ¡Me ha aceptado! No hay palabras para expresar mi felicidad.

19.— Llega una carta de mi abogado, llena de todas las sutilezas y demoras profesionales. No tengo paciencia para enumerarlas. Mañana nos vamos a Bélgica. No nos casaremos en Inglaterra. Stella siente tan pocos deseos de abandonar el continente que es probable que la boda se celebre en el extranjero. Pero también está harta de la constante jovialidad y oropel de París, y quiere ver las antiguas ciudades belgas. Su madre deja París con pesar. Nunca había visto una mujer de sus años con tanta vitalidad.

Bruselas, 7 de mayo.— Benditas sean estas antiguas ciudades belgas. Mrs. Eyrecourt está tan ansiosa de alejarse de ellas que me apoya en mi idea de adelantar la fecha de la boda, e incluso consiente, muy a su pesar, en permitir que se celebre en

Bruselas, en una ceremonia íntima y modesta. Sólo ha exigido que estén presentes lord y lady Loring (viejos amigos). Llegarán mañana, y nos casaremos dos días después.

(Se adjunta aquí un documento. Es la confesión, en el lecho de muerte, de la esposa de Mr. Winterfield, y la carta aclaratoria escrita por el rector de Belhaven. Dejaremos que las circunstancias relatadas en estos documentos, conocidas por el lector, hablen por sí mismas, y prosequiremos con los extractos del diario.)

Binge, junto al Rin, 19 de mayo.— Por fin carta de Devonshire, que alivia, aunque sea poco, mi desdicha. Cuando menos, el terrible infortunio de Bruselas se mantendrá en secreto, por lo que a mí se refiere. Beaupark House está cerrado, y he despedido a los criados «a consecuencia de mi residencia en el extranjero». He escrito al padre Newbliss. Como no me atrevo a confesarle la verdad, le dejo deducir que mi compromiso de matrimonio se ha roto; me contesta con palabras amables y confortantes. Supongo que el tiempo me ayudará a soportar mi destino. Quizá, algún día, Stella y sus amigos se den cuenta de cuán injusta y cruelmente me han juzgado.

Londres, 8 de noviembre de 1860.— La vieja herida ha vuelto a abrirse. Me encontré con ella, accidentalmente, en una galería de pintura. Se quedó pálida como una muerta, y se fue corriendo. ¡Oh, Stella! ¡Stella!

Londres, 12 de agosto de 1861.— Otro encuentro con ella. Y otra escena desagradable, que podría haberme evitado si hubiera leído los compromisos matrimoniales que aparecen en los periódicos. Al igual que otros hombres, tengo la costumbre de dejar esas noticias a las mujeres.

Fui a visitar a mi nuevo y agradable amigo, Mr. Romyne. Su mujer llegó a la casa mientras yo miraba por la ventana. ¡Reconocí a Stella! Después de dos años, ha hecho uso de la libertad que le di. No debo quejarme por ello, ni de que me tratara como a un desconocido, cuando su marido, inocentemente, nos presentó. Pero cuando posteriormente nos quedamos unos minutos a solas... ¡no! Soy incapaz de anotar las crueles palabras que me dirigió. ¿Por qué soy tan necio de quererla como antes?

Beaupark, 16 de noviembre.— Tengo la impresión de que Stella no es feliz en su matrimonio. El periódico de hoy anuncia la conversión de su marido a la fe católica. Puedo decir, honestamente, que lo siento por ella, sabiendo cómo ha sufrido a causa de la conversión de su hermana. Pero odio tanto a ese Romyne, que esta muestra de debilidad por su parte me resulta un auténtico consuelo.

Beaupark, 27 de enero de 1862.— Recibo carta de Stella. Lo que me cuenta es tan sobrecogedor y deplorable que no puedo permanecer lejos de ella después de leerla. Su marido la ha abandonado. Se ha ido a Roma, a pasar un período de prueba antes de la ordenación sacerdotal. Hoy iré a Londres en tren.

Londres, 27 de enero.— Breve como es la carta de Stella, la leí una y otra vez durante el trayecto. El tono de las frases finales es aún deliberadamente frío. Tras informarme que vive con su madre en Londres, concluye la carta con estas palabras:

«No temas tener que cargar con el peso de mis problemas. Desde aquel día fatal en que nos encontramos en Ten Acres, me has demostrado tu paciencia y comprensión. No dejo de preguntarme si eres sincero: a ti te corresponde probarlo. Pero quiero preguntarte varias cosas, que nadie más que tú puede responder. Por lo demás, el hecho de que no tenga amigos contribuirá quizá a que no me malinterpretes. ¿Puedo volver a escribirte?».

¡La desconfianza de siempre en cada frase! Si cualquier otra mujer me hubiera tratado así, habría arrojado su carta al fuego y no me habría movido de mi comfortable casa.

29 de enero.— Me he saltado un día en mi diario. Los sucesos de ayer me desanimaron.

Al llegar al Hotel Derwent, la tarde del 27, le envié por mensajero unas líneas a Stella, pidiéndole que me recibiera.

¡La manera en que las menores insignificancias afectan a las mujeres es realmente curiosa! En su nota de respuesta se le escapa, por primera vez desde que nos separamos en Bruselas, la expresión de un sentimiento amistoso hacia mí. ¡Y esta expresión procede de su irreprimible sorpresa y gratitud por el hecho de que por ella yo viniera a Londres desde Devonshire!

Por lo demás, me propuso visitarme en mi hotel a la mañana siguiente. Al parecer, ella y su madre disientan sobre la manera en que Mr. Romaine se había portado con Stella; y ella deseaba verme, en primera instancia, libre de las interferencias de Mrs. Eyrecourt.

Esa noche dormí poco. Pasé casi todo el tiempo fumando y caminando por la habitación. Mi único alivio fue *Viajero*: tanto me imploró acompañarme a Londres que no pude resistirme. El perro siempre duerme en mi habitación. Su sorpresa ante mi extraordinaria inquietud (que acabó en auténtica ansiedad y alarma) se delataba en sus ojos, y en sus leves gemidos y aullidos, casi tan inteligibles como si se expresara con palabras. ¿Quién fue el primero que dijo que los perros eran tontos? Supongo que debió de ser un hombre, y un hombre de lo más antipático, desde el punto de vista del perro.

Poco después de las diez, en la mañana del 28, Stella entraba en mi salón.

Vi que su aspecto había cambiado para peor, a causa, imagino, de las duras pruebas a que se había enfrentado, pobre criatura. Sus rasgos eran menos delicados, más tristes; su tez, más ajada. Incluso su vestido —y eso, sin duda, no lo habría observado en otra mujer— parecía caerle suelto y descuidado. En la excitación del momento, olvidé el largo período que habíamos permanecido separados; medio levanté mi mano para tomar la suya, pero me contuve. ¿Me equivocaba al suponer que ella sentía el mismo impulso, y también lo reprimía? Stella ocultó su azoro, si es que lo sentía, acariciando al perro.

—Me avergüenza que hayas hecho este viaje en pleno invierno... —comenzó a decir.

En su situación, no podía permitirle que asumiera conmigo ese tono de circunstancias.

—Lamento mucho lo que te ha ocurrido —le dije— y, si puedo, deseo sinceramente ayudarte.

Me miró por primera vez. ¿Me creía, o aún dudaba? Mientras yo aún me hacía esa pregunta, sacó una carta del bolsillo, la abrió y me la entregó.

—Las mujeres a menudo exageran sus problemas —dijo—. Quizá esté abusando de tu paciencia, pero me gustaría que comprendieras que mi situación es mucho peor de lo que imaginas.

Esta carta te la expondrá en las propias palabras de Mr. Romaine. Léela, menos la página que está doblada.

Era la carta de despedida de su marido.

El lenguaje era escrupulosamente delicado y considerado. Pero, en mi opinión, no conseguía ocultar la fanática crueldad de la decisión de ese hombre. En esencia, decía lo siguiente:

«Se había enterado de lo de la boda en Bruselas, que ella le había ocultado de manera deliberada cuando se casaron. Posteriormente, Stella tampoco se lo confesó, en circunstancias que hacían imposible que volviera a confiar en ella». (Se refería, sin duda, a la desacertada manera en que me recibió, como si no me conociera de nada, cuando fui a Ten Acres Lodge.) Ante la desintegración de su vida conyugal, la Iglesia a la que ahora pertenecía no sólo le ofrecía consuelo divino, sino el honor, por encima de todas las distinciones terrenales, de servir a la causa de la religión en las sagradas filas del sacerdocio. Antes de su marcha a Roma, se despedía de ella en este mundo, y le perdonaba todas las ofensas que le había infligido. Por consideración a ella, deseaba añadir algo más. En primer lugar, quería hacerle justicia en un sentido mundano. Le regalaba Ten Acres Lodge para que disfrutara de la finca de por vida, con una renta suficiente para cubrir sus necesidades. En segundo lugar, tenía miedo de que ella malinterpretara sus razones. Fuera cual fuera su opinión de la conducta de

Stella, no era esa la única justificación para abandonarla. Dejando aparte los sentimientos personales, él sentía escrúpulos religiosos (que tenían que ver con su matrimonio) que no le dejaban otra alternativa que la separación que había decidido. Le explicaría brevemente esos escrúpulos, y mencionaría su derecho a albergarlos, en la última parte de la carta».

Ahí la carta estaba doblada, y la explicación se me ocultaba. Un tenue rubor pasó por su cara mientras le devolvía la carta.

—No es necesario que leas el final —dijo Stella—. Ahora ya sabes, en sus propias palabras, que me ha dejado; y (si eso te dice algo en su favor), también sabes que se muestra generoso con su esposa abandonada.

Fui a hablar. Stella vio en mi cara cómo despreciaba a Romaine, y me lo impidió.

—Sea cual sea tu opinión de su conducta —prosiguió—, te ruego que no me la digas. ¿Puedo pedirte tu opinión (ahora que has leído la carta) sobre otro asunto, referente a mi conducta? En el pasado...

Calló, pobre alma, con evidente confusión y pesar.

—¿Por qué hablar del pasado? —me atreví a decir.

—Debo hacerlo. En el pasado, creo haberte dicho que el testamento de mi padre nos legaba una importante renta a mí y a mi madre. ¿Sabes que tenemos bastante para vivir?

Me enteré en la época de nuestros esponsales, cuando se preparaban las capitulaciones. La madre y la hija tenían, cada una, una renta de unos cientos de libras al año. No recuerdo la cantidad exacta.

Tras responderle, esperé a oír más.

De pronto se quedó callada; el más terrible desconcierto apareció en su cara y en sus ademanes.

—No te preocupes del resto —dijo, dominando su confusión al cabo de unos instantes—. Últimamente he pasado una mala época; se me olvidan las cosas... —Hizo un esfuerzo por acabar la frase, pero no pudo, y llamó a *Viajero*, que acudió a su lado. Stella tenía lágrimas en los ojos, y pretendía ocultármelas jugando con el perro.

En general, no soy muy perspicaz a la hora de leer los pensamientos de los demás, pero creo que comprendía a Stella. Ahora que estábamos cara a cara, el impulso que había sentido de confiar en mí había superado, por el momento, su reserva y su orgullo; por una parte se sentía inclinada a seguirlo, por otra, la avergonzaba. Llegó por fin el momento que yo había esperado: el momento de probar, sin la menor indelicadeza por mi parte, que no había sido indigno de ella.

—¿Recuerdas mi respuesta a tu carta en la que me hablabas del padre Benwell? —pregunté.

—Sí, palabra por palabra.

—Te prometí que, si alguna vez me necesitabas, te probaría que no había sido

indigno de tu confianza. En tu situación actual, puedo mantener mi promesa. ¿Espero a que te calmes, o prefieres que sea enseguida?

—¡Enseguida!

—Cuando tu madre y tus amigos te apartaron de mi lado —proseguí—, si tú hubieras mostrado alguna vacilación...

Se estremeció. Supongo que se acordó de la imagen de mi desdichada esposa, esperándonos vengativa en la escalinata de la iglesia.

—¡No me lo recuerdes! —gritó—. Te lo suplico.

Abrí el cajón del escritorio en el que guardaba los papeles que me había enviado el rector de Belhaven, y los deposité sobre la mesa junto a la que estaba sentada. Me dije que lo mejor sería, ahora, decir pocas palabras, y claras.

—Desde que nos separamos en Bruselas —dije—, mi mujer ha muerto. Aquí hay una copia de su certificado de defunción. Stella se negó a mirarlo.

—No entiendo de estas cosas —dijo en un hilo de voz—. ¿Qué es esto?

Cogió la confesión de mi mujer en el lecho de muerte.

—Léelo —dije.

Stella parecía asustada.

—¿Qué me dirá? —preguntó.

—Te dirá, Stella, que en una ocasión las apariencias te llevaron a juzgar mal a un hombre inocente.

Dicho esto, me alejé hacia una ventana que había a su espalda, al otro extremo del cuarto, para que no pudiera verme mientras leía.

Al cabo de un rato —¡cuánto más largo me pareció del que realmente transcurrió! — la oí moverse. Mientras me volvía hacia ella, corrió hacia mí, y cayó de rodillas a mis pies. Intenté levantarla; le supliqué que creyera que la perdonaba. Me agarró las manos y las llevó a su cara: quedaron mojadas de lágrimas.

—Me avergüenzo de mirarte —dijo—. ¡Oh, Bernard, qué miserable he sido!

Nunca me había sentido tan apenado. No habría sabido qué decir, ni qué hacer, si mi viejo amigo *Viajero* no me hubiese ayudado a salir del paso. Él también vino corriendo hacia mí, y con los cariñosos celos de su raza, intentó lamerme las manos, aún aprisionadas entre las de Stella. Se puso de manos sobre el hombro de Stella, intentando abrirse paso entre los dos. Creo que conseguí fingir una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

—¡Vamos, vamos! —dije—. ¡*Viajero* se está poniendo celoso!

Me dejó que la levantara. Ah, si me hubiera besado... pero no ocurrió; besó al perro en la cabeza, y a continuación me habló. No anotaré lo que me dijo. No olvidaré sus palabras mientras viva.

La conduje de nuevo a su silla. La carta que me había dirigido el rector de Belhaven estaba aún sobre la mesa, sin leer. Me parecía importante que Stella

conociera su contenido, pues constituía la prueba de que la confesión era auténtica. Pero no me atreví a mencionársela en ese momento.

—Ahora sabes que tienes un amigo que te ayudará y te aconsejará... —comencé a decir.

—No —me interrumpió—; más que un amigo, di un hermano.

Lo dije.

—Tenías algo que pedirme —añadí— y todavía no sé qué es.

Comprendió a qué me refería.

—Lo que quería decirte —prosiguió Stella— es que he escrito una carta de rechazo a los abogados de Mr. Romaine. Me he marchado de Ten Acres, y no pienso volver; y me niego a aceptar ni un penique del dinero de Mr. Romaine. Mi madre, aunque sabe que tenemos suficiente para vivir, me dice que actúo con un orgullo y una necedad imperdonables. Quería preguntarte, Bernard, si tú piensas lo mismo que ella.

Me atrevería a decir que yo también fui imperdonablemente orgulloso y necio. Era la segunda vez que me llamaba por mi nombre de pila desde aquella época feliz que ya nunca regresaría. Fuera cual fuera el impulso que la hacía actuar así, la respetaba y admiraba por ese rechazo, y se lo confesé sin callarme nada. Estas palabras de ánimo parecieron aliviarla. Cuando estuvo mucho más calmada, me atreví a mencionar la carta del rector. Pero no quiso ni oír hablar de la carta.

—Bernard, ¿acaso no he aprendido ya que debo confiar en ti? Aparta esos papeles. Sólo hay una cosa que quiero saber. ¿Quién te los dio? ¿El rector?

—No.

—¿Quién fue, entonces?

—El padre Benwell.

Al oír el nombre dio un respingo, como si acabara de recibir una descarga eléctrica.

—¡Lo sabía! —gritó—. Es el sacerdote que ha destrozado mi matrimonio, y a través de estas cartas, antes de ponerlas en tus manos, se enteró de nuestra boda en Bruselas. —Calló unos instantes, y recobró el dominio de sí—. Esa era la primera pregunta que quería hacerte —dijo—. Ahora que sé la respuesta, no preguntaré más.

Sin duda se equivocaba con respecto al padre Benwell. Intenté explicarle el porqué.

Le dije que mi reverendo amigo me había entregado las cartas en mano con el sello que las protegía intacto. Stella rió desdeñosa. ¿Tan poco le conocía como para dudar ni por un momento de que era capaz de romper el sello y luego reemplazarlo? Aquel parecer me era completamente nuevo; estaba perplejo, pero no convencido. Nunca desconfió de mis amigos —aun cuando sean amigos recientes—, y seguía intentando defender al padre Benwell. Lo único que conseguí fue que cambiara de

opinión: ahora quería hacerme más preguntas. Inocentemente, había despertado en ella una nueva curiosidad. Estaba ansiosa de saber cómo había conocido al sacerdote, y cómo el padre Benwell me había hecho llegar aquellos documentos que sólo yo debía leer.

Sólo había una manera de responderle.

Para alguien como yo, poco acostumbrado a relatar pormenores de una manera ordenada, la tarea no fue ni mucho menos fácil, pero no tenía otra opción que contarle la larga historia del robo y el descubrimiento de los papeles del rector. Por lo que se refería al padre Benwell, la narración sólo confirmaba sus sospechas. Por lo demás, lo que más le interesó fueron las circunstancias relacionadas con el muchacho francés.

—Todo lo que tenga que ver con esa pobre criatura —dijo— me interesa enormemente.

—¿Le conocías? —le pregunté, sorprendido.

—A él y a su madre; en otra ocasión te contaré cómo les conocí. Supongo que tuve el presentimiento de que el muchacho me acarrearía alguna desgracia. En cualquier caso, cuando accidentalmente le toqué, temblé como si hubiese rozado una serpiente. Creerás que soy supersticiosa, pero, después de lo que has dicho, sin duda ha sido la causa indirecta de los infortunios que me han ocurrido. ¿Cómo consiguió robar los documentos? ¿Se lo preguntaste al rector, cuando fuiste a Belhaven?

—No le pregunté nada al rector. Pero él consideró su deber contarme lo del robo.

Acercó su silla a la mía.

—¡Cuéntamelo todo! —me suplicó con ansia.

Sentí cierta renuencia a cumplir su deseo.

—¿Crees que no merezco saberlo? —preguntó.

Sus palabras me obligaron a serle franco.

—Si repito lo que me contó el rector —dije—. Deberé hablar de mi mujer.

Me cogió la mano.

—Ya la has compadecido y perdonado —respondió—. Habla de ella, Bernard, y, por amor de Dios, piensa que mi corazón es más duro que el tuyo.

Le besé la mano que me había dado. ¡Incluso un «hermano» podía hacer eso!

—Todo comenzó —dije—, con esa mezcla de cariño y agradecimiento que el muchacho sentía por mi mujer. El día en que ella dictó su confesión al rector, el chaval se negó a separarse de su lecho. Como no entendía nada el inglés, nadie puso ninguna objeción. Pero a medida que avanzaba el dictado, empezó a hacer preguntas, y éstas llegaron a molestar al rector. Para satisfacer su curiosidad, mi mujer le dijo que estaba haciendo testamento. El chico, por lo que había visto en diversas ocasiones, asociaba la redacción de un testamento con regalos pecuniarios, y aquella explicación le silenció y le satisfizo.

—¿El rector entendía el francés? —preguntó Stella.

—Sí. Al igual que muchos otros ingleses con estudios, aunque no lo hablaba con fluidez, podía leerlo, y lo entendía bastante bien si lo oía. Tras la muerte de mi mujer, el rector puso al muchacho bajo los cuidados de su ama de llaves, que de joven había vivido en la isla de la Martinica, y era capaz de comunicarse en francés con el chico. Cuando este desapareció, ella fue la única que pudo arrojar algo de luz sobre sus razones para robar los documentos. El día que llegó a la casa, la mujer pilló al muchacho mirando por la cerradura de la puerta del estudio. Debió de ver dónde ponían la confesión, y el color del papel, de un azul pasado de moda, en el que estaba escrita, le ayudó a identificarla. A la mañana siguiente, en ausencia del rector, le llevó el manuscrito al ama de llaves y le pidió que se lo tradujera al francés, para así enterarse de cuánto dinero le habían dejado en «el testamento». Ella le reprendió severamente, le hizo devolver el documento al escritorio de donde lo había cogido, y le amenazó con contárselo al rector si volvía a comportarse de ese modo. Él prometió enmendarse, y la buena mujer le creyó. Aquella tarde los documentos se sellaron y se pusieron bajo llave. Por la mañana la cerradura estaba rota, y los papeles y el muchacho habían desaparecido.

—¿Crees que él le mostró la confesión a alguien? —preguntó Stella—. Sé que se los ocultó a su madre.

—Tras la reprimenda del ama de llaves —repliqué— fue lo bastante astuto como para no correr el riesgo de enseñárselo a desconocidos. Es mucho más probable que creyera ser capaz de aprender el suficiente inglés como para poder leerlo por sí mismo.

Ahí dejamos el tema. Permanecemos unos minutos en silencio. Ella pensaba, y yo la miraba. De repente, Stella levantó la cabeza. Sus ojos se posaron en mí con gravedad.

—¡Es muy raro! —dijo.

—¿El qué, es muy raro?

—Estaba pensando en los Loring. Me aconsejaron que no me fiara de ti, me aconsejaron que no dijera nada de lo de Bruselas, y no han sido ajenos al hecho de que mi marido me abandonara, pues conoció al padre Benwell en su casa. —Inclinó de nuevo la cabeza; sus siguientes palabras fueron más un murmullo para sí misma —: Todavía soy una mujer joven —dijo—. Dios mío, ¿qué va a ser de mí?

Esa mórbida manera de pensar me inquietó. Le recordé que tenía amigos que seguían siéndole fieles y la apreciaban.

—Tú eres el único —me dijo.

—¿Has visto a lady Loring?

—Ella y su marido me han escrito una amable carta en la que me dicen que su casa es la mía. No tengo derecho a culparles. Sus intenciones fueron buenas. Pero después de lo que ha pasado, no puedo volver con ellos.

—Lamento oírlo —dije.

—¿Qué piensas de los Loring? —me preguntó.

—Ni siquiera les conozco. No puedo pensar nada de ellos.

Yo seguía mirándola, y temo que mis ojos dijeran más que mis palabras. Si al llegar le quedaba alguna duda, en aquel momento debió de comprender que yo la quería igual que antes. Pareció más desolada que confusa. Hice un torpe intento por disimular.

—¿Supongo que permitirás que tu hermano te hable con franqueza? —supliqué.

Dijo que sí. Sin embargo, se levantó para marcharse, y con una palabra amable intentó (como yo esperaba) darme a entender que ya había obtenido su absolución.

—¿Vendrás a visitarnos mañana? —dijo—. ¿Podrás perdonar a mi madre con la misma generosidad que me has perdonado a mí? Procuraré, Bernard, que por fin te haga justicia.

Me tendió la mano para despedirse. ¿Qué podía decir? De haber sido un hombre decidido, podría haberme recordado que era mejor no verla demasiado. Pero como soy una criatura débil, acepté ir a visitarla el día siguiente.

30 de enero.— Acabo de volver de mi visita.

Mis pensamientos se hallan en un estado de indescriptible conflicto y confusión, y todo por culpa de la madre de Stella. Ojalá no hubiese ido a su casa. ¿Acaso soy una mala persona, y ahora mismo acabo de darme cuenta?

Cuando entré en el salón, Mrs. Eyrecourt estaba allí sola. A juzgar por su cálida acogida, la desgracia acaecida a su hija no parecía haber mitigado en absoluto su talante frívolo.

—Mi querido Winterfield —comenzó a decir—, me he comportado de manera infame. No diré que en Bruselas las apariencias no estaban en su contra, pero sí que no debimos confiar en las apariencias. Usted fue el ofendido; por favor, perdóneme. ¿Quiere que añada algo más, o nos damos la mano y echamos tierra sobre el asunto?

Naturalmente, nos dimos la mano. Mrs. Eyrecourt comprendió que yo buscaba a Stella con la mirada.

—Siéntese —dijo—, sea amable y confórmese con mi compañía. Déjeme aclararle algunas cosas, mi querido amigo, pues de lo contrario su relación con mi hija (¡aun con la mejor intención!) podría derivar hacia una situación engañosa. Hoy no verá a Stella. Es del todo imposible, y le diré por qué. No importa lo que yo diga; no soy más que su anciana madre, siempre de fiesta en fiesta. Mi inocente hija se dejaría matar antes de confesarle lo que voy a decirle. ¿Puedo ofrecerle algo de comer? ¿Ya ha almorzado?

Le supliqué que prosiguiera. Me dejó perplejo; creo que incluso me alarmó.

—Muy bien —continuó—. Es posible que le sorprenda lo que voy a decirle, pero no pienso permitir que las cosas vayan de este modo. Mi despreciable yerno volverá

con su mujer.

Eso me dejó atónito, y supongo que se notó.

—Espere un poco —dijo Mrs. Eyrecourt—. No hay motivo de alarma. Romaine es un pobre necio, y (como es natural) el padre Benwell ya le ha puesto sus codiciosas manos en los bolsillos. Pero a Romaine, si no estoy equivocada, aún le queda un poco de vergüenza, y algún que otro sentimiento humano. Después de la manera como se ha comportado, dirá usted que eso es sólo una remota posibilidad. Muy probable. Sin embargo, me he atrevido a apelar a ambas posibilidades. Romaine ya ha puesto rumbo a Roma, y no necesito añadir (el padre Benwell se ha cuidado de ello) que no ha dejado dirección alguna. Poco importa. Una de las ventajas de frecuentar la sociedad es que en todas partes tengo amables conocidos dispuestos a hacerme un favor, siempre y cuando no les pida dinero. Le he escrito a Romaine, y he enviado la carta a un amigo mío que vive en Roma. Allí donde vaya Romaine, mi carta le llegará.

Hasta ese momento, la había escuchado con toda calma, imaginando que Mrs. Eyrecourt lo fiaba todo a sus argumentos y convicciones. Lo confieso, incluso ante mí mismo, con vergüenza. Me suponía un alivio creer que sus opciones (con alguien tan fanático como Romaine) era de cien contra uno en su contra.

Tan indigna manera de pensar fue refrenada al instante por las siguientes palabras de Mrs. Eyrecourt.

—No me crea tan estúpida como para intentar razonar con él —continuó—. Mi carta empieza y acaba en la primera página. Su esposa tiene algo que comunicarle, algo que apela a los sentimientos de cualquier recién casado. Deje que le haga justicia. Cuando se fue, no sabía nada. Mi carta... mi hija no sospecha nada que le he escrito transmitiéndole la buena nueva.

Hizo una pausa. Su mirada se apagó, bajó la voz: de pronto dejó de parecerse a la Mrs. Eyrecourt que yo conocía.

—En unos meses —dijo—, mi pobre Stella será madre. En mi carta reclamo a Romaine que vuelva con su esposa y su hijo.

Mrs Eyrecourt calló. Evidentemente, esperaba que compartiera su opinión. Por un instante, fui incapaz de hablar. La madre de Stella nunca tuvo una gran opinión de mi inteligencia. Creo que en aquel momento me consideraba la persona más estúpida de todas cuantas conocía.

—¿Está un poco sordo, Winterfield? —preguntó.

—No, que yo sepa.

—¿Me ha entendido?

—Oh, sí.

—Entonces, ¿por qué no dice nada? Quiero saber qué opina un hombre de nuestras posibilidades. ¡Por Dios, estése quieto! Póngase en el lugar de Romaine y

dígame una cosa. Si usted hubiese dejado a Stella...

—Yo nunca la habría dejado, Mrs Eyrecourt.

—Cállese. No sé qué habría hecho usted. Insisto en que imagine que es usted una persona débil, supersticiosa, engreída, fanática, necia. ¿Lo entiende? Y ahora, dígame. ¿Se mantendría alejado de su esposa si esta le llamara a su lado invocando a su primogénito? ¿Se resistiría a eso?

—¡Por supuesto que no!

Conseguí parecer tranquilo al replicar. Pero no me era fácil conservar la compostura. Envidioso, egoísta, despreciable: ninguna palabra es demasiado fuerte para describir el sesgo que tomaron mis pensamientos. Nunca he odiado tanto a nadie como a Romaine en ese momento. «¡Maldito sea, volverá!» Ese fue mi más íntimo sentimiento, expresado en palabras.

Mrs Eyrecourt parecía satisfecha. Pasó al siguiente tema con la misma soltura y seguridad de siempre.

—Y ahora, Winterfield, estoy segura de que comprende perfectamente que no debe volver a ver a Stella, a no ser que yo esté presente, para callar las lenguas del escándalo. La conducta de mi hija no debe permitir que su marido (¡ah, si supiera cómo detesto a ese hombre!), no debe, digo, permitir que su marido tenga la menor excusa para mantenerse alejado de ella. Si le damos la oportunidad a ese odioso jesuita, hará de Romaine un sacerdote antes de que nos demos cuenta. La audacia de estos papistas es verdaderamente increíble. ¿Recuerda cómo en Inglaterra ordenaban obispos y arzobispos, desafiando sin tapujos nuestras leyes? El padre Benwell sigue ese ejemplo, y desafía todas nuestras otras leyes..., me refiero a nuestras leyes matrimoniales. Estoy tan indignada que soy incapaz de expresarme con mi claridad habitual. ¿Le contó Stella que ya intentó quebrantar la fe de Romaine en su matrimonio? Ah, ya entiendo. Stella no le dijo nada, pobrecilla, y con razón.

¡Me acordé de la página doblada de la carta. Mrs Eyrecourt me reveló enseguida lo que la delicadeza de su hija me había prohibido leer, incluyendo la monstruosa suposición que relacionaba mi matrimonio en el registro civil con los escrúpulos de su yerno.

—Sí —prosiguió—, estos católicos son todos iguales. Mi hija, y no me refiero a mi dulce Stella, sino a esa criatura antinatural que está en el convento, ¡y a la que han puesto en contra de su propia madre! ¿Alguna vez le he contado que tuvo el descaro de decir que rezaría por mí? ¡Y ahora otra agresión papista de la mano del padre Benwell! Dígame, Winterfield, ¿no cree que, dadas las circunstancias, sería lo mejor para todos que actuara con sensatez y regresara a Devonshire? Con esos calentapiés que hay en el carruaje, y periódicos y revistas con que entretenerse, no es un viaje tan largo. Y luego está Beaupark, el entrañable Beaupark, una casa tan increíblemente cómoda en invierno; y usted, envidiable criatura, es un hombre tan popular en la

zona. ¡Oh, regrese, regrese!

Me levanté y cogí mi sombrero. Mrs Eyrecourt me dio unas palmaditas en la espalda. En aquel momento habría sido capaz de estrangularla. Y sin embargo, aquella mujer tenía razón.

—¿Le presentará mis excusas a Stella? —dije.

—Mi querido amigo, haré algo más que presentarle sus excusas: cantaré sus alabanzas, como dice el poeta. —La ingobernable exaltación que la poseía al librarse la hizo hablar de manera extravagante—. Me considero una madre para usted —prosiguió mientras nos dábamos la mano al despedirnos—. Afirmo que casi podría dejarle que me besara.

No había un solo punto besable en Mrs. Eyrecourt: ni una mota de su ser que no estuviera pintada, teñida o maquillada. Resistí la tentación y abrí la puerta. Hubo una última petición que no pude evitar hacer.

—Si recibe noticias de Roma, ¿me tendrá al corriente?

—Con sumo placer —respondió enérgica Mrs. Eyrecourt—. Adiós, querido amigo, adiós.

Escribo estas líneas mientras mi criado me prepara el portamanteo. *Viajero* sabe qué significa eso. Se alegra, en cualquier caso, de irse de Londres. Creo que alquilaré un yate y daré la vuelta al mundo. Eso me hará bien. ¡Ojalá no hubiera vuelto a ver a Stella!

Segundo extracto

Beaupark: 10 de febrero.— Por fin noticias de Mrs Eyrecourt. Romaine ni siquiera ha leído la carta que ella le envió; de hecho, se la ha devuelto el padre Benwell. Como es natural, Mrs. Eyrecourt me escribe furiosa. Su único consuelo, ante la manera insultante en que se la ha tratado, es que su hija no sabe nada del asunto. Me advierte (aunque no es necesario) que guarde el secreto, y me envía una copia de la carta del padre Benwell:

«Querida señora: Mr. Romaine no puede leer nada que le distraiga de su preparación para el sacerdocio, ni que le recuerde antiguos errores de los que nada quiere saber ahora. Cuando le llega una carta, tiene la sabia precaución de leer primero la firma del remitente. Me ha entregado su carta, sin leerla, con la petición de que se la devuelva. En su presencia, la sellé al instante. Ni él ni yo sabemos ni deseamos saber de qué habla en ella. Le aconsejo, de manera respetuosa, que no vuelva a escribir».

Es una situación realmente terrible; pero por lo que a mí se refiere, tiene una ventaja. Mis indignos celos y dudas me parecen ahora más mezquinos que nunca. ¡Cuán honestamente defendí al padre Benwell, y cómo me ha engañado! Me pregunto

si viviré para ver a ese jesuita atrapado en una de sus propias trampas.

11.— Ante mi decepción, ayer no tuve noticias de Stella. Pero esta mañana lo ha compensado; me ha traído una carta de ella.

No se encuentra bien; y la conducta de su madre la desconcierta y llena de tristeza. En algunos momentos, el ultraje recibido impulsa a Mrs. Eyrecourt a tomar medidas violentas: insta a su hija abandonada a acudir a los tribunales, a fin de que le restituyan los derechos conyugales o se le conceda una separación judicial. Pero otras veces se hunde en un estado de irremediable depresión y declara que le resulta imposible, dada la deplorable situación de Stella, enfrentarse a la sociedad; y recomienda el retiro inmediato a algún lugar del continente donde la vida sea barata. Stella se muestra no sólo dispuesta, sino ansiosa de seguir esta última sugerencia. Y lo demuestra pidiéndome consejo, en una postdata; sin duda recuerda los días felices en que la cortejé en París, y a mis numerosos amigos extranjeros que nos visitaron en el hotel.

La postdata me proporciona la excusa que quería. Sabía que sería mucho mejor para mí no verla... y cogí el primer tren para Londres con el único propósito de verla.

Londres, 12 de febrero.— Encontré a madre e hija juntas en el salón. Era uno de esos días en que Mrs. Eyrecourt estaba deprimida. Sus pequeños ojos parpadeantes intentaron lanzarme una mirada de trágico reproche; negó con su teñida cabeza y dijo: «¡Oh, Winterfield, jamás pensé que me haría esto! Stella, tráeme las sales».

Pero Stella se negó a darse por aludida. Casi me hizo llorar, de lo amablemente que me recibió. Si su madre no hubiese estado en la habitación... pero estaba allí. No tuve otro remedio que abordar la excusa de mi visita, como si fuera el abogado de la familia.

Mrs. Eyrecourt le reprochó a Stella que me hubiese pedido consejo, y a continuación me tranquilizó diciéndome que no pensaba irse de Londres. «¿Cómo voy a abandonar mi hogar?», preguntó irritada. Yo sabía que «su hogar» (como ella lo llamó) era la planta superior de una casa, amueblada, que pertenecía a otra persona, y que podía irse de allí avisando con pocos días de antelación. Pero no dije nada. Me dirigí a Stella.

—He pensado en algunos lugares que podrían gustaros —proseguí—. El más cercano pertenece a un anciano caballero francés y a su esposa. No tienen hijos, y tampoco alquilan habitaciones; pero creo que estarían encantados de recibirnos como amigas mías, si sus habitaciones de invitados no están ya ocupadas. Viven en St Germain, cerca de París.

Miré a Mrs Eyrecourt al pronunciar esas últimas palabras, en ese momento me sentí poseído por la astucia del padre Benwell. París justificó mi confianza; la tentación fue demasiado para ella. No sólo cedió, sino que de hecho mencionó la

cantidad que podrían permitirse pagar de alquiler. Al marcharme, Stella me susurró mientras me acompañaba a la puerta: «En los periódicos se alude a mi desgracia, aunque sin mencionar mi nombre. Algunos amigos bienintencionados vienen a visitarme y a compadecerme. ¡Me moriré si no me ayudas a marcharme de aquí!».

Esa noche me fui a París en el tren correo.

París, 13 de febrero.— Por la tarde. Acabo de regresar de St Germain. Todo está arreglado, con más astucias por mi parte. Comienzo a pensar que soy un jesuita nato; debe de existir alguna detestable afinidad entre el padre Benwell y yo.

Mis buenos amigos, monsieur y madame Villeray, estarán encantados de recibir a esas dos damas inglesas a las que conozco desde hace tantos años. La espaciosa y agradable primera planta de su casa (heredada de los adinerados ancestros de madame Villeray) estará a punto para recibir a Mrs. Eyrecourt y a su hija en el plazo de una semana. La única dificultad es monetaria. Monsieur Villeray, que vive de una pensión del gobierno, en su timidez no se atrevió a tasar ese alquiler, y yo tampoco pude ayudarle, pues nada sé de esos asuntos. Al final tuvimos que pedirle asesoramiento a un agente inmobiliario de St Germain. El precio que fijó me pareció muy razonable, aunque excedía el límite mencionado por Mrs. Eyrecourt. Conozco a los Villeray desde hace suficiente tiempo como para saber que no corro peligro de ofenderles proponiéndoles un arreglo secreto que me permitiera pagar la diferencia. De manera que la dificultad no tardó en quedar soslayada.

Nos dirigimos al inmenso jardín que hay detrás de la casa, y allí volví a actuar con doblez.

En un hermoso rincón cubierto descubrí uno de esos edificios tan franceses que llaman «pabellón», una hermosa casita de juguete de tres habitaciones. Mediante otro acuerdo privado, me convertí en inquilino de ese lugar. Madame Villeray sonrió. «Apuesto», me dijo en su mejor inglés, «que una de esas dos damas está en la flor de su juventud.» Poco imagina la buena señora cuán imposible es ese amor. He de seguir viendo a Stella, y no pido ni espero nada más. Jamás me había sentido tan solo en toda mi vida.

Tercer extracto

Londres, 1 de marzo.— Esta mañana, Stella y su madre han emprendido viaje rumbo a St Germain, sin permitirme, como había planeado, que las acompañara.

Mrs. Eyrecourt puso la objeción de siempre: no estaría bien. De haber sido ese el único obstáculo, lo habría sorteado siguiéndolas a Francia. ¿Qué hay de malo en que vea a Stella, como su amigo y hermano, sobre todo si no voy a vivir en la misma casa, y estando además presentes su madre, por un lado, y madame Villeray, por otro,

para cuidar de ella?

¡No! Lo que me mantiene alejado de St Germain es la propia Stella.

—Te escribiré a menudo —dijo—, pero te suplico que no nos acompañes a Francia. Hazlo por mí. —Su tono y su mirada me hicieron obedecerla. Aunque soy un estúpido, creo imaginar (después de lo que pasó entre su madre y yo) qué quería decir con eso.

—¿Nunca volveré a verte? —pregunté.

—¿Crees que soy dura y desagradecida? —respondió—. ¿Acaso dudas de que me alegraré, y más que eso, volver a verte, cuando... ? —Me volvió la cara y no dijo nada más.

Era hora de despedirse. Su madre nos observaba; nos estrechamos la mano, y eso fue todo.

Matilda (la doncella de Mrs. Eyrecourt) me siguió hasta el piso de abajo para abrirme la puerta. Debió de ver mi aspecto abatido, pues intentó animarme: «No se preocupe por ellas», dijo. «Estoy acostumbrada a viajar, señor, y cuidaré de ellas.» Es una mujer totalmente de fiar; es fiel y siente un gran cariño por sus amas. Al despedirnos le hice un pequeño regalo, y le pedí que me escribiera de vez en cuando.

Puede que algunos consideren este proceder un tanto indigno. Sólo puedo decir que fue totalmente espontáneo. No soy una persona estirada; y cuando alguien se comporta amablemente conmigo, poco me importa que sea de clase más alta o más baja que la mía, más rica o pobre que yo. En mi opinión, cuando surge cierta simpatía entre dos personas, eso nos pone al mismo nivel. Matilda estaba lo bastante al corriente de todo lo que había ocurrido entre nosotros para prever, al igual que yo, que habría cierta reserva en las cartas que Stella me dirigiera. «Yo le contaré toda la verdad, señor, no lo dude», me susurró. La creí. Cuando mi corazón está triste, dadme una mujer por amiga. Sea una dama o una doncella, igual de preciada es para mí.

Cowes, 2 de marzo.— Estoy en tratos con un agente para alquilar un yate.

Debo hacer algo, irme a alguna parte. Ni me planteo regresar a Beaupark. La gente que goza de un ánimo sereno puede hallar placer en la compañía de sus vecinos del campo. Yo soy una criatura desdichada, y mi mente está en incesante ebullición. Excelentes padres de familia hablándome de política, madres ejemplares cantándome las excelencias de sus hijas casaderas: eso es lo que significa la sociedad, si regreso a Devonshire. No. Haré un crucero por el Mediterráneo y me llevaré a un amigo de cuya compañía nunca me hartó: mi perro.

Ya he encontrado embarcación: una hermosa goleta de trescientas toneladas que acaba de regresar de un crucero a Madeira. El capitán y la tripulación sólo piden pasar unos días en tierra. En este intervalo repasarán la embarcación y llevarán a bordo las provisiones.

3 de marzo.— Le he escrito a Stella, con una lista de direcciones a las que puede remitir sus cartas; y le he enviado otra lista a mi fiel aliada, la doncella. Cuando zarpeamos de Gibraltar nos dirigiremos a Nápoles, de ahí a Civita Vecchia, Livorno, Génova, Marsella. Desde ninguno de estos lugares se llega con facilidad a St Germain.

7 de marzo.— En el mar. Son las seis y media de la tarde. Acabamos de pasar el Faro de Eddystone, con el viento de través.

Cuarto extracto

Nápoles, 10 de mayo.— Se han visto frustradas mis esperanzas de iniciar el viaje. A causa de los vientos contrarios, de las tormentas y demoras en Cádiz para reparar algunos desperfectos, acabamos de llegar a Nápoles esta tarde. En circunstancias bastante apuradas, el yate se ha comportado de manera admirable. Creo que no existe embarcación más recia ni mejor.

Era ya muy tarde, y la oficina de correos estaba cerrada. Lo primero que haré mañana por la mañana será enviar a alguien a correos por si ha llegado carta. Mi próximo movimiento depende totalmente de las noticias que me lleguen de St Germain. Si me quedo algún tiempo en esta región, le daré a mi tripulación las vacaciones que se ganaron sobradamente en Civita Vecchia. Nunca me canso de Roma, pero siempre me desagrada Nápoles, y siempre será así.

11 de mayo.— Mis planes han dado un vuelco. Estoy molesto y enojado; cuanto más me aleje de Francia, más contento estaré.

He tenido noticias de Stella, y también de la doncella. Las dos cartas me informan de que ha nacido el niño, y de que es un varón. ¿Acaso esperan que sienta interés por ese hijo? Ya en pañales, es mi peor enemigo.

La carta de Stella es muy amable, aunque no hay una línea en ella que me invite, ni que insinúe la posibilidad de invitarme, a St Germain. Hace una breve referencia a su madre, simplemente para informarme de que Mrs. Eyrecourt se encuentra bien y ya disfruta de las diversiones de París. Tres cuartos de la carta los ocupa hablando del bebé. Cuando yo le escribí rematé la carta con un «Con todo cariño». Stella acompaña su firma de «Recibe un atento saludo». Es una tontería, ya lo sé, pero aun así, me duele.

Matilda es fiel a su promesa; en su carta me cuenta la verdad. «Desde el nacimiento del niño», escribe, «Mrs. Romaine no ha mencionado su nombre ni una vez; no habla de nada ni piensa en nada que no sea su hijo. De todos modos, me

parece lógico en alguien en tan dolorosa situación. Sin embargo, encuentro un tanto desagradecido haberse olvidado de Mr. Winterfield, que tanto ha hecho por ella y que sólo pide pasar unas cuantas horas al día a su lado de manera inocente. Puede que, al ser soltera, escriba con ignorancia sobre las madres y los bebés. Pero tengo mis sentimientos; y (aunque nunca me gustó Mr. Romaine) lo siento por usted, señor, si me perdona la familiaridad. En mi opinión, esta obsesión con el niño se le pasará. Ya ha provocado algunas diferencias de opinión. Mi buena señora, que algo sabe del mundo, y posee además un buen corazón, aconseja que Mr. Romaine sea informado del nacimiento de su hijo y heredero. Mrs Eyrecourt dice, y no le falta razón, que el odioso sacerdote se hará con las propiedades de Mr. Romaine en perjuicio del niño, a menos que se tomen medidas para que Mr. Romaine se avergüence y le haga justicia a su hijo. Pero Mrs Romaine tiene el orgullo de Lucifer; y ni quiere oír hablar de dar ni un paso a ese respecto. «El hombre que me ha abandonado», dice, «carece de corazón, por lo que ni su mujer ni su hijo pueden apelar a él». Mi señora no está de acuerdo con ella. Ya se han cruzado ásperas palabras, y el anciano caballero francés y su esposa intentan poner paz. Sonreirá cuando le diga que intentan aplacarlas con pequeños sobornos. Mi señora se deja engatusar, y en más de una ocasión ha ido con monsieur y madame Villeray a París, a ver alguna obra de teatro. Para concluir, señor, si me permite que le aconseje, le recomiendo que pruebe a ver qué efecto tienen en Mrs R. su ausencia y su silencio.»

Una carta de lo más sensata. Desde luego, voy a seguir el consejo de Matilda. Stella nunca menciona mi nombre, ¡y no pasa un día sin que yo piense en ella!

Bueno, supongo que un hombre puede endurecer su corazón, si así lo desea. Así pues, endureceré mi corazón y la olvidaré.

La tripulación pasará tres días en Nápoles, y luego zarparemos para Alejandría. En ese puerto el yate aguardará mi regreso. Todavía no he visitado las cataratas del Nilo; aún no he visto las hermosas mujeres color ratón de Nubla. Una tienda en el desierto, y una morenita que me lleve la casa, ¡he ahí una nueva vida para un hombre harto ya de la insulsa civilización europea! Empezaré por dejarme crecer la barba.

Quinto extracto

Civita Vecchia, 28 de febrero de 1863.— ¡De nuevo en la costa de Italia tras una ausencia de nueve meses viajando por tierra y por mar!

¿Me han hecho algún bien estos viajes? Estoy más moreno y más delgado; creo que he aprendido a ser paciente y me he aficionado al tabaco suave. ¿Pero me han ayudado a olvidar a Stella? En absoluto; tengo más ganas de verla que nunca. Cuando repaso mi diario, siento verdadera vergüenza por mi irritación e impaciencia. Qué miserable vanidad por mi parte esperar que ella piense en mí, absorta en las primeras

preocupaciones y alegrías de la maternidad; ¡especialmente sagrada para ella, pobrecilla, como único consuelo de su desdichada vida! Retiro todo lo que escribí sobre ella, y desde lo más hondo de mi corazón perdono al bebé.

Ronca, 1 de marzo.— En el despacho de mi banquero me esperaban algunas cartas.

Las últimas noticias de St Germain no podrían ser mejores. Como acuse de recibo de mi última carta desde El Cairo (rompí mi precipitado voto de silencio en cuanto llegamos a puerto después de salir de Nápoles), Stella me cursa la invitación tanto tiempo deseada. «Te ruego te reúnas con nosotras, querido Bernard, antes del primer aniversario de mi hijo, el veintisiete de marzo.» Tras estas palabras, no debe temer que llegue tarde a la cita. *Viajero* —no hay duda de que ahora mi perro merece sobradamente este nombre— tendrá que despedirse del yate (al que adora) y viajar de vuelta a casa en tren (transporte que detesta). No quiero más riesgos de tormentas y demoras. Adiós al mar por un tiempo.

He enviado un telegrama diciendo que he llegado sano y salvo de Oriente. Pero no debo apresurarme a dejar Roma, o cometeré un grave error: decepcionar a la madre de Stella.

Mrs. Eyrecourt me pide, e insiste en ello en su carta, que si vuelvo por Italia le lleve noticias de Romaine. Está ansiosa por saber si ya le han ordenado sacerdote. También he de descubrir, si puedo, cómo se le presenta el futuro: si ha recibido todo el infortunio que merece, si se siente ya decepcionado y existe alguna posibilidad de que recupere el buen juicio; y, sobre todo, quiere saber si el padre Benwell aún está en Roma con él. Tengo la impresión de que Mrs Eyrecourt aún no ha abandonado la idea de hacer que Romaine se entere del nacimiento de su hijo.

Para tal información acudo a la persona más indicada: mi banquero. Lleva veinte años residiendo en Roma, pero está demasiado ocupado para perder el tiempo con un ocioso como yo en horas de oficina. Le pido que cene conmigo mañana.

2 de marzo.— Mi invitado acaba de marcharse. Me temo que Mrs. Eyrecourt quedará muy decepcionada cuando se entere de lo que tengo que contarle.

En cuanto mencioné el nombre de Romaine, el banquero me miró con expresión de sorpresa.

—Me asombra que me haga esa pregunta —dijo—. Es la persona de quien más se habla en Roma.

—¿Es sacerdote?

—¡Desde luego! Y lo que es más: en su caso, los preparativos ordinarios para el sacerdocio fueron expresamente abreviados por las altas dignidades eclesiásticas. El Papa está muy interesado en su caso; y en cuanto a la gente, los italianos ya le han puesto el mote de «el joven cardenal». No imagine, como algunos de nuestros

compatriotas, que debe a su riqueza la elevada posición que ha obtenido. La verdad es que en él se aúnan dos cualidades opuestas, ambas de gran valor para la Iglesia, y que rara vez se encuentran en el mismo hombre. Entre la gente es muy conocido por ser un predicador de lo más elocuente y convincente...

—¡Un predicador! —exclamé—. ¡Y muy conocido entre la gente! ¿Y cómo se hace entender por los italianos?

El banquero pareció perplejo.

—Pues... hablando italiano —dijo—. Cuando llegó a Roma ya lo hablaba, y desde entonces, gracias a una práctica constante, ha aprendido a pensar en italiano. Mientras dura la temporada turística, predica alternativamente en inglés e italiano. Pero le estaba hablando de las dos virtudes opuestas que posee este hombre extraordinario. Fuera del púlpito, es capaz de dedicar su inteligencia, con éxito, a las necesidades políticas de la Iglesia. Me han contado que en su vida pasada ejerció su intelecto estudiando la historia y origen de las religiones. En cualquier caso, cuando surgieron ciertas dificultades diplomáticas entre la Iglesia y el Estado, escribió un memorial sobre el tema que el cardenal-secretario calificó de modelo de inteligencia a la hora de aplicar la experiencia del pasado a las necesidades del presente. Si no acaba agotado, el apodo que le han puesto los italianos puede acabar siendo profético. Puede que vivamos para ver a ese nuevo converso convertido en el cardenal Romaine.

—¿Usted le conoce? —pregunté.

—Ningún inglés le conoce —respondió el banquero—. Se dice que un incidente amoroso de su vida anterior le llevó a abandonar Inglaterra, y que por eso rechaza cualquier tipo de relación con sus compatriotas. Sea verdad o no, lo cierto es que no hay manera de que ningún inglés se le acerque. Incluso he oído que se niega a recibir cartas de Inglaterra. Si desea verle, debe hacer lo que he hecho yo: ir a la iglesia y contemplarle en el púlpito. Predica en inglés, creo que por última vez este invierno, el próximo jueves a la tarde. ¿Quiere que le recoja aquí y vayamos a la iglesia?

De haber seguido mis inclinaciones, me habría negado. No siento el menor interés por Romaine, y hasta puedo afirmar que me provoca una tremenda antipatía. Pero no deseo mostrarme insensible a la amabilidad del banquero, y la manera en que me reciban en St Germain depende en gran medida de que atienda la petición de Mrs. Eyrecourt. De modo que quedamos en ir a escuchar al gran predicador, con cierta reserva mental por mi parte, y con la firme intención de salir de la iglesia antes de que acabara el sermón.

Pero, antes de verle, una cosa me parece cierta, sobre todo después de lo que me ha contado el banquero: la opinión que Stella tiene de su carácter es acertada. El hombre que la ha abandonado carece de corazón, por lo que ni su mujer ni su hijo pueden apelar a él. Están separados para siempre.

3 de marzo.— Acabo de ver al dueño del hotel; puede ayudarme a responder a una de las preguntas de Mrs. Eyrecourt. Un sobrino suyo trabaja en la sede de los jesuitas, adyacente a su famosa iglesia *Il Gesú*. Le he pedido a ese joven que se asegure de si el padre Benwell está aún en Roma... sin mencionar mi nombre. Si nos encontráramos por la calle, creo que me costaría mucho controlarme.

4 de marzo.— Buenas noticias para Mrs. Eyrecourt. El padre Benwell hace mucho que se fue de Roma, y sigue desempeñando sus deberes en Londres. Si aún ejerce alguna influencia en Romaine, debe de ser por carta.

5 de marzo.— Acabo de regresar del sermón de Romaine. Este doble renegado —¿acaso no ha renunciado a su mujer y a su fe?— no ha logrado convencer a mi razón. Pero me ha puesto tan de los nervios que he pedido una botella de champán (cosa que ha divertido mucho a mi amigo el banquero) nada más llegar al hotel.

Recorrimos en carruaje las calles escasamente iluminadas de Roma hasta llegar a una pequeña iglesia en los alrededores de la Piazza Navona. A un hombre con más imaginación que yo, la escena que contemplamos al entrar en el edificio le habría parecido demasiado impresionante como para poder describirla con palabras, aunque, desde luego, hubiese dado para un buen cuadro. La única luz que había en el lugar brillaba misteriosamente desde un enorme cirio, delante de unas colgaduras de tela negra, e iluminaba apenas una escultura, en mármol blanco, del Cristo crucificado, de tamaño natural. Delante de tan terrible símbolo sobresalía un púlpito, también cubierto de tela negra. Tras cruzar la puerta de la iglesia, apenas pudimos dar unos pasos. Todo el edificio estaba lleno de gente de pie, sentada, de rodillas, sombría y misteriosa, desvaneciéndose en los rincones más remotos en una tiniebla impenetrable. Sólo se oían los débiles gemidos del órgano, acompañado a intervalos de los apagados golpes que los más fanáticos, en penitencia, se daban en el pecho. De pronto calló el órgano; dejaron de oírse los golpes que se autoinfligían los penitentes. En ese denso silencio que siguió, un hombre con una sotana negra subió al negro púlpito y se encaró a la congregación. El pelo se le había vuelto prematuramente gris; la cara tenía la misma espectral palidez que el gran crucifijo que tenía al lado. Cuando lentamente volvió la cabeza, y la luz de la vela cayó sobre él, proyectó sombras en el hueco de sus mejillas, y relució en sus ojos encendidos. En un tono bajo y tembloroso, al principio, enunció el tema de su alocución. Hacía una semana, dos personas dignas de mención habían muerto en Roma el mismo día. Una era una mujer de piedad ejemplar, cuyas exequias fúnebres se habían celebrado en esa iglesia. La otra era un criminal acusado de homicidio no premeditado, que murió en prisión tras rechazar los servicios del sacerdote, impenitente hasta el final. El sermón acompañó al espíritu de la mujer absuelta de sus pecados hasta su eterna recompensa

en el cielo, y describió el encuentro con los seres queridos que allí habían ido antes que ella, en términos tan devotos y conmovedores que las mujeres que estaban junto a nosotros, y también algunos hombres, se echaron a llorar. Muy distinto fue el efecto producido cuando el sacerdote, rebotante de la misma fe que le había inspirado la descripción de las delicias del cielo, siguió la caída del alma de aquel hombre, desde su impenitente lecho de muerte hasta las condenaciones del infierno. La terrible superstición del tormento eterno se hizo doblemente terrible en las fervientes palabras del sacerdote. Describió las voces justicieras de la madre y el hermano del asesino resonando incesantes en sus oídos. «Yo, que os hablo, oigo las voces», gritó. «¡Asesino! ¡Asesino! ¿Dónde estás? Le veo. Veo al asesino arrojado entre las hordas insomnes de los condenados. Le veo, bañado por las llamas eternas, retorciéndose bajo los tormentos que no tienen tregua ni fin.» El momento culminante de tan terrible esfuerzo de la imaginación llegó cuando Romaine cayó de rodillas y rezó, entre sollozos y gritos de súplica (pronunciados señalando al crucifijo que tenía al lado), para que él y quienes le oían pudieran sufrir la muerte de los pecadores arrepentidos, absueltos en el nombre divinamente expiatorio de Cristo. Los chillidos histéricos de las mujeres resonaban por toda la iglesia. No pude soportarlos más. Salí a la calle y respiré aire fresco, y a continuación levanté la cabeza para ver la belleza del cielo nocturno, sin nubes, inundado del pacífico brillo de las estrellas.

¡Y este hombre era Romaine! La última vez le vi entre sus encantadoras obras de arte; era un entusiasta de la literatura; el hospitalario dueño de una casa llena de comodidades y lujos hasta el más ínfimo rincón. Y ahora acababa de ver lo que Roma había hecho con él.

—Sí —dijo mi acompañante—, la Iglesia arcaica siempre encuentra a los hombres que mejor pueden servirla, y desarrolla en ellos cualidades que hasta entonces ellos mismos habían ignorado. El aumento de fieles que experimenta actualmente la Iglesia Católica tiene una razón comprensible. Gracias a la reforma protestante, los escándalos de los papas propios de siglos pasados han quedado expiados por las vidas ejemplares de los siervos de la Iglesia, que encontramos tanto en los más altos estamentos de la Iglesia como en los más bajos. Si un nuevo Lutero surgiera entre nosotros, ¿dónde encontraría ahora abusos lo bastante perversos y extendidos para escandalizar a las conciencias de los cristianos: En ninguna parte, y probablemente acabaría regresando al respetable aprisco del rebaño católico.

Le escuché sin hacer comentario alguno. A decir verdad, pensaba en Stella.

6 de marzo.— He estado en Civita Vecchia, donde he celebrado un pequeño convite de despedida a los oficiales y la tripulación antes de que se lleven el yate de vuelta a Inglaterra.

En las breves palabras de despedida que pronuncié, dije que era mi propósito hacer una oferta para comprar el barco, y que mis invitados volverían a tener noticias

mías sobre el tema. El anuncio fue recibido con entusiasmo. Siento verdadero aprecio por mi tripulación, y no creo que sea vanidoso creer que ellos me corresponden, desde el capitán hasta el grumete. Después de lo ocurrido, es probable que mi vida futura sea errante, a menos que... ¡No! A veces pienso en esa feliz perspectiva, pero no me atrevo a expresarla. Tengo un hermoso barco; tengo mucho dinero; me gusta el mar. Tres buenas razones para comprar el yate.

Cuando aquella tarde regresé a Roma, encontré una carta de Stella.

Me escribe (nada más recibir mi telegrama) para hacerme una petición similar a la que ya me dirigió su madre. Ahora que estoy en Roma, también quiere tener noticias de un sacerdote jesuita. Está fuera, en una misión en el extranjero, y se llama Penrose. «Cuando nos veamos», dice, «te contaré lo mucho que le debo a su amabilidad. Mientras tanto, sólo te diré que es todo lo contrario del padre Benwell, y que sería la mujer más desagradecida del mundo si no sintiera interés por el bienestar de ese joven.»

Esto me parece raro, y, no me gusta nada. ¿Quién es Penrose? ¿Por qué merece tan intensas expresiones de gratitud, Si alguien me hubiese dicho que Stella podía hacerse amiga de un jesuita, témome que le habría respondido soltando una coz. Bueno, habrá que esperar a saber algo más, y acudir de nuevo al sobrino del dueño del hotel.

7 de marzo.— Hay pocas opciones, me temo, de que pueda apreciar por mí mismo los méritos personales de Mr. Penrose. Se encuentra a miles de kilómetros de Europa, y en peligro, lo que reduce bastante las posibilidades de que regrese sano y salvo.

Originariamente se le destinó a una misión que debía ejercer su labor en América Central. Antes de que los misioneros zarparan del puerto de Livorno, llegaron a Roma rumores de que se avecinaban nuevas luchas en esa revolucionaria parte del mundo. Ante tan desalentadoras circunstancias, las autoridades eclesiásticas cambiaron el destino de la misión y les enviaron a Arizona, en la frontera de Nueva Méjico, territorio recientemente comprado por los Estados Unidos. Allí, en el Valle de Santa Cruz, los jesuitas intentaron por primera vez convertir a las tribus indias hace doscientos años, y fracasaron. El edificio de la misión y la capilla están ahora en ruinas, y el fértil valle está ahora desierto por el temor que causa la sola mención de los indios apaches. A este desventurado lugar hicieron su atrevido peregrinar Penrose y sus compañeros; y ahora arriesgan sus vidas en el empeño de abrir a los corazones de estos salvajes sedientos de sangre a la influencia del cristianismo. Todavía no se tienen noticias de ellos, y tampoco se esperan noticias fidedignas en los próximos meses.

¿Qué dirá Stella a todo esto? De todos modos, ahora comienzo a comprender su interés por Penrose. Forma parte de un grupo de héroes. Yo también estoy ansioso por

saber algo más de él.

Mañana será un día memorable en mi calendario. Mañana salgo de Roma rumbo a St Germain.

Si llegan más noticias que puedan ser de interés para Mrs. Eyrecourt o su hija, lo he dispuesto todo para que me las transmitan a St Germain. El banquero me ha prometido escribirme si se da algún cambio en la vida y perspectivas de Romayne. Y el dueño de mi hotel me lo hará saber si llegan noticias de la misión de Arizona.

Sexto extracto

St Germain, 14 de marzo.— Llegué ayer. Entre la fatiga del viaje y la agradable impaciencia por ver a Stella, fui incapaz de escribir la habitual entrada en mi diario al retirarme por la noche.

Su belleza es más irresistible que nunca. Su figura (yo quizá la recordaba un poco demasiado delgada) ha ganado en redondez. Su hermosa cara ha perdido aquel aspecto macilento y agobiado; su complexión ha recobrado su delicadeza; de nuevo veo en sus ojos la expresión de absoluta serenidad que me fascinó la primera vez que la vi, hace años. Puede que se deba a la confortadora influencia del niño, con ayuda, quizá, del paso del tiempo y de la vida apacible que ahora lleva; pero lo cierto es que se trata de un cambio a mejor como jamás pensé que vería en Stella tras un año de ausencia.

En cuanto al bebé, es listo y alegre; y posee otro gran mérito que me hace apreciarlo aún más: no se parece en nada a su padre. Vi en él los rasgos de su madre la primera vez que lo tuve sobre mis rodillas y le miré la cara, que levantó hacia la mía muy sorprendido. No hay duda de que la criatura y yo nos llevaremos bien.

Incluso a Mrs. Eyrecourt parecen haberle sentado bien los aires y la dieta franceses. Posee una mejor superficie sobre la que extender su maquillaje; su lengua está más ágil que nunca; ha recuperado totalmente el buen humor, tanto que monsieur y madame Villeray afirman que debe tener sangre francesa en sus venas. Tanto se alegraron de verme (Matilda incluida) que fue como volver al propio hogar. En cuanto a *Viajero*, constantemente debo evitar (en interés de su figura y su salud) que todos los de esa casa le den de comer cualquier cosa, desde pan hasta *pâté de foie gras*.

Stella me dice que hoy veré lo que es su vida cotidiana en St Germain.

Comenzamos la mañana con la habitual taza de café. A las once abandono mi «pabellón» de tres habitaciones para tomar uno de esos deliciosos y variados desayunos que sólo se encuentran en Francia y Escocia. Luego hay un intervalo de unas tres horas, durante el cual sacan a tomar el aire al bebé (que no tarda en quedarse dormido), mientras los mayores se dedican a lo que les plazca. A las tres

todos salimos —los más débiles de la casa viajan en un tálburi tirado por un poni— a dar un paseo por el bosque. A las seis nos reunimos para cenar. A la hora del café, nos visitan algunos vecinos para echar unos naipes. A las diez, nos deseamos buena noches.

Ese es el programa cotidiano, variado por excursiones al campo y esporádicas visitas a París. Yo soy un hombre de natural casero. Sólo cuando algo perturba mi ánimo me vienen ganas de cambiar de aires. No hay duda, entonces, de que debería dar la bienvenida a la rutina de St Germain. A lo largo de todo este año de viajes he anhelado esta vida. ¿Qué más puedo desear?

Nada, por supuesto.

Y sin embargo, Stella, de manera inocente, hace que me sea más difícil que nunca ceñirme al papel de «hermano». Su madre y sus amigos se congratulan de que haya recuperado la belleza. Y a mí, ¿cómo me afecta eso?

¡Más me vale no pensar en mi cruel destino. ¿Pero puedo evitarlo? ¿Puedo borrar de mi memoria las inmerecidas desgracias que me han arrebatado, en la flor de su belleza, a la mujer que amo? Al menos puedo intentarlo.

Debo hacer mío el dicho: «Confórmate con lo que tienes».

15 de marzo.— Son las ocho de la mañana, y no sé qué hacer. Tras tomarme el café, he abierto mi diario.

Me sorprende comprobar que estoy adquiriendo la mala costumbre de escribir demasiado acerca de mí mismo. El hábito de llevar un diario tiene, sin duda, sus inconvenientes: alimenta el egotismo. ¡Bueno! El remedio es muy fácil. A partir de hoy, cerraré mi libro, y sólo lo abriré cuando ocurra algo que merezca ser anotado. En cuanto a mí y a mis sentimientos, acaban de decir adiós a estas páginas.

Séptimo extracto

7 de junio.— Esta mañana se me ha presentado la ocasión de volver a abrir mi diario.

Me han llegado noticias de Romaine, demasiado importantes como para pasarlas por alto. Ha sido nombrado chambelán del Papa. Fuentes fidedignas afirman también que se le asignará un puesto en una embajada vaticana en cuanto haya una vacante. Tales honores, presentes y futuros, parecen apartarle aun más que nunca de la posibilidad de regresar con su mujer e hijo.

8 de junio.— En relación a Romaine, Mrs. Eyrecourt parece compartir mi opinión.

Hallándose hoy en París, en un concierto matinal, se encontró con su viejo amigo,

el doctor Wybrow. El famoso médico convalece de un exceso de trabajo, y está de camino a Italia para pasar unos meses de descanso y recreo. Tras el concierto en el Bois de Boulogne, compartieron carruaje, y Mrs. Eyrecourt le contó al doctor, sin ahorrarse detalle, todo lo referente a Stella y el niño. El doctor estuvo totalmente de acuerdo (desde la perspectiva de los intereses del muchacho) en que se había perdido un tiempo precioso a la hora de informar a Romaine del nacimiento de su heredero, y le prometió que, a pesar de todos los obstáculos que encontrara, él mismo anunciaría a Romaine su condición de padre al llegar a Roma.

9 de junio.— Madame Villeray me ha hablado confidencialmente de un tema muy delicado.

Había hecho promesa de no escribir más sobre mí. Pero en estas páginas íntimas puedo dejar constancia de lo que me dijo mi buena amiga. Sólo con que repasara más a menudo las páginas de este diario, hallaría la determinación necesaria para beneficiarme de su consejo. En resumen, estas fueron sus palabras:

«Después de que ayer Stella se encontrara accidentalmente contigo en el jardín, me habló en confianza. No se la puede culpar por disimular tan mal lo que tú mismo ya debes de haber descubierto. Pero ella prefiere, a través de mí, decirte lo que haya que decir. Considera la conducta de su marido un ultraje que jamás podrá olvidar. Ahora, al volver la vista atrás y recordar ese “amor a primera vista” (como lo llamáis en Inglaterra) que nació la primera vez que se encontraron, experimenta un sentimiento de repulsión que no osa describir; y recuerda con pesar ese otro amor, de años ha, que creció con paso más lento y seguro. Para su vergüenza, confiesa que no consiguió mostrarse como un ejemplo de responsabilidad y contención cuando ayer os quedasteis a solas. Deja a mi discreción que te diga que, en el futuro, siempre has de verla en presencia de otra persona. No hagas ninguna referencia a ese hecho la próxima vez que os encontréis; y comprende que ha hablado conmigo en lugar de con su madre sólo porque teme que Mrs. Eyrecourt pudiera usar contigo palabras desabridas y afligirte, como ya ocurrió en Inglaterra. Si quieres que te dé un consejo, creo que deberías pedir permiso para reemprender tus viajes».

Nada importa lo que yo contesté. Sólo relataré que nos interrumpió la llegada de la niñera a la puerta del pabellón.

Llevaba al niño de la mano. Entre sus primeros esfuerzos por hablar, bajo la instrucción de su madre, se cuenta el de llamarme tío Bernard. Ya había conseguido pronunciar la primera sílaba, y había venido hasta mí para repetir la lección. Puso sus pequeñas manos en mis rodillas, levantó la cabeza, me miró con esos ojos iguales a los de su madre y dijo: «Tío Ber». Algo nimio, pero que, en ese momento, me tocó en lo más hondo. Lo único que fui capaz de hacer fue coger al niño en mis brazos y mirar a Madame Villeray. La buena mujer lo sentía por mí. Vi lágrimas en sus ojos.

¡No! Nada más volveré a escribir sobre mí. Vuelvo a cerrar este libro.

Octavo extracto

3 de julio.— Esta mañana, Mrs. Eyrecourt ha recibido carta del doctor Wybrow. Está fechada en «Castel Gandolfo, cerca de Roma», que es donde reside el doctor durante los meses de verano. Y ahí ha visto a Romaine, acompañando al «Santo Padre» en la famosa residencia veraniega de los papas. Mrs. Eyrecourt no me informa de cómo consiguió la entrevista. No hay duda de que a un hombre de su celebridad se le abren puertas que permanecerían cerradas para otros.

«He cumplido mi promesa», dice el doctor, «y puedo decir en mi favor que he hablado con toda cautela. El resultado me ha dejado atónito. A Romaine no sólo le cogió por sorpresa la noticia del nacimiento de su hijo, sino que fue física y moralmente incapaz de soportarla. Por un momento creí que sufría un ataque de catalepsia. Se movió, sin embargo, cuando intenté cogerle la mano para tomarle el pulso; rehuyó mi tacto y me hizo una débil señal para que le dejara solo. Le dije a su criado que se encargara de él. Al día siguiente recibí una carta de uno de sus colegas, en la que se me informaba que Romaine se recuperaba lentamente del shock que le había infligido, y me solicitaba que no volviera a tener ningún contacto con él, ni personal ni epistolar. Ojalá pudiera transmitirle mejores noticias de mi intervención en este doloroso asunto. Quizá se ponga en contacto con usted o con su hija».

4-9 de julio.— No ha llegado ninguna carta. Mrs. Eyrecourt está intranquila. Stella, por el contrario, parece aliviada.

10 de julio.— Le ha llegado a Stella carta de Londres, remitida por los abogados de Romaine. La renta que Mrs. Romaine rechazó para ella se asignará legalmente a su hijo. Siguen algunos pormenores técnicos que resulta innecesario repetir aquí.

A vuelta de correo, Stella les ha respondido a los abogados que mientras ella viva y tenga alguna influencia sobre su hijo, éste no tocará un penique de ese dinero. Mrs. Eyrecourt, monsieur y madame Villeray —e incluso Matilda— le rogaron que no enviara la carta. En mi opinión, Stella ha actuado con el carácter y la decisión que requería el caso. Aunque no haya vinculación, moralmente Vange Abbey le pertenece al muchacho por derecho de primogenitura, y cualquier otra cosa no es sino una cruel injusticia.

11 de julio.— Por segunda vez he expresado mi intención de abandonar St Germain. La presencia de una tercera persona, siempre que estoy con Stella, se me hace insoportable. Ella todavía utiliza su influencia sobre mí para demorar mi partida. «Nadie me comprende», ha dicho, «excepto tú».

Estoy rompiendo mi promesa de no escribir sobre mí. Pero esta vez tengo una

pequeña excusa. Para alivio de mi conciencia, puedo anotar sin lugar a dudas que he intentado hacer lo correcto. No es culpa mía si me quedo en St Germain, insensible a la advertencia de madame Villeray.

Noveno extracto

13 de septiembre.— A Roma han llegado terribles noticias de la misión jesuita en Arizona.

Los indios lanzaron un ataque nocturno contra el nuevo edificio de la misión. Este ardió por los cuatro costados, y los misioneros fueron masacrados, a excepción de dos sacerdotes, que fueron hechos prisioneros. No se conocen los nombres de estos dos sacerdotes. Las noticias de esta atrocidad han tardado cuatro meses en llegar a Europa, debido en parte a la guerra civil que hay en los Estados Unidos y en parte a las convulsiones políticas que sacuden América Central.

Al echarle un vistazo al *Times* (que llega regularmente a St Germain), encontré la confirmación de esos hechos en un breve párrafo, aunque tampoco aparecían los nombres de los dos prisioneros.

Nuestro periódico inglés es la única esperanza que tenemos de conseguir más información. El *Times* es el único periódico en el que toda la nación inglesa colabora de manera voluntaria. Cuando alguien tiene un problema en Inglaterra, le envía una carta al director. Si un inglés viaja por el extranjero, da igual que sea por regiones civilizadas o salvajes, y le sucede alguna aventura digna de mención, se la relata al director. Si alguno de nuestros compatriotas sabe algo de esa espantosa masacre, estoy seguro de que veremos la información impresa.

Poco después de mi llegada a St Germain, Stella me habló de su memorable conversación con Penrose en el jardín de Ten Acres Lodge. Yo sabía cuán agradecida le estaba al joven sacerdote, pero no me esperaba la manifestación de pesar que se le escapó cuando leyó el telegrama de Roma. Llegó al punto de decir: «¡No disfrutaré de otro momento de felicidad hasta que no sepa si Penrose es uno de los dos sacerdotes que están con vida!».

La inevitable tercera persona que estaba esta mañana con nosotros era monsieur Villeray. Mientras estaba sentado junto a la ventana, con un libro en las manos —a veces leyendo, a veces mirando el jardín con ojos de aficionado a la horticultura—, descubrió a un gato entre las flores. Olvidándose de cualquier otra consideración, el anciano caballero fue cojeando a expulsar al intruso, y nos dejó solos.

Le hablé a Stella con palabras que ahora daría todo lo que poseo por recordar. Unos detestables celos se apoderaron de mí. Mezquinamente sugerí (en referencia a la conversión de Romaine) que poco mérito tenía para Penrose el hecho de ceder a los ruegos de una hermosa mujer que le fascinaba, aunque tuviera miedo de

confesarlo. Stella protestó ante tan indignas insinuaciones, pero no consiguió que me avergonzara de mí mismo. ¿Ignoran las mujeres la influencia que su belleza ejerce sobre los hombres? Seguí hablando, como la miserable criatura que soy, y fui de mal en peor.

—Perdóname —dije— si te he hecho enfadar, pues no era mi intención. Debería haber sabido que pisaba terreno delicado. Puede que tu interés por Penrose no esté motivado sólo por el agradecimiento.

Ella me dio la espalda —triste, no irritada—, con la intención, me pareció, de salir de la habitación en silencio. Pero al llegar a la puerta cambió de opinión y regresó.

—Aunque me insultes, Bernard, no voy a tenértelo en cuenta —dijo sin levantar la voz—. En una ocasión te juzgué mal, y ahora no tengo derecho a quejarme de que tú me juzgues mal. Procuraré olvidarlo.

Me tendió la mano. Alzó la vista... y me miró.

No fue culpa suya; sólo yo soy responsable. Al instante siguiente estaba en mis brazos. La apreté contra mi pecho; sentí en mí el acelerado latido de su corazón; casi en un delirio, le confesé mi pesar, mi vergüenza, mi amor; probé una y otra vez, y otra, y otra, la dulzura de sus labios. Ella me rodeó el cuello con los brazos, y apartó la cabeza en un largo suspiro.

—Ten compasión de mi debilidad —susurró—. No debemos vernos más.

Me apartó de ella con una mano temblorosa, y salió de la habitación.

He roto mi resolución de no escribir más sobre mí; pero no lo hago por egotismo, sino con la más sincera humildad a la hora de confesar mi espantosa conducta. Sólo hay una manera de expiar lo que he hecho: debo irme enseguida de St Germain. Ahora, cuando ya es demasiado tarde, comprendo lo dura que me ha resultado esta vida de constante represión.

Había escrito hasta aquí cuando la niñera me trajo una nota escrita a lápiz. No esperaba respuesta.

Era la letra de Stella: «No nos dejes demasiado precipitadamente, o despertarás las suspicacias de mi madre. Espera a recibir cartas de Inglaterra, y busca en una de ellas el pretexto para tu marcha. S.».

Ni había pensado en su madre. Tiene razón. Y aun cuando no la tuviera, debo obedecerle.

14 de septiembre. — Han llegado cartas de Inglaterra. Una de ellas me ofrece la excusa necesaria para marcharme enseguida. Han aceptado mi propuesta para comprar el yate. El capitán y la tripulación han rechazado todas las demás ofertas que tenían, y me esperan en Cowes. Es absolutamente necesario que vuelva a Inglaterra.

Con las cartas ha llegado el periódico. Se han cumplido mis previsiones. Un inglés que acaba de regresar de América Central, y que también ha viajado por

Arizona, escribe al *Times*. Publica su nombre y dirección, y afirma haber visto en persona a los dos sacerdotes cautivos.

El nombre de ese corresponsal es ya bastante garantía. Se trata ni más ni menos que de Mr. Murthwaite, el conocido viajero que recorrió la India y descubrió el diamante perdido que llaman «La piedra lunar», engastado en la frente de un ídolo hindú. En su carta al director, dice lo siguiente:

«Señor director: Tengo noticias de los dos sacerdotes jesuitas que sobrevivieron a la masacre del Valle de Santa Cruz de hace cuatro meses.

»En aquella época yo viajaba por Arizona, bajo la protección de un jefe apache, al que soborné para que, en lugar de cortarme el cuello y arrancarme el cuero cabelludo, me enseñara su país. Le di whisky y pólvora, y le prometí más cuando nos separáramos.

»A unos quince kilómetros al norte de la pequeña población minera de Tubac se halla el campamento apache. Allí descubrí, entre los indios, a dos hombres blancos. Se trataba de los sacerdotes cautivos.

»Uno de ellos era francés, y se llamaba L'Herbier. El otro era inglés, y se llamaba Penrose. Estaban vivos gracias a la peculiar manera de pensar de los indios. El desdichado L'Herbier perdió el juicio a causa del horror de la masacre. La locura, como puede que sepan, es algo sagrado para esos salvajes americanos: consideran que ese pobre demente goza de una misteriosa inspiración. El otro sacerdote, Penrose, había estado a cargo del botiquín de la misión, y había curado a muchos enfermos entre los apaches. Como “gran hechicero”, es también una persona privilegiada, pues los indios también están interesados en proteger su salud. Las vidas de los prisioneros no están en peligro, siempre y cuando soporten la dureza de la existencia errante que llevan los indios. Penrose me habló con la resignación de un auténtico héroe. “Estoy en manos de Dios”, dijo; “y si muero, moriré al servicio de Dios”.

»Carecía de recursos para pagar rescate por los misioneros, y por mucho que dijera o prometiera, aquellos salvajes no me hacían caso. A no ser por una grave y tediosa enfermedad, hace tiempo que habría vuelto a Arizona con el rescate necesario, pero, de hecho, apenas tengo fuerzas para escribir esta carta. Puedo, sin embargo, iniciar una suscripción para pagar los gastos, y darle instrucciones a cualquiera que se ofrezca voluntario para intentar liberar a los sacerdotes».

Así acababa la carta.

Antes de leerla, no tenía ni idea de dónde iría ni de qué haría cuando me fuera de St Germain. Ahora ya lo sé. He encontrado un objetivo en mi vida, y una manera de expiar ante Stella mis desagradables e indignas palabras. Ya he telegrafiado a Mr. Murthwaite y al capitán de mi barco. El primero está informado de que espero reunirme con él en Londres mañana por la mañana. Al segundo le he dado instrucciones para que arme el yate inmediatamente para un largo viaje. Si puedo

salvar a esos hombres —sobre todo a Penrose— mi vida no habrá sido en vano.

Londres, 15 de septiembre.— No. No me falta decisión para ir a Arizona, pero me falta valor para relatar la escena de mi adiós a Stella.

Era mi intención mantener en secreto esta empresa, y sólo revelarla por escrito cuando estuviésemos a punto de zarpar. Pero, tras leer la carta al *Times*, Stella vio una expresión en mi cara que (supongo) me traicionó. Bueno, ahora ya está hecho. Procuraré no pensar en ello, y, por tanto, tampoco trataré el asunto en estas páginas.

Mr. Murthwaite no sólo me ha dado instrucciones valiosas, sino que también me ha proporcionado cartas de presentación para algunas autoridades y para los *padres* [3] (o sacerdotes) de Méjico, que serán de incalculable valor en una expedición como la mía. Dado que hay guerra en los Estados Unidos, me recomienda que ponga rumbo a algún puerto de la costa este de Méjico, y que desde allí viaje al norte por tierra, y haga mis primeras averiguaciones en Arizona al llegar a la población de Tubac. En su opinión, no hay tiempo que perder, y sugiere que averigüe si en Londres o Liverpool hay algún mercante que zarpe inmediatamente hacia Veracruz o Tampico. Como el barco no estará armado hasta dentro de dos o tres semanas, voy a seguir el consejo de Mr. Murthwaite.

16 de septiembre.— No hay respuesta favorable, al menos del puerto de Londres. Muy poco comercio con Méjico, y cuando lo hay, los puertos de aquel país son malos. Eso me han dicho.

17 de septiembre.— En Liverpool hay un bergantín mejicano que tiene órdenes de dirigirse a Veracruz. Pero el barco tiene deudas, y la fecha de partida depende de la llegada del dinero por giro postal. Tal como están las cosas, y con la conciencia tranquila, esperaré a que armen mi goleta y navegaré cómodamente en ella.

18-30 de septiembre.— He arreglado todos mis asuntos; me he despedido de mis amigos (incluido el bueno de Mr. Murthwaite); le he escrito una alentadora carta a Stella; y mañana zarpamos de Portsmouth, bien provistos de tinajas de whisky y de barriles de pólvora con que pagar el rescate por los cautivos.

Es extraño, teniendo en cuenta los importantes asuntos en que tengo que pensar, pero lo que más me apena es la perspectiva de irme de Inglaterra sin mi compañero de viaje: mi perro.

Me da miedo llevar a mi viejo camarada a una expedición tan peligrosa como puede ser esta. Stella cuida de él, y, si no vivo para contarle, jamás se separará de él, en recuerdo de su amo. Supongo que es una idea un tanto infantil, pero me consuela pensar que jamás le he dicho una mala palabra a *Viajero*, y que jamás le he levantado la mano.

¡Todo esto por un perro! ¿Y ni una palabra acerca de Stella? Ni una palabra. Esos pensamientos no deben escribirse.

He llegado a la última página de mi diario. Lo cerraré y lo dejaré a cargo de mis banqueros de camino al tren de Portsmouth. ¿Alguna vez empezaré un nuevo diario? Los supersticiosos asociarían el llegar al final de este libro con la llegada de otro tipo de final. Yo no tengo imaginación, y doy mi salto en el vacío lleno de esperanza, recordando los maravillosos versos de Byron:

*Mando un suspiro a los que me aman,
y una sonrisa a los que me odian;
puede esperarme cualquier cielo en lo alto,
mi corazón acepta cualquier destino.*

(Se adjuntan aquí unos documentos que señalan un período de siete meses antes de la reanudación de las entradas en el diario. Se trata de dos telegramas, despachados respectivamente el 1 y el 2 de mayo de 1864.)

1. *De Bernard Winterfield, Portsmouth, Inglaterra. A M. Villeray, para entregar a Mrs. Romaine, St Germain, cerca de París.* — «Penrose está a salvo en mi barco. Su desdichado compañero murió de agotamiento, y la salud de Penrose tampoco es muy buena. Le llevaré de inmediato a Londres para que le vea un médico. Esperamos con ansia tus noticias. Manda un telegrama al Hotel Derwent.»

2. *De Mrs. Eyrecourt, St Germain. A Bernard Winterfield, Hotel Derwent, Londres.* — «Hemos recibido su telegrama con alegría, y se lo he enviado a Stella, en París. Todo va bien. Pero han pasado cosas extrañas. Si no puede venir enseguida, vaya a ver a lord Loring. El se lo contará todo.»

Décimo extracto

Londres, 2 de mayo de 1864.— El telegrama de Mrs. Eyrecourt me llegó después de que Penrose recibiera, en el hotel, la primera visita profesional del doctor Wybrow. Apenas tuve tiempo de sentir alivio por la opinión que expresó sobre ese caso; me preocupaba el contenido del telegrama de Mrs. Eyrecourt. Dejé a Penrose al cuidado de nuestra excelente patrona y me fui a casa de lord Loring.

Era temprano, y aún estaba en casa. Me volvió loco de impaciencia con sus prolijas disculpas por «la imperdonable manera en que había interpretado erróneamente mi conducta en las deplorables circunstancias de la boda de Bruselas». Conseguí detener su riada de palabras (que, debo añadir, fueron muy sinceras) y le supliqué que me contara, en primer lugar, qué hacía Stella en París.

—Stella está con su marido —replicó lord Loring.

La cabeza comenzó a darme vueltas; el corazón me golpeaba con fuerza. Lord Loring me miró, fue corriendo a la habitación contigua y volvió con un vaso de vino. La verdad es que no sabía si beberme el vino o no. Sé que conseguí tartamudear otra pregunta, apenas una palabra:

—¿Reconciliados?

—Sí, Mr. Winterfield. Reconciliados... antes de que Romaine muera.

Los dos permanecemos en silencio.

¿En qué pensaba él? No lo sé. ¿Qué pensaba yo? No me atrevo a escribirlo.

A continuación, lord Loring me preguntó, con cierta preocupación, si me encontraba bien. Salí del paso con cualquier excusa y le conté lo del rescate de Penrose. Se había enterado del motivo de mi viaje, y me felicitó de todo corazón.

—Esta noticia —dijo— llenará de alegría al padre Benwell.

Ahora el solo nombre del padre Benwell suscita mi desconfianza.

—¿Él también está en París? —pregunté.

—Se fue de París ayer por la noche, y ahora está en Londres, para un importante asunto (creí entender) relacionado con los asuntos de Romaine.

Al instante pensé en el niño.

—¿Se halla Romaine en posesión de sus facultades? —dije.

—Totalmente.

—Ahora que aún puede hacer justicia, ¿ya la ha hecho con su hijo?

Lord Loring pareció un poco confuso.

—No sé nada de ese asunto —fue todo lo que contestó.

Pero esa respuesta no me satisfizo.

—Usted es uno de los amigos más antiguos de Romaine —insistí—. ¿No le ha visto?

—Le he visto más de una vez. Pero no me ha hablado de sus asuntos. —Dicho esto, enseguida cambió de tema—. ¿Hay alguna otra información que pueda darle?

Todavía tenía que saber en qué circunstancias se había trasladado Romaine a Francia, y cómo se había enterado su mujer de la enfermedad que le retenía en París. Lord Loring sólo tuvo que recurrir a sus recuerdos para ilustrarme.

—Lady Loring y yo pasamos el invierno en Roma —dijo—. Y allí vimos a Romaine. Parece sorprendido. ¿Quizá está al corriente de que le habíamos ofendido, por el consejo que creímos nuestro deber darle a Stella antes de la boda?

Desde luego, yo estaba pensando en lo que Stella había dicho de los Loring el memorable día en que me visitó en el hotel.

—Es probable que Romaine se hubiera negado a recibirnos —prosiguió lord Loring— de no ser por la grata circunstancia de que el Papa me había concedido audiencia. El Santo Padre habló de él con la más condescendiente amabilidad; y, al

enterarse de que yo aún no había visto a Romaine, dio orden de que se le hiciera venir de inmediato. En tales circunstancias, era imposible que se negara a recibirnos en otra ocasión y en privado. No puedo expresarle lo mucho que me afectó contemplar lo mucho que había cambiado, y para peor. El médico italiano que de vez en cuando le visitaba me dijo que su corazón estaba cada vez más débil, debido, en primer lugar, al estudio excesivo y a las excitaciones de sus prédicas, agravado además por una alimentación insuficiente. Comía y bebía lo justo para sobrevivir, nada más; y se negaba con insistencia a someterse a la benéfica influencia del reposo y de un cambio de aires. Mi esposa, en una posterior entrevista con él, cuando estuvieron a solas, le indujo a abandonar la reserva que había mantenido en mi presencia, y descubrió otra causa que había contribuido a deteriorar su salud. No me refiero a una recaída en su dolencia nerviosa de años anteriores, sino al efecto que produjo en su mente el anuncio —que, sin duda con la mejor intención, le hizo el doctor Wybrow— del nacimiento de su hijo. Esa revelación (cuando abandonó a su mujer ignoraba que estuviera en estado) parece haberle afectado mucho más gravemente de lo que imaginaba el médico inglés. Lady Loring quedó tan afectada por lo que él le dijo sobre el asunto, que sólo fue capaz de repetírmelo con cierta reserva: «Si creyera que hice mal», dijo Romaine, «al dedicarme al servicio de la Iglesia tras el desmoronarse de mi felicidad conyugal, también debería creer que el nacimiento de este hijo ha sido el castigo a mi pecado, y la advertencia de que se acerca mi muerte. Es algo que no me atrevo a pensar. Y sin embargo, después de los solemnes votos a los que estoy vinculado, es la única confortadora interpretación que puedo darle a un suceso cuyo solo pensamiento, como sacerdote, me consterna y humilla». No le costará deducir, de sus palabras, el estado mental de este hombre desdichado. Poco nos animó a seguir viéndole. Fue ya cuando pensábamos en regresar a Londres cuando nos enteramos de su nombramiento para la plaza vacante de primer agregado a la embajada en París. La paternal preocupación del Papa por la salud de Romaine había escogido el sabio y generoso método de obligarle a intentar un saludable cambio de aires, y a relajarse de sus incesantes actividades en Roma. Con ocasión de su partida volvimos a encontrarnos. Parecía un hombre acabado. En su doble condición de sacerdote de nuestra religión y querido amigo, nos vimos en el deber de viajar con él. El tiempo era agradable, e hicimos jornadas cortas. Le dejamos en París, y nos pareció que el viaje le había hecho bien.

Le pregunté si habían visto a Stella.

—No —dijo lord Loring—. Teníamos razones para dudar que Stella se alegrara de vernos, y sentíamos cierta reticencia a mezclarnos, sin que nadie nos lo pidiera, en un asunto tan delicado. Hablé con el Nuncio (a quien tengo el honor de conocer), y este me aseguró que me tendría al corriente del estado de salud de Romaine. Al poco regresamos a Inglaterra. Hace una semana, las noticias de la embajada fueron tan

alarmantes que lady Loring regresó de inmediato a París. Su primera carta me informaba de que había considerado que era su deber hablarle a Stella de la crítica situación de la salud de Romaine. Stella le agradeció a mi esposa su amabilidad, y enseguida se trasladó a París para estar cerca de su esposo, caso de que este deseara verla. Las dos se alojan ahora en el mismo hotel. A mí me han retenido en Londres algunos asuntos familiares. Pero, a no ser que Romaine sufra alguna mejoría, me iré a París en el tren correo de esta noche.

Era innecesario robarle más tiempo a lord Loring. Le di las gracias y volví con Penrose. Cuando llegué al hotel, dormía. Sobre la mesa del salón había un telegrama. Era de Stella, y decía:

«He estado hasta ahora junto al lecho de Romaine, y le he contado lo del rescate de Penrose. Desea verte. No sufre, simplemente se va consumiendo poco a poco. Eso es lo que me han dicho los médicos. Cuando les comenté que iba a escribirte, me advirtieron: “Envíe un telegrama; no hay tiempo que perder”».

Al caer la tarde despertó Penrose. Le enseñé el telegrama. A lo largo de todo el viaje, la perspectiva de ver a Romaine había sido el tema preferente de sus pensamientos. Preocupadísimo por las noticias, afirmó que me acompañaría a París en el tren nocturno. Recordé que se había fatigado mucho en el breve viaje en tren desde Portsmouth, y le rogué que se quedara. Pero no se podía razonar con su devoción por Romaine. Mientras estábamos en plena discusión, sin que ninguno lograra convencer al otro, llegó el doctor Wybrow.

Para mi asombro, se puso de parte de Penrose.

—Levántese, faltaría más —dijo—. Le ayudaremos a vestirse. —Le sacamos de la cama y le pusimos la bata. Nos dio las gracias, y tras afirmar que podía vestirse solo, se sentó en una butaca. Al momento siguiente estaba dormido, tan profundamente que volvimos a meterle en la cama sin despertarle. Era algo que el doctor Wybrow ya había previsto: contempló el rostro apacible y pálido de Penrose con una amable sonrisa.

—Existe un tratamiento infalible —dijo el doctor— que hará que nuestro paciente recupere las fuerzas: dormir, comer y beber. Esa ha de ser su vida en las próximas semanas, y no tardará en ser el de antes. De haber hecho el viaje de vuelta por tierra, Penrose habría muerto por el camino. Yo cuidaré de él mientras usted esté en París.

En la estación me encontré con lord Loring. Comprendió que yo también había recibido malas noticias, y me ofreció compartir el departamento que había reservado para él. Nada más ocupar nuestros asientos, vi al padre Benwell entre los viajeros que había en el andén, acompañado de un caballero de pelo gris que ni lord Loring ni yo conocíamos. A lord Loring no le gustan los desconocidos. De lo contrario, me habría encontrado viajando a París en compañía de ese detestable jesuita.

París, 3 de mayo.— Al llegar al hotel me informaron de que aún no se había

recibido ningún mensaje de la embajada.

Cuando hubimos descansado de nuestro viaje nocturno, encontramos a lady Loring sola, desayunando.

—Romaine aún vive —dijo—. Pero su voz es apenas un susurro, y tiene que estar incorporado, porque cuando se tiende no puede respirar. Stella se ha ido a la embajada; espera verle hoy por segunda vez.

—¡Por segunda vez! —exclamé.

—Olvida usted, Mr. Winterfield, que Romaine es un sacerdote. Se le consagró con la habitual condición de que permaneciera absolutamente separado de su mujer. En cuanto a Stella (jamás le diga que se lo he contado), ha firmado un documento, que le enviaron desde Roma, en el que afirma que consintió en la separación de buen grado. Mediante una dispensa especial, se le ha liberado de cualquier otra formalidad (que no voy a especificarle ahora). En estas circunstancias (que se me comunicaron mientras Stella y yo estábamos juntas en esta casa), la presencia de la esposa en el lecho de muerte del marido es vista por los otros sacerdotes como un escándalo y una profanación. Se culpa al amable nuncio de haberse excedido en su potestad al ceder (aun en contra de su voluntad) a los últimos deseos de un moribundo. Ahora está en comunicación con Roma, a la espera de instrucciones.

—¿Romaine ha visto a su hijo? —pregunté.

—Hoy Stella ha ido a verle con el niño. Dudo mucho que se permita a la pobre criatura entrar en la habitación de su padre. Esa complicación es aún más seria que la otra. El agonizante Romaine insiste en que quiere ver a su hijo. Su manera de pensar ha cambiado tanto al sentir la proximidad de la muerte, y al ver cómo se frustra su prometedor carrera, que incluso amenaza con retractarse de su conversión, en su último aliento, si no se cumplen sus deseos. No puedo ni imaginar cómo acabará todo esto.

—A no ser que se confirme la actitud misericordiosa adoptada por el nuncio —dijo lord Loring—, todo esto podría acabar en un resurgimiento de la protesta de los sacerdotes católicos alemanes en contra del celibato obligatorio. El movimiento se inició en Silesia en 1826, y fue seguido por uniones (o ligas, como las llamaríamos ahora) en Baden, Württemberg, Bavaria y la Prusia renana. Posteriormente, la agitación se extendió a Francia y Austria. Sólo consiguió detenerla la bula papal promulgada en 1847, reiterando la decisión del famoso Concilio de Trento en favor del celibato de los sacerdotes. Pocas personas saben lo mucho que tardó en imponerse esta regla entre los clérigos de la Iglesia Católica. Ya en el siglo XII había sacerdotes que desafiaban la prohibición de casarse.

Escuché sus palabras, pues me contaba entre las personas que ignoraban todo eso. Me costó concentrarme en lo que me decía. Mis pensamientos se movían entre Stella y el hombre agonizante. Miré el reloj.

Era evidente que lady Loring compartía la sensación de suspense que se había apoderado de mí. Se puso en pie y caminó hasta la ventana.

—¡Ahí llegan noticias! —dijo al reconocer a su recadero, que entraba en el hotel.

Apareció el hombre con una tarjeta en la que había escrita una línea. Se me requería para que me presentara en la embajada con la tarjeta, y sin demora.

4 de mayo.— Hasta ahora no he podido seguir anotando los sucesos de ayer.

Un silencioso criado me recibió en la embajada, miró la tarjeta y me condujo al piso superior de la casa. Llegados al final de un largo pasillo, abrió una puerta y se retiró.

Al pasar el umbral me recibió Stella. Me tomó ambas manos y me miró sin decir nada; y en esa mirada se expresó todo lo bueno, noble y sincero que hay en ella.

Pasaron unos momentos; entonces me habló con tristeza, pero serena.

—Otra obra de misericordia, Bernard. Ayúdale a morir en paz.

Stella se retiró; yo me acerqué a él.

Estaba reclinado en una amplia butaca, incorporado con la ayuda de cojines; era la única posición en la que podía respirar bien. Sobre su cara ajada se proyectaban las cenizas sombras de la muerte. Sólo en sus ojos, al volverse lentamente hacia mí, brillaba aún la menguante luz de la vida. Uno de sus brazos colgaba inerte; el otro rodeaba a su hijo, sentado en sus rodillas. El chico, al verme junto a su padre, me miró asombrado. Romaine me hizo seña de que me agachara para poder oírle.

—¿Penrose? —preguntó en un tenue susurro—. ¡Mi querido Arthur! ¿No se estará muriendo, como yo?

Le tranquilicé al respecto. Por un momento, cuando le hablé del vano esfuerzo que había hecho Penrose para acompañarme, se le dibujó un asomo de sonrisa. Con otro gesto me hizo seña de que le acercara una vez más mi oído.

—Mi bendición y mi agradecimiento a Penrose. Y a usted. Lo cierto es que ha salvado a Arthur —sus ojos se volvieron hacia Stella— y ha sido su mejor amigo. —Hizo una pausa para recuperar su débil aliento; con la vista recorrió la amplia habitación; sólo estábamos nosotros. Una vez más, un melancólico asomo de sonrisa se le dibujó en la cara... y se desvaneció. Le escuché, acercándome aún más a él.

—Cristo puso a un niño sobre sus rodillas. Los sacerdotes se llaman a sí mismos ministros de Cristo, pero me han abandonado, por culpa de este niño que tengo en mis rodillas. Qué error, qué gran error. La Muerte es una gran maestra, Winterfield. Ahora comprendo cuánto me equivoqué... y todo lo que he perdido. Mi mujer, mi hijo. Qué mísero y estéril parece ahora todo lo demás.

Se quedó en silencio. ¿Estaba pensando? No: parecía escuchar, y sin embargo, nada se oía en el cuarto. Stella, que le contemplaba inquieta, vio también esa expresión de escucha, y su cara mostró preocupación, pero no sorpresa.

—¿Todavía te tortura? —preguntó.

—No —dijo Romaine—. Desde que me fui de Roma no he vuelto a oírla con claridad. Desde entonces, me llega cada vez más débil. Ahora ya no es una voz. Es apenas un susurro: mi arrepentimiento ha sido aceptado; mi liberación es inminente... ¿Dónde está Winterfield?

Stella me señaló.

—Le estaba hablando de Roma, pero no recuerdo por qué. —Lentamente retomó el hilo de sus pensamientos—. Repítele a Winterfield —le susurró a Stella— lo que dijo el nuncio cuando se enteró de que iba a morir. El gran hombre enumeró todas las dignidades que podrían haber sido más de haber vivido. Desde mi puesto en la embajada...

—Deja que se lo cuente yo —le interrumpió suavemente Stella— y guarda tus fuerzas para algo mejor. Desde tu posición en la embajada podrías haber subido otro peldaño hasta vicelegado. Ese cargo, sabiamente desempeñado, te habría llevado a la Auditoría de la Cámara Apostólica. Y desde ahí, un último peldaño y hubieses llegado a lo más alto, al rango de príncipe de la Iglesia.

—¡Vanidad, todo vanidad! —dijo Romaine. Miró a su mujer y a su hijo—. Y tenía la felicidad al alcance de la mano. Ahora lo sé. Demasiado tarde. Demasiado tarde.

Reclinó la cabeza en los cojines y cerró los ojos. Creímos que se estaba sosegando para dormir. Stella intentó coger al muchacho para que pudiera descansar mejor.

—No —susurró—, sólo descanso mis ojos para volver a mirarle. —Esperamos. El chico se volvió hacia mí y me miró con su infantil curiosidad. Su madre se arrodilló junto a él y le susurró al oído. La cara del niño irradió una amplia sonrisa; chispearon sus claros ojos castaños; repitió la olvidada lección de tiempos pasados, y una vez más me llamó: «Tío Ber».

Romaine lo oyó. Volvió a levantar los párpados, que ya le pesaban.

—No —dijo—. Nada de tío. Algo mejor y más íntimo. ¡Stella, dame la mano!

Aún arrodillada, Stella le obedeció. Romaine se levantó lentamente de la silla.

—Coge su mano —me dijo. Yo también me arrodillé. Sentí la fría mano de Stella en la mía. Tras un largo silencio, me habló—. Bernard Winterfield —dijo—, cuando yo me haya ido, ámala y ayúdala. —Puso su débil mano sobre la mía y la de Stella, juntas—. ¡Que Dios os proteja! ¡Que Dios os bendiga! —Entonces murmuró—: Bésame, Stella.

No recuerdo nada más. En tanto que hombre, debería haber dado ejemplo y haberme controlado. Pero lo cierto es que di media vuelta y me puse a llorar.

Pasaron los minutos. Muchos o pocos, no lo sé.

Un suave golpe en la puerta me hizo reaccionar. Me sequé aquellas lágrimas inútiles. Stella se retiró al otro lado de la habitación. Estaba sentada junto al fuego,

con el niño en brazos. Yo me dirigí a la misma zona del aposento, aunque manteniéndome alejado para no molestarles.

Entraron dos personas a las que no conocía, y se colocaron una a cada lado de la butaca de Romaine, quien pareció reconocerlos a desgana. Por el modo en que lo examinaron, deduje que eran médicos. Tras consultarse en voz baja, uno de ellos salió.

Regresó casi de inmediato, seguido del caballero de pelo gris en quien me había fijado en el tren de París... y del padre Benwell.

Los ojos vigilantes del jesuita nos descubrieron al instante, en nuestro lugar junto al fuego. Creí ver suspicacia y sorpresa en su cara, pero se repuso tan deprisa que no puedo estar seguro. Saludó con la cabeza a Stella. Ella no se inmutó; casi diría que pareció no verle.

Uno de los médicos era inglés. Le dijo al padre Benwell:

—Si tiene algo que tratar con Mr. Romaine, le aconsejo que lo haga sin demora. ¿Quiere que salgamos?

—Por supuesto que no —replicó el padre Benwell—. Cuantos más testigos haya presentes, más tranquilo me sentiré. —Se volvió hacia su compañero de viaje—. Que sea el abogado de Mr. Romaine quien exponga lo que hemos de tratar con su cliente.

El caballero de pelo gris dio un paso adelante.

—¿Puede atenderme, señor? —preguntó.

Romaine, reclinado en su butaca, y al parecer desinteresado de todo cuanto ocurría, le oyó y respondió. Al estar yo al otro extremo del cuarto, no me llegaba el hilo de su voz. El abogado, tras unas breves palabras con su representado, les planteó a los médicos una cuestión formal: si Romaine estaba en posesión de sus facultades.

Los dos respondieron que sí sin vacilar. El padre Benwell añadió su testimonio.

—A lo largo de su enfermedad —dijo con determinación—, su mente ha estado tan clara como la mía.

Mientras todo esto ocurría, el niño se deslizó del regazo de su madre, guiado por la natural inquietud de la edad. Caminó hasta la chimenea y se detuvo, fascinado por el vivo resplandor rojo de las ascuas. En un extremo de la pantalla había un pequeño haz de leña, por si había que avivar el fuego. El niño, al verlo, cogió una ramilla y la arrojó, con curiosidad, a la parrilla. El resplandor de la llama, cuando el fuego prendió la ramilla, le encantó. Siguió arrojando rama tras rama. Aquel juego le tuvo entretenido. Su madre, al ver que no hacía nada malo, se conformó con vigilarle.

Mientras tanto, el abogado expuso brevemente el caso.

—Recordaré, Mr. Romaine, que su testamento fue depositado, por razones de seguridad, en nuestra oficina. El padre Benwell acudió a nosotros y nos presentó una orden, firmada por usted, autorizándole a llevar el testamento a París. La finalidad era que firmara usted un codicilo que se consideraba necesario para asegurar la validez

del testamento. ¿Me está usted escuchando, señor?

Romayne respondió inclinando ligeramente la cabeza. Tenía la mirada fija en el niño, que seguía arrojando ramillas al fuego.

—Cuando su testamento fue ejecutado —prosiguió el abogado—, el padre Benwell obtuvo un permiso para hacerse con una copia. Al enterarse de su enfermedad, entregó la copia a una alta competencia legal. La opinión escrita de esa autoridad declara que la cláusula que lega la propiedad de Vange a la Iglesia Católica está expresada de manera tan imperfecta que el testamento podría ser motivo de litigio tras la muerte del testador. Por este motivo, añadió un codicilo enmendando el defecto, y nosotros lo hemos añadido al testamento. Consideré mi deber, al ser uno de sus consejeros legales, acompañar al padre Benwell en su regreso a París para traerle el testamento, en caso de que fuera su deseo hacer algún cambio. —Al acabar la frase, llevó la mirada a Stella y el niño. La penetrante mirada del padre Benwell se movió en la misma dirección—. ¿Le leo el testamento, señor —continuó el abogado—, o prefiere verlo usted mismo?

En silencio, Romayne extendió la mano para coger el testamento. Todavía miraba a su hijo. Quedaban ya pocas ramillas por arrojar al fuego.

El padre Benwell intervino por primera vez.

—Déjeme decirle algo, Mr. Romayne, antes de examinar el documento. La Iglesia recupera la propiedad que en otro tiempo fue suya. Dejando eso aparte, le autoriza e incluso le insta (a través de mí) a que haga los cambios que usted o su consejero legal crean convenientes. Me refiero a las cláusulas de su testamento que se refieren a la propiedad que ha heredado de lady Berrick, y ruego que las personas aquí presentes recuerden las palabras que acabo de pronunciar.

Hizo una digna reverencia, y se retiró. Incluso el abogado quedó impresionado favorablemente. Los médicos se miraron con silenciosa aprobación. Por primera vez se vio alterada la triste serenidad de la cara de Stella: vi cómo se esforzaba por reprimir su indignación. La única persona que no se inmutó fue Romayne. Tenía el testamento sobre el regazo, sin mirarlo; sus ojos no se apartaban de aquella pequeña criatura que estaba junto al fuego.

El niño acababa de arrojar al fuego la última ramilla. Miró a su alrededor buscando, pero no encontró ninguna más. Su voz joven e inocente atravesó el silencio de la habitación.

—¡Más! —gritó—. ¡Más! Su madre levantó un dedo.

—Sssshhh —susurró Stella. Se acercó al niño para sentárselo en las rodillas, pero él la rehuyó, y miró a su padre.

—¡Más! —gritó la criatura con renovada intensidad. Romayne me hizo seña, y con un dedo apuntó al niño.

Cogí a la criatura y la llevé hasta Romayne. Vino conmigo de buena gana. Ya

junto a su padre, reiteró su petición.

—Ponlo en mi regazo —dijo Romaine.

Apenas oí sus palabras: me pareció que ya no tenía fuerzas ni para susurrar. Besó a su hijo, y ese nimio esfuerzo le hizo jadear. Era digno de lástima. Cuando volví a poner al niño en el suelo, levantó la mirada hacia su padre agonizante, con la misma idea aún en mente.

—¡Más, papá! ¡Más!

Romaine puso el testamento en sus manos. Los ojos del niño chispearon.

—¿Fuego? —preguntó con avidez.

—¡Sí!

El padre Benwell se lanzó hacia el niño con las manos extendidas. Yo le detuve. Luchó conmigo. Me olvidé del privilegio de su sotana negra. Le cogí por la garganta.

El niño arrojó el testamento al fuego.

—¡Oh! —gritó encantado, y dio palmadas con sus manos gordezuelas mientras una fugaz llama roja se alzaba en la chimenea. Solté al sacerdote.

En un frenesí de rabia y desesperación, miró a las demás personas que había en el cuarto.

—¡Todos ustedes son testigos —gritó— de este acto de locura!

—Usted mismo acaba de declarar —dijo el abogado— que Mr. Romaine estaba en perfecta posesión de sus facultades.

El atónito sacerdote se volvió furioso hacia el agonizante. Se miraron el uno al otro.

Hubo un terrible momento en que el brillo volvió a los ojos de Romaine, y la fuerza a su voz, como si le regresara la vida. El sacerdote, con un sombrío ceño, preguntó:

—¿Por qué lo ha hecho?

Firme y serena, la respuesta fue:

—Por mi mujer y mi hijo.

Aquellas sagradas palabras le salieron en un largo suspiro, y, teniéndolas aún en los labios, Romaine expiró.

Londres, 6 de mayo.— A petición de Stella, he regresado junto a Penrose. Mi único compañero de viaje ha sido mi viejo camarada, el perro, que ahora, mientras escribo estas líneas, duerme profundamente a mis pies, hecho un ovillo. Penrose se siente ya con las suficientes fuerzas como para sentarse conmigo en el salón. Dentro de unos días verá a Stella.

Nunca supimos cuáles fueron las órdenes que Roma transmitió a la embajada, e ignoramos si Romaine recibió los últimos sacramentos en una fase anterior de su enfermedad. Pero nadie puso ninguna objeción cuando lord Loring propuso llevarse el cuerpo a Inglaterra para que lo enterraran en la cripta familiar de Vange Abbey.

A mi llegada a Londres di las indicaciones oportunas para el funeral. Mientras regresaba al hotel, me crucé con el padre Benwell. Intenté pasar de largo, pero él me paró.

—¿Cómo está Mrs. Romaine? —preguntó con esa infernal afabilidad tan habitual en él—. Imagino que bien, ¿verdad? ¿Y el niño? ¡Ah, qué poco sabía lo mucho que iba a cambiar su futuro, para mejor, al arrojar ese papel al fuego! Perdone, Mr. Winterfield, pero no le veo tan cordial como antes. ¿Quizá se acuerda de su desconsiderado ataque a mi garganta? Perdonemos y olvidemos. O quizá tiene algo que objetar al hecho de que convirtiera al pobre Romaine y aceptara la propiedad que él deseaba devolver a la Iglesia. En ambos casos, sólo cumplí con mi deber de sacerdote. Es usted una persona de mentalidad liberal. ¿No cree que merezco que mi conducta se juzgue favorablemente?

Eso ya no pude soportarlo.

—Tengo mi propia opinión de lo que usted merece —dijo—. No me haga mencionarlo.

Me escrutó con una siniestra sonrisa.

—No soy tan viejo como parezco —dijo—. ¡Puede que viva otros veinte años!

—¿Y? —pregunté.

—Pues que en veinte años pueden pasar muchas cosas.

Dicho esto, se marchó. Si eso significa que va a seguir haciendo de las suyas, una cosa puedo decirle: haré lo que pueda por impedirlo.

Paso a un tema más agradable. Al reflexionar sobre todo lo ocurrido en mi memorable entrevista con Romaine, me sorprendía que una de las personas allí presentes no hubiera hecho ningún esfuerzo por impedir que ardiera el testamento. Era normal que nada hicieran Stella ni los médicos, que ningún interés tenían en ese asunto; pero era incapaz de comprender la pasividad del abogado. El mismo me lo explicó en dos palabras.

—Mr. Romaine podía disponer a su antojo de las propiedades de Vange y de Berrick —dijo—. Sabía lo suficiente de leyes como para prever que si moría sin testamento, las casas, las tierras y el dinero irían a parar a sus «parientes más próximos». En pocas palabras, a su mujer y su hijo.

Cuando Penrose pueda viajar, me acompañará a Beaupark. El, Stella, su hijo y Mrs. Eyrecourt serán los únicos invitados de la casa. Debe pasar el tiempo, y el niño hacerse mayor, antes de que me atreva a recordarle a Stella la última voluntad de Romaine aquella triste mañana en que los dos nos arrodillamos a su lado. Mientras tanto, me llena de felicidad el sólo hecho de pensar que algún día...

NOTA: Falta la página siguiente del diario. Por algún accidente, en su lugar hay una página manuscrita, de fecha un poco posterior, que contiene detalladas

instrucciones para el diseño de un vestido de boda. La letra, como ella misma ha reconocido, es ni más ni menos que de... Mrs. Eyrecourt.

NOTAS

[1] Pierre Antoine Berryer (1790-1868). Abogado y político francés defensor de causas difíciles, como la libertad de asociación obrera (1844-1845) y la libertad de congregaciones religiosas (1845). *(N. del T.)* <<

[2] La experiencia del padre Benwell, en este caso, no le engañaba. Si Stella hubiese seguido soltera, Winterfield quizá habría intentado justificarse. Pero él, de manera honorable, no estaba dispuesto a perturbar las relaciones de ella con su marido convenciéndola de que nunca había sido indigno del afecto que antaño les uniera. <<

[3] En español en el original. (*N. del T.*) <<